Araceli Samudio

Cuéntame un secreto



SIN FRONTERAS EDITORIAL


Araceli Samudio
Cuéntame un secreto
SIN FRONTERAS EDITORIAL



Araceli Samudio

nace y vive en Asunción, Paraguay.
Mujer, madre, esposa, docente, emprendedora
y amante de las letras, se considera a sí misma
como un alma en constante movimiento.

Novelas publicadas:

Serie Amor en un mundo inclusivo, por Nova Casa Editorial: La chica de los colores, Tu música en mi silencio y Con los ojos del alma.

Trilogia Lo que me queda de ti, por Nova Casa Editorial: Lo que me queda de ti, Lo que aprendí de ti, Lo que tengo para ti.

Sueños de Cristal, por Nova Casa Editorial.

Ni príncipe ni princesa, por Nova Casa Editorial.

La pareja Imperfecta, por Selecta Editorial.

Ni el cielo ni el infierno, por El Lector Editorial.

Autopublicadas: *Quiero bailarme la vida contigo*, *El amor después del dolor*, *Epifanía*.

Cuéntame un secreto

Araceli Samudio

Cuéntame un secreto

SIN FRONTERAS EDITORIAL

Dedicado a todos aquellos que alguna vez se han sentido ahogados por el miedo y han pensado que cerrarse al mundo era su mejor opción.

© 2022 Araceli Samudio
© 2022, Sin Fronteras Grupo Editorial
ISBN: 978-958-5191-87-7
Edición:
Juana Restrepo Díaz
Diseño de cubierta:
Beatrice Lebrun
Diagramación:
Paula Andrea Gutiérrez R.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado: impresión, fotocopia, etc, sin el permiso previo del editor.

Sin Fronteras, Grupo Editorial, apoya la protección de *copyright*.

Diseño epub:
Hipertexto – Netizen Digital Solutions

Contenido

Epígrafe

Prólogo

CAPÍTULO 1 Nuevos rumbos

CAPÍTULO 2 Amigas

CAPÍTULO 3 Cambios

CAPÍTULO 4 Choque

CAPÍTULO 5 Apertura

CAPÍTULO 6 Amigos

CAPÍTULO 7 Invitación

CAPÍTULO 8 Almuerzo

CAPÍTULO 9 Chat

CAPÍTULO 10 El tiempo

CAPÍTULO 11 Sorpresa

CAPÍTULO 12 Secretos

CAPÍTULO 13 Destino

CAPÍTULO 14 Rutina

CAPÍTULO 15 Ella

CAPÍTULO 16 Planes

CAPÍTULO 17 Paloma

CAPÍTULO 18 Amigas

CAPÍTULO 19 Ella es

CAPÍTULO 20 Amor

CAPÍTULO 21 Ternura

CAPÍTULO 22 Colores

CAPÍTULO 23 Espacios vacíos

CAPÍTULO 24 Sueño

CAPÍTULO 25 Dudas

CAPÍTULO 26 Bloqueo

CAPÍTULO 27 Esperanza

CAPÍTULO 28 Confianza
CAPÍTULO 29 Terror
CAPÍTULO 30 Secreto
CAPÍTULO 31 Fantasmas
CAPÍTULO 32 Camelia
CAPÍTULO 33 Abril
CAPÍTULO 34 Hogar
CAPÍTULO 35 Viaje
CAPÍTULO 36 Belleza
CAPÍTULO 37 Amor
CAPÍTULO 38 Despertar
CAPÍTULO 39 Propuesta
EPÍLOGO La carta que Abril dejó a Ferrán
Agradecimientos

Epígrafe

Somos un puñado de decisiones. Somos los pasos que damos y las elecciones que hacemos. Somos los caminos, las personas, los lugares que dejamos atrás y también a los que nos dirigimos.

ANDREA LONGARELA
Te espero en el fin del mundo

Prólogo

Camelia estaba sentada en la mesa del comedor y disfrutaba de un riquísimo postre a base de crema y frutas preparado por su madre ese mismo día. Sentía una paz ensordecedora, una calma que no había percibido en su interior por muchísimo tiempo. Era como cuando el tsunami finalmente pasa y la desesperación da paso a la resignación. Al final, la calma que sentía era eso, la resignación conseguida luego de aceptar que no había salidas posibles y que pronto el dolor menguaría para siempre.

Disfrutaba del postre con lentitud, como si quisiera grabar en su mente y sus sentidos esa mezcla única de sabores ácidos y dulces. Podía descifrar qué fruta se llevaba en cada bocado, pensó que uno no disfruta realmente de nada hasta que sabe que es la última vez que lo hará. Y ella quería llevar consigo esas pequeñas sensaciones de placer que experimentaba en ese momento.

Los gritos de su hermanito la sacaron de su ensoñación. Estaba prendido a sus videojuegos, compenetrado en la historia que creaba. A Ian le encantaban aquellos juegos con distintas alternativas en las que él debía elegir el final.

—¿Qué crees, Mel, elijo la piedra o la estrella fugaz? La piedra me transportará bajo los volcanes, pero podría encontrarme con laberintos de lava complicados, la estrella me llevaría a otra galaxia, pero de allí podría no saber cómo volver.

Camelia lo ignoró, como lo hacía la mayor parte del tiempo, pero se quedó pensando en sus palabras mientras volvía a observar por la ventana que daba a la calle. Solo era cuestión de tiempo, un par de horas más y todo habría acabado.

La lluvia arremetía con fuerza sobre el césped del jardín, el cielo gris parecía estar acorde a su estado de ánimo y una tristeza inmensa inundaba la estancia cuando, de la nada, la piel se le erizó. Así era Camelia, desde pequeña había podido percibir ciertas cosas que al resto le pasaban desapercibidas. Quizás era el augurio de lo que sucedería más adelante, quizás era la ansiedad, quizás un poco, también el miedo.

¿El laberinto o las otras galaxias? Se preguntó y sonrió para sus adentros con ironía.

Para Mel, la vida era un terrible laberinto del cual necesitaba huir cuanto antes, tal cual Ian le había dicho, la lava estaba quemándola y ya no podía respirar.

—Una estrella fugaz, eso me vendría de lo más bien — murmuró para sí.

Entonces, se imaginó a sí misma sobrevolando el mundo en una especie de estrella fugaz, yendo a una galaxia en la cual ya no existiera dolor alguno.

El silencio volvió y el frío le llenó el alma. Camelia observó el plato casi vacío del postre y repasó sus planes una vez más. Sus padres llegarían a las seis de la tarde y llevarían a Ian al cumpleaños de su mejor amigo, seguros de que ella iría a sus clases en la universidad. Entonces, cuando la casa estuviera desierta, ella sacaría el arma que su padre guardaba en la caja fuerte y le pondría fin al laberinto y la lava. Todo debía estar acabado para las veinte, porque a esa hora,

había quedado en encontrarse con Brisa, una compañera con la que debía hacer un trabajo práctico.

Las manecillas del reloj se movían con exasperante lentitud y la sensación de que el tiempo se había atascado hacía que la espera se volviera agonizante. Después de todo, una vez que la decisión estaba tomada era más sencillo solo seguir el plan al pie de la letra, y Camelia lo tenía todo calculado.

Quería ver a sus padres una última vez, abrazarles, darles un beso y despedirse de Ian. Les había dejado a todos una carta para cerciorarse de que nadie cargara con culpas que no le correspondían. Ella sabía que sus padres habían hecho todo por ella, pero nada había sido suficiente.

—¿La puerta roja o la verde? —preguntó Ian en voz alta sacándola de su ensoñación.

Las preguntas de Ian nunca eran respondidas por Camelia y ambos parecían acostumbrados, pero esta vez fue distinta.

—Roja —respondió ella con seguridad.

—Iba a ir por la verde, pero ya que tú…

Camelia se llevó a la boca el último bocado de fruta y cerró los ojos para guardar en sus recuerdos ese mágico sabor.

—¿Sabes? Cuando acabe de jugar volveré a iniciar una nueva partida y tomaré todas las opciones que ahora descarto. Quisiera saber qué otro final puedo crear —comentó Ian.

Camelia asintió, y no pudo evitar pensar en qué fácil sería si la vida fuera un videojuego y ella pudiese reiniciar la partida, tomar otras decisiones, cambiar los caminos. Al final, la vida era solo esos, momentos y decisiones; laberintos y estrellas; puertas rojas o verdes.

Le hubiese gustado poder tomar otro camino, no tener que recurrir al suicidio para acallar las voces que lloraban y gritaban en su interior, el dolor que le desgarraba el alma, la infelicidad, la tristeza, la soledad, pero no había un final alternativo para la película de su vida. ¿Qué podría hacer? Su historia no era como en los juegos de Ian y no había puertas para elegir.

—Ojalá fuera tan fácil —murmuró, pero el niño no le prestaba atención.

A las seis con tres minutos, sus padres ingresaron a la casa. Su mamá dio un saludo general y luego apuró a Ian para que apagara el juego y se calzara el zapato, fue hasta ella y la besó en la frente, buscó el regalo y ajustó el abrigo por el cuerpo de su pequeño hermano. Su papá, mientras tanto, fue al baño y regresó con un abrigo más pesado.

—Está haciendo mucho frío —murmuró mientras se lo prendía—. ¿Cómo estás? —la observó.

—Bien —respondió ella con una media sonrisa.

No podía dejar de pensar que ya no los volvería a ver. Los quería mucho, habían hecho todo lo que estaba a su alcance por sacarla del pozo, y creían haberlo logrado, pues hacía tiempo Camelia había decidido fingir que las cosas habían mejorado. Creía que así ayudaba a sus padres.

—¿Vas a ir a clases? —preguntó su madre—. No vuelvas tarde, el tiempo está horrible.

—¿Quieres que pasemos por ti? —inquirió su padre.

—No, no se preocupen. Disfruten de la fiesta —dijo Camelia con una sonrisa dulce.

—Bien, ya nos vamos —dijo su madre.

Camelia se levantó y caminó hasta ellos, primero abrazó a su madre y luego a su padre, ambos quedaron algo tiesos y tardaron en responder, probablemente por la sorpresa que les

generaba que alguien como ella tuviera gestos de cariño.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer—. Si quieres me quedo y César lleva a Ian.

—No, estoy bien, no te preocupes —dijo Camelia. Notaba la preocupación de su madre.

—¿Y no hay abrazo para mí? —inquirió Ian.

La muchacha lo abrazó y le dio un beso en la frente, cosa que a su hermano le hizo reír con incomodidad. Camelia no abrazaba, no besaba, y nunca expresaba lo que sentía.

—¿Estás enferma? —bromeó llevando su mano derecha a la frente de su hermana, pero su padre le dio un codazo para que se callara.

—Vayan, disfruten —dijo y los vio salir.

Los siguió con la vista hasta que subieron al vehículo, los vio partir, y antes de cerrar la puerta susurró.

—Lo siento…

El frío se coló por la habitación y ella volvió a sentir escalofríos. Cerró la puerta y la dejó sin llave. La idea era que quedara abierta, para que cuando Brisa llegara y nadie respondiera, ingresara.

Le dolía tener que hacerle eso a su compañera, encontrar a alguien muerto debía ser una experiencia traumatizante, pero no podía encargarle esa tarea a ninguno de sus familiares, sería demasiado doloroso. Brisa no era muy cercana, tarde o temprano, lo superaría.

Fue hasta su habitación, dejó las cartas en un lugar visible en el medio de su cama, con algunas pertenencias que dejaba a su familia. Luego entró a darse un baño, necesitaba sentir el agua caliente una vez más, antes de que su piel se tornara fría para siempre. Se preguntó a dónde iría. ¿Qué habría más allá?

Según su mamá, su abuelita creía en el cielo y el infierno, pero ella ya había vivido el infierno en vida y esperaba que ahora le tocara ir al cielo. Recordó entonces la prédica de uno de los pastores a los que visitó la primera vez que intentó suicidarse, le había dicho algo sobre que los suicidas no van al cielo porque atentan contra el regalo más grande de Dios, el don de la vida. ¿Sería eso cierto?

No le importaba, lo único que quería era que el dolor se detuviese, aunque luego su alma ardiera en las llamas del infierno por toda la eternidad. Después de todo, ella no creía en nada de eso. Y si no había un Dios que impusiera justicia en el mundo, tampoco habría un infierno que condenara a nadie en el más allá.

Salió del baño y se envolvió en su bata rosada, fue hasta el sitio donde hacía unos meses había descubierto que su padre guardaba un arma. Pensó que él se sentiría muy mal, había escuchado varias veces que su madre le había pedido que se deshiciera de eso, por miedo justamente a que ella terminara haciendo lo que pensaba hacer. Pero él no lo había hecho jamás, la guardaba para vengarse un día, si eso fuera necesario, y Camelia lo sabía.

La muchacha tomó la llave y caminó hasta la caja fuerte, sacó el arma y la llevó consigo hasta su habitación, en principio pensaba hacerlo allí, pero en ese instante cambió de opinión. Su madre nunca podría sacarse de la cabeza esa imagen, sería mejor hacerlo en la sala.

Intentó dejar de pensar en todo eso, podría hacerla dudar en el último segundo y no era eso lo que deseaba. Bajó con lentitud dispuesta a seguir al pie de la letra su plan. Al principio le había costado mucho tomar la decisión, pero al final, una vez que lo había hecho, sabía que no había marcha atrás, era solo seguir, había llegado a un punto de inflexión.

Se sentó allí, apartó los controles del juego que Ian había dejado tirados para que no se mancharan de sangre y con la mano tambaleante, alzó la pistola y la colocó en su sien.

El arma parecía mucho más pesada de lo que imaginaba y la parte que chocaba con su rostro, le quemaba como si fuera hielo puro. Las lágrimas se derramaron por sus ojos mientras los recuerdos más horribles, aquellos que había tratado de enterrar hacía muchos años, volvían salvajemente a sus pensamientos. Rabia, dolor, vergüenza se apoderaban de todo su cuerpo.

Bajó el arma, y se recostó frustrada. Hacerlo era más difícil de lo que había imaginado.

—Vamos, hazlo —se dijo a sí misma—. El dolor menguará, la vida de todos será más sencilla. Solo has sido un error… desde siempre —afirmó.

Volvió a subir el arma a su cabeza, esta vez pesaba mucho más. Eran las siete y media y debía acabar ya, en cualquier momento llegaría Brisa. Se imaginó a su hermano jugando en los juegos en el cumpleaños, a su madre y a su padre compartiendo con sus amigos, todos estarían más felices sin ella, que solo había sido una carga pesada. Con su partida, todo sufrimiento acabaría al fin, sus padres serían libres, podrían rehacer sus vidas, e incluso volver a su ciudad junto con el resto de los familiares a quienes dejaron de ver hacía años.

Nadie la extrañaría, no tenía amigos, nunca los había tenido. Su hermanito era quien más amor le demostraba, pero él crecería, y estaba segura de que todo quedaría en el pasado.

Convencida de que su vida era un error y de que ya nada valía la pena, colocó el dedo en el gatillo, y en el mismo instante en que se disponía a hacer una cuenta regresiva para disparar, el teléfono de la casa sonó.

Aquello la desconcertó, nadie llamaba nunca a la línea de la casa, ni siquiera sabía por qué sus padres la conservaban. Antes, lo hacían para hablar con su abuela paterna, pero ya había fallecido así que no tenía mucho sentido. Siempre se comunicaban por los celulares.

El teléfono volvió a sonar.

Camelia se preguntó si atender o no, era tarde y no podía darse el lujo de retrasar sus planes, pero algo la impulsaba a hacerlo.

Sonó una vez más y luego se detuvo.

Un trueno sacudió entonces el silencio, el clima había empeorado, parecía que aquella tormenta quería acompañar su dramático final. Volvió a prepararse, observó una vez más la pistola, pero esta vez ni siquiera tuvo tiempo de alzarla hasta su sien. El teléfono sonó de nuevo.

Camelia se levantó dispuesta a atender, no le llevaría más de dos minutos decirle a esa persona que el número era equivocado. No quería suicidarse con ese sonido de fondo alterando el momento tan sublime que había planeado.

—¿Hola? —preguntó con un tono que denotaba su poca paciencia.

—¿Es usted Camelia Bustamante? —inquirió una voz masculina.

—Sí… —murmuró Camelia y el escalofrío volvió a subir por su cuerpo.

—Bien… Yo… soy el oficial Ramos, sus padres y su hermano han sufrido un accidente, quería avisarle que… están en el Hospital Militar y que sería importante que llegara aquí cuanto antes.

—¿Qué? ¿Están bien? ¡No puede ser! —exclamó entonces como si de pronto se sintiera muy viva.

El revolver cayó de sus manos y el corazón se le agitó en el pecho.

—No puedo darle informes por teléfono, señorita, es mejor que venga… y que lo haga

cuanto antes —añadió.

CAPÍTULO 1

Nuevos rumbos

Mel lo miraba y no podía creerlo, las lágrimas se le juntaban en la garganta en un nudo enorme. ¡Cómo había pasado el tiempo! Y, sobre todo, ¡cuánta vida se había sucedido en ese tiempo! Ocho años, ocho años de aquel accidente que cambió su destino, su futuro y su misión en la vida.

—No te vayas a poner sentimental, Mel —dijo Ian con la voz tomada por la emoción.

—No seas tonto, ¿yo sentimental? —inquirió la muchacha.

Ian la abrazó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—No me va a alcanzar la vida para agradecerte, Mel, te lo debo todo…

—No digas tonterías, somos hermanos, somos familia, no me debes nada, si hubiese sido al revés, hubieras hecho lo mismo.

—Fuiste muy valiente —susurró dándole otro beso—. ¿Estás segura de que estarás bien? ¿Me llamarás todos los días?

—Lo haré hasta que te canses de mí y estés rodeado de nuevos amigos, en ese momento ya no querrás hablar conmigo todos los días —respondió ella con una sonrisa dulce.

—No es cierto, yo siempre quiero hablar contigo. Además, estaría bueno que ahora que iniciarás ese nuevo empleo hicieras alguna amiga… o amigo —añadió levantando las cejas con picardía—. Es hora de que hagas tu vida, Mel.

—Siempre he hecho mi vida —respondió ella—. Ya te dije que no necesito a nadie para vivir, nadie más que tú.

Ian rodó los ojos con cansancio y suspiró.

—No quiero que te conviertas en una vieja solterona y amargada como la tía Carla —bromeó —. Ya sé, ya sé que me dirás que no necesariamente tienes que ser amargada por ser solterona solo que… Mel, eres tan hermosa y… luminosa, si tan solo te vieras con mis ojos, si tan solo te quisieras y te valoraras un poco más… si solo creyeras un poco más en ti. Quisiera que fueras feliz, que amaras y que te amaran con intensidad, que siempre estés rodeada de personas que valoren lo que vales.

—Yo soy feliz contigo, sabiendo que tú eres feliz y que al fin cumplirás tus sueños, así que anda, Ian, sube a ese avión y demuéstrale al mundo de lo que eres capaz —dijo abrazándolo como una madre cariñosa, papel que hacía muchos años había adoptado.

Ian le devolvió el abrazo y en medio de la emoción de la despedida, escucharon la voz de la última llamada del vuelo. Entonces, se alejaron con lentitud, y tras un «nos vemos pronto», Ian se alejó.

Mel lo vio partir, sus lágrimas fluyeron al fin cuando ya no la veía. Se quedó allí, de pie por un buen rato, recordando los ocho años en los que pasó de ser una joven suicida a una hermana

mayor llena de responsabilidades para sacar a su hermanito adelante. Nada fue sencillo, tuvo que cargar con la culpa a cuestas, con sus problemas, su tristeza y la de Ian, con las dificultades económicas y el corto tiempo que le quedaba para continuar sus estudios. Pero finalmente lo hizo, ni siquiera sabía bien cómo, pero le gustaba pensar que sus padres la apoyaban desde donde sea que estuvieran.

Se retiró del aeropuerto con una sensación de haber hecho un buen trabajo, Ian ya había cumplido los dieciocho, era mayor de edad y había conseguido una beca en el exterior gracias a su excelente rendimiento académico. Ahora todo dependía de él, era momento de alzar las alas y volar para crear su propio destino.

Se pensó a sí misma a los dieciocho y se vio tan distinta, mientras a él la tristeza y los embates de la vida lo habían convertido en un hombre fuerte, inteligente, carismático y resiliente, ella a su edad, no era más que una chica tímida, temerosa del mundo exterior, asocial e infeliz. Él estaba lleno de sueños de un futuro mejor y ella solo pensaba en el suicidio.

¿Dónde había quedado esa Camelia? ¿Quién era ella ahora?

Nunca había sabido quién era en realidad. Había escuchado en clases, o leído en libros, la importancia de saber quién era y a dónde iba uno en esta vida, pero esa era una respuesta muy complicada para ella. Era una buena alumna, una persona muy responsable, una buena trabajadora y compañera, era una gran hermana mayor, todo eso era, pero no le parecía suficiente, había un vacío en su interior que nunca se podía llenar, un silencio en el centro de su alma que la había aturdido y no había logrado deshacerse de él en años.

Suspiró mientras se aferraba al volante que la llevaba a su destino, su nuevo empleo como jefa de *marketing* en un hotel importante de la ciudad. Algunas veces se sentía cansada, como si la vida le pesara, como si la soledad la ahogara, pero había aceptado de una vez por todas, que no era buena para hacer amigos ni mantener relaciones, y aunque por mucho tiempo lo había sufrido y le había quemado la necesidad de compartir su mundo interior con alguien, había acabado por resignarse a que eso no era para ella y a encerrarse en sí misma, donde al menos, se sentía segura y a salvo.

Cuando llegó al edificio, tomó un poco de aire para infundirse fuerzas. La gente le daba miedo, le generaba desconfianza, se sentía distinta al resto, y por eso, muchas veces se había excluido ella misma de los grupos antes de que los demás lo hicieran. Ian solía decirle que no le daba tiempo a la gente de conocerla, que se escondía antes de que los demás alcanzaran a acercarse, como una tortuga que se metía en su caparazón ante cualquier estímulo externo. Quizá tenía algo de razón, pero no sabía otra manera de hacerlo.

De pie frente al gran e imponente edificio de arquitectura antigua, observó por unos instantes antes de dar los pasos necesarios para ingresar. Sintió los tan acostumbrados escalofríos que eran generados por la ansiedad de un nuevo comienzo, y dio el primer paso para entrar al hotel.

Tres pasos después, sintió que alguien le chocaba el hombro. Se sacudió un poco sin darse cuenta y perdió el equilibrio, casi se cae. Un hombre vestido de mimo que caminaba de espaldas chocó contra ella. Al darse cuenta de lo sucedido, se giró, le pasó la mano y luego hizo un montón de gestos que a Camelia le parecieron ridículos, fingía llorar, sacudirse las rodillas y luego juntó las manos como pidiendo perdón.

Camelia no respondió, rodó los ojos y siguió su camino hacia la puerta del hotel mientras el mimo la seguía, siempre con sus de gestos desesperados. Mel, aún molesta por su

irresponsabilidad y descuido, casi le cerró la puerta por la cara, ante la risa divertida del botones que se encontraba en la entrada.

Unas horas más tarde, Camelia estaba sentada en su nueva oficina, poniéndose al día con su nuevo trabajo, feliz de poder iniciar otra etapa de su vida. Ya había cumplido con Ian, lo había sacado adelante haciendo de él un buen hombre, y ahora, estaba sola y lista para enfocarse en este empleo al máximo y poder aprender todo lo que más adelante le serviría para poder abrir su propio hotel y cumplir su sueño.

Cerca del mediodía, sintió unos golpes en la puerta.

—¡Adelante!

Una mujer menuda de cabello rubio y ojos risueños le sonrió desde la puerta.

—¿Quiere salir a comer, licenciada? Conozco un lugar muy bueno donde hacen unas *pizzas* riquísimas, digo, si le gusta la *pizza*, claro.

Camelia abrió los ojos con sorpresa, intentó buscar en su base de datos recién creada quién era esa muchacha, recordó que la presentaron como Gerente de compras y balbuceó algunas palabras. Las manos le sudaron y el corazón le latió con fuerzas.

—Yo… bueno…

—Vamos, es bueno salir a mirar el paisaje y despejarse un poco —insistió—. Soy Laura, pero puede decirme Lauri.

Como autómata, Camelia cerró la carpeta que revisaba y se levantó, tomó su cartera y se la puso en el hombro. No sabía cómo reaccionar, no quería ir con esa desconocida, pero al mismo tiempo quería hacerlo. Algo en su interior se revolvía.

—Está bien —atinó a responder.

La muchacha sonrió, debería tener su edad, la siguió sin decir palabra hasta que se detuvo en otra oficina.

—¿Vamos, Mariana? —inquirió—. La licenciada Bustamante nos acompañará —añadió.

—Pueden llamarme Mel —dijo con nerviosismo. De pronto se sentía como una alumna de secundaria en su primer día de clases en un colegio nuevo.

—¡Hola, Mel! Un gusto conocerte —saludó Mariana—. Estábamos ansiosos de que llegaras. La verdad es que el viejo lobo del licenciado Cáceres era muy especial, teníamos la esperanza de que una cara joven y fresca daría un poco más de vida a este hotel —murmuró Mariana casi abrazándola.

Era una mujer de unos cuarenta años, con unos kilos de más y vestida con increíble elegancia. Se veía muy hermosa, su cabello rojizo y sus ojos pardos le daban un aire excéntrico y misterioso. Mel se tensó al contacto, no estaba acostumbrada y no sabía cómo reaccionar a ellos.

Salieron las tres, Mariana y Lauri hablaban sobre un tal Javier y su nueva novia, se burlaban de la chica en cuestión mientras abrían la puerta y saludaban al botones.

—¡Adiós, Miguel! —dijeron casi al unísono.

—¡Adiós, chicas! —respondió él.

—El ambiente en el hotel es muy familiar, como verás —dijo Lauri ahora hablando a Mel—. Esperemos que te sientas cómoda.

Cuando llegaron a la esquina, el mimo estaba allí. Hacía muecas y gestos a los transeúntes y se deleitaba con las expresiones de los niños. Al verlas, se acercó a ellas entregándoles lo que parecía una rosa roja de papel a cada una.

—¡Gracias, Ferrán! —dijo Lauri sonriéndole.

Cruzaron la avenida con Ferrán siguiéndolas, Lauri y Mariana se divertían, pero Camelia se sentía incómoda. El mimo volvía a hacerle gestos de disculpa y ella se sentía aturdida y agobiada, por lo que agradeció que, al llegar a la otra vereda, una niña lo distrajera pidiéndole una foto.

—¿No te gustan los mimos? —inquirió Mariana al percibir su malestar.

—No… Bueno, lo que pasa es que hoy me chocó ese hombre y casi caigo justo antes de entrar al hotel…

—Ferrán es muy divertido, me pregunto cuál será la historia tras ese personaje —dijo Laura girándose para verlo—. Nunca está triste y si lo está, lo disimula perfectamente.

—Sí, yo también me pregunto qué será de su vida —dijo Mariana.

—¿Cómo saben su nombre? —inquirió Mel.

—Solo sabemos que se llama así porque una vez lo escuchamos hablar con una señora en la esquina y le decía Ferrán esto y Ferrán aquello —comentó Laura.

—Sí, somos un par de chismosas —añadió Mariana y luego se echaron a reír.

A Mel aquella risa tan natural y espontanea le despertó algo en el pecho y también las acompañó con una sonrisa.

—Eres tímida, ¿verdad? —inquirió Mariana—. No nos tengas miedo, somos un poco aceleradas, pero somos buena gente —añadió.

—Yo… bueno, sí… tímida es una buena palabra —admitió.

En realidad no era tímida, era cerrada, tenía miedo de las personas y de las relaciones, pero no podía decirles eso. ¿Qué pensarían de ella?

—Ya verás que pronto te adecuas a este par de locas — dijo Lauri—. Por cierto, hemos pasado a tutearte sin que nos dieras permiso —añadió.

—No hay problema… —respondió Mel.

—¡Allá es! —señaló la muchacha—. Verás que la comida es exquisita. La *pizza* es genial, pero en realidad hay mucha variedad de opciones, no solo *pizza*.

—Y los camareros guapísimos —añadió Mariana.

Volvieron a reír y luego ingresaron a acomodarse.

El camarero trajo el menú y las tres se dispusieron a mirar, Mel estaba tan nerviosa que no se animaba a ordenar primera, quería esperar a que las chicas lo hicieran y pedir lo mismo. De pronto sentía miedo de que ellas notaran sus nervios y su ansiedad y se alejaran de ella. Sin darse cuenta, su respiración comenzó a agitarse y sintió que el sudor se le derramaba por la frente como una catarata. La desesperación se apoderó de ella con el simple hecho de pensar que podría tener un ataque de pánico frente a dos desconocidas a las que anhelaba caer bien.

—¿Estás bien? —preguntó Mariana tomándola de la mano.

—Sí… iré un rato al baño —respondió algo nerviosa zafándose de ese agarre.

Se levantó y casi trastrabilló con la silla, caminó rápido hacia el lugar que indicaba los sanitarios y se metió. Se mojó las manos con agua fría y se las llevó a la frente. Observó su reflejo en el espejo y comenzó a respirar. ¿Qué sucedía? ¿Por qué simplemente no podía ser una persona normal?

—¿Estás bien, corazón? —La voz de Mariana se notaba maternal y dulce, se acercó a ella y la observó.

—Yo… sí… —respondió ella confusa, no sabía qué decirle, cómo hablar.

Mariana no dijo nada, pero la miró de una manera que llenó de paz a Mel, por un minuto se sintió a salvo, y suspiró. Algo en esa mujer la calmaba y la animaba a ir más allá de sus fronteras, así que asintió.

—Estoy bien… lo siento.

—No te preocupes, yo también sufrí eso, es ansiedad… lo sé, todo estará bien —dijo y le pasó una mano.

Mel la tomó, y en ese pequeño gesto, supo que algo iba a cambiar en su vida, por primera vez estaba tomando la mano de alguien, pero no solo de forma literal, sino como una metáfora de una existencia en la cual nunca nadie le había pasado una mano.

Salieron del cuarto de baño y se sentaron de nuevo en su sitio, Mariana comentó sobre lo guapo que era el camarero que atendía a la otra mesa y mencionó que el próximo día deberían sentarse allí. Ninguna dijo nada de lo que había sucedido, comieron, conversaron y sonrieron como si se hubiesen conocido de toda la vida. Mel no participó mucho en las charlas, pero respondió con gusto a las preguntas que le hicieron sobre su formación, sus estudios y sus anteriores trabajos.

Volvieron al hotel, y de paso vieron a Ferrán descansando un rato bajo la sombra de un árbol mientras hacía nuevas rosas rojas de papel para sorprender a los transeúntes. Mel lo observó y al igual que sus compañeras, se preguntó cuál sería su historia.

Ya en la oficina, Lauri se despidió de ambas justo cuando su secretaria le anunció el llamado de alguien importante, Mariana acompañó a Mel con la excusa de conocer su oficina, y una vez allí se sentó para observarla.

—Sé que no nos conocemos, pero estoy para lo que necesites, Camelia —dijo la mujer, puedes contar conmigo.

Mel asintió sin decir palabra, pero cuando Mariana se levantaba para partir a su oficina, no pudo aguantarse y preguntó.

—¿Por qué? —sentía que si no lo hacía su ansiedad y desconfianza no se calmarían.

—Porque se nota que eres una buena persona y me gusta tener amigas que son buenas personas —respondió Mariana con simpleza y naturalidad—. Y porque sé lo que estás pasando, lo he vivido.

Entonces se marchó, no sin antes regalarle un guiño de complicidad con el que la mujer pretendía ofrecerle una buena dosis de confianza. Una parte de Camelia pudo traducir ese gesto y deseó poder arrojarse a esa amistad tan sincera que aquella desconocida que la había llamado amiga le ofrecía; por otro lado, otra parte de ella, le recordaba que no tenía amigas, que nunca las había tenido y que no era buena relacionándose con las personas.

CAPÍTULO 2

Amigas

La primera semana de trabajo transcurrió tranquila, Mel se sentía a gusto en su nuevo entorno y su nuevo oficio, las personas le saludaban con respeto y todos parecían amables, ella mantenía sus distancias, salvo con Mariana y con Lauri, que rápido la habían acostumbrado a las rutinas de ir a almorzar a la pizzería de la esquina, observar a los camareros y reírse de nimiedades. Aún no se sentía del todo tranquila, más aún si tenía en cuenta que la habían invitado a lo que ambas llamaban los viernes de solteras y que habían descrito como un evento en el que veían películas, se maquillaban o se hacían manicura, se confesaban secretos o hablaban de cosas prohibidas.

—No estoy segura… yo… no soy una persona muy interesante —dijo Mel aquel viernes al mediodía cuando ambas insistieron.

—No hay opciones, muchacha, necesitábamos ser tres para ser las tres mosqueteras, así que ya te hemos agregado al grupo —añadió Mariana con una sonrisa—. Me das tu ubicación y pasaré por ti, hoy toca en la casa de Laura.

Mel lo dudó, pero recordó que Ian le había hecho prometer que iría. Ella le había contado sobre sus nuevas compañeras, y le comentó el terror que le daba asistir a aquella reunión tan íntima. Ian le dijo que estaba feliz de que por fin tuviera amigas y que se dejara llevar, que no pensara, que solo viviera.

Vivir sin pensar era algo que Mel no concebía, dejarse llevar ya le había costado demasiado caro en el pasado y no quería aumentar la deuda pendiente que aún tenía con la vida y que tanto le impedía ser feliz. Pero Ian insistió, le hizo prometer que iría y que luego le llamaría para contarle, le dijo que si no lo hacía no le hablaría por un mes entero.

—Bien… pero ya les aviso que no tengo nada para contar, soy una mujer aburrida —admitió.

—Pues entonces habrá que comenzar a cambiar eso — dijo Lauri con una sonrisa—. ¿No has visto cómo te mira Thiago, el de contabilidad?

—Olvídalo —dijo Mel—, no tengo intereses en hombres —afirmó con certeza.

—¿En mujeres? —inquirió Mariana con curiosidad—. Podemos presentarte a Karla, la del área de paseos turísticos, es muy divertida.

—¡Tampoco! —exclamó Mel, pero su reacción terminó haciéndoles reír a las tres.

—¿Animales? —inquirió Lauri en medio de la risa.

—Ni mascotas ni plantas, suficiente tengo conmigo misma —añadió.

—¡Habrá que cambiar eso! —exclamó Laura con entusiasmo—. Dime qué clase de hombres te atraen y yo te tendré uno perfecto.

—¡O mujeres! —exclamó Mariana.

Las tres volvieron a reír y esa conversación convenció a Mel de que podía pasar con ellas una

velada fantástica. Hacía mucho tiempo que no reía tan de seguido como en toda esa semana, y ninguna de las dos parecía juzgar nada de lo que la otra dijera, eso era algo que ella consideraba una cualidad extraordinaria y rara, pero le agradaba. Las dos parecían notarla distinta, pero eso no era suficiente para que le apartaran, parecía ser que justo por eso se le acercaban aún más, y por un ápice de segundo, Mel sintió que con ellas podía ser… simplemente ser.

Cuando regresaban a la oficina, vieron a Ferrán sentado bajo un árbol, se notaba sumido en sus pensamientos.

—Hoy no es su día —dijo Mariana al verlo.

—Parece que no —admitió Lauri—. Un día tendríamos que hablarle, acercarnos a él, intentar conocerlo.

—Es una buena idea —dijo Mariana—, podríamos sacarle ese maquillaje para ver su cara real, ¿no crees? —preguntó.

—Podría ser guapo… tiene lindas facciones —respondió Lauri.

Ferrán levantó la mirada y las observó, las chicas lo saludaron con la mano y él solo les regaló una sonrisa.

—Así que hoy no hay flores de papel —murmuró Lauri.

—Ese hombre tiene dolor en la mirada —dijo Mariana con certeza—, aunque se pinte la cara, los ojos hablan de las verdades del alma.

Tras aquella frase, Mel se sintió incómoda. ¿Podía Mariana leer lo que decían sus ojos? ¿Podría ver el dolor en su mirada?

Cerca de las cinco de la tarde, Ian llamó solo para asegurarse de que su hermana iría a su cita con sus amigas. Le insistió una y otra vez que se relajara y le abriera su corazón a esas mujeres.

—La gente no es mala, Mel. Admito que hay gente que sí lo es, pero si te abrieras al mundo descubrirías la cantidad de personas que van por ahí con buenas intenciones. No te digo que lo hagas de golpe, pero dales un espacio, deja que te involucren en sus mundos y entra con cuidado. No puedes vivir la vida cerrada a la gente por miedo a sufrir, ¿no te das cuenta de que igual sufres? Si vas a sufrir al menos que sea por haber amado, por haberte jugado por alguien, por haber confiado. Siempre habrá alguien que te falle, y seguro tú también le fallarás a alguien, pero también siempre habrá gente que te quiera y te acepte como eres, gente que estará para ti.

—Pareces el hermano mayor —dijo ella con ternura—. Te has convertido en un gran hombre.

—Tú me has convertido en un gran hombre, y tú eres una gran mujer.

***

Unas horas más tarde, sentada en el asiento del conductor del automóvil de Mariana, sentía el ya tan acostumbrado escalofrío y el sudor de sus manos. Mariana no habló por unos instantes, pero luego sonrió.

—Deduzco que guardas una gran pena, algo lo suficientemente importante para que te hayas cerrado al mundo. Me doy cuenta de que hablas poco con la gente, lo justo y necesario, que no socializas con nadie más allá de la oficina y el trabajo, y que, por algún motivo, quizá por caraduras, nos has dejado entrar un poquito a Lau y a mí. Te agradezco por eso —admitió y luego hizo un silencio.

Mel no sabía si ella esperaba que dijera algo, pero no tenía idea qué decir. Así que tampoco respondió.

—No necesitas decirnos qué es lo que te sucedió, pero quiero que sepas que, aunque parecemos un par de locas escapadas de un manicomio, aunque hablemos bobadas la mayor parte del tiempo, Lau y yo somos buenas personas, no queremos dañar a nadie y menos a ti. Nos caíste bien desde el inicio. ¡No sabes lo horrible que era el jefe anterior! —añadió con tono jocoso para sacarle seriedad al asunto—. Si te sientes incómoda solo hazme una señal, yo lo sabré… Lau puede ser un poco avasalladora, pero es buena gente y no tiene malas intenciones. Respetamos tu espacio, tu silencio y tus secretos, solo queremos ser tus amigas —admitió.

—Nunca he tenido amigas —escupió Mel casi sin pensarlo, como si aquello lo hubiese pensado en voz alta—. No sé cómo tenerlas, no sé cómo ser una, no sé cómo conservarlas.

—¿Nunca? Eso es… triste —dijo Mariana con la voz serena—, pero nunca es tarde para hacer un puñado de amigos.

Mel asintió sin expresar los miedos que en ese momento le invadieron. ¿Y si se aburrían? ¿Si se daban cuenta de que ella no era una persona interesante y se alejaban? ¿Y si confiaba y luego la abandonaban, o peor, la traicionaban? Se sentía muy estúpida pensando así a los veintiocho años y teniendo el trabajo que tenía, así que no se lo expresó a Mariana.

—Ahora tienes dos amigas, Mel —dijo la mujer—, puedes contar con nosotras —añadió.

Mariana parecía una madre cariñosa, y en efecto, esa noche, Mel se enteró de que tenía dos hijos de veinte y catorce años. Ya eran grandes, así que ella había recuperado un poco su vida de mujer luego de años de dedicarse a ellos y a su crianza. El padre de los chicos la había dejado por otra mujer cuando los niños eran pequeños, así que no tuvo más salida que intentar ocupar los espacios vacíos y sacarlos adelante.

Lauri, por su parte, tenía un novio desde hacía ya casi cuatro años. Estaban pensando en casarse, pero el enamorado aún no daba el último paso. No hubo propuesta formal aún, por lo que Lauri se sentía algo ansiosa, ya que no quería presionarlo, pero, por otro lado, pensaba que ya era tiempo. Vivía sola con su hermana en un departamento en el centro, y había cumplido los veintisiete hacía dos meses.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? —inquirió Lauri mientras las tres se hallaban sentadas en la alfombra peluda del centro de la sala pintándose las uñas de colores chillones.

Mariana le guiñó un ojo, como para que supiera que no debía decir nada que no quisiera.

—Vivo sola, ahora… pero hasta hace una semana vivía con mi hermano menor, que tiene dieciocho años. Yo lo crie desde los diez, y ahora que acabó la escuela ha conseguido una beca para ir a estudiar afuera. Ese siempre ha sido su sueño y estoy muy contenta de que lo haya logrado —comentó.

Hablar de Ian le sacaba protagonismo y eso siempre la salvaba en esa clase de situaciones.

—¿Lo extrañas? —inquirió Mariana.

—Sí, pero sé que está bien y es feliz. Era hora de que desplegara las alas…

—¿Por qué lo criaste? —preguntó Lauri.

—Pues, mis padres fallecieron en un accidente hace ocho años, él solo tenía diez y yo veinte, me hice cargo, era mi familia, no podía dejarlo solo.

—¡Eso es admirable! —exclamó Mariana—. Criar es muy difícil, incluso cuando se trata de tus propios hijos. ¡Lo has hecho genial! ¡Eres grande, Camelia! —añadió con entusiasmo.

La muchacha se ruborizó, nunca le habían hecho un cumplido así. Nadie, excepto Ian, y a él se lo creía porque era su hermano.

—¿Novio? ¿Novia? Ya dinos la verdad —inquirió Lauri.

—No… no tengo pareja —susurró—. Me gustan los hombres… aunque en realidad pienso que estoy mejor así… —admitió—. Por lo que no tengo interés en que me consigas un amor —añadió con una sonrisa que hizo que las otras dos mujeres rieran.

Mel sintió que el momento era mágico, logró hablar con dos mujeres desconocidas como nunca había hablado con nadie. Era poco lo que había dicho, pero era mucho más que nada.

Mariana cambió de tema al darse cuenta de que el ambiente estaba divertido. Trajo un poco de alcohol y ofreció a las chicas.

—¿Quieres? —inquirió mirando a Mel.

—No… no bebo, gracias —susurró la muchacha.

—Pues yo me tomaré tu parte —dijo Lau con alegría.

—¡No abuses! —añadió Mariana—. Mañana no hay quien te levante y no quiero a Sebas llamándome temprano para decirme que no debí alcoholizarte. Creo que ese chico tuyo no sabe quién eres en realidad —dijo con diversión.

Pasaron a ordenar una *pizza*, ver una película y luego fueron a la habitación. Había una cama matrimonial y un colchón en el suelo.

—Tú y yo dormimos aquí —dijo Mariana señalando a Lauri—. Si no te molesta ocupar el colchón, claro —añadió con la vista en Mel.

Camelia se lo agradeció, Mariana la entendía, le hubiera resultado demasiado incómodo dormir con una de ellas.

—Perfecto —añadió.

Durante un buen rato más estuvieron hablando de cualquier cosa, comentaron cuestiones del trabajo y chismes del entorno, se rieron de ellas mismas y remedaron a una tal Sara, una chica a la que no aguantaban en la oficina, pero a quien Mel aún no conocía.

—No te pierdes de nada, mujer, es mejor que ni la veas —explicó Lauri .

Un rato después, el silencio sumió la habitación, Mel cerró los ojos y sonrió para sí. Se sentía bien, a gusto, e increíblemente no estaba incómoda como en principio pensó que se sentiría. Quizá Ian tenía razón, quizá estas chicas eran buena gente y ella podría darles una oportunidad.

Esa noche, Mel soñó con su madre que le sonreía y la abrazaba, ella era pequeña y tenía mucho miedo de dormir en la oscuridad, su mamá la acunaba en la penumbra, le encendía la luz de noche y le besaba la frente.

—Todo estará bien, cariño, mamá está aquí y es tiempo de que seas feliz —canturreaba.

Mel cerró los ojos y sintió esa paz que solo se siente en los brazos de la madre, esa confianza de que el mundo es un lugar seguro si lo vemos desde sus brazos, esa sensación de que las cosas iban a cambiar para bien, de que quizá no era tan malo abrirse un poco a la gente. Después de todo, ya había pasado demasiado tiempo.

CAPÍTULO 3
Cambios

Un par de semanas después de aquella noche, Mel ya se había acostumbrado a sus nuevas rutinas: salir a almorzar con las chicas, reunirse los viernes y su nuevo trabajo. La gente del hotel era muy amable, todos siempre tenían una agradable sonrisa en el rostro; según Lauri, era divertido trabajar en turismo, los clientes siempre estaban de vacaciones, y eso contagiaba paz y relajación. Había ocasiones, claro, en que algunas cosas no salían como se esperaba, algún aire acondicionado dejaba de funcionar o algún cliente especial se quejaba por algo. Para eso estaba Mariana, que era quien se encargaba de aquello y Mel pensaba que no podía haber nadie mejor para esa tarea. Esa mujer era capaz de calmar a una fiera, era serena, pacífica y transmitía sabiduría en cada poro de su piel, no había ni un solo cliente alterado que no sucumbiera a sus encantos.

Una tarde de sábado, Mariana le mandó un mensaje diciéndole que estaba en un centro comercial muy cerca de su casa y le preguntó si no quería tomarse un café con ella. Mel estaba leyendo un libro, una de esas historias de romance rosa que tanto le encantaban y le hacían soñar con un mundo paralelo en donde un hombre se enamoraba de ella y construían un amor tan mágico e irreal como el de sus libros. Cerró la novela y decidió que no le vendría mal un poco de aire fresco, así que fue junto a su amiga.

Cuando llegó, la encontró sentada en donde habían quedado de verse, Mariana no se veía tan serena como siempre, por lo que Mel se apresuró a acercarse.

—¿Estás bien? —inquirió la muchacha.

—No tanto, pero se me pasará —prometió la mujer.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar? —quiso saber Mel.

—Problemas con Alan, nada que no se solucione, ya sabes… los adolescentes de hoy —suspiró—. Mejor vayamos por nuestro café y cuéntame qué estabas haciendo.

Mel sabía que Alan era el hijo menor de Mariana y que el chico era bastante rebelde, su madre solía ponerlas al tanto de sus hazañas. Se sentaron a la mesa, pero Mariana no dijo nada, Mel la notó muy apagada, por lo que decidió decirle algo.

—No sé qué suceda con Alan, pero a mí me ha funcionado la confianza.

Tanto Mel como Mariana se extrañaron ante aquella afirmación. Mariana quería que le dijera más, pero Mel sintió como si no hubiese sido ella quien dijo aquello. La palabra confianza y ella no eran buena pareja.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mariana y ella asintió.

—Es difícil para mí aceptar esto, por lo general no he confiado en nadie nunca —añadió con la mirada perdida en el cristal de la cafetería que daba a la calle—, pero en Ian lo he hecho siempre. Hemos pasado muchas cosas, todo eso que supongo también atraviesas tú: amigos y

amigas que no eran buena influencia, enamoradas que no me gustaban demasiado para él, que sentía que podrían apartarlo de su camino… de sus sueños…

»Pero yo siempre me mantuve aparte, por más que quería decirle o incluso prohibirle ciertas cosas, pensaba en que solo somos hermanos y que no era mi derecho inmiscuirme en su vida. Decidí confiar en que él tomaría las mejores decisiones, en que era un buen chico, inteligente y maduro… En realidad, no sé si eso dio un resultado positivo, una vez lo senté y le hablé, le dije claramente cómo era el mundo afuera, cómo debía cuidarse, protegerse, le conté mi vida a su edad y los errores que pude haber evitado cometer, al final le dije que yo no me metería en su vida, pero que confiaba en que ya era grande y que tomaría las mejores decisiones.

—Eso es bonito —dijo Mariana.

—Supongo que no es tan sencillo para ti, yo solo soy la hermana, tú eres la madre… tu responsabilidad es mayor —añadió.

—De todas maneras, te lo agradezco, creo que tienes razón. A veces perdemos la perspectiva y nos desesperamos ante la idea de que los hijos equivoquen sus caminos y queremos protegerlos demasiado, envolverlos bajo un ala enorme para que nada les suceda, y no nos damos cuenta de que eso es contraproducente. Tendría que confiar un poco más en él, es lo que me reclamó, me dijo que no confío en él y en que no hará tonterías. Y no es que no confíe, es que… tengo miedo.

A Mel aquella declaración le pareció tan sincera que le generó ternura. Mariana era una mujer fuerte, sabia, intensa y que parecía tener todas las respuestas, sin embargo, tenía miedo.

—Gracias por tus palabras, Mel, eres una gran amiga — continuó Mariana y Mel se sorprendió ante eso.

Ella no sabía ser amiga, nunca había hecho eso de dar un consejo ni tampoco había pedido uno. Con Ian sí, lo hacía todo el tiempo, pero con nadie más.

—¿Qué hacías cuando te escribí? —quiso saber la mujer.

—Leía una novela…

—¿Te gusta leer? ¡A mí me encanta! ¿Qué leías?

Mel pensó en inventarse una respuesta y darle el nombre de algún clásico que la dejaría como una persona intelectual y culta, pero observó los ojos curiosos de Mariana y no quiso mentir.

—No te rías, pero amo esas novelas rosas que exudan amor y cliché por todos lados —afirmó —, así como también las comedias románticas —añadió.

Algo en Mariana le invitaba a abrirse sin más.

—A mí también me gustan —dijo la mujer—, me ayudan a vivir un mundo imaginario, o alternativo.

—¿No tienes pareja, Mariana? —Se animó a preguntar Mel.

—No, luego de mi fallido matrimonio, tardé mucho tiempo en desear intentarlo de nuevo. Conocí a un hombre muy bueno, pero vivía lejos y las cosas no funcionaron. Estoy bien así ahora, ya suficiente tengo con los hijos —admitió entre risas—. ¿Tú? ¿De verdad no hay nadie?

—No… Nadie —afirmó la muchacha—, quizá los protagonistas de esas novelas —añadió con una sonrisa que contagió a Mariana.

La mujer sabía muy bien que algo apretaba el corazón de esa muchacha y que debía tocarla con mucho cuidado para que no se resquebrajara. Ella tenía un don especial para tratar con la gente, desde muy pequeña había sido así, por eso había estudiado psicología, y luego se había especializado en el área laboral.

Desde que la había visto, había percibido que se hallaba encerrada en sí misma y con miedo, como si estuviera atrapada en una cárcel de cristal que ella misma se había impuesto, y aunque no sabía los motivos, adivinaba que tenía que tratarla con el cuidado suficiente para que esos barrotes que la tenían presa, no se rompieran. Mariana había aprendido con los años y la experiencia, que forzar situaciones, no llevaba nunca a nada.

—¿Te han roto el corazón? —inquirió.

—No… en realidad nunca he salido con nadie —admitió con un hilo de voz.

Mel consideraba que tener su edad y no tener ninguna clase de experiencias era un error, un pecado mortal, algo de lo que debía avergonzarse, más en las épocas en que los niños de doce o trece años ya tenían experiencias románticas.

—¿Nunca? ¡Pero Camelia! —exclamó Mariana con tono divertido que no ofendió a la chica, más bien le dio risa—. Eres una mujer preciosa, se nota que tienes mucho dentro de ti para compartir con el mundo. ¿Por qué no has tenido pareja? ¡Lo que me encantaría a mí tenerte como nuera! — añadió con sus gestos exagerados a los que Mel ya se había acostumbrado.

Sonrío, feliz de que la tristeza de unos minutos antes se haya esfumado del rostro de Mariana.

—Bueno, supongo que… no he llamado la atención de nadie —dijo Mel sin saber qué más decir.

En realidad, esa no era la verdad, no es que no hubiese tenido muchas oportunidades, como Ray, su compañero de universidad, o Fabio, su jefe anterior, o Luis el chico que trabajaba en la sección de cobranzas de la universidad y que le había invitado a salir unas cuarenta veces o más.

—No, eso no me lo creo —dijo Mariana y negó con rotundidad—. Estoy segura de que has llamado la atención de muchos… —entonces la miró con ternura—. ¿Por qué tienes miedo de amar, Mel? —quiso saber con una voz tan dulce y melodiosa que el corazón de Mel se derritió.

—No… lo sé… —admitió—. Me cuesta confiar en las personas, siempre pienso mal de ellas. Mi hermano me dice que debo darle oportunidad a la gente, pero yo me cierro antes de que eso suceda. No sé cómo tú y Lauri burlaron mis fronteras —susurró—, pero esa es mi verdad. La gente me genera ansiedad, y cada vez es peor, porque cuando siento que estoy hablando o abriéndome mucho, ya se me acelera el corazón, me sudan las manos… como ahora…

Mariana valoró la sinceridad y la dificultad en la respiración de su amiga mientras le abría su mundo secreto, la tomó de la mano con una sonrisa cálida que a Mel le recordó a su madre.

—Escucha… Ian tiene razón, debes darle una oportunidad a la gente, sin dejar de cuidar tu corazón. Las personas somos complicadas, dañamos y nos hacen daño, está en nuestra naturaleza… pero el amor es hermoso, Mel, y no deberías cerrarte a la posibilidad de sentir, de experimentar, de compartir con alguien tu vida. Sé que yo no soy un buen ejemplo, pero si te sirve, no cambiaría en nada lo que he vivido. No cambiaría los años que estuve con el padre de mis hijos porque con él descubrí el amor, la camaradería, el compañerismo. No funcionó, no salió como lo soñamos, y el amor se terminó… pero fue hermoso mientras duró y le agradezco a la vida haber amado así.

—No sé cómo hacerlo… —dijo Mel—. Me he encerrado tanto que no sé cómo salir de mí misma, es… difícil de explicar, pero es como si hubiese otra Camelia dentro de mí, que cada vez que conozco a alguien, me advierte una y otra vez todo lo que podría salir mal, y termino por alejarme…

—Estoy segura de que alguien te hizo mucho daño, y no tienes que contarme si no lo deseas,

pero tienes que seguir tus propios consejos. Imagina que esa Camelia que te advierte todo el tiempo, es una madre como lo soy yo, alguien que se preocupa porque no sufras y que no equivoques los caminos. Debes agradecerle por advertirte y abrirte los ojos, podría evitarte en realidad golpes fuertes, pero, por otro lado, debes decirle que confíe en ti, como lo ha hecho mi hijo conmigo, dile que sabes lo que es bueno para ti y que confíe en que lo harás bien. Debes confiar en ti misma y en la vida —susurró Mariana—. Tus amigas estamos y estaremos a tu lado, no te dejaremos caer y si caes, estaremos allí para llorar contigo.

Mel tenía los ojos llenos de lágrimas, nunca había llorado ante nadie y aquello la hacía sentir vulnerable. Las palabras de Mariana tocaban alguna fibra muy profunda en su interior.

—Nunca he llorado con nadie, me siento idiota —afirmó.

—Llorar no nos hace idiotas, nos hace humanas —susurró Mariana y le pasó un pañuelo de papel—. Además, ayuda a limpiar el dolor. Me gusta pensar que las lágrimas son nuestra manera de bañarnos por dentro, caen cuando es necesario sacar la mugre, dejarla ir, liberarnos… Hace bien llorar, Mel, y creo que todavía deberás hacerlo mucho más… esas lágrimas están sacando eso que te tiene atrapada por dentro, y si se quedan adentro, inundan el alma, asfixian.

—Me las he tragado todas, por años… —admitió.

—Es hora de dejarlas hacer su trabajo.

Mel sonrió y sintió calor en su alma, le regaló a Mariana una sonrisa que le nació del interior, de una zona que no había percibido antes, de un lugar cálido y confortable en el que nunca había estado, pero le gustaba estar.

—Gracias…

—Te quiero, corazón —dijo Mariana pasándole otro pañuelo a Mel. Nadie nunca le había dicho que la quería, salvo claro, sus padres e Ian, pero eso era esperable.

Ella no pudo responder con la misma frase, pero su corazón se sintió aún más tibio. Como una manta de lana sobre un cuerpo tiritante.

***

Se despidieron casi una hora después, cuando ya anochecía. Mariana le preguntó si quería que la acercara a casa, pero Mel dijo que era cerca y que prefería caminar un poco, necesitaba ese aire fresco sobre su rostro. Mariana entendió y luego de darle un abrazo sentido y agradecerle por haber compartido la tarde con ella, se despidió.

Mel caminó por las calles de la ciudad completamente abstraída del sonido de la gente, del bullicio de un sábado por la tarde, de los bocinazos de los autos. Fue a dar un paseo por la costanera y se dejó fluir en los pensamientos mientras rememoraba una y otra vez su conversación con Mariana esa tarde.

Sí, ella también sentía que la quería, pero le daba miedo querer, eso significaba entrega, y le generaba incertidumbre, era como caminar sobre arena movediza, siempre podría hundirse.

Sus pensamientos la llevaron a comprender que su miedo a querer era proporcional a su miedo a sufrir, pero que su necesidad por hacerlo había crecido tanto a través de la soledad y los años, que parecía superar con creces al miedo, lo que indefectiblemente la había llevado a confiar en esas dos mujeres que le ofrecían una aparente amistad sincera, y que quizá ya era un poco tarde para dar marcha atrás.

Había aparecido en su interior una Mel que no había vislumbrado antes, o mejor, a quien no había escuchado antes; una Mel a la que quería dar una oportunidad, alguien que desde lejos le susurraba un «anímate, anímate un poco, ve despacio, pero anímate». La otra Mel, la que siempre le advertía los peligros, intentaba decirle algo, pero no podía oír su voz, solo escuchaba el ánimo de la Mel que la incitaba a arriesgarse.

Entonces, vio algo que llamó su atención, era una mujer vestida de blanco, caminaba etérea sobre la playa y parecía tener luz propia. La miró y la mujer le devolvió la mirada, tenía un ramo de flores blancas en sus brazos, un ramo de flores que a esa distancia Mel no podía distinguir si eran rosas, claveles o margaritas. La mujer parecía acercarse a ella, pero no caminaba, sino que flotaba en el aire, Mel supo entonces que esas flores eran camelias, las favoritas de su abuela, una mujer a la que no había conocido, pero de la que su madre le había hablado con intensidad.

Su abuela Carmen tenía un gran jardín lleno de camelias, uno en el que se había criado su madre y en el que había sido inmensamente feliz, pero la mujer falleció de un repentino ataque al corazón justo dos meses antes de que ella naciera, y no la llegó a conocer. Por eso, su madre le puso ese nombre, y siempre le había comentado que su nacimiento fue el momento más difícil de su vida. Por un lado, aún lloraba la muerte de su madre, una mujer a la que estaba demasiado unida y a quien amaba profundamente, y, por otro, recibía a la vida, se convertía en madre y abrazaba a su primera hija, su gran amor.

Camelia recordaba que su madre le había hablado muchas veces de eso, sobre todo cuando las cosas se habían puesto difíciles en su vida. Le había dicho lo mucho que la había esperado, lo entusiasmada que estaban ella y su abuela Carmen por conocerla, lo mucho que la habían amado ya antes de que llegara a este mundo. A Mel le gustaba oír esas historias, y su madre le decía que estarían unidas por siempre, tres generaciones de mujeres fuertes, valientes y hermosas.

Le decía también que estaba segura de que Carmen, su abuela, velaría por ella desde el cielo durante toda su vida, y le había hablado tanto de ella cuando era niña y adolescente, que Mel siempre la sintió como parte de su vida a pesar de nunca haberla conocido. Por eso, cuando su madre murió, una parte de ella supo que por fin se reencontraría con su abuela y estaría bien, y que ambas velarían por ella desde arriba.

Había visto fotos de Carmen muchas veces, pero la mayoría eran fotos de su edad adulta, esa mujer etérea que veía era muy joven, de unos veinticinco años quizá, podría ser su abuela, pero no estaba segura. La mujer sonrió, y entonces desapareció hacia el horizonte, como si fuera a ese sitio donde el mar se junta con el cielo.

—Ya estoy loca, ahora sí ya estoy loca, lo único que me faltaba era ver fantasmas —se susurró Mel a sí misma al tiempo que sacudía su cabeza. Entonces siguió su camino.

Se sentía confundida, aturdida, en realidad la había visto, como alguien tangible. ¿Habría sido su imaginación? Nunca le había pasado aquello.

Entonces, cruzó la calle para llegar a su departamento, ya estaba en frente. Y de pronto, cuando solo faltaban dos pasos para que pisara la vereda, escuchó un bocinazo, un grito agudo con una grosería, y luego todo se puso negro.

CAPÍTULO 4

Choque

Camelia sintió que le dolía todo el cuerpo, incluso podía percibir el palpitar de partes de su cuerpo que no sabía que existían. Algunas voces se escuchaban alrededor, pero no podía abrir los ojos. Gente pedía que llamaran a una ambulancia y una voz masculina les decía a todos que se apartaran.

—Tranquila, estarás bien.

La voz tenía acento extranjero, español, y era tan cálida que parecía un brebaje mágico que le infundía fuerzas. Una mano le palpaba el pulso y le apartaba los cabellos de su rostro.

—Ya vendrá una ambulancia y estarás bien —dijo el hombre.

Mel hizo un esfuerzo enorme para abrir los ojos y se encontró con un par de ojos azules que la miraban con curiosidad. Se dio cuenta de que el hombre de la voz suave estaba acuclillado a su lado, y que ella parecía estar en el piso más duro que hubiera existido jamás.

—Me duele… todo —dijo entonces y él asintió.

—Estarás bien, solo son golpes, pero te llevarán al hospital para revisarte. ¿Quieres que avise a alguien? —preguntó él.

—Mis amigas… —pidió Mel—, en mi celular —balbuceó—. Mariana…

—Tu celular está roto —interrumpió el hombre y miró el aparato en medio de la calle, cientos de autos habían pasado por encima ya—. ¿Sabes de memoria los números? — inquirió.

—No… —respondió la muchacha.

El sonido de la ambulancia se acercaba cada vez más.

—¿Voy a morir? —preguntó Mel.

Quizá por eso había visto a su abuela unos minutos atrás, quizá la había venido a buscar.

—No —respondió el hombre con una sonrisa—, estás bien, créeme —dijo con calma—, pero no debes moverte hasta que te retiren, puedes tener algún hueso roto, pero estarás bien.

Mel cerró los ojos, se sentía en calma y eso le parecía extraño. Quizás ese hombre no sabía nada, quizá sí iba a morir y por eso tenía esa sensación de paz que no había experimentado antes.

—Si muero, dile a mi hermano que lo amo y que no llore por mí… —pidió.

—No seas tan melodramática —respondió el hombre con voz divertida—, te acompañaré al hospital, ya vienen por ti. Estarás bien —insistió.

Mel cerró los ojos, se sentía agotada y la paz que experimentaba era como un calmante fuerte que le dopaba los sentidos.

***

Un rato más tarde, cuando volvió a despertar, estaba en una cama de hospital, cubierta por una suave sábana blanca y con un yeso en el antebrazo derecho. Abrió los ojos y el dolor ya no era

tan intenso.

—Buenas noches —saludó una mujer—, le hemos puesto algunos calmantes para el dolor, pero quiero que sepa que está bien, que todo está en orden. ¿Cómo se siente?

—Un poco aturdida —respondió—. ¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Qué día es?

—Soy Marcela —dijo y señaló su gafete—, enfermera del turno noche. Usted llegó aquí hace un par de horas por un accidente, hoy sigue siendo 15 de marzo, y un auto conducido por un chofer despistado le provocó el accidente. No fue fuerte, gracias a Dios, y no ha sufrido más que golpes, tiene una fractura en la muñeca, pero sanará pronto. El hombre que la trajo espera afuera —añadió—. ¿Le digo pase?

—¿A quién? No conozco a nadie —susurró Mel aún confundida.

La voz de alguien que le hablaba en el momento del accidente le volvió a la memoria.

—¿Permiso? —La misma voz volvió a sonar desde la puerta.

La enfermera sonrió y salió de la habitación haciéndole un gesto al hombre para que ingresara.

—Ya despertó —le dijo antes de salir.

—Permiso…

Mel vio a un hombre ingresar, era alto, le pasaba al menos una cabeza, su piel era morena y su cabello oscuro y largo le caía hasta los hombros de forma desordenada, sus facciones eran hermosas, entre varoniles y dulces. Sus ojos azul oscuro, los mismos que había visto por unos segundos después del accidente, se le hacían de alguna manera conocidos. Su voz cálida y su media sonrisa guardaban algo de culpa.

—Tú eras el que me hablaba luego del choque, ¿no?

—Sí… bueno… Yo… quería perdirle disculpas —dijo el hombre con acento extranjero—, venía un poco distraído y no la vi —admitió.

—¿Usted fue el del accidente? —inquirió la muchacha ahora sorprendida.

—Sí… perdón, de verdad… es… No espero que lo entienda, pero no sé si usted ha tenido uno de esos días en los que parece no estar en realidad en el mundo… Lo cierto es que, no hay excusas… estaba distraído —admitió—. Gracias a Dios usted está bien, solo quiero que se quede tranquila, me dijo el doctor Mendoza que estará aquí un par de días, solo para observación, y que luego podrá regresar a su casa. Yo me encargaré de todos los gastos que tenga aquí y también de todo lo que pudiera necesitar.

—Pe-pero… Yo… —Camelia no terminaba de entender lo que estaba sucediendo—. Los médicos necesitan su nombre y sus datos personales para poder procesar su ingreso, no quise revisar su cartera —dijo y señaló justo al lado de la mesa de descanso—, y su celular quedó destruido en el accidente. Yo… yo ya estoy viendo para adquirirle uno nuevo.

—Eh… Camelia… Soy Camelia Bustamante —titubeó la mujer.

—Camelia —susurró el hombre. A Mel le pareció que su nombre le recordaba a algo, o quizás a alguien, había quedado en silencio por un rato, pero entonces reaccionó—. ¿A quién puedo llamar? —inquirió incorporándose de nuevo.

—Yo… no sé los números de memoria, mi hermano está lejos y… mis amigas… no sé sus números.

—Usted trabaja en el Hotel Giroba, ¿no es así?

—Sí… —respondió ella con curiosidad—. ¿Cómo lo sabe?

—Me pareció haberla visto antes —dijo él—. Iré allí temprano, a buscar a sus amigas. ¿Son la chica rubia y la mujer pelirroja?

Mel sintió inseguridad ante aquella afirmación.

—¿Me estabas siguiendo? ¿Quién demonios eres? —preguntó algo alterada. Todas sus alarmas se habían encendido.

El hombre sonrió y negó.

—Tranquila, no la seguía. Nos hemos visto antes, varias veces… es lógico que no me recuerde… Soy Ferrán —dijo y ella abrió los ojos con sorpresa.

—¿El mimo? —inquirió.

—El mismo… el mimo —dijo él y luego hizo una de las típicas reverencias que solía hacer al seguirlas—. Lamento que nuestros encuentros siempre resulten tan… accidentados — sonrió.

Mel recordó entonces la primera vez que lo vio, cuando él la había chocado con su cuerpo el primer día que comenzaba a trabajar en el hotel.

—No se preocupe, mañana mismo traeré a sus amigas aquí. Las traería ahora si supiera donde buscarlas. ¿Conoce sus casas?

Mel negó, no iba a darle la dirección de sus amigas a un desconocido.

—Bueno… entonces mañana será, ¿estará bien esta noche, Camelia? —inquirió.

—Sí… no te preocupes —dijo ella y asintió.

—Una vez más lamento todos los inconvenientes que le he ocasionado, espero que pueda perdonarme —murmuró.

Entonces, se levantó y sacó de su campera una flor de papel, una de esas rosas rojas que ella y sus amigas lo habían visto hacer en las esquinas para entregar a la gente.

—Es una camelia, como usted —dijo al dársela.

—Gracias… —respondió la muchacha y la tomó con el brazo que tenía libre.

En ese momento, Mel sintió como si una brisa soplara sobre ella. No entendía bien lo que estaba sucediendo y no había ventanas abiertas, así que lo atribuyó a su estado, después de todo, aún se sentía aturdida.

Ferrán salió de allí haciendo una vez más una de sus reverencias, y Camelia sonrió. No sabía bien por qué, pero le resultaba gracioso ver a ese hombre tan guapo y varonil, haciendo esos gestos tan infantiles.

Se veían como dos hombres completamente distintos, el mimo y Ferrán no parecían ser la misma persona.

CAPÍTULO 5
Apertura

A la mañana del domingo, Ferrán ingresó a la habitación para contarle a Camelia que había ido al hotel y explicado la situación. No era día de trabajo de Mariana y de Lauri, pero una chica de nombre Mirta le dio el número de una de ellas y pudo contactarlas. Le comentó que vendrían a verla y le dio un aparato celular nuevo.

—No es necesario —dijo ella al ver que el modelo era mucho más moderno que el que tenía.

—No sabía si este estaría bien, pero si no le agrada, le compraré otro —Mel lo miró con inseguridad. Su amabilidad la apabullaba.

—Mira, Ferrán, estás disculpado, entiendo que estabas distraído, y sí, he tenido esos días como los que me preguntaste, en los que no sé bien si estoy o no en el mundo. Así que puedo comprenderte. No me ha pasado nada, estoy bien, me siento bien, no tienes que darme nada, puedes llevar el teléfono e intentar venderlo…

Mel pensaba que un mimo no podía ganar tanto dinero y se preguntaba cómo habría conseguido ese aparato, quizá le había costado todos sus ahorros.

—Me he formado en una familia muy estricta, Camelia. Mi madre me ha enseñado a reponer mis faltas y errores siempre. Ha sido mi culpa que usted estropeara su celular, así que es mi deber reponérselo, por favor, acéptelo.

Por unos instantes a Camelia le pareció que alguien había sacado a ese hombre de una de esas novelas de época. Si no fuera por su aspecto desenfadado y su vestimenta moderna, pensaría que alguno de los personajes de un libro había cobrado vida. Sus ojos profundos, su seriedad, su voz templada y cálida y su acento extranjero lo hacían parecer alguien de otra época. Le costaba relacionar a la persona que tenía delante, con el mimo desenfadado y chistoso que las perseguía mientras las remedaba e intentaba darles alguna flor o quitarles una sonrisa.

—¡Hola! —la voz alegre de Lauri llegó antes que su dueña.

—¡Lau! ¡Mariana! —Mel no se había sentido tan feliz desde la tarde del sábado, cuando había compartido con Mariana una agradable velada—. ¡Qué gusto verlas! —añadió.

Las dos mujeres ingresaron al lugar y se acercaron a ella con cariño.

—Ferrán, ¿cómo estás? —saludó Lauri—. Qué bien te ves sin el maquillaje —dijo con diversión.

—Hola, gracias. Estoy bien, ¿usted? —preguntó.

—¿Puedes dejar de tratarnos de usted? —inquirió Mariana mientras acomodaba unas almohadas bajo la cabeza de Mel—. ¿Te sientes bien, corazón?

—Sí —respondió esta—. Estoy bien, qué bueno tenerlas aquí.

—Sí, nos contó este hombre lo que sucedió y no podíamos esperar más para venir a verte.

—¿Este es tu nuevo celular? —inquirió Lauri tomándolo de la mesa de al lado—. Ferrán dijo

que te conseguiría uno, pero ¡vaya! ¿No puedes atropellarme a mí también? —añadió viendo al hombre que no pudo evitar sonreír ante la jovialidad de la muchacha.

—Le dije que no lo necesito —dijo Mel con algo de vergüenza—, no es necesario que te preocupes así, ya estoy bien —añadió mirando a Ferrán.

—Ya se lo dije, Camelia, estoy hecho así —añadió.

—¡Tutéanos! —gritó Lauri—. Es raro que nos hables de usted, ¿cuántos años tienes? ¿Mil? —quiso saber.

Ferrán volvió a sonreír.

—Está bien, si así lo piden —dijo y miró a las tres, que asintieron. Él se encogió de hombros.

Los tres se quedaron allí toda la mañana con Mel, las chicas pusieron música y mientras Lauri cantaba y Mariana se interiorizaba del estado de Camelia, Ferrán contemplaba desde la distancia en respetuoso silencio.

—Yo… creo que ya me retiraré —dijo luego de un rato—. Estás bien y estás acompañada, ya no necesitas de mi presencia —añadió acercándose a Camelia—, pero te dejaré mi número anotado en el celular, por si necesitas algo. Vendré de nuevo mañana, para asegurarme de que todo marche bien y no necesites nada.

—Bueno —respondió Camelia y sintió algo en su pecho.

No podía precisar qué era, pero de pronto no deseaba que se fuera. Aquello le pareció estúpido y sin sentido, ¿por qué no querría que se fuera si ni siquiera eran amigos? Entonces, cayó en cuenta de que desde que lo había visto durante el accidente y hasta ese momento, no hubo un solo instante en que se sintiera incómoda en su presencia, era como si estuviera con Ian, como si fuera algo natural para ella. Algo que no le sucedía con absolutamente nadie.

Ferrán hizo una reverencia de las que siempre hacía, y adjuntó otra camelia de papel a la que ya descansaba en la mesita de al lado de la cama. Se despidió de las tres con un movimiento de mano y salió sin decir palabras.

—Estoy enamorada de ese extraño personaje que se ve guapo y sereno, una mezcla perfecta entre un actor de película y un personaje de algún libro de la época de Orgullo y prejuicio. ¿No me lo puedo quedar? —preguntó Lauri al verlo partir.

Mel tenía la mirada perdida en el par de camelias rojas que descansaban en su mesita, incluso sentía que podía oler el aroma de esas flores, y pensaba que se había vuelto loca, aunque si lo analizaba bien, era el aroma de Ferrán el que se le había impregnado en las fosas nasales.

—Tú tienes a Sebastián —dijo Mariana con una sonrisa interrumpiendo sus cavilaciones—, que también es guapo y te adora. ¿Qué tal si le dejamos este hombre a Mel? —inquirió.

—¿Yo? ¡Están locas! —exclamó al oír su nombre—. Ya les dije que yo no quiero meterme en esas cosas, además… será muy guapo y todo, pero cada vez que me ve me atropella, me choca —bromeó.

—Eso es justo lo que yo llamaría: Un amor de novelas —dijo Mariana y le guiñó un ojo. Mel supo que recordaba la conversación que habían tenido y negó con diversión.

—¿Creen que robó el teléfono? —inquirió entonces con desconfianza viendo el aparato que descansaba al lado de las camelias.

—¿Robar? ¿Por qué lo haría? —inquirió Lauri.

—¿Cómo crees que una persona que trabaja haciendo malabares en las calles puede acceder a este modelo? ¡Es carísimo! —dijo Camelia y Lauri asintió.

—Bueno, sí, pero no creo que lo haya robado. No se ve como un ladrón, salvo que sea un ladrón de corazones — bromeó la muchacha—, porque el mío se lo ha llevado ya.

Mariana se echó a reír y le dio un golpe en el hombro a su amiga.

—No creo que se lo haya robado, Mel, quizá tenía un ahorro o algún amigo que se lo haya prestado —dijo la mujer con cariño, sabía de la tendencia a desconfiar de su amiga, pero quería infundirle confianza, Ferrán parecía un buen hombre. Triste, a sus ojos, pero bueno.

—Mmmm —murmuró Mel—. Le dije que no lo necesitaba, pero se empeñó en que ha sido criado de una manera en que acostumbra a reponer lo que ha dañado y que por eso debía dármelo.

—Awwww ¡Cosita linda! —añadió Lauri batiendo sus pestañas—. ¿No es dulce?

Mariana volvió a reír.

—¿Se han dado cuenta que parece español? —inquirió de nuevo la muchacha—. Creo que debo agradecértelo — dijo mirando a Mel—, siempre quise verlo sin el maquillaje, siempre quise oír su voz. Esa voz grave que tiene y ese acento… es tan sexy… ¿se imaginan haciendo aquello?

—Ya basta, mujer —dijo Mariana en medio de un ataque de risa.

Mel también reía tanto que sentía que le comenzaban a doler las costillas, sin embargo, hacía mucho tiempo que no se sentía tan a gusto, ni siquiera sabía desde cuándo exactamente, así que no quería que nada en ese momento fuera diferente.

—De solo pensarlo ya me da calor —agregó Laura sacándose la bufanda que traía por el cuello.

—¡Pobre Sebastián! —exclamó Mariana—. A lo mejor deberíamos llamarlo para que venga a llevarte a ver si no te calmas —añadió mirando a Mel que solo asintió con una gran sonrisa.

—Qué bueno que están aquí… por un momento pensé que iba a morir —añadió—. Es estúpido, pero en ese momento, pensé que moriría sola en brazos de un desconocido.

—¡Y qué desconocido! —añadió Lauri.

—Me dijo el doctor que te atiende que estás bien — agregó Mariana ignorando a Lauri—, solo estás aquí para observación por si no surgiera nada más, dijo que Ferrán insistió en que debían asegurarse de que no tuvieras algún golpe interno.

—¿Ferrán? —inquirió Mel confundida.

—Sí, el guapo que salió recién —añadió Lauri y volvieron a reír.

—Sí, a mí también me pareció extraño —comentó Mariana—, lo confieso. Pero supongo que la culpa de haberte lastimado le ha llevado a preocuparse en extremo. Por cierto, ¿quién está pagando esto?

—Ferrán dijo que se encargaría de todo —añadió Mel, y recién allí se percató de que estaba en una clínica privada—. Si al final no lo hace, esto me saldrá por mucho dinero.

—Tranquila, si dijo que lo haría seguro que lo hará… Es curioso… —añadió Mariana—. Siempre pensé que ese mimo tenía una historia, ahora estoy más que segura.

En ese momento, el teléfono de Lauri comenzó a sonar y ella lo atendió.

—¡Hola, amor! Aquí estoy, pensando en ti, como siempre…

Mariana y Camelia rieron bajito, mientras la muchacha hizo un gesto y salió a hablar afuera.

—¿Estás bien? —inquirió Mariana acercándose a la cama y tomándola de la mano izquierda —. ¿Bien de verdad?

—Sí, estoy bien —admitió la muchacha—. Estoy feliz de que estén aquí… No sé, ese día

venía pensando en lo que hablamos y en lo contenta que me sentía de que estuvieran en mi vida… Me cuesta mucho decir esto, pero gracias, Mariana, por todo…

—No tienes que agradecerme, estoy feliz de que estés en mi vida también, y, sobre todo, de que te estés abriendo más al mundo y a las oportunidades. Sé que te cuesta confiar en la gente, por lo que te agradezco aún más que hayas decidido confiar en nosotras —admitió.

Mariana se agachó y la besó con ternura en la frente. Nadie nunca había hecho eso, además de su madre, claro, y ya había pasado demasiado tiempo. Mel no sabía de besos ni abrazos, no le gustaban, por lo general, pero aquel gesto se le hizo tierno, dulce, y sintió como si una parte de ella sanara, quizás una muy pequeña, pero una al fin.

Sonrió.

—Nunca pensé sentirme contenta en una cama de hospital rodeada por las dos únicas amigas que alguna vez he tenido y por un extraño y misterioso caballero sacado, como dice Lauri, de alguna historia pasada.

—¿No te gustaban las novelas rosas? Quizá este caballero viene a rescatarte de la soledad de tu vida.

—¡Bahhh! Tampoco es para tanto, Mariana, no te emociones ni crees historias románticas donde no las hay. Además, no necesito que nadie me rescate —añadió.

Mariana no dijo nada, solo sonrió y se volvió a sentar en el sofá que estaba cerca de la ventana, perdiéndose en sus pensamientos, en los cuales le gustaba analizar las extrañas coincidencias en que la vida unía a las personas, o, mejor dicho, esas circunstancias que se disfrazaban de coincidencias para unir corazones y sanar heridas.

***

El lunes por la mañana, Ferrán apareció de nuevo por allí, estaba vestido con un *jean* y una remera negra algo ajustada. Mel no pudo pasar por alto lo guapo que se veía, pero espantó con premura esos pensamientos de su mente.

—¿Cómo amaneciste hoy? —inquirió.

—Bien, me siento bien —respondió ella.

—El médico dice que ya puedes ir a casa, ¿querrás que te acerque?

—Puedo ir en un taxi —dijo ella, pero él negó.

—Déjame acercarte… no estaré tranquilo hasta que estés en casa.

Mel sintió una punzada de temor en el estómago, pero también sintió una intensa fuerza que le impulsaba a aceptar esa propuesta. Pensó que se había vuelto loca, pero le agradaba la sensación, así que aceptó.

—¿Has hablado ya con tu hermano? —preguntó el muchacho.

—Sí, le dije que no se preocupara, que estoy bien.

—Yo… antes de despedirnos, me gustaría volver a pedirte que me perdones —insistió Ferrán —, no sé qué más puedo hacer por ti.

—No necesitas hacer nada, estoy bien, de verdad… no te preocupes, no hay nada que disculpar —respondió ella perdiéndose un poco en los ojos de aquel muchacho.

Mariana tenía razón, había una tristeza incrustada en ellos, algo que le había quitado el brillo, o, mejor dicho, la intensidad.

La enfermera la ayudó a vestirse mientras Ferrán hacía los papeleos en la administración, y cuando todo estuvo acabado, él la acompañó hasta su vehículo y la ayudó a subirse.

Camelia no era buena con los modelos y marcas de autos, pero podía adivinar que aquel vehículo era casi nuevo. No pudo evitar pensar que ese hombre era un misterio.

—¿Siendo mimo te ganas la vida? —preguntó al fin luego de que él haya arrancado y ella le haya pasado la dirección de su casa.

Le pareció que él sonrió de costado.

—Así es —respondió sin más.

—Vaya… —añadió ella con sorpresa.

No sabía qué más decir, se sentía aturdida y ni siquiera era capaz de entender por qué no se sentía incómoda con él. Se quedó pensativa, meditando acerca de aquello que sentía, era como si lo conociera de antes.

—Tienes mi número, puedes llamarme si necesitas algo —afirmó—. ¿Vives sola? —inquirió.

—Sí… —respondió la muchacha—. Estaré bien…

No hablaron más, ella no era buena para hablar con desconocidos y él se mostraba misterioso. Sin embargo, el silencio era cómodo y a Mel le pareció que llegó demasiado rápido a su casa.

—Bueno… muchas gracias por todo, no tenías que…

—Sí tenía —sentenció él.

—Bien… no te discutiré más…

—Te veré en estos días por las calles —dijo él y sonrió.

Camelia sonrió también y asintió antes de ingresar a su edificio. Y no pudo evitar pensar en que quería volver a verlo pronto. Se preguntó por qué sería eso, pero se respondió que, así como le generaba curiosidad conocer al hombre detrás del mimo, le gustaría volver a ver al animado mimo, tan alejado de la rectitud y seriedad de Ferrán.

Llegó a su habitación y colocó sus dos camelias en un pequeño vaso sobre su escritorio. Decidió guardarlas como un recuerdo de un momento que, aunque no sabía por qué exactamente, sabía que había sido uno de los más especiales en su vida.

CAPÍTULO 6

Amigos

Camelia se integró de nuevo al trabajo al día siguiente, pues a pesar de que el médico le había indicado dos días más de reposo, ella no sintió que los necesitara. En realidad, estar allí le hacía sentir bien, se divertía y pasaba buenos momentos con sus amigas. Y muy dentro de ella, y aunque no deseaba admitirlo, quería ver al mimo que rondaba las esquinas del hotel.

Mariana y Lauri la recibieron con alegría, le pusieron unos globos en la oficina y un cartel escrito a mano que decía: Bienvenida. A Mel le pareció exagerado, pero lo disfrutó.

Cerca de la hora del almuerzo, las tres amigas salieron rumbo a la pizzería, entonces vieron a Ferrán, maquillado y disfrazado acercarse a ellas y, sin hablar, comenzó a seguirlas y remedarlas.

Las chicas reían sin parar, y él también parecía divertido. Luego, justo antes de que ingresaran al local, él se detuvo frente a Mel y le cubrió el paso. Ella se quedó allí y puso los ojos en blanco, Ferrán colocó los brazos en jarra y el torso para atrás, frunció las cejas y los labios para mostrar un gesto exagerado de enfado.

—No puedo creer que seas el hombre que ayer nos trataba de usted —dijo Lauri en tono desenfadado—. Vamos, Ferrán, dinos algo —bromeó.

El hombre negó con la cabeza e hizo una mímica como si se cerrara una cremallera en la boca.

—¡No puedes ser tú! —exclamó Lauri—. No me lo creo —afirmó.

—¿No me vas a dejar pasar? —inquirió Mel e intentó adelantarse por un costado.

Ferrán negó. Luego hizo un gesto con su mano, señaló el brazo enyesado y puso una mueca que parecía esperar una respuesta.

—¡Ah! ¿Esto? Es que un loco me chocó —dijo Mel—, por eso traigo este yeso —añadió.

Lauri y Mariana comenzaron a reír.

—¿Era eso lo que querías saber? —inquirió Mel con tono inocente.

—¿Les está molestando este hombre? —quiso saber el dueño de la pizzería, que salió para ver qué sucedía en la puerta de su local.

—Para nada, es amigo nuestro —se apresuró a decir Mariana.

El dueño las miró a las tres, y luego dio una mirada de desagrado a Ferrán, quien se hizo a un lado para que Mel pasara. Las tres se despidieron con un gesto de la mano e ingresaron al local, Ferrán fingió enfado y dio media vuelta para desaparecer hacia la calle.

—¡Qué extraño! —exclamó Lauri—. ¡Ese hombre es un misterio!

—¿Por qué no investigas qué hay atrás de esa máscara? —dijo Mariana y miró a Camelia.

Ella solo negó, sin embargo, su corazón latía acelerado, nunca había sentido tal emoción, y alegría por ver a alguien, una sensación de que no quería que el momento se esfumara.

Durante el almuerzo no habló mucho, Lauri y Mariana comentaban sobre algunas cosas de la oficina y sobre un adinerado huésped que se alojaba en la suite presidencial del hotel. Pero Mel parecía abstraída, de vez en cuando miraba por el ventanal que daba a la calle para observar a Ferrán a la distancia y ver qué hacía en las calles.

Lo vio remedar a varias personas, entregar flores, hacer reír a los niños, y luego de un rato, lo vio ir a sentarse en ese sitio en donde solía descansar, un banco justo debajo de un árbol.

—¿Quieren algo más? —inquirió el camarero sacándola de su ensoñación.

—No, gracias —dijo Mariana pasándole el dinero de la cuenta.

—Yo quisiera un jugo… para llevar —se apresuró a decir Camelia—. De naranja está bien —añadió.

Mariana la observó, de hecho, llevaba un buen rato haciéndolo, así que le guiñó un ojo cuando sus miradas se cruzaron, Mel sintió como si le hubiesen descubierto y bajó la mirada.

Salieron y caminaron de vuelta a la oficina, solo que esta vez Ferrán no se les acercó y ellas parecieron no notarlo. Bueno, todas menos Mel, que de vez en cuando giraba el rostro para ver si lo veía por algún lado. Esperó a que sus amigas ingresaran al hotel para salir de nuevo y caminar hacia el sitio donde el mimo solía refugiarse del sol del mediodía. Y lo vio allí, de espaldas, enfrascado en una conversación telefónica.

—Sí… Ahí estaré… sí, no te preocupe… —respondió—. Lo prometo… no te fallaré.

Entonces, cuando cortó la llamada, Camelia carraspeó para que él se volteara y notara su presencia.

—¿Ferrán? —dijo entonces.

—¿Qué haces aquí? —inquirió—. ¿No tienes que estar en tu trabajo?

—Yo… te traje esto… —dijo y le pasó el jugo.

—¿Cuánto oíste?

—¿Oír de qué? —quiso saber la muchacha.

—De la conversación… —añadió y observó su teléfono. Su rostro se veía alterado incluso tras la capa de maquillaje blanco.

—Nada… no oí nada…

—Yo… No debiste venir a trabajar hoy, tenías que quedarte a reposar, Camelia…

—Escucha, no te preocupes por mí, estoy bien y mi trabajo me hace feliz. Ya me voy, siento molestarte, no quise hacerlo… si es un mal momento, yo…

Camelia se sintió completamente estúpida, era obvio que a él no le agradaba su presencia y que estaba molesto por algo. De pronto, la sensación de ansiedad le regresó tomándola por sorpresa, las manos le sudaron y los escalofríos se le subieron por el cuerpo. La arena movediza, iba a tragarla… ¿Qué había estado pensando para animarse a ir hasta allí? ¿Por qué demonios lo había hecho? La Mel que siempre la regañaba y le advertía del peligro estaba enardecida, gritaba en su interior con fuerza y furia. La regañaba y le trataba de tonta, de descuidada, de irresponsable.

—¿Quieres que nos vuelvan a lastimar? ¿Eso quieres? — oía a su mente ofuscada.

Mel sintió que el mundo comenzaba a dar vueltas y que se mareaba.

—¿Estás bien? ¿Camelia? ¿Estás bien?

La voz de Ferrán se escuchaba lejana, pero fue lo suficientemente clara para hacerla volver en sí.

—Disculpa… debo irme —dijo Camelia con una firmeza que no supo de dónde sacó y dio media vuelta.

Ferrán la siguió.

—Perdona, por favor, perdona. Gracias por el detalle, no soy quién para decirte lo que debes hacer, Camelia… por favor, detente —pidió.

—No, está bien así, Ferrán. Cada quién a lo suyo —dijo enfática.

—Espera, por favor —añadió tomándola con suavidad del brazo.

—¡No me toques! —gritó Mel con enfado.

El rostro de Ferrán reflejó susto y asombro.

—Lo siento —murmuró.

Algunas personas se habían volteado a ver el espectáculo que montaban. Por lo que Camelia decidió que era hora de regresar a su puesto de trabajo antes de que la arena movediza la tragara por completo.

Ferrán se quedó allí e hizo gestos de tristeza para disipar las miradas curiosas de los espectadores.

A Camelia le costó volver a su centro, se encerró en la oficina y canceló algunas reuniones por lo que quedó de la jornada. No atendió visitas y esperó a que Mariana y Lauri se fueran antes de salir esa tarde. No quería hablar con nadie, les dijo que tenía trabajo pendiente.

—No te esfuerces mucho, debes reposar —dijo Mariana antes de irse, Camelia no contestó. Estaba enfadada y a la vez se sentía humillada.

¿Quién demonios era ese hombre capaz de hacerla sentir así? Se quedó un buen rato analizando sus emociones, sus sentimientos, algo en lo que era bastante experta. Camelia era una persona muy introvertida, eso la había llevado siempre a sobreanalizar las reacciones de todos, los actos, las situaciones, los silencios y las palabras.

Sabía que no estaba siendo racional y eso era lo que más le molestaba, ella nunca dejaba de serlo. Pero tampoco se sentía como otras veces. En otras circunstancias se sentiría con miedo, desconfianza, susto, sin embargo, esta vuelta lo que quería era enfrentar a Ferrán y darle un buen golpe de puño por ponerla en esa situación. Ni siquiera sabía por qué, pero estaba enfadada, definitivamente era eso.

Al salir del hotel, ya anochecía. Caminó y respiró el aire fresco de la tarde, entonces, él apareció de pronto como si se materializara de la nada. Estaba escondido atrás de uno de los pilares que se encontraban en la entrada del lugar.

—¿Qué demonios…

Ferrán hizo un gesto de disculpas y ella negó con la cabeza, caminó hacia la derecha para deshacerse de él, sin pensar que el estacionamiento quedaba al otro lado. Ferrán la siguió, una cuadra y dos, intentando llamar su atención con mímicas, hasta que Camelia lo enfrentó.

—¡Me estás volviendo loca! Déjame en paz, por favor déjame en paz o llamaré a la policía —amenazó—. No te entiendo, y es mejor así, no tengo interés por hacerlo. Mi auto está al otro lado y por tu culpa estoy caminando en la dirección opuesta.

Dicho eso, Ferrán comenzó a reír. Camelia lo miró exasperada, pero él rio aún más.

—¡Estúpido! —murmuró antes de dar media vuelta y caminar hacia el lado por el cual había venido.

Ferrán la siguió, remedándola.

—¡Eres un ridículo! —enfatizó ella mientras seguía su camino, pero casi a la mitad de la cuadra, el enfado se convirtió en risa.

Él la remedaba y a ella esa sensación que tanto enojo le generaba, terminó por darle risa. Ferrán también rio, y por un buen rato, fue lo único que hicieron, rieron como dos locos en medio de una calle transitada por personas que le miraban raro. Algunos se contagiaban de sus risas, otros se alejaban para no pasar muy cerca de esos extraños personajes.

—¿Me dejas acompañarte hasta tu auto? —inquirió él cuando al fin se calmaron.

—Si te digo que no lo harás igual —murmuró ella intentando recobrar la fuerza del enfado, pero se había esfumado.

Hacía mucho, muchísimo tiempo que no reía de esa manera, probablemente desde el día que cumplió doce años y fue con su padre a ver una obra de teatro, una comedia. Recordó ese momento mientras caminaba en silencio al lado de aquel extraño hombre pintarrajeado de mimo, y en un fugaz instante, sintió que casi no recordaba a esa niña feliz que una vez fue, una niña cariñosa, llena de sueños y aspiraciones. Qué lejos estaba de ella ahora.

—Hoy me he comportado como un estúpido, lo sé, Camelia… pero al menos te he hecho reír —dijo él cuando llegaron al estacionamiento—. Lo siento, siento que nada sea normal… yo… tú solo quisiste ser amable.

—Está bien, está bien… creo que… podemos olvidarlo —afirmó la muchacha.

—¿Cuál es tu auto? —inquirió él.

—Yo… bueno… yo —dijo ella mordiéndose el labio. Estaba muerta de la vergüenza—. Con todo esto olvidé que hoy… vine en taxi… ya sabes, no puedo manejar con esto —añadió viendo su yeso.

Ferrán se largó a reír de nuevo, y aunque al principio Mel se sintió muy estúpida, pronto se contagió por aquella risa divertida.

—Vamos, yo te llevaré —le ofreció.

—No, iré en taxi —zanjó ella una vez que se hubieron calmado de nuevo.

—No, vamos, ya está… Déjame llevarte… así hacemos las paces —insistió.

Mel suspiró, lo cierto era que se sentía a gusto con él y no tenía ganas de negarse de nuevo.

—Vamos… —añadió.

Caminaron dos cuadras más hasta donde él había estacionado y luego se subieron al vehículo. Una vez allí, Ferrán no arrancó, sacó una cartuchera blanca en la que parecía que tenía maquillajes, buscó una crema, un pedazo de algodón y acomodó el espejo retrovisor para poder sacarse el maquillaje del rostro.

Camelia lo observó. El blanco desaparecía con cada movimiento, dejando su piel lisa y sonrosada a la vista.

—La metamorfosis —dijo ella con una sonrisa—. Se va el hombre simpático y aparece el caballero de época.

—¿Qué? —inquirió él con casi la mitad de la cara aún pintada.

—Nada… Cuando tienes el maquillaje pareces otra persona. Las chicas y yo pensamos que eres más divertido… Cuando no lo tienes eres más serio… o al menos así te mostraste los días en el hospital.

—Esos días… estaba un poco triste —admitió.

—Oh… Lo siento —susurró Camelia pensando que se había equivocado al decir aquello.

Ferrán siguió sacándose el maquillaje con empeño y cuando hubo terminado, guardó la crema, depositó los pedazos de algodón usados en una pequeña bolsa y se dispuso a arrancar.

—Entonces, ¿quién es Camelia? —inquirió él cuando ya había iniciado la marcha.

—Pues… nadie interesante —murmuró ella.

—A mí me parece que eres muy interesante —dijo él.

—¿Y Ferrán? ¿Quién es Ferrán? —inquirió la muchacha.

—Pues… un alma en pena —susurró él.

Camelia sintió esa declaración como si una cubeta de hielo se le cayera encima, sabía que tenía un significado profundo, pero no se atrevía a preguntarlo.

—Entonces, ¿quieres que seamos amigos? —preguntó él y ella sonrió—. Sí, ya sé, es una pregunta algo infantil, pero en realidad no tengo muchos amigos aquí y no tengo ganas de gastar energía en gente a la que no le interese mi amistad.

Camelia se sintió algo abrumada por toda esa información.

—Pensaba que alguien como tú tendría un millón de amigos —musitó.

—¿Alguien como yo? —preguntó.

—Eres sociable, eres divertido, ¡eres un mimo! —dijo.

—¿Yo sociable? ¿Yo divertido? —repitió y luego negó con la cabeza—. Las apariencias engañan, Camelia, y las personas vamos por la vida llevando máscaras… ¿Cuál es la tuya? —inquirió.

—¿La mía? —preguntó ella y se quedó pensativa—. Pues yo… no tengo ninguna —mintió.

Ferrán no respondió, dejó que el silencio se hiciera entre ellos hasta que llegaron a la casa.

—Bien… hemos llegado —anunció.

—Sí… —dijo ella, pero no se movió de su sitio.

No podía sacarse esa frase de la cabeza, era cierto, todas las personas llevaban máscaras y ese era su mayor miedo, creer en esas máscaras.

—¿Cuál es tu máscara? —inquirió.

—Soy un mimo —respondió él.

—Lo pregunto en serio… —insistió ella.

—Te contaré un secreto… —dijo e hizo un corto silencio—. Estoy en un proceso complicado de mi vida, Camelia, y estoy intentando deshacerme de ellas, justamente —afirmó—. Pero a mis treinta y siete años, algunas están tan pegadas a mi piel, que ya no logro identificarlas, temo descascararme por el camino y siento que ya estoy viejo para esto.

Camelia sonrió, le agradó esa respuesta, aunque no sabía bien el porqué.

—Gracias… —dijo y él volteó a mirarla.

—¿Por?

—Por compartirme ese secreto —añadió—. De alguna extraña manera me hace sentir cómoda.

—Ahora tú, cuéntame un secreto —dijo él y ella lo observó.

—¿Un secreto? —inquirió.

—Sí, yo te he contado uno recién. Me gustan los secretos, son tesoros que mantenemos guardados en el centro de nuestro ser, cuando se lo compartimos a alguien, es como si le estuviéramos entregando una moneda de oro, algo valioso, algo único.

Camelia sonrió, le gustaba ese concepto.

—Yo… no tengo amigos, nunca los he tenido. Lauri y Mariana son las primeras… supongo que también estoy en un proceso de cambio —admitió.

Él asintió.

—El cambio es movimiento, si no nos movemos nos estancamos —añadió.

—Ajá… ¿Te cuento otro? —preguntó la muchacha.

—Estaremos en desventaja —dijo él—, pero no puedo quedarme con la duda.

—Sí, quiero… ser tu amiga —admitió y sintió que se ruborizaba.

Ferrán hizo silencio, Mel se mordió el labio en un gesto nervioso, quería decirle que había algo en él que la llevaba a hacer y decir cosas que no estaban planeadas en el estricto guion que había escrito para su día, pero no podía, eso sería demasiado ya.

—Bien, somos amigos entonces —dijo él y sacó una nueva flor roja de su chaqueta para dársela.

—¿Cuántas de estas camelias rojas de papel tienes? —inquirió.

—Eso es un secreto que aún no te puedo decir —dijo él y ella sonrió.

—Me debes uno —añadió.

—Muy bien, pensaré en uno muy pronto.

—Adiós, Ferrán, gracias por hacerme reír —dijo ella y él sonrió.

—Adiós, Camelia, gracias a ti por permitirme hacerte reír.

Camelia se bajó del vehículo e ingresó a su edificio con una sonrisa en los labios que no pudo borrar en varios minutos, hasta que de pronto, la Mel que advertía, se apareció en su mente y la observó con mirada severa. Entonces, la sonrisa se le borró y una pizca de temor invadió su mundo. Sabía que estaba entrando en terreno desconocido.

CAPÍTULO 7

Invitación

Al día siguiente, la rutina fue la misma de siempre, solo que ese día, Ferrán no se acercó a ellas durante el mediodía. Eso no era extraño, no lo hacía todos los días, sin embargo, en ese momento aquella distancia a Mel le generó nerviosismo pues esperaba poder verlo. Al mismo tiempo se sentía estúpida por sentir toda esa ansiedad y esa emoción que no entendía de dónde provenía y a dónde la llevaría.

Durante el almuerzo, Lauri les pidió permiso y se levantó para atender una llamada de un cliente del hotel, un tema con el que había estado lidiando toda la mañana y la tenía algo alterada. Mariana y Mel se quedaron allí, un buen rato en silencio, mientras comían con calma.

—Está allá —dijo Mariana cuando la vio mirar por la ventana—, cerca de aquella familia —señaló.

—¿Eh? ¿Qué? —Mel fingió demencia.

—Desde hace rato le sigues los pasos —respondió la mujer—, eres bastante obvia —añadió.

—Yo… bueno, es que… —Mel suspiró, sabía que tenía que hablar con Mariana de aquello —. Ayer me llevó a casa y me preguntó si podíamos ser amigos.

Mariana sonrió.

—¡Oh! ¡Muy bien! —exclamó con entusiasmo—. Me imagino que le dijiste que sí.

—Ajá —respondió ella—, no sé qué decirte, tengo miedo, lo sabes… pero hay algo… siento que lo conozco desde siempre. Sí, sé que suena ridículo…

—Oye… no suena ridículo —la interrumpió Mariana—, deja que las cosas sucedan… no lo analices tanto, siente un poco… disfruta —agregó—. Eres joven, bella por dentro y por fuera, solo vive…

—Solo somos amigos… no voy a avanzar a más, no quiero hacerlo —admitió poniéndose a la defensiva.

—¿Por qué?

—Porque… porque no sabría cómo —susurró sintiéndose como si tuviera doce años—, me comí todas las etapas de la adolescencia y la vida, Mariana, no he salido con nadie, no he… no he tenido pareja, no tengo experiencia… y la que tengo no es buena —admitió en casi un hilo de voz.

Mariana sonrió con dulzura.

—Oye, Mel… Ya sea con Ferrán o con cualquier otro chico, no importa la experiencia que tengas, sé sincera desde el principio y déjate llevar. No hay nada matemático en esto, el corazón te dictará el camino —aseguró.

—Me da vergüenza… Es decir, no es que crea que sucederá nada con él —añadió—, pero ya que hablamos de esto… simplemente me da vergüenza. Además, no creo poder abrirme nunca a

nadie a ese nivel, de verdad, esto que está sucediendo en mi vida ya es demasiado, poder hablar contigo así… con Lauri… con él… estoy algo abrumada…

—Mel… Escucha, la vida está hecha de momentos mágicos que atesoramos en el alma, si te llenas de miedos, te pones miles de barreras para vivir esos momentos. El día de mañana, pesará mucho más lo que hayas vivido, aunque hayas sufrido un poco, que lo que no has experimentado. Es mejor quedarse con la sensación de haberlo intentado que con la frustración de nunca haberse animado. ¿No crees?

—Sí… puede ser —suspiró ella—. Supongo que hay cosas a las que tendré que animarme…

—Y verás que será divertido —dijo Mariana con una sonrisa.

Esa misma tarde, Ferrán se presentó de nuevo a la salida del hotel, esta vez estaba en su vehículo en la vereda de enfrente, esperándola.

—Ese hombre dice que la espera a usted —le dijo Miguel, el botones, al salir.

Ella sonrió, deseaba verlo y algo dentro de sí sabía que ahí estaría.

—¿Te llevo? Tengo un nuevo secreto para estar a mano —dijo al verla.

Mel no discutió, subió al auto y cerró la puerta.

—¿Cómo ha estado tu día? —inquirió la muchacha.

—Bien, ya sabes, lo mismo de siempre.

—¿Por qué te gusta ser un mimo? —preguntó.

—Ese es otro secreto, pero aún no te lo puedo decir — dijo él.

Mel bufó.

—Tu vida es un secreto parece —admitió—. ¿Hay algo que me puedas decir?

—Que eres muy hermosa, pero eso seguro ya te lo dijeron antes, no es ningún secreto.

—Tonto —murmuró ella y él sonrió—. ¿Entonces cuál es ese secreto?

—He pensado todo el día en ti y contaba los minutos para verte —susurró.

Camelia sintió que las piernas se le aflojaron, menos mal que iba sentada. No se esperaba semejante confesión.

—No te creo, no te acercaste hoy al mediodía —dijo ella con solo un hilo de voz, intentando que él no descubriera que sus palabras la habían afectado.

—No… porque tampoco quiero que te canses de mí, pero no he podido aguantar y como sé que aún no puedes manejar… he decidido esperarte —añadió.

Manejó en silencio un buen rato, hasta que casi llegaron al destino.

—Ferrán… yo no soy como las chicas a las que debes estar acostumbrado —murmuró ella.

—¿Quién dijo que estoy acostumbrado a una clase de chicas? —inquirió—. No quiero que seas como nadie, Camelia, solo sé tú misma…

—Puedes decirme Mel —añadió ella—. No sé qué es lo que buscas de mí…

—Quiero ser tu amigo, pensé que eso ya lo habíamos hablado.

—Sí… bueno…

Mel hizo silencio, quizás era ella quien estaba exagerando y él se comportaba así con todas sus amigas. Después de todo, ¿cómo podría saberlo?

—Muchas gracias por traerme, amigo —dijo entonces cuando llegaron.

Ferrán sonrió.

—De nada, amiga —añadió—. ¿Nos veremos mañana? ¿Me dejas invitarte a almorzar?

—Pero almuerzo con las chicas —dijo ella.

—Sí, pero por un día no te extrañarán. Conozco un sitio cercano… hay comida de mi tierra… te gustará.

—Bueno… —admitió ella—. Iré junto a ti a la hora del almuerzo.

—Bien, ya estoy contando los minutos —dijo él y ella no pudo evitar sonrojarse—. Buenas noches, Camelia.

—Buenas noches, Ferrán.

***

Las horas que le siguieron a aquella propuesta, Mel no pudo quitarse de la cabeza la idea de que había aceptado ir a almorzar con un hombre en quien en realidad no confiaba y a quien no conocía demasiado. Aquella idea, le sacó el sueño, y aunque al principio se sentía emocionada, con el correr de las horas, el silencio y la soledad de su casa, alertaron a la Mel que advertía, cuya voz fue haciéndose más chillona en su interior, mientras recitaba advertencias y recreaba en su imaginación una película de situaciones horribles que podían suceder.

Decidió no contarle nada a Ian esa noche cuando la llamó. Estaba demasiado ilusionado con una nueva amiga a la que había conocido y con la que compartía dos clases y Mel no quiso amargarle con sus historias, más aún teniendo en cuenta que todavía no le había dicho nada acerca de su reciente amistad con Ferrán, más allá del accidente. Es que ya podía escuchar sus bromas y su insistencia porque avanzaran y no se sentía lista para aquello.

Lo cierto era que lo que sentía por dentro era muy difícil de explicar para cualquier persona que no haya experimentado el tipo de vida que ella había llevado. Se había encerrado tanto en sí misma que se había negado a vivir experiencias normales de juventud como las que vivía Ian o cualquier chico o chica de esa edad, pensaba que eso la hacían una persona sin conocimientos en el campo de las relaciones y que aquello, a esa edad, podría ser contraproducente.

Ferrán era guapo, de eso no había dudas, y era un hombre grande, probablemente con mucha experiencia en el campo de las mujeres, así que Mel estaba segura de que como ella no sabía cómo tratar con el sexo opuesto, no sería capaz de advertir si le estaba mintiendo o si quería aprovecharse de su inocencia. Todos le decían que se dejara llevar, es decir, Ian y Mariana, pero dejarse llevar podía salirle muy caro. No tenía ganas de sufrir ni de lidiar con corazones rotos a su edad. Ya mucho se había esforzado por alejarse de todos durante tantos años.

Al final, ni siquiera sabía por qué estaba abriendo su paraguas antes de que lloviera, como solía decir su tía Carla cuando alguien se preocupaba antes de tiempo, llevaban demasiado poco tiempo de conocerse y no eran más que amigos. Además, ¿cómo podría pensar que Ferrán la vería como mujer? Con lo guapo que era seguro tendría miles de opciones con quienes salir, ¿qué podría llevarlo a fijarse en alguien tan aburrida y sin nada especial como ella? ¡Por favor! Uno de sus defectos más grandes era pensar y repensar tanto las cosas, que en su imaginación comenzaba a inventar situaciones que aún no habían sucedido y terminaba por perder la perspectiva de los hechos reales.

Ferrán era su amigo, y seguro él le había pedido serlo justamente porque sabía que no era su tipo, después de todo, una mujer como ella no podría ser nunca el tipo de nadie. Lo mejor era pensar que él solo quería alguien con quien hablar, y que, por lo visto, no era muy bueno para elegir amistades, porque hubiera tenido mucho más éxito si elegía a Mariana para cumplir el rol

de amiga, de esas que escuchan y aconsejan.

Suspiró, se metió bajo las mantas y cerró los ojos. Un rato después volvió a abrirlos, se dio media vuelta para quedar sobre su hombro y observar su mesa de luz, allí donde tenía las dos camelias rojas que Ferrán le había dado en el hospital. A veces, al mirarlas, tenía la impresión de que no eran de papel, pero cerraba los párpados y volvía a verlas, y se decía a sí misma que ya se estaba volviendo loca.

Se quedó dormida así, dándole vueltas y vueltas al asunto, repitiendo en su mente una y otra vez su miedo a enamorarse, porque eso significaba indefectiblemente confiar, y luego se recordaba a sí misma que Ferrán no se enamoraría nunca de ella. Y el círculo volvía a iniciarse, hasta que, en una de esas, cayó en un sueño profundo.

Estaba en un bosque, un sitio lleno de árboles frondosos y tupidos. Miró hacia arriba y observó varias flores, acercándose a ellas supo que eran camelias. Estaban en todos los árboles y eran rojas. El color verde del follaje con el rojo intenso de las flores daba un aspecto casi mágico al paisaje. Había un camino, Mel se sintió a gusto y comenzó a andar sin miedo, se internó entre los árboles y admiró la belleza de aquel paisaje mientras absorbía una paz que nunca había experimentado. Estaba sola allí, pero no tenía miedo, no tenía prisa ni tampoco ansiedad.

Cuando el despertador la retiró de aquel mágico espacio onírico, lo hizo con una sonrisa. Volvió a su rutina de todos los días, un baño, el café, maquillarse solo un poco y salir a la oficina. Ese día iba a almorzar con Ferrán y se preguntaba cómo haría para lidiar con las ansias, y de qué hablarían en ese momento.

Suspiró, tomó su cartera, y se subió al taxi que la llevaría hasta su lugar de trabajo. Por suerte, la siguiente semana le retirarían el yeso y podría volver a manejar, aunque eso implicaría que Ferrán ya no la acompañaría a su hogar.

Al llegar, Lauri y Mariana la saludaron como siempre, ella no sabía en qué momento les avisaría que no saldría a almorzar con ellas. No tenía idea si cómo lo tomarían, no estaba acostumbrada a nada de eso y, ante cualquier situación, temía cometer algún error.

Por suerte, Mariana apareció en su oficina cerca de las nueve del medio día, tenía que ver con ella algo sobre una fiesta que se llevaría a cabo en el hotel en unos meses. Conversaron sobre los detalles y dejaron todo a punto, y justo antes de que la mujer regresara a su despacho, Mel sintió que era el momento.

—Mariana —la llamó.

—¿Dime?

—Hoy… hoy no podré ir con ustedes a almorzar —dijo tras morderse los labios con ansias.

—¿No? ¿Por? —inquirió la mujer con curiosidad.

—Bueno… —Mel se levantó de su silla y comenzó a caminar hacia la ventana—, Ferrán me invitó a almorzar — zanjó.

—¿Qué? ¿Ya? ¡El chico va rápido! —dijo Mariana corriendo a sentarse de nuevo en la silla frente al escritorio de Mel—. ¡Cuéntamelo todo!

—No hay nada que contar, ayer me volvió a acompañar y me preguntó si quería que almorzáramos en un restaurante donde sirven comida de su tierra —añadió—. Le dije que sí… aunque ahora que lo pienso… quizá no debí aceptar.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? ¿No habías dicho que eran amigos? —preguntó Mariana—. Por nosotras no te preocupes.

—Yo… ¿Cómo saber qué es lo que quiere de mí? —inquirió.

—Mel… Solo quiere conocerte… ¿acaso tú no quieres lo mismo?

—Sí, pero… ¿Por qué? ¿Qué hay de especial en mí?

—Ay, corazón… Yo no soy quién debe decirte eso. Para mí tienes muchas cosas especiales y seguro que él también puede verlas y es por eso que se acerca a ti, pero eres tú la que tiene que entender que la gente puede quererte, apreciarte, amarte, solo por ser tú… No sé qué te hicieron para romper así ese pedazo de tu ser en donde estaba el espejo en el que una puede verse a sí misma, pero debes recuperarlo, debes construir uno nuevo o unir los pedazos de aquel que se rompió. Debes poder pararte frente a ese espejo y mirarte como te ve tu hermano, como te vemos tus amigas, como te ven los compañeros de trabajo y como te ve Ferrán. No necesitas más que ser tú misma y eso es suficiente para las personas que te quieren —añadió.

Camelia suspiró, caminó hasta su despacho y se dejó caer en la silla.

—Tengo miedo… —admitió y al hacerlo se sintió como una niña pequeña.

—Eso está bien, es normal —dijo Mariana con cariño—. Pero no dejes que el miedo te limite, creo, por lo poco que me has contado, que ya lo has hecho por demasiado tiempo.

—Lo sé…

—Imagina que toda tu vida has vivido secuestrada y alguien te tiene allí encerrada sin poder ver la luz del sol, sin poder sentir la brisa del aire en tu rostro, sin poder escuchar el trinar de los pájaros en una mañana bonita. ¿No querrías escapar incluso aunque no supieras lo que hay del otro lado? ¿No te agobiaría la oscuridad y el encierro?

—Sí, supongo…

—Porque está en nuestra naturaleza humana buscar la libertad, Mel… Ese secuestrador ha sido el miedo, te ha mantenido alejada de todos y de todo, pero es ahora cuando comienzas a sentir la necesidad de escapar… ¿Acaso no quieres ser libre de ti misma? ¿Acaso no quieres experimentar?

—Sí, pero ¿acaso no soy muy vieja para eso? Tengo veintiocho años, Mariana, ¿cómo puedo vivir ahora algo que debí vivir a los quince?

—No hay edades, no te limites —dijo la mujer—. El alma no tiene edad. Tu alma quiere vivir, quiere sentir. Necesitamos amar y sentirnos amados para realizarnos en la vida, Mel…

—¿Y si él solo quiere divertirse? ¿Si se quiere aprovechar de mí? —inquirió—. No podría… no podría enfrentar eso…

—Lo comprendo —interrumpió Mariana al ver lo mucho que le costaba decir aquello, su intuición la hacía comprender lo que Mel decía entre líneas y su experiencia la llevaba a imaginar los posibles escenarios que la llevaron a tal cerrazón—. Escucha, tú tienes el mando de tu vida, lo has tenido siempre.

—No lo sé…

—Sí… tú tienes el poder de decidir qué cosas hacer y qué no, qué creer y qué no. Si en algún momento no te sientes a gusto, puedes decir que no, puedes salir de allí —afirmó—. Entiendo que algo que viviste te hizo creer que no tienes ese poder, pero en realidad sí lo tienes.

Mel asintió. Hablar con Mariana le daba mucha paz y en ese momento tuvo muchas ganas de abrazarle. Pero le daba vergüenza, le costaba expresar lo que sentía a través de los gestos.

—¿Quieres un abrazo? —preguntó la mujer.

—Tú pareces leer mi mente —dijo la muchacha ruborizada.

—Solo puedo leer tu alma —respondió la mujer.

—¿Cómo lo haces? —quiso saber Mel.

—No lo sé, supongo que solo me dejo llevar y confío en mi instinto y en mi corazón —añadió.

Entonces, se levantó y caminó hasta Camelia y la abrazó.

Mel nunca se había sentido tan a gusto dentro del contacto físico de alguien, ni siquiera en las épocas de su juventud, cuando su madre intentaba consolarla en esos extraños ataques de pánico que solía tener.

CAPÍTULO 8
Almuerzo

Camelia se encontró con Ferrán en la esquina donde él siempre preparaba las flores, allí bajo aquel frondoso árbol que le resguardaba a su sombra. Mariana y Lauri la acompañaron hasta allí y le hicieron bromas al mimo para que la cuidara o se las vería con ellas. Él solo sonrío y les regaló una flor a cada una, pero a Camelia, se la puso sobre la oreja.

Entonces, con un movimiento muy exagerado, y luego de una enorme reverencia, colocó un brazo en jarra, como para que ella se lo tomara, y aunque Mel sintió temor, lo hizo, después de todo era un mimo y no podía hacerle un desaire así a un personaje tan llamativo.

—No pienses en que vas del brazo de un mimo y llevas una flor de papel en el pelo —dijo Ferrán cuando ya caminaban hacia el restaurante.

—Era justo lo que estaba pensando —dijo ella—. No estoy acostumbrada a que la gente me mire tan descaradamente al pasar —añadió al ver a los transeúntes mirarlos.

—Bueno, al principio es difícil, sé lo que sientes —explicó él—, es más fácil vivir siendo uno más del montón, es más sencillo vivir sin llamar la atención por hacer el ridículo, sin salir de la raya —añadió—, pero cuando te animas a dar el salto y miras el mundo del otro lado, te das cuenta de lo mucho que te has perdido en la vida, y de que en realidad, los ridículos son los demás.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con curiosidad, de pronto ya no se sentía tan ridícula yendo del brazo de un mimo en medio de una calle céntrica.

—Me refiero a que muchas veces vivimos enfrascados en lo que es o debería ser, en un montón de reglas que nos auto imponemos, nos preocupa muchísimo lo que pensarán los demás de nosotros. Pero cuando te pintas la cara como un mimo, te vistes como uno, y sales a hacer payasadas por las calles, te das cuenta de que es mucho más divertido de lo que parece. La gente espera que hagas ridiculeces si estás maquillado como un payaso o un mimo, no espera que te portes normal, esperan que seas divertido y que hagas cosas que un ejecutivo trajeado no haría, ¿no lo crees?

—Pues sí… sería muy raro ver a un gerente de un banco haciendo reverencias exageradas o remedando a la gente que camina por la calle.

—¡Exacto! Pero como soy un mimo, a nadie le importa, es más, les divierte. Y así me he dado cuenta, que en realidad las limitaciones están en nuestra mente, Camelia, los miedos a hacer el ridículo y a lo que los demás pensarán de uno, se alimentan de nuestras inseguridades y crecen a raíz de nuestros propios miedos.

—¿Por eso eres un mimo? ¿Para luchar contra todo eso? —inquirió ella con curiosidad.

—En una parte sí, ser mimo me da libertad… Puedo estar triste o estar feliz, puedo hacer el

ridículo, puedo remedar sin miedo a que alguien se ofenda, y si lo hace, es la otra persona la que queda en ridículo, no yo, porque eso es lo que se espera de un mimo. Es como ponerse una capa invisible, cuando estás disfrazado nadie te ve realmente a ti, sino al personaje que representas.

—¿Entonces te ocultas? —inquirió ella. Ferrán sonrió.

—Eres lista —asumió—. También eso puede ser real — añadió—, hasta cierto punto. A veces creo que cuando no estoy disfrazado me oculto más que cuando lo estoy. Es lo que te dije el otro día, todos llevamos una máscara de acuerdo con lo que queremos que los demás vean y sepan de nosotros, y que oculta lo que no queremos que conozcan.

—Comprendo —susurró ella.

—Ahora tú podrías pensar que estás haciendo el ridículo yendo del brazo con un mimo a almorzar y que la gente te mira raro y se ríe. Podrías conjeturar lo que esas personas están pensando y eso te haría sentir nerviosa… Sin embargo, si fueras una niña, estarías contenta de ir del brazo de un mimo, ¿no es así? —inquirió.

A Mel le costó conectar con su lado infantil, pero luego de un minuto de silencio en el que observó absorta la mirada de admiración de los niños con los que se cruzaban, terminó por aceptar que hubiese sido posible que en su infancia, tal hazaña, le hubiera parecido divertida y encantadora.

—Es probable —respondió.

—Es que cuando somos adultos, perdemos esa inocencia… y cuando eso sucede, simplemente nos morimos en vida.

—Entonces probablemente estoy muerta —dijo ella casi sin pensarlo.

—Lo bueno es que el alma nunca muere, solo se queda dormida, y puedes despertarla con solo buscar en tu interior y volver a conectar con la inocencia —añadió.

Aquello llevó a Mel a pensar que no quedaba nada de aquella niña inocente que alguna vez fue, quería creer lo que Ferrán le decía, pero no siempre podía ser así. A veces, las experiencias vividas te robaban la inocencia de un tirón, sin darte tiempo si quiera a despedirte de ella.

Cuando llegaron al restaurante, Ferrán le hizo un gesto para que pasara primero y luego ingresó él.

—¡Hola, Ferrán! —saludó desde la barra un hombre con su mismo acento.

—¡Hola, Amaro! —saludó con alegría—. ¿Nos das un buen lugar?

—¡Vaya, has traído compañía! —exclamó el amigo con una sonrisa pícara.

—Es una amiga, Amaro, no me hagas quedar mal — añadió en broma.

A Mel, aquella manera de enfatizar lo de la amistad, le dio qué pensar. Amaro los llevó hasta una mesa del fondo, un lugar algo apartado que Mel agradeció, ya que podría esconderse un rato de las miradas curiosas de las personas.

—Toda esta comida se ve muy extraña —dijo Mel con un poco de ansiedad al revisar el menú.

—Toda es deliciosa, pero creo que para que no te asustes, podemos empezar con la empanada gallega, puede ser que sea de tu agrado, no tiene nada extraño —afirmó.

—Bien… está bien —respondió ella con una sonrisa.

Ferrán ordenó la comida y luego la observó con una sonrisa.

—Así que de Galicia, ¿eh? —inquirió Mel—. ¿Por qué has venido a parar tan lejos de tus tierras?

—Bueno… pues por varios motivos que quizá más adelante te los pueda contar —añadió él.

—¿Una mujer? —agregó solo para asegurarse de que no estaba pisando un terreno ajeno.

—Posiblemente —dijo Ferrán y desvió la mirada.

Mel sintió la arena movediza bajo sus pies y no supo cómo continuar la conversación.

—¿Tú? ¿Eres de aquí? —quiso saber Ferrán.

—Vine aquí hace muchos años, es decir, soy del sur, de un pueblo llamado Frale, pero me mudé aquí cuando tenía unos quince o dieciséis años —añadió—, desde ese entonces no he vuelto hacia allá.

—¿Tu familia? —inquirió—. Sé que tienes un hermano que es con quién hablaste cuando estabas en el hospital, pero ¿padres, tíos?

—Mis padres fallecieron cuando yo tenía veinte años y mi hermano diez… Mis tíos y primos siguen en el sur. Aquí no tengo a nadie…

—¿Lo criaste sola? —quiso saber.

—Así es… —respondió ella mientras Amaro les acercaba las bebidas que habían ordenado.

—Eso es… admirable —dijo él—, no sabría cómo hacerlo… —añadió y volvió a bajar la mirada.

Se quedaron en silencio un buen rato, él parecía haberse perdido en sus pensamientos, por lo que Mel intentó buscar un tema.

—¿No te molesta ese maquillaje? Una vez lo usé para una representación de teatro y era horrible… —añadió.

—No… ya me acostumbré —afirmó—, pero debo cuidarme la piel, me pongo cremas y cosas así por las noches… ya sabes —añadió.

Mel sonrió.

—Gracias por aceptar venir conmigo hoy —dijo entonces con mucha solemnidad—, no pensé que lo harías.

—¿No? ¿Por qué? —inquirió ella con curiosidad.

—¿Qué querría una mujer como tú con un hombre disfrazado de mimo?

Ferrán lo dijo de una forma que no daba lugar a dudas de que no estaba hablando como su personaje, aquella frase hecha pregunta le salía del interior con algo de dolor e inseguridad. Mel no lo comprendió, ¿entonces él se sentía igual que ella?

Una ráfaga de compasión le llenó el corazón.

—Si soy sincera, debo admitir que pensé lo mismo. ¿Qué querría un hombre como tú para invitar a salir a una mujer como yo? —inquirió.

Ferrán sonrió.

—No puedes verte a ti misma… puedo comprender esa sensación —añadió—, he estado intentando luchar contra eso, a veces es difícil.

Mel no podía creer que una persona con el porte de Ferrán se sintiera de esa manera.

—Creo que tenemos algunas cosas en común —dijo ella con una sonrisa—, gracias por invitarme, nunca he… yo…

—¿Nunca qué? —preguntó él y ahora fue ella quien desvió la mirada.

Le sucedía que cuando estaba con él, sentía ganas de hablar y de decir cosas de ella que no debía sacar a la luz, menos frente a él. Era una contradicción, quería decirlo, pero a la vez le daba vergüenza hacerlo.

—Nunca he salido con un hombre —admitió, y ante la expresión de desconcierto de Ferrán, supo que había dicho demasiado—. Digo, no es que tome esto como una cita, es que nunca, en realidad he salido con un hombre…

—¿Nunca? ¿Nunca, nunca? —preguntó él sin entenderlo ni poder creerlo, pero la expresión de vergüenza y las mejillas sonrojadas de Mel le hicieron percibir que no debía seguir preguntando.

Tomó entonces una camelia que guardaba en el saco y se la pasó, ella no la vio pues tenía la mirada baja, así que Ferrán levantó su mentón con suavidad con la flor de papel y luego se la pasó.

—No te sientas presionada, es solo una comida de amigos —aclaró y ella se sintió tonta, luego continuó—, ¿nunca has tenido una?

—¿Comer con mi hermano cuenta? —Ferrán negó con una sonrisa y Mel suspiró—. Podría mentirte, pero no quiero hacerlo, si quieres pensar que esto es simpático o que es patético, si quieres pensar que esto es extraño o que es triste… piensa lo que quieras, pero es mi realidad.

Ferrán suspiró y llevó la flor hasta la mano derecha de Mel que jugueteaba nerviosa con una servilleta. Él dibujó con la flor líneas y círculos sobre su piel.

—No debe importarte lo que piensen los demás —añadió—, no debes avergonzarte de nada porque no has hecho nada malo. Solo me preguntaba dónde han estado los hombres que se han perdido a una mujer tan bella como tú… y quizá me preguntaba qué de bueno habré hecho yo en la vida para merecer ser la primera salida que tienes con uno, aunque solo sea una comida de amigos —añadió.

Mel sintió que el corazón se le aceleraba. Ferrán usaba las palabras de una manera tan exquisita que se le revoloteaba el alma.

—Bueno… es un honor estar aquí contigo hoy —dijo entonces ella.

—El honor es mío, Camelia, gracias por regalarme este momento mágico —añadió.

El resto de la comida la pasaron conversando sobre el plato elegido, Ferrán le contó historias de su lejana infancia en la casa de sus abuelos y de lo rico que cocinaban su abuela y su tía. Ella lo escuchó con atención y, toda la ansiedad, los temores y las preguntas sin respuestas, se esfumaron con cada palabra. Camelia perdió la noción del tiempo y del espacio, y pronto olvidó que el hombre que tenía enfrente estaba maquillado y vestido de manera particular. Solo podía oír sus palabras y perderse en sus ojos de un azul profundo casi como el mar, y sintió que nadaba en ellos, que se sumergía y sin darse cuenta se adentraba en las profundidades del océano.

Cuando regresaron, del brazo, de la misma manera en que marcharon, Mel se percató que su contacto no le molestaba, se sentía a gusto allí, a salvo. Tenía el estómago lleno y el alma adormecida por un placer sublime causado por una charla amena e íntima.

—Te buscaré a la salida —dijo Ferrán al dejarla en la puerta del hotel.

—Te esperaré —prometió ella y luego de su reverencia y su saludo de despedida, lo vio hacer unas piruetas que le causaron mucha gracia, antes de perderse en la multitud que atravesaba las calles en esas horas.

Mariana la esperaba en el vestíbulo.

—Vaya… ha sido un almuerzo largo —susurró al verla ingresar.

—Sí, creo que me he perdido un poco en el tiempo — añadió.

—Suele pasar… —afirmó la mujer—. ¿Todo bien?

—¿Me creerías si te digo que tengo una especie de conexión con él que no he sentido con nadie más hasta hoy? —quiso saber—. Sí, lo sé, estoy loca… pero por un solo momento en mi vida, tengo ganas de estarlo…

Mariana sonrió y asintió con cariño.

CAPÍTULO 9
Chat

Por los días que siguieron a aquel encuentro, Ferrán se tomó la costumbre de esperarla y llevarla hasta su hogar cada tarde. A Mel esa rutina comenzó a agradarle, y se lamentó cuando ese viernes a la noche, le sacaron definitivamente el yeso y le autorizaron a manejar de nuevo.

Ferrán le había avisado que el viernes no lo vería, pues tenía que hacer un viaje al interior del país y volvería recién el domingo por la noche. Sin embargo, antes de despedirse, le pidió su número de celular, y Mel, no sin antes pensarlo un millón de veces, se lo dio.

Al salir de la clínica se encontró con Lauri y Mariana en una hamburguesería, de allí irían a la casa de la segunda, donde harían la tradicional reunión de cada viernes. Las chicas comenzaron a bromear acerca del nuevo amigo de Mel y ella, por su parte, se divertía mucho ante sus suposiciones.

—Ya les dije que solo somos amigos —repitió una vez más luego de que se burlaran de ella diciéndole que a lo mejor debía volver a accidentarse para que él continuara llevándola a casa cada tarde.

—Sí, sí… Mira… —dijo Laura y la observó—. Es obvio que ese hombre quiere algo contigo, yo no me trago ese cuento de la amistad. Te lleva cada tarde esperando que un día lo invites a pasar. Y lo que no entiendo es por qué no lo has hecho aún, ¿no has visto lo guapo que está? Encima ese acento que tiene, Dios mío, con solo escucharlo hablar me derrito —bromeó.

Mel se sintió algo incómoda con el comentario, pero también le dio risa. Ya estaba más o menos acostumbrada a los arranques de Lauri y no le molestaban.

—Yo creo que sí pueden ser amigos —agregó Mariana—, solo que… quizá también puedan ser algo más. Hacen buena pareja…

—Ya les conté que dijo que vino aquí por una mujer, así que lo más seguro es que tiene novia o a lo mejor está casado…

—O separado… quizá divorciado —añadió Lauri—. No le vi anillo, y no crean que no me fijé —agregó.

—Te creo —rio Mariana.

—Solo piénsenlo, ¿por qué invitaría a almorzar a Mel o la llevaría a casa cada día si tuviera una novia? —inquirió Lauri.

—No seas ilusa —respondió Mariana—, creo que si él le dijo a Mel que vino por una mujer lo mejor es cerciorarse de que no haya nadie en medio. No sea que te ilusiones y luego las cosas salgan mal —dijo mirando a Mel—. Además, ¿para qué querrías a un hombre infiel al lado?

—¡Para disfrutar de ese banquete! —añadió Laura. Las chicas rieron, pero ella continuó—. No me hagas caso, eso que dice Mariana es cierto, hay que asegurarse de que no haya una mujer

en medio. Aunque siempre podemos hacer un plan para sacarla de allí, ¿no creen?

—Ya les dije que él no busca nada más, y yo, menos… Solo somos amigos —afirmó Mel una vez más.

—Sí, sí… claro —respondió Lauri con un gesto de incredulidad—. A ver, sé sincera conmigo. ¿No te gusta, Mel? ¿Ni un poquito? —quiso saber.

—Bueno… es lindo, no lo niego… y de alguna extraña manera me siento a gusto con él. Es como si lo conociera desde siempre, como si compartiéramos cosas, pero… no quiero ir más lejos…

—¿Por miedo? —preguntó Mariana.

—Un poco… quizá —suspiró Mel con impotencia.

—Si es solo miedo, no lo escuches… es mal consejero —añadió Lauri—, te aleja de las cosas divertidas de la vida.

Luego de que acabaron de comer, decidieron ir a la casa a ver una película, así que el tema quedó zanjado allí. Sin embargo, en el medio de la película, el celular de Mel comenzó a vibrar. Ella creyó que era Ian, pero él no solía comunicarse los viernes por la noche, ya que sabía que su hermana estaba con sus amigas y él también solía salir. Un temor le invadió el pecho así que lo revisó con urgencia, por si algo malo hubiese sucedido.

Una de las cosas a las que aún no podía acostumbrarse desde hacía años era a esa sensación de que algo no estaba bien cuando recibía una llamada o un mensaje a horarios en los que no esperaba.

«¿Qué haces?»

El mensaje era de Ferrán, ella ya tenía el número agendado desde que él se lo había dejado por cualquier cosa, luego del accidente. Pero era el primero que recibía y no pudo evitar sorprenderse y experimentar una alegre sensación al leerlo.

«Estoy con las chicas, viendo una película. ¿Tú? Me asustaste…».

«¿Por qué? Estoy aquí, en medio del campo, mirando las estrellas y pensando…».

«Pensé que había sucedido algo, pero no te preocupes, solo es una especie de mala costumbre que tengo… Es tarde, no suelo recibir mensajes a esta hora… ¿En dónde estás?»

«Perdona, esa no fue mi intención. Solo veía las estrellas y tu rostro se me apareció en la mente. Estoy en San Agustín, un pequeño pueblo a unos cuatrocientos kilómetros. ¿Sería muy raro si te dijera que me gustaría tenerte aquí al lado ahora mismo? Estoy tendido en el pasto, en medio de un claro…».

«Un poco, sí… Pero no me has dicho a qué has ido a ese viaje. ¿Trabajo? ¿Placer?».

Preguntó Mel con una sonrisa en los labios que a Mariana y Lauri no se les pasó desapercibida.

«Ni lo uno ni lo otro, tengo un sitio aquí, un lugar mágico que una vez soñé y que de alguna manera se hizo realidad. ¿Tienes un lugar al que vas cuando necesitas refugiarte? Te gustará venir aquí… hay mucha paz».

«No tengo un lugar… creo que ese es uno de mis problemas, que no tengo un lugar donde refugiarme que no sea en mí misma. ¿Con quién estás?».

Mel se dio cuenta cuando le dio enviar al mensaje, que quizás había sido demasiado sincera y que su última pregunta era un poco intrusiva.

«Pues tendrías que tener uno, es bueno encontrarse con uno mismo e intentar poner en orden

las piezas que nos conforman. ¿Alguna vez has sentido que no sabes quién eres en realidad?».

A Mel no le pasó desapercibido que no le respondió, pero no quiso insistir.

«Sí… me ha pasado siempre. Supongo que ya me he acostumbrado a vivir dentro de mí misma sin saber muy bien quién soy».

Admitió con sinceridad. Cada vez que meditaba sus conversaciones con Ferrán, se daba cuenta lo fácil que era para ella hablar con él de sí misma, algo que no le pasaba con nadie más.

«No deberías acostumbrarte a eso… te estancarías. ¿Sabes? He llegado a pensar que a lo largo de la vida somos muchas personas y que el error está en no aceptar y amar a la persona en quien nos convertimos y somos hoy, mientras intentamos con locura volver a ser alguien que fuimos. ¿No te pasa que a veces quieres retroceder el tiempo y ser o hacer algo diferente? Todas las decisiones que tomamos antes y las cosas que nos pasaron nos llevaron a ser quien hoy somos, deberíamos estar orgullosos de eso en vez de intentar cambiarlo, incluso de las marcas y cicatrices… pero cuesta… y esa desazón de enfrentarse a los sueños rotos genera mucha frustración y dolor… No sé si lo que digo tiene algún sentido…».

«Yo creo que tienes mucha razón… aunque a veces suceden cosas que te parten una parte esencial del alma, yo creo que es un quiebre tan grande, que pasas la vida intentando unir tus pedazos… Es frustrante, y llega un punto que decides solo aceptarlo». Añadió ella y quedó pensativa, con los ojos fijos en el celular, mientras esperaba una respuesta.

«No deberíamos aceptarlo. Yo estoy cansado de esta vida, quiero algo más. No puede ser que vivir sea solo esto… En fin, te estoy interrumpiendo, seguro estás con las chicas».

«Estoy con ellas, vemos una película… Bueno, ellas la ven. No me interrumpes, me agrada esta conversación». Respondió ella mirando de reojo a sus amigas que parecían no darse cuenta de nada.

«Hace mucho que no hablaba con nadie como lo hago contigo, llevo una vida muy solitaria… y de alguna manera, me hace bien… No lo niego, abrirme así me da un poco de miedo, pero creo que tú puedes entenderme, no sé por qué, pero así lo siento».

«Bueno, si te soy sincera, yo nunca he hablado así con nadie. Sacar lo que tengo adentro me hace sentir vulnerable y me asusta mucho, pero de alguna manera me siento a gusto contigo…».

Admitió ella con sinceridad.

«No te preocupes, puedes ser vulnerable conmigo, tus secretos están a salvo».

Camelia sonrió ante aquel mensaje.

«Creo que tú también tienes algunos secretos».

«¿Quién no los tiene? Hay cosas que guardamos muy dentro, porque hablarlas nos hace sentir débiles o tememos que nos juzguen… Pero bueno, yo te escribía porque quería saber cómo te fue en la clínica, ¿te han sacado el yeso ya?».

«Sí… hoy… estoy bien, ya no siento dolor. La doctora me mandó a hacer algunos ejercicios y fisioterapia». Comentó ella.

«Creo que extrañaré llevarte a casa y usar ese espacio para conversar…».

Mel sintió que las mejillas le ardían y el corazón le latía con fuerza. ¿Y si le decía que ella también? No podía, le daba vergüenza.

«Supongo que buscaremos otros espacios… si es que lo deseas. No quiero que me malinterpretes, solo… tengo que admitir que me resulta interesante hablar contigo». Respondió aún sin entender cómo era que conversar con él le resultaba tan sencillo.

«¿Interesante? ¿En qué sentido?».

«Bueno… Soy una persona muy cerrada, Ferrán, me cuesta mucho expresar lo que pienso y siento. No estoy acostumbrada a hacerlo. Sé que suena muy extraño y algo increíble, pero es mi realidad… Sin embargo, hablar contigo es sencillo… Nunca antes me había pasado algo así, es como… si habláramos el mismo idioma. Pero debo admitirlo, eso me asusta…».

«¿Por qué?». Preguntó él.

«Porque lo nuevo siempre asusta, porque siempre tenemos un poco de temor a salir heridos, porque temo quedar mal o hacer el ridículo… por un montón de cosas que también temo decirlas porque me dan vergüenza».

Admitió ella y se mordió el labio. Hablar por chat era aún más sencillo porque no tenía que dar la cara, pero le generaba la misma sensación de incomodidad y ansiedad.

«Yo también siento todo eso que dices, hace muchísimo que no hablo con nadie como lo estoy haciendo contigo, también pienso que de alguna manera conectamos, y también me asusta… Me avergüenzan algunas cosas y… me pesan otras… pero por sobre todas las cosas, Camelia, no quiero lastimarte. Así que puedes confiar en mí, esa no es mi intención».

«Confiar no es algo que se me da muy bien, lastimosamente… pero lo intentaré. ¿Has tenido alguna emoción o algún temor o dolor en lo que estás tan metido, que ya te sientes ahogado y sientes que necesitas obligatoriamente salir de eso? Es como si estuvieras por ahogarte… Eso me sucede… de pronto estoy cansada de desconfiar tanto, pero bajar la guardia tampoco es seguro… No sé si tiene sentido».

Admitió y luego suspiró.

«Lo tiene, y mucho. A mí también me pasa, no con la confianza, pero sí con otras cosas… Creo que llegué a ese punto de necesitar salir de allí, cambiar de rumbo, empezar de nuevo. ¿Será que nos hemos encontrado ambos en ese mismo punto? ¿Cómo cuando te encuentras con alguien en el aeropuerto a punto de tomar el mismo avión?».

Preguntó él y luego levantó la vista al cielo, para perderse en esas estrellas que le cantaban melodías silenciosas aquella noche.

«Eso se lee bonito. ¿A dónde nos lleva el avión? Debo admitirlo, me da miedo volar».

«A mí igual, pero el destino puede ser un lugar paradisíaco en el que al fin encontremos un poco de paz, ¿no lo crees?».

«Ojalá sea así, Ferrán».

Mel cerró los ojos y suspiró, ese hombre era capaz de transportarla hasta ese sitio paradisíaco con solo unas palabras.

«Ojalá sea así, Camelia… Oye, te dejaré con tus amigas o comenzarán a odiarme. Te escribiré luego. Cuídate, ¿sí?».

«También tú, no le choques a nadie».

Bromeó.

Suspiró al acabar esa conversación y se encontró sonriendo como una tonta. Luego buscó a sus amigas y se percató de que Lauri y Mariana ya no estaban allí y la película había acabado. Muerta de la vergüenza, caminó hasta la habitación y se echó a la cama sin hacer ruido. ¿Cuánto tiempo había estado así de absorta? ¿Qué habrían pensado las chicas?

Cerró los ojos y suspiró.

No le importaba, había sido mágico y aún podía sentir la emoción que la embargaba. Hacía

demasiado tiempo que no se sentía tan viva.

CAPÍTULO 10

El tiempo

Ferrán observó su celular y luego perdió la vista en las estrellas. Había sido una semana difícil, no solo porque se sentía muy cansado, sino porque había tenido mucha carga emocional encima. Aunque en realidad eso ya venía desde mucho antes y lo único que hacía era empeorar y empeorar.

La tristeza y la melancolía se le habían adherido a la piel, o más bien al alma, y aunque hacer de mimo le regalaba momentos hermosos en los que podía alimentarse de la alegría de los demás, muchas veces no resultaba suficiente.

Alma le había dicho que el tiempo cura las heridas y ayuda al olvido, pero con él parecía no funcionar. Probablemente el tiempo también lo había olvidado. Y todo parece tener un plazo en el mundo, y cuando se pasa ese plazo, la gente comienza a considerar que no eres normal, que algo no está bien contigo.

Si tienes una enfermedad física, se espera que tengas unos síntomas y que los mismos duren un tiempo aproximado para cada persona, por ejemplo, te deberías curar de una gripe en una semana o diez días. Si eso no se cura, es porque ya ha empeorado y seguro va a algo más grave, una neumonía, o bronquitis… ¿Funcionaba igual para las cosas del alma?

Si terminas una relación, la gente espera que estés deprimido, pero hay un punto en el que también esperan que ya lo hayas superado. Lo mismo con las pérdidas, los duelos, los rencores, y cualquier otra emoción que ataña al ser humano. Pero ¿qué sucede cuando te excedes en ese tiempo? ¿También terminas en una neumonía o bronquitis del alma? ¿En una depresión?

—¡Deberías ir a terapia! ¡Lo tuyo ya no es normal! ¡Estás destruyendo tu vida!

Esas eran frases que escuchaba a menudo de las personas que mejor lo conocían, aquellos a los que más amaba.

Y ni qué decir de ella… Les estaba fallando y lo sabía.

¡Eso también le dolía! ¡Mucho!

Si hay algo que te rompe por dentro es darte cuenta de que algo está mal en tu vida, pero no lograr cambiarlo. Es como estar atrapado en un laberinto oscuro y no dar con la salida nunca. Al principio tienes esperanzas, pero con el tiempo simplemente no sabes hasta cuándo te quedarán fuerzas para seguir. Sientes que se te agotan las fuerzas y que ya has recorrido todos los caminos y sigues sin salir de allí. ¿Era eso tan difícil de explicar?

A la gente le gusta pensar que uno lo hace porque quiere. Todos juzgan muy rápido cuando le sucede a otro. Que si eres gordo, seguro es porque no te cuidas, que si estás deprimido es porque no valoras lo que tienes, que si no logras tener éxito en la vida es porque no haces nada y eres un vago. La vida no es matemáticas y no siempre el dos más dos es igual a cuatro en las ecuaciones del alma. ¿Por qué es tan difícil de entender?

—¡Lo que no comprendes es que cuando tu actuar afecta a terceras personas y esas personas son importantes para ti, tienes la obligación de revisar tu vida! Ferrán, yo te quiero, todos aquí te queremos, nos preocupamos por ti… pero ella es nuestra prioridad, y debería también ser la tuya, ¿comprendes eso?

Sí, claro que lo comprendía, ¿cómo no iba a hacerlo? El problema es que no sabía cómo salir del maldito laberinto. Era como si se le hubiese desordenado toda una madeja de hilos y no encontrara la punta para iniciar a ordenarla de nuevo. Si tan solo supiera cómo o iniciar, si tan solo supiera por dónde se encontraba la salida.

Esa era una noche llena de estrellas, había sido un día largo y horrible, pero en la calma y el silencio de una noche en el campo, las cosas parecían aquietadas. Pensó que acampar sería una buena idea, pero nunca nada era una buena idea.

Ferrán se dejó caer en el pasto, observó su teléfono y volvió a leer los mensajes que intercambió con Camelia esa noche. Como si todo fuera poco, esa silenciosa mujer que había atropellado en la noche más extraña de su vida, se había colado en sus pensamientos sin pedir permiso y funcionaba como una especie de droga que acallaba el bullicio de su alma. Quizás era su silencio el que lo llamaba, o quizás era su belleza, quizá la inocencia que podía descubrir en el fondo de su mirada. Quizás era la manera en que se ponía nerviosa en su presencia o la curiosidad que le daba conocer sus secretos.

¿Me estaré equivocando? Le preguntó a las estrellas y estas parecieron brillar con más fuerza.

¡¿Me estaré equivocando?! Gritó en la soledad de la noche.

Si había alguien allá arriba escuchándolo podría enviarle una señal, ¿no? Podría compadecerse de él y arrojarle un salvavidas.

Un par de lágrimas silenciosas y tibias se derramaron por sus mejillas. Hacía mucho que no se sentía tan hastiado, tan sobrepasado. Aunque pensándolo bien, quizá no había dejado nunca de sentirse así y solo se había mentido a sí mismo.

—Tengo tantas preguntas… tantos silencios… tantos vacíos —murmuró para sí—. ¿Cómo puedo ser fuerte si me siento tan débil? ¡Qué decepción! ¡Soy una verdadera decepción!

Dejó que la brisa de la noche se llevara sus palabras, quizá podría hacerlas llegar al cielo en busca de una ayuda desesperada.

—Lo siento tanto… ya no me reconozco a mí mismo… —susurró.

En lo alto del cielo el sonido de un avión llamó su atención. Pensó en Camelia, en sus palabras, ¿a dónde nos llevará este avión? Sonrió. Hay veces en la vida en que se necesita dar un salto al vacío, Camelia era para él la esperanza, su salto al vacío. Podría retirarse o dejar que las cosas fluyeran y ver a dónde les llevaba el avión. ¿Sería un error?

La mente y el corazón de Ferrán luchaban una batalla épica esa noche, él los observaba desde afuera, demasiado cansado para formar parte de aquella lucha. La mente atacaba con recuerdos, bombardeaba con preguntas, disparaba miedos, el corazón se defendía con todas esas emociones positivas que necesitaba revivir para poder sobrevivir sumadas a muchas promesas de felicidad. La mente recurría a su tan conocida e infalible táctica, la culpabilidad. Pero el corazón se ponía una coraza de esperanza y así de vez en cuando burlaba los ataques. ¿Cuál de los dos ganaría la batalla? ¿Se rendiría uno ante el otro o se pondrían de acuerdo para tomar una decisión?

¿Quién podría saberlo? Solo el tiempo, pero Ferrán temía que ese era el mismo tiempo que se había olvidado de curar sus heridas.

CAPÍTULO 11

Sorpresa

El sábado a la mañana, luego del desayuno y de tener que explicarles a sus amigas todo sobre los mensajes de la noche anterior, Camelia fue a su casa. Se sentía extrañamente bien y tenía la impresión de que las cosas en su vida comenzarían a cambiar, y no solo eso, sino que tenía ganas de que así fuera, quería experimentar esos cambios y animarse a vivir un poco más.

La parte de ella que siempre estaba en alerta se encontraba en pánico, pero su hartazgo por ese estilo de vida que solía llevar, la había llevado al límite. Lo poco que había disfrutado de esas semanas, había salido bien, tenía amigos nuevos, personas que la aceptaban como era, que estaban allí para ella, que no la juzgaban. Ian le decía cada noche que ya era momento de disfrutar de la vida que ella merecía, y quizá tenía algo de razón.

Durante ese día, se dedicó a limpiar su apartamento con música de fondo, incluso se animó a bailar un poco mientras aspiraba la alfombra de la sala. Abrió las ventanas y dejó que el aire fluyera y se llevara todo el tufo estancado adentro, pensando que era lo mismo que estaba haciendo con su alma, con su vida, abrir las ventanas y las puertas para dejar entrar al aire.

Su celular no sonó en casi todo el día, sabía que Ferrán estaba en el campo, Maríana iba a ir al cine con sus hijos y Lauri pasaría con Sebastián un fin de semana romántico. Sin embargo, se sentía acompañada, se sentía bien, se sentía feliz. Esa noche, se pidió una *pizza*, se puso a ver películas románticas y se durmió muy tarde, por eso, el domingo cerca del mediodía, cuando su celular comenzó a sonar como loco, no supo bien en qué parte del mundo se hallaba.

—¿Quieres hacer algo diferente? —inquirió la ya conocida voz de Ferrán apenas le atendió.

—¿Eh?

—¿Aún duermes? —preguntó con sorpresa.

—Bueno, ahora me despertaste —dijo la muchacha con la voz adormecida.

—Bien, levántate, vístete, te busco en una hora…

—¿Qué? ¿Para?

—Comeremos algo y luego te llevaré a un sitio muy especial —añadió.

Mel se sentó en la cama y observó su reloj, eran casi las doce del mediodía y no entendía qué le estaba proponiendo Ferrán.

—Yo… no sé…

—¿Tienes algo que hacer además de dormir? —inquirió él con jovialidad.

—Bueno… no… pero…

—Pero nada, estaré allí en una hora… prepárate, ¿sí? — añadió y Mel notó un dejo de inseguridad en su voz.

—Bueno… —aceptó Mel aún confusa.

—Bien… te veo luego…

El hombre cortó la llamada y Mel comenzó a sentir ansiedad. No supo qué hacer, así que lo primero que se le ocurrió fue llamar a Mariana.

—¿Qué hay de malo? ¡Anda y diviértete! —la instó la mujer.

—Está bien… Si no me comunico para la tarde llama a la policía —añadió.

Mariana se echó a reír, pero ella no estaba bromeando.

—¡No exageres, mujer! Es una buena persona, si no lo fuera te hubiese dejado tirada en la calle el día del accidente, ¿no lo crees? —inquirió—. Vamos, Mel, haz un pequeño esfuerzo por confiar en la gente… solo un poco… Al menos dale la oportunidad…

—Está bien… —suspiró—. Sabes que no es que no quiera, es una lucha interior…

—Yo lo sé… ganarás esa lucha, estoy segura… Tranquila, todo saldrá bien. Mantenme al tanto —pidió.

—Sí… sí… Gracias…

Camelia se dio un baño y luego se vistió, ni siquiera sabía bien cómo hacerlo, así que optó por un *jean* y una camiseta naranja, después de todo no creía que fuera necesario vestir más formal un domingo de siesta.

Esperó los diez minutos restantes con el estómago hecho un puño, ansiosa, preguntándose si a dónde la llevaría y si sería seguro. Pero cuando recibió su mensaje diciéndole que ya estaba abajo, tomó su cartera y salió casi corriendo, y es que en el fondo, deseaba verlo.

—Hola —dijo cuando la vio llegar.

La esperaba en la vereda, listo para abrirle la portezuela del automóvil.

—Hola… —respondió ella con un poco de vergüenza, aunque no sabía ni por qué.

Ferrán le hizo un gesto para que subiera y luego cerró la puerta y se fue hacia su lado. Arrancó el auto y comenzó a hablar.

—¿Qué deseas almorzar? —inquirió—. ¿Has desayunado?

—Bueno, no, apenas me dio tiempo de prepararme — añadió para no admitir que en realidad los nervios no le permitían comer.

—Pues… disculpa por no avisarte antes —dijo él con una media sonrisa—, la verdad es que no sabía bien si pedirte que me acompañaras… es algo un poco… algo que hago solo, siempre… y… pero luego, luego pensé que me gustaría compartirlo contigo —afirmó.

Sus visibles nervios lograron tranquilizar a Mel, aunque no sabía bien porqué.

—Bueno… ¿y qué haremos? —quiso saber la muchacha y lo dijo de una manera amena con la intención de aminorar las ansias de Ferrán.

—Primero comer. Yo también estoy hambriento. ¿Te gusta el pescado? Conozco un buen restaurante en la costa y nos queda de camino —añadió.

Mel asintió.

—¿Qué tal? ¿Te divertiste en el campo? —preguntó entonces ella para buscar un tema de conversación.

—Divertirse… bueno, la verdad es que no demasiado — afirmó él y suspiró—. Las cosas no van muy bien con… con ella —dijo y a Mel le pareció que bajaba la vista por un segundo.

—Oh… Bueno…

No pudo decir más que eso, había una «ella» y debía procesar esa información. Mel se sintió muy estúpida y miró por la ventana para pensar un poco. ¿Qué hacía en el vehículo de un

hombre que estaba saliendo con otra mujer? Ella no pensaba ser el premio consuelo de nadie y no creía que meterse con alguien con pareja fuese una opción para ella. Menos si las cosas entre ellos estaban mal.

Sintió un impulso por bajarse del vehículo justo cuando se detuvo en un semáforo. Sentía el corazón latir con fuerza y cuando ya tenía la mano en la manija para abrir la puerta, pensó que él en ningún momento le había hablado de nada que tuviera que ver con ser una pareja ni le había insinuado nada. De hecho, le había pedido amistad. ¿Por qué se estaba adelantando a los hechos? ¡Eran amigos, solamente amigos! No podía salir del auto así porque sí, ¿qué le diría? Pensaría que se había vuelto loca. Además, ¿por qué demonios ella estaba pensando que eran o podían ser algo más?

Estaba demasiado confundida… pero entonces, algo llamó su atención. En la esquina en la que estaban detenidos, había una mujer vestida de blanco. Estaba a unos veinte o treinta metros y la miraba fijamente a los ojos. Camelia no reconoció el rostro, pero se veía pálida, muy pálida. Su cabello era negro y lleno de rizos y caía ordenado sobre su espalda. Tenía los pómulos demasiado rosados, o era que hacían mucho contraste con el resto de su piel nívea, parecía una muñeca de porcelana. En sus manos, tenía un ramo de flores, eran camelias amarillas y por un instante le pareció que la mujer le sonreía.

—Mira… —dijo volteándose para llamar a Ferrán que esperaba que el semáforo diera verde para continuar.

Le pareció llamativo que la mujer tuviera camelias en sus brazos, últimamente las veía más de la cuenta, pero cuando se volteó a mirar con el dedo señalando al sitio, ya no estaba.

—¿Qué? —inquirió el hombre.

—No… nada… —dijo ella confundida.

Otra vez la idea de que su abuela se le apareciera en espíritu le volvió a la mente, pero luego se sacó el pensamiento de la cabeza. Los espíritus no se aparecen en forma de fantasmas a las personas, debió ser una vendedora de flores, había muchas por ese sitio.

—¿Tú qué hiciste? —inquirió Ferrán y ella tardó en comprender que su pregunta tenía que ver con los días previos, ya que era de eso que hablaban antes.

El semáforo se puso verde y Ferrán avanzó, Mel observó para todos lados intentando hallar a la misteriosa mujer, pero no la vio por ningún lado.

—Nada, viernes con las chicas y ayer me puse a limpiar el departamento —comentó—. Luego vi películas y me dormí muy tarde.

Cuando llegaron al restaurante, Ferrán se apresuró para abrirle de nuevo la puerta. Mel no esperó que lo hiciera, pero le sonrió al salir. Era todo un caballero. Eligieron una mesa y pidieron un plato típico de la zona, la especialidad de la casa. Lo degustaron mientras hablaban de lo mucho que le gustaba a Ferrán salir a pescar cuando era más joven. Mel le comentó, que su padre también amaba aquella actividad y así se entretuvieron un buen rato.

Al subir de nuevo al vehículo, Mel pensó que era fácil hablar con Ferrán, podían conversar sobre cualquier cosa y le resultaba divertido e interesante. Se preguntó cuál sería el problema que tenía con su mujer, pero no quiso averiguarlo, ya que no sería de mucha ayuda. No podía dar consejos sobre relaciones pues nada sabía del tema.

—¿A dónde vamos? ¿Ya vas a decirme?

—Llegaremos en cinco minutos… —dijo Ferrán.

Mel aguardó y vio como él ingresó a un hospital cuyo nombre estaba estampado en un letrero en la entrada: Hospital nacional del cáncer, zona pediátrica. Después estacionó, y bajó del auto abriéndole la puerta y pasándole la mano. Mel solo se limitó a seguirlo, confundida y curiosa por lo que harían allí.

Ferrán abrió la cajuela del automóvil y sacó una enorme mochila negra, se la puso al hombro y con un gesto le indicó por dónde ir. Mel lo siguió.

—Buenas tardes, Ferrán —saludó con amabilidad una enfermera con la que se cruzaron antes de llegar a la entrada.

—Hola, Gloria, ¿cómo está? —la saludó él.

Cuando ingresaron, una mujer de nombre Perla, los saludó también y le dijo a Ferrán que se cambiara donde siempre y que los niños lo esperaban ansiosos. Ferrán la guio hasta una habitación, donde ingresó y luego cerró la puerta.

La pieza estaba vacía y olía a lejía. Había solo una mesa, una silla y un perchero. Ferrán colocó la mochila en la mesa y la abrió para sacar de ella su vestuario de mimo. Se sacó la camisa blanca que traía y se puso la camiseta a rayas, los ojos de Mel se abrieron como platos al verlo con el torso desnudo. Entonces, él se sacó los zapatos, luego se desprendió el *jean* y comenzó a sacárselo.

Mel se volteó instintivamente, no pensaba verlo en paños menores, aunque por dentro moría de ganas de hacerlo, ¿de dónde nacían esas ansias? Sintió que las mejillas se le tornaron rosas y Ferrán rio.

—Oye… ¿qué sucede? —inquirió.

—Te… te estás… desvistiendo —respondió ella con un hilo de voz.

—Bueno, me estoy cambiando… Ya puedes voltearte — dijo cuando terminó de ponerse el pantalón negro y ya se calzaba los enormes zapatos de payaso.

Mel lo hizo, con las mejillas aún ardiendo, y aunque Ferrán no dijo nada, aquella escena le pareció adorable.

Sacó entonces su cartuchera con maquillajes y en menos de diez minutos, su cara se había transformado. Luego, sacó unos globos sin inflar y una bolsa con algo adentro que parecía una ropa, y se la pasó a Mel.

—Iré a inflar los globos allá afuera para que te cambies con calma, creo que esto te quedará bien —añadió.

Mel no comprendió.

—Cuando estés lista llámame, te maquillaré —dijo antes de salir.

Mel se quedó helada y sin saber qué hacer o qué decir. Abrió la bolsa y se encontró con una falda negra, corta, con tirantes, una blusa a rayas de mangas largas y unas medias rayadas largas hasta más arriba de la rodilla, también rayadas en blanco y negro. Además, había una boina negra igual que la que él se había puesto un segundo antes.

Por un minuto dudó de hacerlo. ¿Vestirse como mimo y hacer el ridículo? Pensó para sí, luego reflexionó sobre Ferrán y lo que habían hablado la vez que salieron a comer, sobre aquello de sentirse libre cuando estaba disfrazado. ¿Por qué no? Pensó.

Se sacó el *jean* y lo dobló sobre la silla, se puso la falda y las medias y luego se sacó la blusa.

—¿Lista? —dijo Ferrán al otro lado justo cuando ella estaba solo en brasier, así que se apresuró en responder.

—Ya casi —dijo poniéndose lo más rápido que podía la camiseta y metiéndosela dentro de la falda—. Ahora sí —añadió.

Ferrán ingresó y la observó, se mordió el labio y a ella le pareció que por un minuto se sintió incómodo. Mel agradeció en su fuero interno el haberse depilado el sábado. Pero entonces él negó con la cabeza y luego asintió.

—¿Estás bien? —inquirió confundida por su reacción.

—Sí, sí… Te ves magnífica, ahora déjame maquillarte.

Mel se sentó en la silla y se dejó hacer. Ferrán le puso con mucho cuidado la crema blanca y luego delineó una figura vertical en medio de cada ojo, pintó los pómulos y los labios de rojo.

—Lista —añadió dándole un espejo para que se viera.

A Mel verse le resultó extraño, no era capaz de reconocerse y no sabía si sería capaz de actuar como un mimo.

—Yo… no sé qué hacer —dijo entonces.

—Solo diviértete. Apaga la cabeza, actúa… Eres libre, no eres Camelia, no estás atada a tus miedos, aquí nadie te conoce —dijo él viéndola a los ojos—, solo debes divertirte y ser espontánea.

—Soy muy mala siendo espontánea —admitió ella.

—Déjate ir, Camelia, déjate ir —dijo él y le regaló una sonrisa—. Y no hables —añadió.

Camelia asintió y luego salieron allí de la mano, afuera les esperaban muchos globos con formas y Mel se preguntó qué tan rápido Ferrán los había armado. Entonces sonrió y decidió que, por un momento, solo por esa tarde, intentaría dejar de pensar y dejarse ir.

CAPÍTULO 12

Secretos

Ingresaron en habitación tras habitación y Camelia fue capaz de ver la transformación de los niños que los veían entrar. Al principio le fue muy difícil apagar su mente, pero las sonrisas y la alegría de aquellos niñitos demacrados en batas de hospital, y muchos de ellos con pañoletas en su cabeza, la animó a ir soltándose. Ferrán hacía mímicas y trucos que llevaba a los niños a descostillarse de risa, ella solo se limitaba a aplaudirlo con gesto exagerado y silencioso y a entregar los globos que él le daba para que se los regalara a los niños.

Los padres de los pequeños tenían ojeras y ojos rojos, probablemente de no dormir y de llorar. Mel sintió un pinchazo en el alma ante tanta desolación. Aun así, festejaban la diversión que Ferrán les estaba dando a sus hijos y se lo agradecían numerosas veces.

Algunos niños no despertaban, Ferrán ponía una mueca triste en su rostro y les entregaba a los familiares un globo para que le dieran al niño o a la niña cuando abriera los ojitos. Había otros que todavía estaban muy activos, que apenas ingresaban corrían a abrazarlos. A Mel le costó procesar esos gestos de cariño, pero la compasión que sentía hacia aquellos pequeños hacía que también les devolviera los abrazos y los besos. Algunos niños se notaban muy enfermos, la piel era casi transparente y apenas podían regalarles una media sonrisa muy esforzada.

Un par de horas después, cuando acabaron el recorrido, regresaron a la habitación donde Ferrán le dijo que volviera a cambiarse y que él conversaría algo con un doctor amigo allí afuera mientras tanto.

Mel se encontraba desbordada de emociones encontradas, la alegría y la tristeza luchaban en su interior y hacía un enorme esfuerzo por contener las lágrimas. Se vistió con premura y dobló el traje de mimo con esmero sobre la mesa. Tomó unos instantes para respirar y calmar su alma y luego se dirigió a la puerta para avisar a Ferrán que estaba lista.

—Piénsalo, por favor —dijo el médico amigo de Ferrán justo cuando ella abrió.

—Aún no estoy listo… —oyó responder a Ferrán.

Observó la mirada triste del hombre enfundado en su bata blanca y vio a Ferrán ingresar a la habitación. Se cambió en silencio, se notaba que tenía el alma igual de alborotada que ella.

—Iré a tomar un poco de agua —dijo ella para dejarlo vestirse con calma. Y volvió unos instantes después, cuando él ya se sacaba el maquillaje.

Luego, le pidió que se sentara y se lo sacó con cuidado. Mel cerró los ojos y sintió aquello como tiernas caricias que ponían sus terminaciones nerviosas de punta.

—Lista, ahora ponte esta crema para que no se te reseque la piel —dijo él dándole un pote.

Mel lo hizo mientras observó cómo Ferrán guardaba todo dentro de la mochila.

Una vez acabado, salieron y se despidieron de las enfermeras y la secretaria que le dijeron a Ferrán que lo verían el próximo domingo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él una vez que estaban ya sentados en el auto.

—Un poco aturdida —dijo ella y él asintió.

—Ahora te llevaré a un sitio donde podrás liberarte de esa carga emocional —afirmó.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando llegaron a lo que parecía ser una altura rocosa sobre el nivel del mar. Desde allí, podían ver las olas romper con fuerza en la base y la brisa del viento les golpeaba el rostro.

Ferrán sacó una manta de su auto y la colocó en el suelo, sentándose encima e invitando a Mel para que hiciese lo mismo.

—¿Cómo lo has pasado? ¿Ha sido demasiado?

Mel comenzó a llorar, sin siquiera entender por qué, sin temor a hacerlo frente a aquel hombre, sin poder contenerse. Ferrán al observarla, solo la rodeó con un brazo y dejó que ella recostara su cabeza en su hombro.

—Es difícil, es difícil entender los caprichos de la vida y la muerte —susurró—. Te contaré un secreto, ¿quieres?

Mel lloraba como una niña pequeña, pero asintió. Ferrán esperó a que ella se calmara y entonces comenzó su historia.

—Hace unos años, vine a este mismo sitio, cansado de todo, agobiado del peso injusto de la vida que me tocó llevar. Estaba dispuesto a acabar con todo, iba a tirarme de allí —dijo señalando el punto más alto del sitio—, pensaba que iba a ser una buena manera de morir, en el mar, quizás ahogado o quizás golpeado por la fuerza de las olas contra las rocas. Estaba seguro de que mi vida no tenía ya sentido y de que era lo mejor que podía hacer, incluso para mis seres queridos…

Ferrán hizo un silencio, su voz se escuchaba grave y Mel estaba segura de que también deseaba llorar. Ella podía entender a la perfección lo que sentía.

—Entonces, cuando estaba tomando el valor para tirarme, llegó un automóvil. Bajaron a un pequeño niño en una silla de ruedas. Primero me enfadé, estaba molesto porque esa gente interrumpía mi sublime acto de despedida del mundo… Me senté a observar y a esperar que se fueran, dispuesto a seguir luego con mi cometido…

Volvió a hacer silencio, Mel se sentía en calma, había dejado de sollozar y de alguna manera experimentaba el alma tan liviana que creía que en cualquier momento sería capaz de volar.

—Entonces, observé al hombre que bajaba al pequeño. Era un tipo grande, de un metro ochenta o más, fornido, uno de esos que en una situación normal te daría temor… pero estaba tan apagado, tan… maltrecho, que lo único que daba era pena. Sin decir palabra, colocó al pequeño lo más cómodo que pudo y lo envolvió en una manta. Lo acompañó hasta aquí —dijo señalando el sitio en donde estaban—, y se sentó a su lado. Ambos se tomaron las manos y observaron el horizonte. Yo era invisible ante ellos y no se percataron de mi presencia.

Mel suspiró, se dejaba llevar por aquella narración tan íntima que le hacía ese hombre de la voz ronca y los ojos tan azules como ese mar que estaba frente a ellos. Había magia en el ambiente.

—Con mucha dificultad, el niño le dijo a su padre que cuando ya no estuviera, no lo llorara. Que él había sido feliz en la vida y le daba gracias a Dios por el padre que había tenido. Le dijo que le debía todo y que lo esperaría al otro lado del mundo que conocemos con los brazos bien abiertos. Le dijo que sabía que iría a un lugar lleno de paz, y le pidió a su padre que no se

preocupara.

—Oh… —dijo Mel al tiempo que volvía a derramar lágrimas, pero esta vez eran tranquilas y silenciosas.

—Yo observé al hombre, no dijo nada, sus lágrimas caían despiadadas y silenciosas… Su alma estaba rota de dolor, pero aun así allí estaba, valiente, fuerte para su pequeño niño. Una hora después, el niño se quedó dormido, el hombre lo cargó en sus brazos con sumo cuidado y lo colocó en el asiento trasero, luego guardó su manta, la silla de ruedas y volvieron a desaparecer.

—¿Qué hiciste entonces? —inquirió Mel ante un largo silencio.

—Me sentí muy mal, no podía suicidarme luego de ver aquello. Me sentí la persona más egoísta del planeta, Camelia, ¿cómo podía yo animarme a acabar con mi vida de manera voluntaria cuando un pobre hombre estaba sufriendo porque su pequeño no tenía más esperanzas?

—Comprendo tan bien lo que dices —susurró ella con calma, como si su corazón hubiese dejado de tener miedo de inmediato.

—Entonces guardé mis cosas, fui a mi casa y me encerré allí por casi una semana. Lloré en silencio por la inminente muerte de aquel pequeño y por las otras muchas vidas que partirían de este mundo sin poder hacer nada más. Lloré por las personas que quedaban en la Tierra y por el dolor que experimentarían, y pedí a Dios o al universo, que les mostrara a todos un camino de esperanzas. Le pedí que me lo mostrara a mí… —añadió—. Debo admitirlo, aún me sentía muy infeliz, tenía un gran vacío, un gran silencio en mi interior que no lograba cubrir. No entendía por qué Dios no me llevó a mí y dejó a ese niño o a cualquier otro ser que merecía vivir mucho más que yo… Todo me parecía tan injusto…

—¿Y luego? —inquirió la muchacha.

—Te lo contaré, aunque puede que pienses que estoy loco… Una noche tuve un sueño, el niño aquel aparecía ante mí, robusto, con la piel rosada y los cabellos tupidos de un color rojo sangre. Me sonreía y me abrazaba, me tomaba de la mano y me llevaba por un sendero oscuro que se iba aclarando con nuestros pasos. Cuando llegamos a una especie de sala blanca, me mostró una especie de cristal donde pude ver a muchos niños riendo, jugando, corriendo… luego me mostró hacia un muro y ahí vi sus fotos, todos pequeños pacientes con enfermedades terminales. Entendí que habían muerto y ahora eran felices. El niño me dijo: «todos tenemos una misión en la vida, incluso aquellos que viven solo unos segundos… Nadie debe interferir con esa misión, nunca. La mía era demostrarte que tu vida valía la pena y que no era el momento de irte aún. Tú tienes una misión que cumplir, tienes que hacerlos reír, tienes que salvarles las vidas a los que están destinados a vivir y acompañarlos con cariño a los que ya han acabado su camino. Tienes que aprender que la felicidad está en el dar, más que en el recibir». Entonces me desperté.

—Dios mío, Ferrán… eso es muy fuerte —admitió Mel con mucha emoción, él asintió.

—Todo cambió en mi interior después de eso. Decidí que debía cambiar, que debía levantar la cabeza… Desde ese momento me convertí en el mimo que cada domingo los hace reír… —añadió—. Puedes pensar que estoy loco, pero tengo grabado aquí —dijo apretando su pecho—, que la vida de aquel pequeño debe valer la pena… Si su misión era únicamente que yo lo viera justo en el momento en que iba a suicidarme y que su enfermedad y su muerte me hicieran reflexionar, todo su sufrimiento debía valer la pena, Camelia, no podía fallarle… Sé que puedes creer que estoy loco de remate, pero… el mundo ha cambiado desde que he comenzado a

cambiar mi manera de verlo…

—No pienso que estés loco, Ferrán. Gracias por compartirme ese enorme secreto que guardabas en tu alma y por esta tarde… —añadió.

—No, gracias a ti por escucharme con el corazón. Si te conté esto es porque quiero que me conozcas como soy, todavía hay mucho de mí que debo sacar a la luz, pero no es sencillo desnudar las penas del alma frente a alguien más…

—Créeme, lo entiendo a la perfección —susurró ella con una sonrisa—. Y lo valoro…

—Aún soy un desastre, Camelia, estoy decepcionado de mí y decepciono a quienes amo… aún no sé cómo cambiar eso…

—Hay muchas cosas que yo no sé cómo cambiar, Ferrán, y que también me hacen sentir decepcionada de mí. Quiero pensar que en algún punto encontraré un camino… una respuesta…

Se quedaron en silencio un buen rato, mientras el sol se apagaba lentamente. Mel no pudo evitar pensar en el día que intentó suicidarse y en cómo los planes fallaron aquella vez y voltearon su mundo para siempre.

Por un instante en mucho tiempo Mel se sintió comprendida, incluso sin haberle contado su historia, incluso sin haber compartido su secreto. Por un instante Mel no se sintió tan sola.

CAPÍTULO 13

Destino

Esa noche a Mel le costó mucho conciliar el sueño, estaba serena y emocionada, sentía como si su espíritu estuviera colmado de un gozo especial que la hacía sentir viva y brillante. Se puso a pensar en las palabras de Ferrán, si sus padres habían muerto solo para que ella no se suicidara, tenía que ser que ella también tenía una misión muy importante en la vida. ¿Cuál sería?

Mucho había leído sobre autoayuda, sobre el propósito personal, sobre la realización y la felicidad. Incluso una vez había leído un libro que contaba cómo las almas hacen un pacto antes de venir a la Tierra, una especie de contrato en el que deciden cómo nacerán, quiénes serán sus padres, dónde vivirán, en cuáles circunstancias, qué cosas difíciles atravesarán a lo largo de su vida, durante cuántos años vivirán y cómo morirán. Todo esto con el fin de adquirir un montón de conocimientos o destrezas para la evolución del alma.

En aquel momento le pareció una estupidez, una burla a su sufrimiento. ¿Cómo y en qué planeta ella habría elegido vivir lo que vivió en su adolescencia? ¿Cómo y en qué mundo alternativo alguien elegiría sufrir semejante humillación? No tenía sentido, incluso tal fue su enfado que cerró el libro y no lo acabó hasta años después.

Sin embargo, aquel sueño que Ferrán le había confesado le llevó a pensar que ese niño había vivido solo para salvar su vida. Así como sus padres, que habían evitado su suicidio pagando como precio su propia muerte. Recordó lo que sintió al ver los cuerpos fríos de su madre y su padre cuando le tocó hacer el reconocimiento.

Sintió un mareo fuerte, unas náuseas gigantescas, era ella quien debía estar así, no ellos. Se sintió egoísta, así mismo como lo había descrito Ferrán, había pensado solo en ella y no había calculado jamás que sus padres no eran eternos. Hasta ese momento en el cual el dolor por su pérdida le desgarraba el alma, ella no había sido capaz de dimensionar el sufrimiento que les causaría a sus padres con su acto si hubiera logrado concretarlo. Había sido muy egoísta pensando en liberarse de su dolor y creer que eso le daría paz al resto cuando en realidad esa no era la verdad. Pero nunca había pensado que quizás ellos lo habían evitado, que sus padres podrían haber elegido dar su propia vida por ella.

¿Cuál sería la misión tan grande que ella le debía a sus padres y a la vida?

Mariana la llamó y la sacó de sus cavilaciones.

—Ya me estaba preocupando —dijo la mujer—. Tú con tus miedos me hiciste pensar, y como no te comunicaste…

—Estoy bien —respondió Mel—. Fuimos a comer y a pasear por la costanera, solo a hablar… —mintió.

En ese momento sintió que aquello que habían vivido esa tarde les pertenecía solo a ellos y

que no debía comentarlo.

—Bien, ¿te divertiste entonces? —inquirió Mariana.

—Sí… ¿Alguna vez has sentido que eres capaz de conectar con el alma de otra persona? ¿Cómo si lo conocieras o lo entendieras desde siempre? —preguntó.

Mariana sonrió desde el otro lado de la línea.

—Sí… lo sé… lo he sentido —susurró—. Disfruta de esas coincidencias, Mel, no suceden a menudo.

Mariana se despidió alegando que era tarde y estaba cansada, lo que Mel agradeció, pues ella necesitaba seguir pensando en la soledad de la noche, y cortó la llamada.

Suspiró.

¿Cuál podría ser la misión de alguien tan insignificante como ella?

Recordó la sonrisa de los niños por encima del dolor y el sufrimiento y la manera valiente en que esas personas enfrentaban un destino que parecía injusto. Se sintió así como lo había dicho Ferrán, egoísta y mezquina, tan encerrada en sí misma cuando podía hacer tanto por los demás, por el mundo, por las personas. Quizás había gente mala, mucha, pero Mariana le había dicho que no todos lo eran, y en ese corto tiempo en que su vida estaba cambiando, había vivido en carne propia que existían personas con buenas intenciones y un corazón capaz de amar y entregarse al otro.

Pensó en Mariana y en su amistad, sus consejos y su capacidad de estar allí, con comprensión y compasión, con las palabras siempre justas. Pensó en Lauri, su alma vibrante y llena de alegría que contagiaba esas ganas de experimentar la vida. En Ian, su hermano valiente y decidido, con su capacidad y su resiliencia, su fortaleza y sus palabras de apoyo y cariño. Y como no, en Ferrán, que aun con las oscuridades de su alma, era capaz de ser tan sensible y ver más allá de su dolor para convertirse en alegría para unos niños que estaban al borde del abismo.

Era obvio que Ferrán tenía un dolor muy grande, nadie que no lo tuviera tendría el suicidio como opción, pero había elegido otro camino, había tenido la sensibilidad necesaria para ver en ese niño de aquella tarde una alternativa para seguir luchando. Ella lo había hecho a la fuerza, porque no le quedó de otra más que vivir luego de la muerte de sus padres. ¿Cómo podría dejar a Ian a su suerte, huérfano y sin ella cuando solo tenía diez años? No podía condenarlo a semejante infelicidad, así que tomó la única salida que tuvo en ese momento, hacerse cargo de él cuando tuvo que hacerlo.

Aun así, no fue lo suficientemente valiente para afrontar su propia vida y vivirla, por miedo a volver a sufrir, por miedo a que la volvieran a lastimar. Le había costado tanto juntar parte por parte sus pedazos que temía demasiado que se volvieran a desarmar con el más simple viento. Incluso creía que algunas partes no las había podido encontrar y ese era el vacío que sentía por dentro.

Pero Ferrán también habló de un vacío, de un silencio en su interior, y habló de la felicidad que está en el dar. ¿Por qué ella no podía intentarlo? Dar… dar amistad, dar una sonrisa, un abrazo si alguien lo requería, un consejo. Darse a sí misma a las personas que ahora la querían y que le demostraban que podía confiar en ellas. Dar su tiempo en algo que, como Ferrán, ayudara a los demás.

¿Qué podía hacer? ¿Quién podría ser?

Mel supo esa noche que estaba en otro punto de inflexión, uno de esos momentos en los que

se sabe que las cosas están cambiando y no volverán a ser como antes. Esos en los que las decisiones que se toman marcarán el futuro. Y ella quería elegir diferente, por esta vez, deseaba abrir sus puertas y ventanas para que el nuevo aire se llevara el tufo que tenía en su interior, luego de haberse cerrado al mundo por tantos años, era hora de cambiar el rumbo.

Esa noche, Mel se durmió con una sonrisa en el rostro.

CAPÍTULO 14

Rutina

Las siguientes semanas transcurrieron con normalidad, en el hotel se preparaba la fiesta anual de los colores, por lo que las chicas tenían más trabajo, pero la rutina no cambió para nada. Ferrán se fue acercando de a poco al trío de las chicas, y comenzó a acompañarlas, al menos dos veces a la semana, en sus tradicionales almuerzos.

Siempre se sentaba al lado de Mel, y comenzó a acostumbrarse a la interactuación entre ellas. Notó que Lauri era la divertida, la chispa que hacía reír a las demás, que Mariana era la que aconsejaba y que era percibida por sus amigas como una especie de madre o mentora, y que Mel, a pesar de que se reía y solía comentar cada cosa que hablaban, era la tímida.

Lauri los invitó a todos a una cena en la casa de sus suegros, era un evento íntimo y les dijo que era muy importante que estuviesen presentes pues los quería mucho. Sebastián y ella al fin se comprometerían y le pondrían una fecha de bodas a su amor.

Mariana y Mel lo festejaron con alegría, y Ferrán, aunque no se sentía muy seguro de ser digno de aquella invitación, lo agradeció en silencio. La preocupación de Mel era no tener una ropa adecuada, pero Lauri le dijo que no se preocupara, que no había necesidad de ir elegante, que se pusiera lo que tuviese a mano.

Además de aquella interacción, Ferrán acompañaba a Mel cada tarde hasta su auto, la esperaba a la salida y caminaba con ella los escasos metros hasta llegar al vehículo. A veces, le daba una camelia roja o bien algún dulce. Conversaban sobre sus días o sobre temas frívolos, pero aquella actividad, comenzó a convertirse en rutina.

Mel se sentía a gusto con su nueva vida, y se la platicaba a Ian cada noche. Le contaba de sus amigas y de Ferrán y le decía que se sentía feliz, que poco a poco iba abriéndose a la gente y a las nuevas experiencias, y que, aunque al principio le parecía difícil y le generaba ansiedad, estaba cada vez más acostumbrada, y últimamente, actividades como la cena con la familia de Lauri, ya no le daba miedo.

Ian se mostraba contento y satisfecho, le decía que estaba orgulloso de ella y que se merecía lo mejor, luego le contaba sobre sus amigos, las tareas, los profesores y la universidad.

Los domingos, Mel continuó acompañando a Ferrán, era un secreto que compartían ambos, y aunque no tenía nada de malo, ella no sentía la necesidad de compartirlo con las chicas. Él pasaba a buscarla cerca del mediodía, comían algo por allí y luego iban a ver a los niños. Todavía no era capaz de hacer mímicas y comportarse como un verdadero mimo, pero comenzaba a comprender aquello que Ferrán le había dicho en una oportunidad: disfrazarse la relajaba, le sacaba la presión de ser ella misma y la ayudaba a contemplar la posibilidad de ser otra persona, más libre, menos racional.

No habían vuelto a tratar aquel vidrioso tema de la posible relación que parecía tener, a Mel

le daba temor escuchar que él tenía pareja y confirmar así sus sospechas. Pero a la vez, le parecía extraño que saliese con ella, que la esperase cada tarde, si hubiera una mujer en su vida. Sin embargo, eso estaba latente y era algo que tarde o temprano tendría que preguntar.

De hecho, se pasaba muchas horas pensando al respecto algunas noches antes de dormir. Si solo eran amigos no debería importarle, pero ¿qué mujer permitiría a su novio o pareja estar así con otra? Bueno, podría ser que la mujer no lo supiese, quizás él decía que estaba trabajando, podría ser que las cosas entre ellos no estuvieran bien, como una vez ya le dijo. Y temía compartir esa información con las chicas porque sabría cuál sería las respuestas.

—¡Aléjate de un hombre con compromisos o en pareja! ¡Aléjate de cualquier hombre que te diga que está teniendo problemas con su novia! —gritarían al unísono.

Ese fue el consejo que le dieron a Amalia, una chica que trabajaba en el restaurante del hotel una tarde en que las cuatro se tomaron un café en el lobby. Amalia, que parecía ser abierta y espontánea, les preguntó qué pensaban de su relación con Carlos, un hombre que estaba casado, pero que le juraba que dejaría a su esposa por ella, pues las cosas ya no funcionaban.

—¡Nunca lo hará! El 99% de los hombres casados dicen eso para embaucar a sus conquistas, pero solo el 1% deja a su esposa por la amante —aseguró Lauri.

Nadie sabía de dónde quitó esas estadísticas, pero lo dijo con tanta seguridad que todas le creyeron, y Mariana lamentó ser parte de la estadística del 1%, aunque afirmó que tampoco se sentiría capaz de perdonar una infidelidad.

Amalia intentó convencerlas de que Carlos era diferente y que ellos en realidad tenían algo serio. Incluso que el hombre ya le había presentado a la madre.

—Muchas madres apañan a sus hijos en estas cosas — sentenció Mariana—, es el machismo metido en el centro mismo de la sociedad, la familia —añadió.

Amalia terminó por suspirar y sumirse en sus pensamientos, las chicas fueron duras, pero dijeron que era mejor que tomara una decisión a tiempo y se quitara el problema de encima antes de enamorarse más.

Mel no opinó, no sabía qué decir, solo leía novelas románticas y en ellas, el resultado dependería de quién fuese la protagonista de la historia. Si Amalia lo fuera, seguro que Carlos dejaría a su esposa, que probablemente era una bruja despiadada, y se quedaría con ella. ¿Pero si la esposa fuera la protagonista? Amalia solo sería una amante de turno… Camelia no creía que su opinión fuera relevante, así que solo escuchó y anotó mentalmente todos los consejos de las chicas.

Amalia acabó por aceptar que ellas tenían razón, más aún cuando Lauri le dijo que no tenía nada que perder. Que si cortaba la relación y él en verdad la quería, ese sería un buen momento para jugarse por ella y demostrar que sus palabras eran reales, así que Amalia afirmó que eso era lo que iba a ser. Y aún no les había dicho en qué quedó todo.

El caso era que a Mel le preocupaba aquello, pero acababa por recordarse a sí misma que solo eran amigos y los amigos no entraban en esas estadísticas, y se regañaba a sí misma por pensar de ese modo, pues eso significaba que comenzaba a ver a Ferrán como algo más que amigos, y eso le aterraba.

Lo cierto era que su corazón se aceleraba cada día cuando lo veía, cuando venía a buscarla o por las tardes, mientras esperaba que fuera la hora de salida y sabía que lo vería pronto. Que le encantaba estar con él, conversar sobre cualquier cosa y compartir con él los secretos del

domingo. Le gustaba su presencia, sus ojos, el calor de sus manos, y se encontró fantaseando en más de una ocasión con el sabor de sus besos. Pero esos pensamientos eran tan personales y tan íntimos, que tenía que guardarlos hasta de sí misma. Enamorarse no era una opción, el amor significaba entregarse, abrirse del todo al otro y mostrarse sin máscaras, y ella no podía hacerlo.

Lo mejor era no aceptar esos sentimientos e ignorarlos lo más que se pueda, ya que parecían crecer y crecer tanto y tan rápido como la cantidad de camelias rojas de papel que inundaba cada rincón de su casa.

Pero cada noche, luego de leer alguna novela, cuando Camelia cerraba el libro y los ojos, se preguntaba cómo sería ser novia de Ferrán, qué harían si lo fueran, cómo se sentirían sus besos, sus caricias, sus palabras al oído. Cómo se sentirían esas escenas candentes de sus libros en el cuerpo de Ferrán. También se preguntaba sobre qué pelearían, o si ella se sentiría avergonzada por no saber nada sobre relaciones. Se preguntaba cuántas novias habría tenido Ferrán con treinta y siete años, con cuántas mujeres pudo haber estado ya, y si ella estaría a la altura de su pasado.

Pero todo eso eran pensamientos secretos que nunca le comentaría a nadie, ni siquiera a su propia almohada.

De todas maneras, aún no sabía mucho de aquel misterioso hombre. No conocía su casa, ni a sus amigos ni a su familia y jamás hablaba de ellos. Mel ya había intentado sacarle alguna información, pero lo único que pudo deducir es que la familia que tenía vivía en España y que él no los veía hacía mucho tiempo.

Ese domingo, las cosas comenzaron a cambiar. Ferrán llegó a buscarla como siempre, pero se notaba frustrado, algo no iba bien. Mel le preguntó si se sentía bien y él respondió con un vago sí, y que no se preocupara, que compartir con los niños mejoraría su día.

Entonces fueron a almorzar, como siempre, y luego al hospital. Al salir de allí, en vez de llevarla a su casa, Ferrán le preguntó si quería ir a tomar un café, ella le dijo que sí y fueron a un centro comercial.

Estaban allí acomodados, compartiendo un café y conversando sobre los niños que habían visitado y la realidad de cada uno de ellos, cuando una mujer con cara de enfado y bastante alterada se acercó a la mesa y la golpeó con un puño al tiempo que el café caliente se derramaba sobre las piernas de Camelia.

—¡No puedo entenderte! ¡Eres un idiota! —gritó.

—Naomi, por favor —dijo Ferrán pasándole con premura una servilleta a Mel para que se secara el *jean*, en la zona de las rodillas, donde se derramó el café.

—No, no me pidas por favor. ¿Hasta cuándo, Ferrán? ¿Hasta cuándo dejarás que estas cosas sucedan en tus narices mientras tú te relajas en un café con una mujer? ¿No te da vergüenza? —inquirió con nervios—. ¡Ella te necesita! Y tú estás aquí… ¿flirteando?

—No estoy flirteando, Naomi —respondió Ferrán sin perder la calma, pero con una tremenda frustración que le atormentaba el alma.

—Lo único que haces es empeorar las cosas con ella. ¿Qué sucederá si se entera que estás aquí con una mujer? —inquirió y luego negó con la cabeza—. ¡Lo empeorarías aún más! —gritó.

—Por favor, detente… iré a verla… iré a hablar con ella… Pero ya no sé qué decirle, no sé cómo llegarle…

—¿Y entonces ignoras el problema así y nada más? ¡Estoy harta de ti, ya ha pasado demasiado tiempo! ¡Siempre fuiste un patán! No sé qué es lo que vio mi hermana en ti —añadió

—. ¡Eres un poco hombre, un tipo que siempre se escondió atrás de algo y no fue capaz de enfrentar la vida y mucho menos de valorar la suerte que tuvo! ¡No te mereces todo lo que tienes! —exclamó entre lágrimas.

A Mel esas palabras le dolieron como si fueran para ella, y se regañó a sí misma por no ser capaz de levantarse y defender a Ferrán como seguro lo haría Lauri si le sucediera a ella. Pero no podía meterse en esa conversación que no era capaz de entender.

Ferrán se notaba triste y un dolor enorme le cruzaba todas las facciones, la mujer a quien él llamó Naomi estaba enfadada, y a ella le dolía la pierna y le parecía que el café caliente había descascarado su piel. Sin embargo, era obvio que hablaban de una mujer, la hermana de Naomi, con quien él no estaba cumpliendo como debería.

—¡Ustedes no me dejan hacer nada! —exclamó él de pronto poniéndose de pie y sobresaltando a ambas mujeres.

—¡No! ¡No mientas! Estamos haciéndonos cargo de lo que tú no eres capaz de hacer, pero ella te necesita a ti —afirmó—. Ha pasado mucho tiempo, demasiado… pronto será tarde y lo lamentarás.

Ferrán dio un suspiro y se llevó las manos a la cabeza. Mel pensó que él estaba atajándose las lágrimas con un esfuerzo sobre humano.

—Iré a buscarla mañana, hablaré con ella y tomaré medidas —prometió.

—Piensa bien cómo actuarás —añadió la mujer amenazándolo con un dedo—, ella está enfadada contigo y hace estas cosas por molestarte, pero tú no puedes solo dejarlo y hacerte del desentendido, debes tomar medidas.

Dicho eso, la mujer dio media vuelta y se fue.

—Perdona por todo esto —dijo Ferrán y Mel solo asintió, aún confundida y adolorida—. Te llevaré a casa.

CAPÍTULO 15

Ella

Durante el camino, él notó que ella se movía incómoda y se fregaba las rodillas, por lo que, al llegar, le preguntó si podía pasar para ver si se había quemado mal.

Mel lo dudó, pero el dolor comenzaba a ser tan fuerte, que pensó que sería lo mejor, además necesitaba respuestas, y sentía que era el momento, aunque no tenía idea de cómo formular las preguntas adecuadas. El dolor ni siquiera le permitía analizar lo que había sucedido minutos antes y ordenar sus ideas.

Ferrán ingresó al pequeño departamento y le pidió que se quitara el *jean* para revisar sus piernas.

—¿Qué? ¿Estás loco? —inquirió Mel confundida.

—No digo que te desnudes, mujer. Ve a tu habitación y ponte un *short* o algo así —pidió.

Mel asintió y caminó como autómata hasta su cuarto, en donde buscó un *short* e intentó sacarse los *jeans* que parecían haberse pegado a la piel. Tras un pequeño gemido de dolor, logró desprenderlos de sus piernas y se los sacó, comprobando que no quedaran gajos de piel en sus pantalones. Caminó hasta la sala con las rodillas rojas y casi en carne viva.

—Lo siento tanto… —dijo Ferrán—. No esperaba que nuestra jornada acabara así.

Ferrán le pidió que le diera un paño limpio y lo embebió en agua fría, entonces se lo puso sobre las piernas. Le dijo que se pusiera alguna crema humectante y que comprara un medicamento cuyo nombre anotó en una hoja de papel, le prometió que pronto estaría bien.

—Menos mal que ibas con *jean*, si tenías falda sería peor —suspiró—. Ya te he causado tantos problemas… —añadió.

—Tranquilo, no es tu culpa —dijo ella con una sonrisa dulce.

Él se encontraba a sus pies, colocando con suaves masajes una crema refrescante que ella le había traído para mostrarle si servía, era una de esas para después de las quemaduras del sol. Mel sentía que aquellas suaves caricias le estremecían la piel y sintió mucha ternura ante la tristeza que expresaban las facciones de Ferrán.

—Me pareció que querías llorar hace rato —admitió—. ¿Estás mejor?

Bastó con que dijera eso para que lágrimas gruesas comenzaran a caer por los ojos del hombre. El corazón de Mel se partió en varias partes y lo único que pudo fue acariciar su cabeza con cariño, como si se tratara de un niño, como si fuera Ian en aquellas noches cuando no podía dormir extrañando a sus padres.

—Lo siento… —dijo él secándose las lágrimas con premura.

—No, no lo sientas. Mariana me dijo que las lágrimas servían para limpiarnos por dentro y me gustó esa definición, me quedé con eso. No te reprimas conmigo, no tienes que hacerlo —dijo sorprendiéndose a sí misma por su actuar.

Ferrán acabó de colocarle la crema en silencio y luego se sentó en el sofá, justo frente a ella. Volvió a derramar algunas lágrimas, pero no dijo nada. Mel quería tomarle de la mano, abrazarle, cualquier cosa que pudiese infundirle ánimos, pero se quedó quieta ante el recuerdo de la mención de otra mujer.

—¿Estás… tienes pareja, Ferrán? —quiso saber al fin. No podía seguir imaginándose cosas, tenía que pedirle una respuesta clara—. Ya has mencionado a una mujer antes… ¿Tienes problemas con ella?

Ferrán negó, pero no dijo nada.

—Sé lo que sientes, yo tampoco puedo compartir mis emociones con la gente, explotan en mi interior como fuegos artificiales, pero no es sano. Solo quiero que sepas que cuentas conmigo, somos amigos… —dijo en un intento por actuar como lo hizo Mariana con ella.

—No quiero decepcionarte también a ti… —murmuró él.

—No lo harás… déjame ayudarte —insistió siguiendo los designios de su corazón.

—Hay alguien… —admitió y Mel sintió que un puñal se le incrustó en el pecho.

Aun así, no dijo nada, respiró y aguardó a que él continuara, debía cumplir su promesa y ayudarle.

—Tiene doce años… es mi hija, Paloma —comentó con la voz ronca—. Está enfadada conmigo porque soy un padre horrible y lo único que hace es cometer estupideces para poder demostrarme que nadie la detendrá… Es una niña aún y ya no sé qué hacer con ella… Juro que he hecho de todo, te lo prometo, Mel… Sé que le he fallado, pero he intentado ganarme su perdón… y no lo logro —admitió con desesperación—. No quiero que pierda su inocencia en un acto de rebeldía, su abuela y su tía están… ya viste cómo está Naomi… Y me culpan a mí por no hacer nada al respecto. Pero Paloma no me quiere cerca… no me habla, no me escucha… Cada vez que aparezco, solo empeoro las cosas…

—Tu hija… Tienes una hija… —dijo Camelia absorbiendo aquellas palabras.

—Ayer a la noche la invité a comer una *pizza*, su abuela la obligó, porque ella, como siempre, no quería verme… Entonces, salimos, no me dijo nada en toda la noche, hasta que alguien la llamó, era un chico, uno que según Naomi tiene como diecisiete años, y la escuché decir que esta tarde se verían…

—¿Y qué le dijiste? —quiso saber Camelia al tiempo que le apretaba el pecho ante aquella historia.

—Le pregunté quién era, qué estaba sucediendo, qué iban a hacer hoy… Y me miró, no me dijo nada —dijo él con consternación—. Te prometo que no es una mala niña, es su manera de enfrentarse a lo que no puede controlar. Yo sé que soy el adulto responsable… pero no sé qué más hacer…

—¿Qué crees que sucedió? —preguntó Camelia con temor.

—No lo sé, algo tuvo que haber sucedido por eso Naomi llegó así…

—¿Y qué piensas hacer? —quiso saber ella.

—Nada… Soy un inútil… Quizá volver a España sea lo mejor —añadió—. Quizá si estoy lejos ella se olvide de mí.

Camelia bajó la mirada sin saber qué más decir. El dolor de Ferrán era palpable y tomaba toda la habitación. Sin pensarlo, le tomó de la mano.

—No quiero que te vayas —pidió—. Sé que sueno egoísta, pero me gusta tenerte aquí —

admitió.

Ferrán sonrió y por primera vez acercó las manos de la muchacha a sus labios y le dio un pequeño beso que hizo que una oleada de emociones recorriera como un *tsunami* el cuerpo de Mel.

—No sé qué más hacer…

—No puedes renunciar a tu hija, Ferrán. Puedes renunciar a todo, pero jamás a un hijo —dijo la muchacha. ¿Quieres que te cuente un secreto? —añadió y él asintió.

Aún seguían tomados de las manos.

—Yo tenía veinte años la tarde que intenté suicidarme por tercera vez —Ferrán abrió los ojos con sorpresa—. La primera vez fue cuando tenía dieciséis, me tomé unas pastillas y mi madre lo descubrió a tiempo, me hicieron un lavado de estómago y me salvaron la vida. La segunda vez fue a los dieciocho, intenté cortarme las venas —añadió mostrándole algunas marcas en las muñecas—, pero mi padre me encontró a tiempo. No me dejaban nunca sola y me llenaban de un cariño tan intenso, que muchas veces me causaba repulsión.

—¿Por qué quisiste suicidarte? —interrumpió él.

—Ese es otro secreto, no tengo la llave de ese… está en el centro de mi ser, no soy capaz de contarlo —añadió.

Ferrán asintió y ella continuó.

—Aun así, no era capaz de ver el amor que mis padres me tenían y no me dejaba sanar por ese amor… Lo intenté de nuevo, a los veinte años. Era una tarde lluviosa, lo planeé todo, absolutamente todo. Mis padres llegarían a las seis de la tarde y buscarían a mi hermanito para llevarlo a un cumpleaños, yo me mataría a las siete o siete y media, dejaría cartas para que ellos no se sintieran culpables… y a eso de las ocho, debía venir una compañera para hacer un trabajo práctico. Ella encontraría la puerta abierta y hallaría mi cadáver, porque yo no quería que me encontraran mis padres ni mi hermano…

—Dios…

—Iba a pegarme un tiro, tenía el arma en mi mano… ya estaba todo listo, sentía el frío de la muerte subiéndose por mis tobillos. No había vuelta atrás —añadió e hizo un gran silencio.

—Lo comprendo…

—No había nada que me hiciera cambiar de opinión esta vez, no habría fallas… Todo iba a acabar en segundos…

—¿Y qué sucedió?

—Hubo un accidente, alguien llamó un instante antes del hospital para decirme que mis padres y mi hermano habían tenido un accidente en auto. Cuando llegué al hospital, me enteré de que ellos estaban muertos. Mamá murió en el acto y papá en el camino, en la ambulancia. Ian había sobrevivido, pero estaba en terapia intensiva con pronóstico reservado.

—¡Por Dios! —dijo él conmocionado.

Por primera vez después de tantos años, Mel recordaba aquel episodio que ahora parecía tan lejano. Las lágrimas comenzaron a caer por su rostro.

—Mi hermano salió de terapia a la semana y me preguntó por ellos, fue horrible verlo sufrir así… Me rogó que no lo dejara solo, él pensaba que lo llevarían a un orfanato… Le tranquilicé, le dije que yo me haría cargo de él, que ya era mayor de edad y que nunca lo abandonaría…

—Lo siento tanto, Mel.

—Yo no, Ferrán —dijo ella con una sonrisa dulce—. Es decir, extraño a mis padres, pero entiendo ahora, luego de lo que tú me contaste del niño que dio su vida por ti, que ellos lo hicieron por mí, decidieron morir para que yo viviera… Y yo di mi vida por Ian, me comprometí a hacer de él un hombre de bien, y me entregué de lleno a esa tarea…

—¿Por eso eres tan cerrada? ¿Por eso has dejado de vivir?

—Quizás, un poco… pero no del todo, hay otros motivos —añadió ella—. Pero lo que quiero decirte es que no puedes renunciar a tu familia… tu hija es tu sangre, y aunque no entiendo ni conozco los motivos para su rebeldía, sé que solo tú la puedes salvar. Así como ese niño te salvó a ti, así como el amor de mis padres me salvó a mí, tu amor la salvará a ella.

—¿Pero cómo…?

—No lo sé… yo te ayudaré… intentarás llegar a ella y ganarte su corazón. No puede ser tan difícil… además, seguro que te ama con locura… Las niñas tenemos una debilidad por papá —dijo con una sonrisa dulce—, el enfado muchas veces guarda otras emociones, Ferrán… ella no está enfadada contigo, está triste o dolida, y no puede manejar esas emociones o no se anima a decírtelas por eso actúa así. Solo debes que tener mucha paciencia y mucho amor… Lo sé… porque también me pasó.

Ferrán se dejó llevar por sus palabras y la abrazó al instante. Mel se sintió un poco incómoda con ese contacto tan inesperado, pero al minuto siguiente, se descubrió disfrutando del calor de aquel hombre tan pegado a su piel y correspondió el abrazo.

—Eres muy especial para mí, ¿lo sabes? —inquirió él.

—Y tú lo eres para mí —respondió ella.

Ferrán sintió unas terribles ganas de besarla, pero no lo hizo, sabía que con ella no podía avanzar sin pensarlo varias veces antes, era como un caracol, si la tocabas mal se encerraba en sí misma, y acababa de abrirle un enorme espacio en su interior contándole su historia, debía valorarlo y sentirse honrado por ello.

Mel quiso sentir el sabor de esos labios mezclados por las lágrimas que ambos habían derramado, sentía que aquel era un momento único, de esos llenos de magia que se impregnan por su intensidad en los recuerdos, pero no lo hizo. No sería ella quien diera el primer paso y no le parecía el momento, teniéndolo allí tan roto y tan dolido. Sin embargo, no se apartó de aquel abrazo y le permitió a sus manos, envolverse atrás de la espalda de Ferrán para subir con cuidado hasta su cuello, aferrándolo a ella para que tampoco se apartara enseguida.

Habían compartido otro secreto cada uno, y la sensación que los envolvía era intensa. Ambos se habían entregado un poco más al otro.

Y en medio de aquel silencio, de la calma que sus almas experimentaban, a Mel se le ocurrió una idea.

CAPÍTULO 16

Planes

Conversar con Camelia sobre su hija fue para Ferrán lo mejor que le había sucedido en mucho tiempo. Desde que aquella mujer había ingresado a su mundo, todo de alguna manera se había tambaleado y por algún motivo él tenía miedo de contarle acerca de Paloma.

¿Qué iba a decirle? ¿Que era un malísimo padre que no era capaz de cuidar y proteger a su hija? ¿Cómo podía decirle eso a una mujer que había sacado adelante a su hermano ella sola? Ferrán se avergonzaba de su incapacidad, se sentía desdichado y frustrado, se sentía perdido.

Contarle a Camelia sobre su hija era abrir una puerta a ese mundo que todavía le faltaba ordenar. Era como cuando alguien llega a una casa sin avisar y no dio tiempo al dueño de casa a limpiar y ordenar el lugar. Ferrán intentaba recibirla en el jardín, no dejarla pasar para que no viera el desastre que había en el interior de las cuatro paredes de su alma, pero sabía que eso no duraría demasiado, al menos no si seguían avanzando, y lo hacían más rápido de lo que le parecía prudente.

Nunca había imaginado que podría volver a sentirse así, es más, cada vez que alguien lo mencionaba se cerraba bruscamente a dicha posibilidad, pero las cosas pasaron sin que se diera cuenta y esa mujer se le metió por las pequeñas rendijas que, a pesar de todos sus intentos, quedaron en su alma.

No importaba cuánto cerrase su mundo, cuántas maderas clavase por la puerta para no dejar paso a nadie, siempre habría una pequeña hendidura, un minúsculo espacio por donde entraba la luz del sol y por donde se había colado Camelia en su alma sin que él pudiera hacer mucho al respecto.

Cuando vio a Naomi armar ese escándalo y tratarla tan ligeramente como lo hizo, Ferrán estuvo seguro de que todo acabaría allí. Además, otra vez había salido herida por el café caliente, ¿qué excusa le daría? Ya no podía seguir manteniéndola afuera de su desordenada casa, debía dejarla pasar, mostrarle lo que allí había, sacarse la máscara y que ella observara y decidiera. Él creyó que se iría, ¿quién querría quedarse al lado de un hombre con una hija preadolescente rebelde? ¿Quién querría llegar a una casa y ayudar a limpiar el desastre?

Pero Camelia lo escuchó con paciencia, en sus ojos no había ni una pizca de juicios o reclamos ni nada por el estilo, ella solo tuvo palabras de consuelo y de aliento para un hombre con el alma cansada y abatida, ella solo tuvo un consejo amoroso: yo te ayudaré, llegarás a su corazón. ¿Qué clase de mujer era Camelia? ¿Acaso él se merecía una mujer así en su vida?

Aquella noche no pudo dormir, se daba vueltas y vueltas en la cama entre pensamientos cargados de culpa y otros llenos de esperanza. Y la llamada que recibió en la mañana, lo terminó de confundir, al tiempo que inundaba su corazón de una sensación de calma que no sentía en

años.

Camelia le había dicho que tenía una idea, un plan que podía funcionar. Las chicas ya le habían hablado de la fiesta de los colores en el hotel, y la idea de Camelia era que él llevara a Paloma a un fin de semana diferente en el que quizás, entre diversión y algarabía, hallarían la manera de conectar.

Si tenía que ser sincero, no creía que funcionara. Ya había probado ir con Paloma a campamentos, a viajes de aventura, a parques, a la playa, o simplemente a caminar por la plaza, pero no tenía muchos resultados. Ella iba, porque la abuela la obligaba, pero no estaba allí, conversaba por celular con sus amigos o lo ignoraba, como si fuera un fantasma.

Claro que él había intentado hablar con ella, había probado por las buenas, e incluso había intentado castigos. Nada funcionaba, a ella le daba lo mismo, ignoraba las palabras y acataba los castigos sin grandes avances en su relación.

No podía decirle eso a Camelia, no podía negarse a aceptar esa ayuda que tan gentilmente le brindaba, no podía explicarle que probablemente su plan fracasaría, así que decidió aceptarlo. Además, Ferrán quería que Paloma conociera a Camelia y a sus amigas, tenía una leve esperanza de que un grupo de mujeres tan amorosas y amigables, pudieran hacer milagros en el corazón de una niña tan sedienta de amor como Paloma.

Ferrán sabía leer a su hija, por más que ella le cerrara la puerta por la cara, era idéntica a su madre en muchos sentidos. A pesar de renegar contra su carácter obstinado y testarudo, él sabía que eso era una fachada, una máscara que Paloma se había puesto para poder lidiar con el abandono que sintió tras la depresión en la que cayó su padre. ¿A qué niño de ocho años le es fácil enfrentarse a cambios tan grandes como los que tuvo que vivir ella? Tendría que estar creando castillos de arena y ciudades imaginarias, no lidiando con un padre ausente sumido en la depresión y la tristeza que lo único que le demostraba con su actuar era que ella no era lo suficiente para que su vida valiera la pena.

Ferrán sabía que no era así, pero era plenamente consciente que eso era lo que Paloma sentía y no sabía cómo rebatirlo, porque las palabras muchas veces no son suficientes para cubrir los agujeros que dejamos en el alma de aquellos a quienes más amamos. Y ahora, que se enfrentaba a una edad difícil, lo más sencillo era huir, esconderse en las amistades, en el ruido de la adolescencia y en quién sabe qué cosas más. Ese era el temor de su abuela y su tía, que la soledad y el cariño que tanto necesitaba terminara en drogas o cosas por el estilo, que era la forma en que muchos jóvenes tapan sus vacíos sin darse cuenta que así solo los hacen crecer mucho más.

Era cierto, a él también le preocupaba. Pero no le era sencillo atravesar el abismo que parecía haber entre ellos.

—¡Tú eres el adulto, Ferrán! Tú debes encaminarla — decía Naomi constantemente—. Nosotras hacemos todo lo que podemos, pero no es suficiente, ella te necesita a ti. Ella te ama a ti.

Y él también la amaba con locura, era todo lo que tenía en la vida y no quería verla mal. Pero todos sus intentos chocaban contra el muro que Paloma había erigido entre ellos dos.

La idea de Camelia era simple: que pasaran un fin de semana en el hotel en uno de los eventos más apreciados por la juventud de la ciudad. Era una buena idea, solo debía rogar porque Paloma se comportara y no intentara vengarse de él frente a sus amigas, en especial a Camelia,

que estaba dando tanto de sí en esa ocasión.

¿Cómo la presentaría? ¿Qué le diría a Paloma?

Era obvio que podía decirle que eran amigos, pero en los años que llevaban solos nunca hubo ninguna amiga y a Paloma le llamaría la atención. Había heredado ese sexto sentido, esa intuición casi sobrehumana de su madre. Estaba seguro que sería capaz de leer que dentro de él se despertaban sensaciones nuevas con la sola presencia de Camelia compartiendo el mismo espacio.

¿Cómo reaccionaría? ¿Y si terminaba de explotar o lastimaba a la muchacha? ¿Si le hacía alguna grosería o algún desplante? No la creía capaz, Paloma era educada y muy madura para su edad, al menos eso es lo que repetían Alma y Naomi todo el tiempo, pero esa no era la experiencia que él tenía con ella, y no podía dejar de temer que algo saliera mal.

¿Cuánto más podría aguantar Camelia sin asustarse o salir corriendo de un hombre que parecía un manojo de problemas?

Le había contado ya parte de su historia más oscura porque deseaba que se fuera antes de adentrarse más en su corazón. Y ella, en vez de marcharse, se quedaba allí, tan paciente, tan serena, tan amorosa, brindándole una mano desinteresada.

Decirle a Paloma que se comportara no era una opción, seguro que haría todo lo contrario solo por molestarlo, así que decidió que le pediría a Alma que le diera algunas recomendaciones antes de dejarla salir de la casa. Quizás a ella le hiciera caso.

—Está bien, me parece una buena idea —dijo entonces al oír lo que Camelia le proponía—. Pero prepárate para lo peor, ella puede… puede reaccionar de alguna manera inesperada…

—Quizás esa manera inesperada sea una buena manera —respondió Camelia en el teléfono y él sonrió para sí. Le agradaba su manera positiva de ver las cosas.

—Bueno… quizás —admitió—. Debo admitir que tengo un poco de miedo…

—Es normal, yo también, si me lo preguntas, pero esperemos que las cosas marchen como en los planes —añadió.

—¿Y cuáles son esos planes? —quiso saber él.

—Pues nada especial. Habrá actividades para hacer en familia, entre amigos o en grupos, se formarán equipos y competencias, esa clase de cosas pueden fortalecer las relaciones… quizá logremos que se ría y se divierta un rato y eso la ayude a dejar de lado su enfado por unos minutos. Puedo decirte por experiencia, que estar enfadada todo el tiempo es muy agotador.

—Puede ser… —añadió él sin mucha esperanza.

—Tranquilo, Ferrán —respondió ella con seguridad—. Yo pienso que todo lo que tienes que hacer es ser sincero con ella. Estoy segura de que su enfado proviene del dolor de la soledad, de la sensación de abandono, ese dolor hace que una se cierre al mundo, y para cerrarse a todo lo que a una le hacía bien, primero debe enfadarse… es la única manera de lograrlo. El enfado que me dices que ella siente no es en sí más que una reacción a su dolor, un grito desesperado de ayuda. Si tú sabes cómo o encuentras el momento indicado, un punto débil, un momento clave, sabrás llegar allí en donde ella está solita esperando que la rescates. ¿Quién más que tu padre para rescatarte de los fantasmas y los monstruos?

—¿De dónde has salido? ¿Qué hecho yo para merecerte? —inquirió él tras la línea y Camelia sintió que se le calentaba el alma.

—Oye… tú no sabes todo lo que me estás ayudando, tú me has abierto los ojos, me has

mostrado lo bien que hace ayudar a los demás, lo feliz y completo que te sientes cuando logras hacer reír a alguien que está sufriendo. ¿No es eso lo que haces cada domingo? ¿Acaso no soy yo testigo silenciosa del milagro de amor que transforma el rostro demacrado por la enfermedad en la sonrisa más dulce cuando esos pequeños te ven llegar?

»Eres el ejemplo de que amar es servir, de que por más tormentos que uno traiga dentro siempre puede hacer algo por alguien, dar una mano, regalar una sonrisa. Si eso no te parece suficiente, para mí lo es todo. Vivía encerrada en mi mundo, en mi castillo de soledad en el que lo único que hacía era girar en torno a mí misma y a mis sufrimientos y no era capaz de darme cuenta de que afuera podía ser de mucha utilidad, que hay gente cuyo dolor es más intenso que el mío y que ayudando a los demás, el sufrimiento personal pasa a segundo plano. Si eso te parece poco, Ferrán, pienso que tu hija tiene el derecho y la obligación de enterarse lo maravillosa persona que es su padre, no puede perderse la hermosa oportunidad que le dio la vida de aprender de ti y caminar a tu lado. Y también creo que una niña de su edad no merece estar sufriendo cuando tiene a un padre que la ama tanto como tú. Y que tú te mereces que tu hija te respete, te valore y te ame con todo su corazón, porque si te has equivocado es porque tú también eres humano y esa es la mejor lección que puedes darle, que los padres no son perfectos, que se equivocan, sufren, caen, lloran, y se vuelven a levantar… ¿Qué mejor que saber que tiene un padre lleno de sentimientos?

Ferrán no podía creer lo que oía, las palabras de Camelia eran un bálsamo para su alma. ¿Cómo era alguien capaz de ver tantas cosas buenas en medio de una batalla como la que él libraba en su interior? ¿Cómo era que ella conseguía cambiar su estado de ánimo, su soledad y su oscuridad en luz y esperanza?

—Independientemente de cómo salga este experimento —dijo él con la voz cargada de emoción—, eres la mejor persona que he conocido en mucho tiempo —añadió—. Gracias por tanto…

CAPÍTULO 17

Paloma

Mariana y Lauri la escucharon con atención el viernes cuando Mel les dijo lo que esperaba que sucediera el fin de semana de la fiesta de los colores.

—¿Vamos a quedarnos en el hotel entonces? —inquirió Lauri—. ¿Durante toda la noche?

—Sí… es decir, reservé dos habitaciones, una para nosotras tres y otra para Ferrán y su hija. Aprovecharemos el fin de semana para pasarla juntas, ¿no les parece? ¡Será genial! —añadió.

Mariana la miró con sorpresa y luego observó a Lauri.

—Definitivamente el amor ha hecho maravillas en ti — dijo Lauri.

—No es amor, solo somos amigos… Quiero ayudarlo en este momento, Mariana, tú que eres madre podrás entender lo mal que se siente —dijo buscando la ayuda de su amiga.

—¿Por qué lo odia la niña? —preguntó la mujer.

—No lo sé, no he preguntado detalles…

—Pero todo puede salir mal, ¿no lo crees? —irrumpió la mujer.

—Si uno de tus hijos se enfadara tanto contigo que dejara de hablarte, ¿no harías lo que fuera por solucionarlo? —inquirió.

Mariana vio la desesperación en su mirada y entendió todo en un minuto. Solo el amor podría llevar a alguien como Camelia a mover cielo y tierra para ayudar a Ferrán, era obvio que ella sabía cosas de él que no compartía con ellas y era por eso por lo que le resultaba tan importante darle una mano.

—¿Para qué necesitamos estar cerca? —quiso saber Lauri.

—Para ayudar si se diera el caso… —añadió—. Y porque las necesito…

—Vamos, Lau. ¿Nunca has hecho una locura por amor? —dijo Mariana y guiñó un ojo a su amiga, Mel iba a protestar y a decir que solo eran amigos, pero Lauri sonrió al entender el contexto que Mariana le presentaba—. Ayudemos a Mel…

—Sí, está bien… —admitió Lauri—, pero espero que al menos Ferrán te lleve a la cama y te deje sin aliento en agradecimiento —añadió.

—¡Lau! —gritó Mariana que luego se echó a reír.

Mel ya estaba acostumbrada a las bromas de tinte sexual de Lauri, y aunque aún no se sentía cómoda, tampoco le molestaban.

***

El sábado por la mañana, el hotel estaba alborotado, era la fiesta de los colores, un evento anual que se organizaba durante un fin de semana y para el cual solían venir personas de distintas localidades a disfrutar de las atracciones. Mel le había dicho a Ferrán que podría ser divertido

llevar a Paloma a la fiesta ya que se llenaba de niños y adolescentes que disfrutaban en la espera del momento más divertido el domingo a la noche: la lluvia de colores. Ante su insistencia, Ferrán asintió y ella le regaló un vale de fin de semana en una de las habitaciones del hotel.

Ferrán no quiso aceptarlo, dijo que él pagaría, pero ella añadió que era un regalo para él y Paloma y que no le costaba nada, pues el hotel les regalaba a sus empleados unos días gratis cada año. Siendo así, Ferrán aceptó.

Cerca de las nueve de la mañana, Lauri, Mariana y Mel, se encontraban desayunando en el restaurante del hotel, vestidas las dos primeras, con trajes de baño de dos piezas y pareo, mientras que Mel tenía una camiseta sin mangas y un *short.*

—¿No te vas a meter al agua? —inquirió Lau—. Está lindo el día.

—No… no uso traje de baño —respondió Mel.

—Pero…

—Prefiero que esta vez no hagas bromas ni insistas sobre el tema —respondió cortante, por lo que Lau se limitó a asentir.

Mariana no dijo nada, pero señaló a Ferrán que ingresaba con una niña caminando a unos pasos, alejada de él.

—Es bonita —dio Lauri—. ¿Qué sabemos de la madre? —inquirió.

—Nada… —respondió Mel.

—No entiendo por qué no preguntas, ¿cómo puedes vivir así, con el chisme a medias? —preguntó con indignación.

—No me meto en lo que no me concierne —respondió Mel—, si hago esto es solo por él, porque sé que la ama y que quiere recuperar a su pequeña, y porque no quiero que la niña se pierda la oportunidad de disfrutar a un padre tan fabuloso como Ferrán.

—Bueno, al menos vamos avanzando, ya lo describes como fabuloso y aceptas que estás haciendo locuras por amor —dijo Lauri antes de recibir un codazo de Mariana.

La niña tenía el cabello negro, largo hasta las caderas y con las puntas en rosa. Vestía un bikini de color dorado, con un *short* de *jean* encima y colgaba una mochila rosada sobre los hombros. No parecía de doce años, más bien de diez. A Mel le pareció muy dulce y pensó que no se veía tan temeraria como la habían descrito. Ferrán las vio, les saludó con la mano y caminó hasta ellas.

—Buenos días, chicas. Ella es Paloma —la presentó—. Ellas son mis amigas, las que nos invitaron —añadió.

Paloma las miró una a una y luego saludó con frialdad.

—Hola.

La mirada de Ferrán se detuvo en Mel y le regaló una sonrisa nerviosa. La muchacha se levantó y se acercó más a ellos.

—Hola, Paloma, teníamos muchas ganas de conocerte. ¿Quieres ver la habitación?

—Sí… —respondió la niña.

—Vamos, los acompañaré —dijo Mel haciéndoles un gesto.

Mariana y Lauri se miraron con una sonrisa, mientras Mel caminó hacia la recepción seguida por Ferrán y la niña.

—Quiere ganar puntos como madrastra —bromeó Lauri, por suerte solo Mariana la escuchó.

Mel los acompañó al séptimo piso y luego hasta la habitación 702.

—Espero que la pasen bonito, en un rato comenzarán las atracciones en la playa y por la tarde habrá baile y juegos. Estas son las pulseritas que les permitirán servirse lo que deseen —dijo pasándole dos pulseras de color lila a Ferrán—, nosotras estaremos abajo, por cualquier cosa… Y si necesitan algo, solo me avisan —añadió.

—Gracias… —dijo Ferrán con la voz ronca cargada de emoción.

Casi una hora después, Mariana, Lauri y Mel se encontraban en la zona de la piscina y tomaban jugos de frutas cuando vieron a Ferrán llegar solo hasta ellas.

—¿Qué tal? ¿Y la niña? —inquirió Mariana.

—Dijo que iría a la playa… —respondió—, le pregunté si quería que la acompañara y dijo que no me necesita…

—Auch… —añadió Lauri.

—Los hijos pueden ser complicados —dijo Mariana con ganas de darle ánimos.

Mel vio la profunda tristeza en los ojos de Ferrán y sintió ganas de hacer algo, quizá fue por eso por lo que cuando vio a la niña sentada en una de las reposeras del hotel, decidió ir hasta ella.

—Voy a intentar algo —dijo y se levantó con la vista fija en la niña.

—No creo que tengas éxito… —respondió Ferrán con desazón— además no quiero que ella te…

—Déjamelo a mí… —interrumpió Mel.

—Vaya, vaya, vaya… —agregó Lauri, pero Mariana le miró de manera intensa para que no dijera nada en frente a Ferrán.

—¿Quieres sentarte con nosotras? —invitó Mariana al muchacho, que aceptó de inmediato mientras los tres observaban a Mel caminar hacia Paloma.

Mel llegó hasta el lugar y se sentó en la silla vacía de al lado.

—¿Te diviertes? —inquirió.

—No puedo divertirme, no conozco a nadie aquí…

—Bueno, está tu papá… —añadió Mel.

—Es como si no existiera —afirmó Paloma y Mel sintió el dolor en sus palabras.

—Oye… Entonces estoy yo —dijo la muchacha—, no tengo muchos amigos en el mundo, solo Lauri, Mariana y tu papá, pero puedo hacerte un hueco —añadió—. ¿Te interesa?

Paloma la observó con curiosidad.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—Veintiocho —respondió Mel—. ¿Tú?

—Doce… —dijo la niña y volvió a perder la mirada en el horizonte.

—Bueno, y te llamas Paloma —añadió Mel—. Yo soy Camelia, mis amigos me llaman Mel.

La niña volteó de forma brusca y la miró con asombro.

—¿Camelia? —inquirió y sus ojos adquirieron un brillo distinto—. Me gusta… me gusta tu nombre —dijo antes de regalarle una sonrisa que a Mel le pareció dulce.

—Gracias… es un nombre poco común —añadió—. Entonces, ¿qué quieres hacer? —quiso saber. Por un instante pensó que ese era un buen momento para intentar avanzar.

La niña volvió a perder la vista en el horizonte e hizo silencio por mucho rato. Mel comenzó a sentirse nerviosa, pensaba que la niña ya no le hablaría, pero entonces se volteó a mirarla y

volvió a sonreír.

—Quiero ir allá, a la banana —respondió y señaló la enorme banana amarilla remolcada por una lancha. La gente en ella gritaba y reía.

—Bueno, eso me da un poco de miedo —admitió Camelia—. Nunca he subido a una…

—¿Por? ¡Es divertido! Siempre lo hacíamos con… mamá —añadió bajando el volumen de su voz hacia el final.

Camelia sintió ganas de preguntar más, pero pensó que no era un buen momento.

—Bueno, yo no sé nadar y… no tengo traje de baño…

—¿Cómo que no tienes? ¡Estamos en la playa! —exclamó la niña—. ¿Por qué? ¿Lo olvidaste?

—No… no me gusta usarlo —respondió Mel decidiendo que sería con esa niña lo más sincera posible.

—¿Por?

—Me da vergüenza… no me gusta mostrar mi cuerpo.

—Seguro que no piensas eso cuando estás con mi padre —respondió Paloma—. No soy tonta, vi cómo se miraban hoy —añadió.

Mel se preguntó qué querría decir con eso, no se habían mirado de ninguna manera especial, sin embargo, y a pesar de no sentirse cómoda con el comentario, decidió no seguirle la corriente.

—Tu padre es mi mejor y único amigo, solo eso —respondió con tranquilidad.

La niña se quedó en silencio por un rato, pero entonces volteó a verla.

—*Okey*… Tengo una idea, vamos a la tienda, te compras un traje de baño y luego nos vamos a la banana, ¿sí? Sola no quiero ir —insistió—. Si no tienes dinero mi padre te lo comprará.

—No lo sé… —respondió Mel con dudas—. No es que no tenga el dinero… es que…

—Dijiste que podíamos ser amigas —murmuró la niña.

Mel vio que Paloma parecía volver a esconderse en sí misma y a la vez había bajado las defensas, así que asintió.

—Está bien, acompáñame a elegir uno.

CAPÍTULO 18

Amigas

La niña pareció emocionada y se levantó contenta, fue casi corriendo hasta la tienda interna del hotel y Mel la siguió con desgano. Una vez allí, Paloma ya la esperaba con dos conjuntos: uno blanco que parecía hecho de hilo y otro amarillo, demasiado cavado para su gusto.

—¡No voy a usar esos! —exclamó Mel—. Me compraré un traje de baño enterizo —zanjó.

—¡Parecerás una abuela! Los modelos que hay aquí son horribles —reclamó la muchacha y colocó de nuevo las perchas en sus lugares—. ¡Mira ese de allá! —añadió señalando uno de dos piezas de color azul—. ¡Con ese estoy segura de que conquistarás a papá! —afirmó y corrió a buscarlo.

—Paloma, no tengo nada con tu papá y no pretendo conquistarlo con un traje de baño —dijo Mel con calma una vez más.

En ese momento agradeció las constantes bromas de Lauri, pues creía que gracias a ella no se sentía incómoda con los comentarios de aquella niña.

Paloma sonrió, pero no dijo nada, solo le pasó el traje de baño y señaló los probadores con un dedo. Mel caminó hasta allí sin dejar de pensar que no se reconocía a sí misma y que parecía una loca dejándose llevar por una niña malcriada. Se encerró en uno de ellos y comenzó a probarse el bikini.

Entonces, la pequeña abrió la cortina y la sorprendió.

—Deja, yo te lo pongo —añadió cuando la vio tratando de cerrarse la parte de arriba.

Mel se sobresaltó por la interrupción, pero no se negó y permitió que la pequeña le anudara las tiras.

—¿Está bien así? —inquirió.

—Sí… ¿Te gusta? —preguntó Mel mirándose al espejo.

No solía hacerlo, no solía mirar su cuerpo en el espejo y al verse se sintió ajena a sí misma.

—Te ves hermosa —respondió Paloma con sinceridad—. Diré al dependiente que lo cargue a la cuenta de papá —añadió antes de salir del probador.

—¡No, Paloma! —gritó Mel, pero no alcanzó a seguirla, pues no se animó a salir así.

Abrió su bolso, sacó una toalla enorme, y se lio con ella.

—¡No piensas ir así, ¿verdad?! —inquirió la niña cuando estuvo de regreso.

—Bueno, sí, al menos hasta llegar a la banana…

—¿Qué hay de malo contigo? —preguntó la niña antes de salir de la tienda—. Tienes un bonito cuerpo, ya quisiera yo tener tu figura…

Mel sonrió y negó con la cabeza.

—No te apures, si pudiera volver a tener tu edad, preferiría quedarme así para siempre —

admitió.

Paloma se encogió de hombros y caminó hacia la salida. Mel la siguió envuelta en su enorme toalla de playa e ignoró las risas de sus amigas cuando pasó frente a ellas. Ferrán observaba absorto, pero tampoco dijo nada.

Cuando llegaron al sitio, Mel tuvo que dejar la toalla con su bolso y sus zapatillas a un lado, junto a las cosas de Paloma, antes de ponerse el chaleco salvavidas y abordar la banana. Paloma subió delante y ella se sentó atrás de la niña.

—Me sujetaré por ti, tengo miedo —admitió.

—Pareces un bebé —respondió Paloma, pero dejó que la muchacha la abrazara por la cintura.

La banana comenzó a contonearse en el agua y a medida que se adentraban en el mar, los movimientos eran más bruscos. En una de esas, dio una sacudida y todos cayeron al agua. Mel tenía terror, pero no le quedaba otra más que dejarse llevar, y cuando Paloma le pasó la mano para subir de nuevo a la banana y regresar a tierra firme, sintió por un segundo que había valido la pena. La niña sonreía de oreja a oreja y se veía realmente feliz.

Mientras tanto, Lauri, Mariana y Ferrán, observaban todo con un larga vistas que Lauri había pedido prestado en la recepción y se divertían de lo lindo.

—No puedo creer que esa sea Camelia —decía Lauri una y otra vez.

—Déjala, es hora de que se divierta y se suelte un poco —añadía Mariana.

—No puedo creer que Paloma haya aceptado ir a la banana con ella —añadió Ferrán.

—Si me lo preguntas a mí, dudo mucho que haya sido idea de Mel —dijo Lauri y Mariana asintió.

Ferrán sentía que el pecho se le hinchaba en agradecimiento y que deseaba abrazar a esa mujer y susurrarle al oído lo maravillosa que era.

***

Cuando Paloma llegó a tierra firme, extendió en el suelo la toalla de Mel y se sentó encima, haciéndole gestos para que ella se sentara a su lado.

—¿Te divertiste? —inquirió la pequeña.

—Sí… debo admitir que sí. Gracias, nunca había hecho esto —afirmó con sinceridad.

—Gracias a ti por animarte a acompañarme —respondió la niña—. Mi madre solía decir que una vez que vencemos al miedo podemos conquistar al mundo —dijo la niña antes de perder la vista en el horizonte.

—Tu madre es una mujer muy sabia —respondió Mel.

La niña la miró por un rato y luego suspiró. A Mel le pareció ver tristeza en sus ojitos azules oscuros como los de su padre.

—No entiendo por qué te eligió a ti —dijo con un susurro apenas audible. No sonaba desilusionada, sino más bien curiosa.

—Ya te dije que no tengo nada con tu padre, solo somos amigos —respondió Mel cansinamente. No sabía de dónde había sacado esa niña la obstinación por aquella idea.

—Yo no creo en la amistad entre el hombre y la mujer —respondió Paloma.

—¿Ah no? —preguntó Mel y pensó que esa era una buena oportunidad para conversar—.

Pensé que tenías un amigo un poco mayor que tú, ¿no es así?

—Vaya, mi papá te tiene al tanto, ya veo que son «muy buenos amigos» —respondió mordaz, señalando con los dedos las comillas para hacer énfasis en su idea—. Se llama Joel… —admitió la niña sorprendiendo a Mel que no creyó que fuera a decirle nada—, y no es mi amigo —añadió enfadada.

—Bueno, teniendo en cuenta que somos amigas ahora… debo decirte algo —zanjó la mujer con seriedad y algo de temor a la reacción que pudiera tener Paloma—. Creo que… debes tener cuidado, son muchos años de diferencia y puede ser peligroso.

—Ya todos me dijeron eso —respondió Paloma y puso los ojos en blanco—. Pero si lo piensas, solo son cinco años, menos de los nueve que tienes tú con mi papá —añadió con diversión.

A Mel le daba la sensación de que ella disfrutaba haciendo esos comentarios, pero tampoco los sentía como si fueran para ofenderla, más bien parecía divertirse, así que sonrió con paciencia y la observó. No iba a caer en su juego.

—No es lo mismo. Tu papá y yo somos adultos, es diferente, quizá no se note esa diferencia entre Joel y tú en algunos años, pero ahora, tú aún eres una niña y déjame decirte que, lastimosamente, no creo que un chico de su edad esté interesado en otra cosa que no sea… —Mel calló avergonzada por hablarle así y sin ser capaz de reconocerse a sí misma.

—Sexo —respondió la pequeña. Mel, aterrada, no dijo nada y ella continuó—. Pensé que éramos amigos, que me entendía, él vive cosas parecidas a las mías y ambos… podíamos hablar de eso… Entonces, el domingo me invitó a ir al cine. Mi abuela me tenía castigada, pero me escapé. Salí a escondidas de la casa para encontrarnos, Joel me dijo que olvidó sus lentes y que pasaríamos por su casa a buscarlos. Yo lo acompañé, y cuando estábamos allí, me dijo que quería mostrarme su cámara nueva.

—¿Sí? —Mel la escuchaba con interés, pero una punzada en su pecho le revolvía el estómago.

—Sí, lo acompañé a su cuarto y me mostró una cámara, comenzó a tomarme algunas fotos y yo posé divertida… hasta que… hasta que…

—¿Qué? —preguntó Mel ya casi sin poder respirar.

—Hasta que me pidió que me sacara la blusa y posara para él.

—¿Qué hiciste? —inquirió la muchacha con temor a escuchar la respuesta. Estaba haciendo un esfuerzo sobre humano para mantener esa conversación sin enloquecer.

—Nada, soy cinturón negro, le di una patada en donde más le duele y salí corriendo —respondió.

Mel suspiró y expulsó todo el aire que había estado conteniendo.

—Tranquila, no soy tan tonta —añadió la niña con una sonrisa ante la expresión de Camelia, le agradó notar su preocupación—, no voy a caer tan fácilmente…

—Eres muy valiente, Paloma, pero las cosas a veces se nos pueden escapar de las manos. No digo que no te diviertas y que no tengas amigos, pero adelantar etapas no es bueno… Me hubiera gustado ser una niña tan fuerte y valiente como tú —dijo con una sonrisa sincera y un dejo de dolor—, pero es mejor que evites esa clase de situaciones en el futuro.

—Prométeme que no le dirás a mi padre, es capaz de ir a buscarlo y matarlo —añadió levantando el dedo meñique para hacer un trato.

—Lo prometo —dijo Mel uniendo el suyo al de Paloma.

—Necesitaba contárselo a alguien, me sentía muy mal… —añadió la niña ya sin tanta fuerza en la voz—. Mi abuela y mi tía no lo entenderían, además se enfadaron mucho porque me escapé. Con papá no hablo… y menos para decirle algo así. Solo quería enfadarlo, pero pudo… haber salido mal… Y yo me terminé sintiendo muy culpable. Todo me sale mal…

—Oye, Paloma, no fue tu culpa, nada de lo que sucedió fue tu culpa, fuiste muy valiente —se apresuró a decir Mel y sintió que esas palabras liberaban algo del peso que hacía tantos años cargaba consigo.

—Sí fue mi culpa, debí alejarme de él ante las advertencias de todos. ¡Mi tía se estaba por volver loca, parecía una poseída! —agregó con una sonrisa divertida—. Pero a veces hacemos tonterías… Todos están muy enojados conmigo ahora y piensan que no pueden confiar en mí… Supongo que tienen razón —añadió encogiéndose de hombros—, me merezco los castigos…

Mel recordó ese domingo y la reacción de Naomi, y pudo comprender un poco el actuar de aquella mujer desesperada.

—Todos te quieren, Paloma… solo se preocupan por ti. Es cierto que a veces hacemos tonterías, pero estoy segura de que volverán a confiar en ti, además has aprendido la lección, ¿no? —dijo Mel con mucho cariño, Paloma asintió—. Mira, no quiero meterme, y no sé cuál es el motivo que te hace estar tan enojada con tu papá, pero te puedo asegurar que él está sufriendo y que no sabe cómo llegar a ti y ganarse tu corazón.

Camelia vio que la niña se mordía el labio y contenía unas lágrimas, así que la abrazó, ella recostó la cabeza en sus hombros y se quedó allí. Mel pensó que Paloma le despertaba la misma ternura que solía sentir con Ian.

—¿Crees que vale la pena estar enojada con él? ¿No sería más fácil hablarlo? —inquirió—. Yo sé que a veces no es fácil hablar de las cosas que nos duelen con los padres, pero te puedo asegurar que ellos son las personas que más nos quieren y se preocupan por nosotros y que harían lo que estuviera a su alcance por ayudarnos.

—Lo sé… pero a veces haces algo y luego no sabes cómo deshacerlo… entonces lo sigues haciendo otra vez y así lo vas empeorando… No sé cómo explicarlo… Quisiera que papá…

Paloma hizo un silencio y las lágrimas comenzaron a caer sobre su rostro.

—¿Qué quisieras? —preguntó Mel—. Puedes confiar en mí, no le diré nada que no quieras que le diga.

—Quisiera que papá… Quisiera regresar el tiempo atrás —añadió y se secó las lágrimas con rapidez.

—Sí… yo también —dijo Mel sorprendiendo a Paloma—. Podría hacer muchas cosas de manera distinta — continuó—. ¿Sabes qué haría? Les diría todos los días a mis padres lo mucho que los amo y les daría un fuerte abrazo… Elegiría mejor a las personas con quienes me junto y… definitivamente habría hecho caso a algunas recomendaciones que me parecían absurdas y exageradas.

Paloma la observó y le regaló una sonrisa triste.

—Yo quisiera volver a ser feliz —dijo y a Mel aquello le dolió en el alma.

—¿Por qué no puedes serlo, Paloma? —preguntó.

La niña se encogió de hombros.

—Las cosas ya nunca serán como antes —susurró y perdió la vista en el horizonte.

—No… Eso es cierto, pero podemos hacer que sean buenas también. Que las cosas no sean iguales no quiere decir que sean malas. A ver, piensa en algo que puedes lograr y que te haría feliz en este momento —dijo la muchacha.

—Pues… me gustaría saber si papá me quiere… me gustaría ser suficiente para él, no ser una carga… —añadió y las lágrimas brotaron de nuevo.

—Paloma… No sé por qué dudas del amor de tu padre, pero puedo asegurarte que te ama y que está preocupado por ti, él me lo ha dicho. Siente que no puede hablar contigo, que no lo escuchas, que estás enfadada y que nada de lo que hace surte efecto. Se siente tan mal como tú… es probable que también él deseara ser suficiente para ti y que lo quisieras, ¿no crees?

—Pero yo lo quiero mucho… —dijo Paloma.

—¿Se lo has dicho? Ni siquiera le hablas —respondió Mel.

Paloma suspiró.

—No le vayas a decir nada de esto —susurró—. ¡Qué tonta soy! Si son amigos, seguro se lo vas a decir —añadió.

—No, no se lo voy a decir porque también somos amigas tú y yo, ¿no?

Paloma sonrió y asintió.

—Pero tú prométeme que tratarás de arreglar las cosas con él. No sabes lo que yo daría por poder abrazar de nuevo a mi papá —añadió Mel con tristeza—, no lo desaproveches tú que todavía lo tienes.

Paloma volvió a asentir. Camelia pensó que le era fácil tratar con los adolescentes y recordó las veces que consoló así a Ian y lo contuvo de la misma manera.

La niña volvió a recostar su cabeza sobre su hombro.

—No tienes que ser fuerte siempre… —susurró Mel.

Luego escuchó sus propias palabras y se las repitió en silencio.

—No tienes que ser fuerte siempre… —pero esta vez, el mensaje era para ella misma.

CAPÍTULO 19

Ella es

Camelia se quedó un rato pensando en la universalidad de los dolores y sufrimientos. Al final, a todos nos duelen las mismas cosas, todos sufrimos por lo mismo. Paloma y Ferrán sentían amor, pero no lograban encontrar el camino para restaurar su relación padre-hija, la niña estaba tan triste y sola que se había abierto a ella como si la conociera de toda la vida. Mel sintió compasión por ella, tenía solo doce años y la soledad ya le dolía. Sin embargo, estaba equivocada, su padre, su tía, su abuela, todos se preocupaban por ella y la querían mucho, ¿cómo no se daba cuenta? Pensó en ella misma, en su historia, en los muchos momentos en que sintió la soledad helándole el alma y que creyó que había un muro enorme entre sus padres y ella, un muro que ninguno de ellos podía atravesar.

«Eso sucede cuando creemos que nadie nos puede entender, que lo que nos duele solo nos duele a nosotros, y no somos capaces de mirar que al otro también le duele». Pensó.

En ese momento pudo entender la soledad de Paloma, pero la experiencia y la edad también le permitían ver el otro lado de la película y comprender a Ferrán… y en él, podía entender también a sus propios padres y el dolor que ella pudo haberles causado al cerrarles todas las puertas para ayudarla.

Estaba tan equivocada y se sentía tan sola, y quizás era en esos momentos en que uno tomaba —consciente o inconscientemente— esas decisiones que luego marcarían el futuro, como, por ejemplo: cerrarse a todos y no confiar. Miró a Paloma y se prometió a sí misma ayudarla a encontrar un camino para regresar a los brazos de su padre y viceversa, ninguno de los dos se merecía ese dolor.

Paloma se incorporó, observó el paisaje y se secó las lágrimas. Mel la miró y se preguntó qué pensaría en sus largos silencios, pero luego de un rato, la niña se levantó, se sacudió la arena que tenía en el cuerpo y con una sonrisa anunció que tenía hambre y que fueran a buscar a los demás para comer. Mel intuyó que, en ese instante, la niña acababa de tomar una decisión, porque algo había cambiado en sus ojitos.

Almorzaron todos juntos en una mesa grande en el restaurante, Lauri les preguntó por la aventura de la banana y Paloma contó con entusiasmo cómo Mel se moría de miedo y se aferraba a ella para no caer.

Camelia sonreía ante los relatos de la niña, que había olvidado por el momento su enfado con su padre y le informaba que debería pagar el traje de baño de Camelia.

—¡Lo compré porque ella no trajo uno! —exclamó—. ¿Cómo vienes a la playa sin uno?

—Le pregunté lo mismo —admitió Lauri—, pero nuestra amiga es un poco extraña, ya te acostumbrarás —añadió.

Todos rieron, incluso Camelia.

—¿Vamos al agua? —preguntó luego Mariana, y todos decidieron bajar a la playa.

Lauri se llevó a Paloma al agua, y Mariana los acompañó para dejar solos a Mel y a Ferrán.

—No sé cómo agradecerte esto —dijo Ferrán cuando estuvieron solos—, se ve feliz como hace mucho no la veo… ¿Qué has hecho?

—Nada… —respondió Mel—. Le he hablado y no sé por qué ella ha decidido abrirse a mí —añadió admitiendo que la niña no se había puesto muy difícil con ella—, así que la escuché… Es muy valiente e inteligente para su edad —añadió—, no temas, es más madura de lo que crees.

—Lo sé, no podría ser distinto… es idéntica a su madre —añadió Ferrán.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó entonces Mel. Hacía rato que se había hecho una idea, pero no quería preguntárselo a Paloma.

—Falleció… —dijo Ferrán y su mirada triste se perdió en el horizonte—. Era una mujer hermosa, perfecta… —admitió—, se me fue de las manos… Hay cosas que no entendemos hasta que las sufrimos…

Mel no dijo nada, su dolor era latente y ella se sentía una intrusa en esa historia. Además, no podía evitar una punzada de algo que no era capaz de identificar aún en ese momento, o, mejor dicho, que no quería aceptar.

—Lo siento… —murmuró.

—Paloma sacó todo de ella, su sonrisa, el color de sus cabellos, su tenacidad, su responsabilidad, sus ganas de disfrutar de la vida, su carácter aventurero, su terquedad y su orgullo, su sinceridad… su transparencia…

—Pero tiene tus ojos —dijo Mel y él asintió.

Hicieron silencio por un rato, hasta que ella continuó.

—Ferrán, ella cree que tú y yo… —añadió.

—También sacó esa terrible intuición —añadió con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Mel y lo observó. Su corazón latía desbocado ante sus palabras.

Ferrán la tomó de la mano y besó con ternura sus nudillos.

—¿Qué necesito decir? —inquirió.

Mel se quedó inmóvil y sin palabras, procesando aquella pregunta capciosa y las cosquillas provocadas por aquel inocente beso, y justo en ese momento, Paloma llegó junto a ellos.

—¡Ey! Solo amigos, claro… —dijo con ironía al tiempo que colocaba los brazos en jarra y miraba a ambos con seriedad.

Mel reaccionó de golpe soltándose de la mano de Ferrán y poniéndose de pie dando tumbos. Estaba tan nerviosa, que casi se cae. Tenía miedo de que aquel extraño momento echara por la borda la confianza que la niña había depositado en ella.

Pero Paloma se echó a reír desenfadada.

—No es lo que piensas… —añadió Ferrán, también aturdido.

—No tienen ni idea de lo que pienso —respondió la niña y luego sonrió—. En fin, ¿quieren venir al agua?

Los dos se miraron confundidos, pero aceptaron. Y entonces, pasó algo que ninguno de los dos esperaba, ni siquiera Lauri y mucho menos Mariana, que los observaban desde la costa: Paloma pasó una mano a su padre, quien se la tomó confuso, y luego le dio su otra mano a Camelia, quedándose en medio de ambos, justo antes de echarse a correr y estirarlos hacia el

agua.

Por la tarde, bailaron en la playa siguiendo las coreografías de un profesor de Zumba al que Lauri devoraba con la vista, después jugaron al bingo en la terraza del hotel y por último fueron a la piscina. Cerca de las siete de la tarde, decidieron que irían a darse un baño a las habitaciones, para luego bajar a cenar.

—Me estoy divirtiendo mucho —dijo la niña a su padre en el ascensor, Ferrán sintió que el corazón le latía de nuevo—. ¿Tú?

—También… —respondió él sin saber qué más decir.

—Tus amigas me agradan —añadió la pequeña con naturalidad, como si las cosas entre ellos estuviesen mejor que nunca—. Camelia… es un hermoso nombre… ¿no es así? —inquirió y buscó la mirada de su padre.

—Sí. Lo sé…

—¿Has pensado que quizá sea una señal? —inquirió la niña.

—No… No creo mucho en esas cosas —respondió Ferrán, aunque tampoco había ignorado aquello.

—Deberías creer… hay muchas más cosas en el universo de las que podemos ver —dijo Paloma justo cuando se abrió la puerta—. Deberías decirle que se veía bonita en ese traje de baño, tenía mucha vergüenza de ponérselo —añadió antes de salir hacia el cuarto.

Ferrán sonrió y la siguió a la habitación.

—Lo haré… —respondió.

—¡Yo me baño primero! —dijo la niña y se perdió en el cuarto de baño.

Ferrán se recostó en su cama y suspiró. ¿Cómo era que todo daba vueltas a su alrededor? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué todo pasaba tan rápido? Hacía solo unas horas Paloma no le dirigía la palabra y ahora le hablaba como si nada.

Camelia… A ella se lo debía todo.

Cerró los ojos y recordó a su mujer, tenía miedo de traicionarla, no quería fallarle, pero el corazón le latía cada vez más fuerte cuando Mel se le acercaba, y mucho más ahora, que había hecho esa magia con Paloma. Ya no podía ignorar lo que sucedía en su interior.

El sonido de la ducha lo transportó a aquella tarde tan lejana, ella reposaba en la tina con el cuerpo frágil, pura piel y huesos, ya apenas se movía, el hilo que la mantenía sujeta a la vida era cada vez más fino, y, aun así, se veía hermosa.

—No deberías estar haciendo esto —dijo ella con dificultad mientras él le cubría el cuerpo con espuma y agua tibia.

—¿Qué? —preguntó él.

—Bañarme… No así… Perdóname, te he robado nuestros mejores años…

—No digas tonterías, Abril, tú y yo somos uno, hicimos un juramento ante un altar, en la salud y en la enfermedad… hasta que la muerte… nos separe… —dijo él con dolor—. Y sabes que será aún mucho después de eso… eres y serás por siempre la única mujer que amé, amo y amaré.

—No digas eso, Ferrán —replicó ella—. Debes volver a amar, debes enamorarte y sentir de nuevo la adrenalina en tu sangre, reír con alguien, llorar… debes amar hasta que te duela el alma…

—Ahora me duele el alma —contestó él—. No puedo, Abril, no me pidas eso… No podría

volver a amar a nadie como te amo a ti…

—No dejarás de hacerlo, yo te amaré por siempre y sé que tú a mí también —dijo ella con dificultad—, pero entonces llegará una mujer que te hará sentir vivo de nuevo, que te hará temblar con solo acercarse a ti, soñarás con sus besos, con sus abrazos, con sus caricias… Y cuando eso suceda, quiero que sepas que eres un hombre libre, que yo desde donde quiera que esté bendeciré esa unión… Que yo te libero, por favor no te quedes atado a mi recuerdo… Promételo…

—No… no me pidas que te prometa eso —suplicó con lágrimas en los ojos.

Ella también lloraba mientras aceptaba aquella cruel realidad, algo que jamás hubiesen pensado el día que comenzaron su camino juntos, un camino que esperaban que fuera mucho más duradero.

—Me la imagino bonita, con el corazón sereno, quizá curtido por alguna clase de dolor, solo alguien así podría valorar tu corazón herido —afirmó—, me la imagino temblando de placer bajo tus manos como yo ahora mismo, sonriendo por las noches tras pensar en ti. Me la imagino cariñosa, me gustaría pensar que se llevará bien con Paloma y que estará para ella cuando mi niña lo requiera, que le ayudará a elegir su vestido de quince años, le dirá lo orgullosa que está de ella cuando se gradúe y que le dará un fuerte abrazo antes de su boda… Paloma podrá recurrir a ella, contarle sus miedos, sus alegrías, preguntarle sobre los chicos y confiarle en secreto cuando llegue el día de dar su primer beso.

—Abril, por favor…

—Déjame hablar —pidió y cerró los ojos cansados y cargados de dolor—. Su mirada será calma como el océano en la noche, sus palabras estarán llenas de amor para ti y para Paloma, y quien sabe, también para los hijos que ustedes llegarán a tener. Sus manos serán suaves y tú adorarás sus caricias, tendrá el perfume de las flores más bonitas de la primavera, y volverás con ella a tu tierra, la llevarás a nuestro sitio. Pasearán por allí, tomados de la mano, llenos de amor, de esperanza, de vida.

—Abril, detente, por favor, no sigas —rogó él convertido en un mar de lágrimas—, nunca llevaré a nadie allí. Cuando ya no duela tanto, iré solo y pensaré en ti —prometió.

—Shhhh —dijo ella y sonrió con dulzura bajo la cortina de lágrimas—. Yo también estaré allí, caminaré entre las flores y el viento, los observaré desde lejos, compartiré con ella el amor por ti. La amaré también, por amarte tanto y por amar a mi Paloma, por preocuparse y cuidarlos, por entregarte su vida a ti… Estaré allí ese día, cuando recorran las calles, cuando le muestres las casonas y los castillos, los jardines en flor. Tú sentirás la brisa que te envuelve y lo sabrás, será mi beso, será mi alma, será mi bendición, será mi amor.

Ferrán lloró en silencio aquella tarde, cuando por primera vez entendió que ya no había marcha atrás, que la despedida estaba más cerca de lo que había querido admitir alguna vez, y que Abril se iba, y se iba para siempre.

Abril lloró, porque costaba aceptar que su historia llegaba a su fin tan pronto, porque dolía perderse la vida de su hija y acabar con una historia de amor tan bella, porque desgarraba el alma pensar en su hombre amando a otra mujer. Pero necesitaba decírselo, liberarlo, lo conocía demasiado bien y sabía que el corazón noble de Ferrán cargaría por siempre con la idea de haberla traicionado.

Cuando Paloma salió del baño, él lloraba en silencio. La pequeña se acercó y no supo qué

hacer o qué decir, nunca había visto así a su papá.

—¿Por qué lloras, papá? —inquirió y se sentó a su lado.

—Lo siento —dijo incorporándose y secándose las lágrimas.

—¿Por qué lloras? Dímelo, por favor… —preguntó de nuevo tomándole de la mano.

Ferrán sintió que el alma se le quebraba y suspiró en un intento de conservar la calma frente a su hija.

—La extraño… —murmuró sintiendo un nudo en su garganta.

Paloma asintió y dejó que el silencio los envolviera por un par de segundos.

—Yo también la extraño —musitó y recostó su cabeza en su hombro—, pero tenemos que seguir, papá, ella lo quería así… Ella quería que saliéramos adelante…

—Lo sé… —dijo él y la besó en la frente—. Ojalá hubiese entendido que el tiempo era finito, ojalá hubiese estado allí ese día… ojalá no te hubiera lastimado tanto, Paloma —susurró.

—También me gustaría volver el tiempo atrás, papá, y que mamá no se fuera nunca… Pero hoy Camelia me dijo que, aunque las cosas no salieran como esperamos, no tiene que significar que sea malo, que nosotros podemos hacer que sea algo bueno… —añadió—. Lo pensé mucho… Mamá hubiese querido que así lo hiciéramos y tú lo sabes mejor que yo…

—Tienes mucha razón —sonrió con dulzura—. Eres todo lo que tengo y me recuerdas mucho a tu madre, casi tenía tu edad cuando nos conocimos —contó—, pero sabes, hija, a veces tenemos que golpearnos para aprender… Entiendo que no me perdones, entiendo que estés enojada… pero no te hagas daño a ti misma solo para herirme a mí. Tu madre quería que fueras feliz, que fueras libre, que vivieras al máximo… y si guardas rencor e ira en tu corazón, no podrás nunca alcanzar esa felicidad… Lo siento, Paloma, siento haberte fallado… siento que tu madre haya muerto y que lo que teníamos haya terminado así. También extraño la familia que fuimos, la felicidad que vivimos… y me perdí en ese dolor, olvidándome que tú también me necesitabas, que tú todavía estabas aquí… Soy un mal padre para ti, no tengo excusas, pero lo siento de verdad…

Paloma suspiró. Su papá nunca había sido así de sincero con ella y le gustaba esa persona que era capaz de afrontar sus errores y sus sentimientos. Ella también se sentía mal, también se había equivocado y ya estaba cansada de todo eso. Quería volver a tener lo que alguna vez tuvo, y aunque su madre ya no estuviera, podría seguir el consejo de Camelia e intentar que lo que tenían, fuera bueno.

—Lo siento, papá… he sido muy dura contigo y no he pensado en lo mucho que estarías sufriendo tú —dijo la niña al mirar a su padre con los ojos llenos de lágrimas—. Creo que solo pensé en mi dolor… Ella me hace mucha falta, papá… pero tú también —añadió y la voz se le quebró.

Ferrán la abrazó y besó su frente.

—Yo estoy aquí, Paloma, siempre estaré para ti… Sé que te he fallado, hija, pero… permíteme saldar mis errores. No pretendo que entiendas lo egoísta que he sido, pero el dolor a veces hace que nos cerremos al mundo y nos quedamos tan lastimados que no podemos ver nada más que nuestra herida, y giramos en círculos dando tumbos a lo loco, como un animal herido y acorralado, sin darnos cuenta de que en el medio lastimamos a quienes más amamos. Intenté esconderme del dolor, intenté ignorarlo… y fue gracias a ti que comencé a aceptarlo y procesarlo, princesa. Tú eres quien me ha salvado —añadió.

La pequeña lloraba emocionada y entonces respondió a su abrazo envolviendo con fuerzas sus brazos alrededor de su padre.

—Te amo mucho, papá, te amo mucho y no quiero separarme más de ti nunca. Por favor, no te vayas a Galicia. La tía Noemí me dijo que un día te cansarías de mis berrinches y te irías. No te vayas, no sin llevarme contigo. No quiero eso, papá, por favor no lo hagas. Yo quiero estar contigo — insistió con desespero—. He sido muy tonta, te he intentado alejar porque estaba muy triste y tú… no estabas ahí. Me dejaste solita… sin mamá, sin ti… y eso me hizo enojar. Y si te vas, yo no podría… Seré una niña buena, lo prometo… Pero no me dejes —suplicó.

—Shhh —dijo Ferrán besándola en la frente—, Paloma, mírame —añadió levantándole el mentón y secándole con cariño las lágrimas—. No te dejaría nunca, no podría ir a Galicia y abandonarte aquí… no lo haría… si lo he pensado o lo he dicho fue en un momento de dolor, de desesperación… Yo también sentí que te perdía, princesa. Y lo siento, siento que te hayas sentido tan solita, siento no haber podido hacerme cargo de ti como debía… La muerte de tu madre desgarró mi alma, no podía hacerme cargo ni de mí. Sé que no es excusa, pero… esto es lo que soy, Paloma.

Se abrazaron y lloraron juntos por un buen rato.

—Yo lo comprendo, papá. De verdad que lo entiendo. Gracias por traerme aquí y por decirme todo esto —dijo la niña—. Podemos hacer lo que dijo Mel y buscar la manera de que esto también sea bueno, aunque ya no sea como antes. Tú y yo seguimos siendo una familia, ¿verdad?

—Por supuesto, Paloma, tú y yo somos una familia — dijo él con ternura.

—Entonces le diré a la abuela que quiero vivir contigo, ¿quieres? —preguntó con temor—. ¿Quieres que viva contigo? Quiero que seamos una familia de nuevo…

—Nada me haría más feliz, ya sabes que tienes tu cuarto en mi casa y está listo para que lo decores a tu gusto… —añadió él. Desde que Ferrán se había mudado a esa casa, Paloma nunca había querido decorar su habitación.

Paloma sonrió y con sus manos, acarició el rostro de su padre con ternura, secándole las lágrimas que aún quedaban allí.

—Ve a bañarte, papá, las chicas nos estarán esperando ya —susurró.

Ferrán ingresó a la ducha y dejó que el agua se llevara las últimas lágrimas. Todo estaba sucediendo, las cosas habían cambiado de un momento al otro, y todo se lo debía a Camelia.

Cuando salió, encontró a Paloma peinándose y pintándose los labios con brillo labial, sonrió, su niña pronto se convertiría en una hermosa mujer y él no quería perderse ese proceso. Cerró los ojos y agradeció en silencio.

—Te ves guapísimo —dijo ella al verlo—, Mel se enamorará de ti, si ya no lo está —añadió.

—Solo somos amigos —comentó Ferrán.

—Sí. Lo sé —respondió ella—, pero yo no creo en la amistad entre el hombre y la mujer — insistió.

—¿Ah, no? —preguntó él con una sonrisa, la niña negó—. ¿Y eso?

—Tengo mis motivos —respondió y le guiñó un ojo desde el espejo.

A Ferrán le gustaba conocer a esa niña que hasta hace unas horas atrás no le dirigía la palabra e intuyó que sus conversaciones serían muy divertidas.

—Papá —dijo entonces ella—. Camelia… ella es…

—¿Es qué? —preguntó él justo antes de salir del cuarto.

—Ella es, papá, es la indicada, no tengas miedo —dijo la niña dejando a Ferrán sorprendido y anonadado.

CAPÍTULO 20

Amor

Luego de una agradable velada, Lauri invitó a Paloma a ir a la sala de juegos del hotel, Mariana decidió acompañarlas y Mel quedó sola con Ferrán.

—¿Qué sucedió? —inquirió entonces ella consciente de que Paloma interactuaba de manera cariñosa con Ferrán.

—No lo sé, tú has hecho la magia —dijo él—. ¿Cómo podré agradecerte? ¡Es un milagro! —exclamó.

—Yo no hice nada… —respondió Mel.

—Claro que sí… Has hecho algo, no sé qué, pero lo has hecho… Hablamos hoy, le pedí disculpas y ella a mí, nos abrazamos… ¿No es genial? No sabes el peso que he soltado —añadió y suspiró—. Todo gracias a ti…

—Deja de decirlo, no he hecho nada —insistió Mel—, era lógico, solo debíamos mostrarle el maravilloso hombre que eres, te dije que no podía ser tan difícil que conquistaras su corazón.

Ferrán negó con una sonrisa amorosa y el corazón hinchado de gozo ante sus palabras.

—¿Vamos a dar un paseo por la playa? —inquirió él.

Mel asintió y un momento después estaban caminando bajo una intensa luna llena.

—Yo solía ser una persona muy ocupada, Camelia, de esas que nunca tienen tiempo para mirar la luna o disfrutar del aroma de una flor… Trabajaba mucho para brindarles lo mejor a ellas, solo quería que no les faltara nada y pensaba que esa era la forma correcta —comentó un rato después de que iniciaran la caminata—, me crie así, en una familia de culturas tradicionales y severas, mi padre era un hombre ausente, pero nunca nos ha faltado nada. No lo entendí… no lo entendí hasta que fue demasiado tarde…

—Nunca es demasiado tarde, Ferrán —dijo ella en un intento de brindarle ánimo.

Mel no se reconocía a sí misma, pero le gustaba la persona que estaba siendo ese fin de semana. Se sentía bien por poder ayudar, por haber, de alguna manera, quitado un peso de encima de las espaldas de Ferrán y de Paloma. Y no solo eso, de alguna manera se sentía segura y a gusto, como si sus fantasmas no fueran ya tan poderosos.

—Todo sucedió muy rápido en mi vida, conocí a Abril cuando éramos unos niños, su padre era diplomático y se mudaron a Galicia a dos casas de la mía… La amé desde el mismo instante en que la vi, ¿sabes? —inquirió y Mel asintió—, nos hicimos novios cuando teníamos catorce años y nos dimos nuestro primer beso un año después, a los quince… eran otras épocas —afirmó con una sonrisa—. Abril se embarazó cuando teníamos veinticinco años y sin dudarlo, me casé con ella. Lo único que quería era una familia y lo había conseguido…

—Qué bonita historia de amor —agregó Mel pensando que parecía una de sus novelas.

Miraba a Ferrán con ojos soñadores, observaba sus facciones a la luz de la luna y se

asombraba ante aquel amor tan tangible que era capaz de emanar de él. Ahora podía entender mejor el dolor que percibía Mariana en su mirada, la tristeza que escondía.

—Abril nació aquí, y su madre decidió regresar cuando su padre falleció. Nosotros nos establecimos en Galicia, porque ella amaba la ciudad, se había enamorado de ella, a mí no me importaba dónde, mientras estuviese a su lado —añadió.

Sus palabras encantaban a Mel, le hacían tocar con las manos la existencia de un amor real. Se impregnaba de ese sentimiento que crecía en su interior y la tomaba presa, mientras le extrañaba percatarse de que el miedo había desaparecido por completo.

—Poco tiempo después de que Paloma nació, Abril renunció a su trabajo y abrió un negocio, era feliz cuidando de nuestra niña y de su emprendimiento, y yo, cada día trabajaba más para darles lo que ellas merecían, para que no les faltara nada… No las dejaba solas, no estaba ausente —dijo mirándola con cariño—, no quiero que pienses eso… Ambas eran… mi mundo entero… Mi trabajo me hacía feliz, y ellas también, tenía todo lo que había soñado alguna vez.

Mel asintió, comprendía sus palabras y no solo eso, era capaz de experimentar los sentimientos que él tenía en ese momento.

—Entonces, poco tiempo después, nos enteramos de su enfermedad, fueron semanas muy duras, llenas de incertidumbre… Un tumor en la médula espinal. Lo detectamos tarde, ella no presentaba síntomas y cuando lo hizo ya estaba avanzado. Hicimos lo que pudimos, pero no quedó más que esperar… podían ser años, o meses…

—Oh… ¿qué edad tenían?

—Treinta años cuando nos enteramos…

—Qué tristeza, por Dios —dijo ella de corazón al pensar en todo el dolor que les tocó atravesar.

—Sí. Fue muy difícil… Cuando las cosas se complicaron, decidimos mudarnos aquí para que estuviera cerca de su madre. Falleció casi cuatro años después…

—Pobre… —añadió Mel tras el silencio de las últimas palabras.

—Al final de ese trayecto yo estaba cada vez más enfadado, cuanto más sufría ella, más me enfadaba yo, me parecía injusto, me parecía doloroso, no podía aceptar que ese fuera nuestro destino, que nuestro amor tan perfecto muriera así… Quería ser yo quien sufriera, no ella… Y de alguna manera me alejé…

—¿La dejaste? —preguntó con sorpresa.

—No, no… nunca, yo la cuidaba, cuando no estaba trabajando era yo quien me encargaba de ella, la bañaba, le daba de comer, le curaba las heridas que la cama producía en su piel, la protegía… Pero en mi mente estaba alejado, enfadado, no conseguía la paz… —respondió con tristeza—. No lograba aceptarlo…

—¿Y ella?

—Ella era tan magnífica que había aceptado su cruz con amor y solo deseaba hacernos la carga ligera, quería que no durara demasiado porque decía que necesitábamos continuar con nuestras vidas. Le preocupaba mucho Paloma y no deseaba que pasara su infancia rodeada de dolor.

—Lo imagino, no creo que eso sea fácil para ninguna madre —dijo Mel pensando en la suya y en cómo hubiese reaccionado si hubiera sabido que era su último día.

Ferrán se tensó, un dolor atravesó su alma y Mel lo pudo sentir. Lo tomó de la mano para

infundirle fuerzas, sabía que hablar le estaba haciendo bien, no quería detenerlo, solo que no se sintiera solo.

—La noche en que murió yo estaba trabajando, mi suegra me había dicho que ese día no me fuera, que la veía mal… Pero yo no le hice caso, era una reacción inconsciente, como si negarlo lo hiciera menos real. Bañé a Abril, la arropé en la cama, le dije que la amaba y que la vería al volver, que descansara. Ella me tomó de la mano, y con mucho esfuerzo me dijo que me amaba. Entonces me fui a trabajar… Cerca de las dos de la mañana, tuve una sensación horrible, un frío se me coló por el alma y una terrible intuición hizo que dejara todo y saliera como un loco de camino a casa. Tenía miedo de no llegar a tiempo, quería que muriera en mis brazos… lo habíamos hablado muchas veces, ella temía ese momento, le aterrorizaba estar sola cuando sucediese y yo le había prometido estar a su lado.

—¿Llegaste?

—No… No llegué, cuando estaba a dos cuadras de la casa recibí la llamada de Naomi diciéndome que había fallecido.

—Oh, por Dios…

—Paloma estaba allí, ella murió a su lado, de la mano de su hija y de su madre, diciendo mi nombre. Mi hija no lo olvida… allí empezó su enfado conmigo, por no llegar a tiempo.

—Pobrecita… Era muy pequeña, ¿verdad?

—Sí, solo tenía ocho años… Pero allí no acabó todo… estaba tan enfadado, tan triste, tan roto… que me volví a enfrascar en el trabajo. Llegaba siempre tarde y nunca tenía tiempo para nada, mi suegra me dijo que me sacaría a Paloma hasta que estuviera listo para hacerme cargo de ella.

—Eso… tuvo que ser horrible…. —dijo Mel mirándolo con compasión.

—Lo fue, pero yo no era dueño de mí mismo. En vez de tomar consciencia y cambiar, lo que hacía era empeorar el asunto, odiaba a mi suegra y a mi cuñada por quitarme a la niña, y pensaba que le metían cosas en la cabeza. En realidad, ellas son mujeres buenas, tan geniales como Abril, no sé qué hubiera sido de mí sin ellas. Alma siempre me ha tratado con cariño y respeto, y aunque Naomi es mucho más explosiva y nos hemos peleado varias veces, valoro el inmenso amor que siente por mi hija y la comprendo, ella y su hermana eran inseparables, también fue muy duro para ella perderla. Pero yo era un idiota, me había puesto en el papel de víctima y no me daba cuenta de que era yo quien estaba alejando a todos de mi vida. Entré en una profunda depresión, me echaron del trabajo por un accidente que ocasioné que casi salió muy caro… y eso fue el fin de mi carrera…

—No lo puedo creer, qué triste todo lo que has vivido —dijo ella tomándolo de la mano.

—Paloma aún me buscaba, pero yo nunca estaba. Ya no me bañaba, no me afeitaba, no salía de la cama, no quería ver a nadie. Alma y Noemí intentaron sacarme de ese pozo, pero no lo lograron… Fue allí cuando intenté… ya sabes… la historia del otro día… Si te soy sincero, lo único que quería era morir e ir con Abril.

—Ohhhh —Mel unió entonces los cabos sueltos…

—Había tocado fondo… pero luego de aquel episodio, estaba listo para impulsarme y volver a la superficie. Elegí ser mimo para llegar a Paloma, que amaba los mimos y tenía una obsesión por ellos desde muy pequeña. No logré sacarle sonrisas a ella, que ya estaba enfadada conmigo, pero si a los demás y a los niños del hospital, y eso curaba mi alma, lentamente, porque me daba

a otros que necesitaban y me olvidaba así de mí mismo y mis miserias —susurró—. Perdí a mi mujer, y casi pierdo a mi hija…

—La muerte de Abril no fue tu culpa, tampoco te culpes por no haber llegado a tiempo, no puedes cargar con ese dolor por siempre, Ferrán —dijo Mel con mucho cariño—. No creo que a ella le gustaría saber que tú te sientes así…

Se detuvieron entonces y observaron al cielo, la luna brillaba intensa sobre ellos.

—Pude haberla acompañado más si hubiese dejado el enfado que me corrompía el alma a un lado… si hubiera aceptado lo que sucedía. Pude haber sido un mejor padre…

—Es cierto, pero eres humano, Ferrán, y los humanos somos un caótico mundo de sentimientos y emociones que muchas veces no sabemos manejar y nos terminan por dominar… Estoy segura de que ella lo ha comprendido, estoy segura de que te ama tanto como tú a ella… y que te espera, donde sea que está —dijo Mel reprimiendo una lágrima.

Se sentía extraña, no comprendía la relación que llevaba con Ferrán y la magnitud de las emociones que la embargaban la tomaban por sorpresa.

Caminaron en silencio, cada quién sumido en sus pensamientos. Y fue en ese preciso instante, en que Camelia aceptó que estaba enamorada, que el corazón le latía y las manos le sudaban, pero esta vez no por ansiedad o miedo, sino por estar al lado del hombre que le despertaba sensaciones que nunca había experimentado. Le encantaba su imperfecta humanidad y ese amor tan enorme que sentía por su mujer fallecida y su hija.

Pensó que quizá debería sentir celos por su relación con Abril, pero no era eso lo que sentía. Por el contrario, tenía una gran admiración por esa mujer que había sufrido tanto, por la inmensidad del amor de Ferrán y por la inocencia dolorosa de Paloma.

Lo observó de reojo, ya no veía dolor en sus expresiones, sino más bien se notaba algo nervioso, quizá porque se había abierto mucho a ella y había dejado salir aquello que agobiaba su alma. Camelia supo en ese momento que no eran amigos, y que por más que fingieran serlo, ella no podría verlo de esa manera.

—A veces conocemos personas que llegan de improviso a nuestras vidas y ponen en orden un poco del caos que somos… —dijo él con la voz aterciopelada rompiendo la comodidad del silencio en el que estaban sumidos.

Mel se quedó meditando en esas palabras y no pudo dejar de pensar en Lauri, Mariana y el mismo Ferrán.

—Tienes razón, es lo que me pasa con las chicas y contigo… —admitió.

—Es lo que me pasó cuando conocí a Abril… —dijo él—. Y es lo que me pasa ahora, contigo —añadió—. Has llegado a mi vida, has dado vuelta mi mundo, has ordenado mis pensamientos y desordenado mis emociones…

Ferrán la tomó de la otra mano y quedaron frente a frente, unidos por ambas manos.

—Yo…

Él se acercó con lentitud, Camelia sabía que iba a besarla, lo intuía, lo había leído en libros y visto en películas, e incluso lo anhelaba. Y aunque el miedo la embargó, no se alejó, no podía ni quería hacerlo, era como si un imán los uniese.

—No temas —susurró él casi rozando sus labios—, solo déjate llevar —pidió.

Entonces sus labios se unieron y miles de chispas estallaron en su interior, en el cielo las estrellas parecieron iluminarse aún más y el brillo de la luna se intensificó. Las aguas del mar

envolvieron ese mágico instante con una música serena cargada de amor.

Ferrán envolvió sus brazos por la cintura de Mel y ella enrolló los suyos en su cuello, entregándose por completo a aquel momento que nunca había imaginado que podría llegar, sintiendo como si levitara, como si su piel y la de Ferrán cantaran una canción al compás de la melodía del mar, como si el mundo bajo sus pies se alejara y ellos fueran capaces de tocar la luna.

Ferrán sintió la suavidad de los labios de Camelia que le resultaron como agua fresca en medio de un desierto intenso. La calidez de su piel, al contacto con la suya, despertaron miles de sensaciones que él pensaba que ya no volvería a experimentar, y sintió que estaba vivo, más vivo que nunca, y feliz de estarlo.

Se alejaron con lentitud, y lágrimas comenzaron a caer de los ojos de Camelia. Ferrán las secó con dulzura con sus labios, una a una, con calma, con lentitud.

—¿Te he hecho daño? —susurró.

—No… —negó con una sonrisa— las lágrimas me están limpiando —añadió con dulzura—. Él la besó en la frente.

—Escucha, Camelia… Jamás pensé que podría volver a amar —admitió—, pero estoy enamorándome locamente de ti —susurró.

—Y yo de ti, Ferrán —lo admitió sorprendiéndose por la felicidad que embargaba su alma tras las palabras de aquel hombre y su necesidad de expresarle también lo que sentía.

—Entonces ya no llores —pidió él con dulzura y luego pasó su pulgar por sus labios.

Mel cerró los ojos. No tenía miedo, no tenía vergüenza, solo una mezcla de emociones que la llevaban a estremecerse.

—Creo que aún me queda mucho por llorar, pero quiero hacerlo en tus brazos —admitió con algo de vergüenza ante tal confesión.

—Secaré tus lágrimas con mis besos entonces —dijo él volviéndola a besar.

Caminaron en silencio de la mano, de regreso al hotel.

—Eres la primera mujer que beso… después de Abril — dijo él por el camino.

—Tú eres el primer hombre que beso —admitió y recostó su cabeza en su hombro.

—Y lo has hecho genial —susurró él volviendo a buscar sus labios—, tanto, que creo que me volveré un adicto muy rápido.

Camelia sonrió, sentía que volaba y deseaba que ese momento, no acabara jamás.

CAPÍTULO 21

Ternura

De común acuerdo, decidieron no decir nada esa noche, aún no tenían muy claro cómo reaccionaría Paloma, aunque por lo que le había dicho a Ferrán, él pensaba que de alguna manera lo aceptaría.

Todavía envueltos en la magia y la emoción del amor recién descubierto, llegaron a la sala de juegos y observaron a la niña ganar a Lauri en un juego de *ping-pong*. Mariana era la encargada de contar los puntos y Lauri le reclamaba que estaba a favor de la pequeña.

—Es hora de dormir, chicos, mañana hay mucho que hacer —ordenó Mariana cuando el partido acabó—. Ha sido un buen día —añadió.

Entonces, Mariana, Lauri y Mel fueron a su habitación, mientras que Paloma y Ferrán a la suya.

—¿Ya son novios? —preguntó la niña cuando entraban—. ¿O siguen con lo de solo somos amigos? No creas que no me di cuenta de que las amigas de Camelia pretendían distraerme mientras ustedes… quién sabe qué hacían…

Ferrán sonrió.

—Acuéstate. Es hora de dormir —añadió.

—Pero admito que me divertí mucho, ¡Lauri es genial! —exclamó—. ¿Tú? ¿La pasaste bien? ¿Le has dicho que se veía muy bella en el traje de baño?

—Lo olvidé, pero prometo decírselo.

—Ay, papá, eso es importante —añadió ella.

—Bueno, se lo diré… lo prometo… Ahora a dormir.

Paloma no dijo nada, pero se acostó en la cama y observó el techo, estaba muy feliz.

—Paloma, ¿por qué has dicho que Mel era la indicada? —quiso saber Ferrán también con la vista fija en el techo.

—Eso es un secreto que aún no te lo puedo revelar — dijo la niña, fingió un enorme bostezo y cerró los ojos—. Tienes que descubrirlo por ti mismo —añadió.

***

Eran casi las tres de la mañana, cuando salió de su cama agitada por un mal sueño. Observó a Ferrán que dormía plácidamente y no lo quiso despertar, así que se dirigió a la habitación de las chicas en sumo silencio para que él no lo notara, golpeó la puerta y Camelia fue la que le abrió. Ella tampoco podía dormir tras lo sucedido horas antes y no podía sacarse la triste historia de Ferrán de la cabeza, junto con un sin fin de preguntas que la atormentaban.

¿Acaso se merecía ella irrumpir en una historia de amor eterno y perfecto como la de Abril y Ferrán?

—¿Qué haces aquí? —susurró la muchacha.

—¿Puedo dormir contigo? —dijo la niña.

—¿Ferrán sabe que estás aquí? —inquirió.

—No se despertó, por favor… quiero acostarme a tu lado esta noche —insistió—. Tuve una pesadilla y… tengo un poco de miedo —admitió.

Camelia se sintió extraña, no compartía la cama con nadie y los abrazos le parecían aún difíciles de lidiar, pero la ternura en las facciones de aquella niña que ahora se veía más infantil que unas horas antes, no le permitió negarse.

—Pasa… pero tienes que volver temprano o tu papá se asustará —susurró.

La cama no era tan grande, pero entraban las dos. Camelia se metió bajo las mantas y tapó con cuidado a Paloma. No sabía bien como colocarse, pero la niña se acomodó sola, puso su cabeza en el brazo de Camelia y la abrazó, acurrucándose en su pecho casi como un bebé. Allí, la muchacha la sintió llorar y no supo qué hacer, una oleada de ternura la invadió, así que le acarició con dulzura la espalda y la besó en la frente.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro para no despertar a sus amigas—. ¿Por qué lloras?

—Estoy bien… No sé por qué lloro —respondió—, abrázame por favor —pidió.

—Está bien, llora si necesitas hacerlo…

—Ya no quiero ser fuerte —susurró la niña.

El corazón de Mel estaba enternecido, tenía los ojos llenos de lágrimas y recordó las noches que Ian se acurrucó así por ella entre llantos por extrañar a su madre. A Mel le dolía mucho aquello, había vivido de cerca lo que era tener a un niño huérfano a su cargo. Paloma tenía vacíos que no se llenarían con facilidad, quizá nunca lo harían, pero ella al menos tenía a su padre. Se consoló al pensar en Ian y en lo buena persona que era ahora a pesar de todo lo vivido, Paloma también saldría adelante, estaba segura.

—No necesitas serlo siempre, no estás sola, ¿lo sabes? Tu familia te ama —susurró—. Estoy segura de que tu mamá te cuida desde el cielo —prometió—. Está allá arriba, con la mía, y nos están cuidando.

Paloma levantó la cabeza para mirarla, sus ojitos estaban rojos por las lágrimas que estaba derramando y se veía pequeñita.

—¿Tu mamá murió también? —inquirió.

Mel asintió con la cabeza.

—Mi mamá y mi papá. Por eso sé lo que te duele y cómo duele, pero te prometo que saldrás adelante.

—La extraño mucho —susurró—, extraño dormir en sus brazos y que me cuente un cuento antes de dormir… Me gustaría contarle mis cosas, escuchar sus consejos, sentir sus besos… Duele… duele mucho…

—Lo sé, te prometo que lo sé, Paloma —murmuró Mel y la abrazó con fuerza.

—Yo… Gracias por esto —susurró.

—No tienes que agradecerme nada, eres una niña fantástica, tal como tu papá te había descrito y a mí me agrada conocerte.

Por primera vez Mel sintió el vacío de la ausencia de sus padres, un vacío que no se permitió experimentar por ser fuerte para Ian. Pero ahora era distinto, ella y Paloma estaban unidas por un

dolor similar, la abrazó con ternura y se permitió convertirse por un instante en esa niña pequeña que tenía en brazos, ella había tenido que ser fuerte y nunca se había permitido mostrarse débil ante su hermano, pero entonces, en esa madrugada, se sentía igual que Paloma, como una niña desorientada, sola y en medio del frío, con temor al futuro sin la protección de los brazos maternales en los que los niños encuentran tanto confort y cobijo.

Dejó caer unas lágrimas en aquel silencio, y se encontró con una Mel que había abandonado hacía mucho tiempo, una niña alegre, atrevida, que también soñaba con subir a bananas acuáticas o montar a caballo, una que no tenía miedo de nada. Volvió a ver a esa niña que dejó de mirar hacía muchos años, cuando le robaron la felicidad, la inocencia y la fe en las personas.

—Están acá, las puedo sentir —susurró Paloma—, mi mamá y tu mamá nos están abrazando —añadió.

Mel la besó en la frente y secó las lágrimas de la pequeña.

—Entonces ya no llores —pidió con ternura—, porque tu mamá no quiere verte llorar, quiere verte feliz —insistió—, y ahora que estás bien con tu papá y que han solucionado sus problemas, serán muy felices, yo lo sé…

—¿Tú estarás con nosotros? —preguntó la niña y levantó la vista para verla—. Tú amas a mi papá, ¿verdad? Yo vi cómo lo miras…

Mel sonrió y acarició con ternura sus cabellos. Iba a decirle la verdad a esa niña porque eso era lo que ella merecía y porque se estaba abriendo a ella como si fuera una hermosa flor. Además, había algo en Paloma que, de alguna extraña manera, la estaba ayudando a sanar. Quizás era reencontrarse en su inocencia, en sus miedos… en su soledad.

—Sí… Lo amo —admitió ante aquella mirada cargada de inocencia—. ¿Estás bien con eso? —quiso saber.

Paloma asintió y le regaló una sonrisa, Mel no pudo dejar de pensar en que esa niña estaba tan sedienta de amor que la aceptaba así, sin más, como una especie de reemplazo para la madre que se le había ido.

—Pero yo no quiero ocupar el espacio que le corresponde a tu mamá, Paloma, no quiero que te sient…

—Te estaba esperando hace tiempo —interrumpió la niña y escondió su cabeza entre el cuello y el pecho de Camelia, para quedarse dormida en instantes.

Mel no quería que Paloma malinterpretara los roles. Sentía demasiado respeto por la memoria de Abril y el enorme amor con que había formado su familia y era importante para ella que la niña comprendiera que ella no reemplazaría a su madre. Por eso, no entendió esas palabras que solo confundieron más su ya atormentada cabeza, pero decidió no pensar, ella también se sentía a gusto en aquel improvisado abrazo nocturno y no comprendía cómo la pequeña Paloma le había robado el corazón en solo cuestión de minutos.

CAPÍTULO 22

Colores

Camelia despertó a Paloma cerca de las siete de la mañana y la acompañó al cuarto de su padre, la niña había llevado consigo la tarjeta para abrir la puerta, así que apenas llegó allí pudo entrar sin inconvenientes.

—Nos vemos más tarde en el desayuno —dijo Mel.

—No te irás, ¿verdad? —insistió Paloma.

—¿A dónde iría? —preguntó Mel y luego le regaló una sonrisa.

De pronto, la muchacha casi adolescente, recia e imponente que había conocido el día anterior, se había convertido en una niña de unos siete u ocho años, carente de afecto, con miedo al abandono. Mel sintió temor, todo era demasiado fuerte y ella no sabía si estaría lista para algo así.

Cuando llegó a su habitación, vio a Mariana esperándola afuera, le regaló una sonrisa y le dijo que se sentara a su lado, en medio de la alfombra del pasillo que daba a las habitaciones del hotel.

—Escuché todo, anoche —dijo—, pobrecita… me dio tanta pena que estaba a punto de unirme al abrazo —añadió.

—¿Será demasiado? ¿Y si no puedo con tanto? —inquirió Mel con preocupación en la voz.

—¿Con tanto qué? ¿Con tanto amor? —preguntó Mariana.

—Me siento una intrusa en la vida de Abril —admitió—, la esposa fallecida de Ferrán —agregó a sabiendas que aún no había tenido tiempo de contarle la historia.

—Uno está dónde y cuándo debe estar, Mel —dijo Mariana—, la vida nos va preparando para lo que recibiremos en el futuro y para las decisiones que nos tocará tomar. ¿Por qué no lo ves de esa manera? Quizá por algo criaste a tu hermano, ahora te es más sencillo entender el corazón roto de tristeza de una niña de doce años… ¿No lo crees? Tú también perdiste a tus padres, puedes entender lo que ella siente…

—No lo había visto de esa manera —admitió la muchacha.

—¿Por qué no estuviste con nadie antes? Quizá porque te estabas preparando para una de esas historias de amor únicas que ocurren de vez en cuando… Porque déjame decirte, que Ferrán y tú…

—Nos besamos ayer… —admitió entonces avergonzada.

La mirada de su amiga brilló en la penumbra y Mel procedió a contarle a grandes rasgos la historia de Ferrán y el beso compartido.

—¿Cómo te sientes? ¿Crees que es demasiado? —preguntó Mariana con la voz cargada de emoción.

—No… y eso es lo que más me asusta —afirmó—, pienso que la Mel que conozco se sentiría

abombada, desconcertada, apabullada por todo esto… pero… en cambio me siento… en casa —admitió—. No me reconozco… ¿No es extraño?

—No lo es —dijo Mariana tomándola de la mano—. Quizás al final te estás permitiendo ser realmente tú misma, quizás al fin hayas llegado a tu hogar, ¿no lo crees?

—Ese es el problema, eso es lo que me asusta… Es el hogar de Abril —respondió Mel con pesar—, eso es lo que siento, es lo que me pesa, pensar que me estoy inmiscuyendo en su vida… que estoy ocupando un puesto que no me corresponde.

—Lastimosamente ella ya no está, Mel. Tú no ocuparás su lugar, pero puedes tener el tuyo propio. Prométeme que no te cerrarás, no ahora… La nueva Mel no es la misma de antes, la nueva Mel quiere vivir, quiere amar, quiere sentir… La nueva Mel merece ser amada también —dijo Mariana con cariño.

—Nunca te dije que te quiero, que te agradezco todo lo que haces por mí —admitió Mel al escuchar sus palabras—. Eres una gran amiga…

—Te mereces ser feliz —dijo Mariana y la abrazó—, también te quiero —añadió.

Unas horas después, bajaron a desayunar, y luego, se dirigieron a la playa donde pasaron una bonita y relajada mañana. Después, cerca del mediodía, volvieron a hacer ejercicios en la playa y en la tarde, cuando llegó la hora de la actividad más importante de la fiesta y la voz de un locutor llamó a todos los que participarían a la zona de la piscina, corrieron ansiosos para iniciar el juego.

La batalla de los colores consistía en una guerra de pistolas de agua con colorante, la idea era teñir de un color a la mayoría de las personas, el equipo ganador sería el que tuviese más personas manchadas. La cuestión era que no podían jugar en un mismo equipo más de dos personas de una misma familia o grupo, así que por numeración, Ferrán y Paloma terminaron siendo del color rojo, Mariana y Lauri eran del amarillo, y Mel quedó en el grupo del color verde.

La guerra comenzó tras el sonido del silbato del locutor, Mel empezó manchando a Mariana, que rápido se defendió tiñéndole el cabello de amarillo, luego un chico del grupo de los rojos le pintó la pierna derecha, y ella se encargó de derramar su pintura sobre el brazo del niño. Y así, la gente descontrolada corría a recargar sus armas de gomas y a disparar a las personas que veía, hasta que todos perdían la noción de qué color era el otro y ya no sabían a qué equipo debían pintar.

Mel se reía tanto que sentía que el estómago le dolía, Paloma la comenzó a seguir y le ordenó a su padre que cubriera el otro flanco y no la dejaran pasar, entonces, ella intentó escapar, pero resbaló y cayó a la piscina.

—¡Papá! ¡Ella no sabe nadar! —gritó Paloma señalándola.

Ferrán se arrojó al agua sin pensarlo dos veces y juntos tiñeron la piscina de un oscuro grisáceo mezcla de todos aquellos colores. Ferrán la abrazó de inmediato, para darse cuenta de que la piscina no era profunda y que Mel hacía pie en ella. Los dos rieron, Paloma también. Alrededor, la guerra seguía, la gente ni siquiera se había percatado.

—Te ves muy hermosa…

Mel se sonrojó, lo miró a los ojos y entendió que entre el grito y la corrida no se había percatado que iba en traje de baño olvidando sus complejos por completo.

Lauri se dio cuenta de que la escena en la pileta se estaba volviendo romántica, y atacó a

Paloma llenándola de amarillo para distraerla. La niña la siguió corriendo al grito de me vengaré, pero para Mel y Ferrán, el mundo se había detenido.

Ferrán entonces levantó el trozo de tela cubriendo uno de sus senos con suavidad. Fue recién allí que Camelia comprendió que se le había desprendido al caer al agua.

—Por Dios, qué vergüenza —dijo sintiendo el rubor en su mejilla.

Ferrán la volteó con cuidado y le ató de nuevo las tiras. Mel observó a todos los lados, imaginando lo peor, que ya todos la habían visto y le estaban tomando fotos a su seno al descubierto. Se puso a temblar y una película de terror comenzó a desplegarse en su mente.

Ferrán lo percibió y la abrazó por la espalda.

—Tranquilízate, nadie te vio, estabas en el agua —susurró—, lo cubrí rápido —añadió.

—Yo… tú…

Mel sintió que el mundo iba a estallar en su interior, quería llorar y correr a encerrarse en el baño. Una parte de ella había quedado al descubierto, una parte que nadie nunca debía de volver a ver.

—Camelia, relájate…

La voz de Ferrán sonaba como un bálsamo en sus oídos y ella regresó a la realidad.

—Olvida lo que sucedió, olvídalo —rogó.

—Lo olvido —respondió Ferrán entendiendo que había un secreto muy en el fondo que él todavía no conocía—, no te preocupes, ya lo olvidé —afirmó.

Mel se arrojó en sus brazos y él la envolvió con cariño, besó su cuello y su hombro con dulzura mientras le repetía al oído.

—Todo estará bien, yo estoy aquí, te protegeré y estarás bien…

No sabía por qué lo hacía, pero sentía que debía hacerlo, que debía calmarla, que aquella mujer que temblaba en sus brazos tenía una historia que le dolía y que él podía darle un poco de la paz que ella le había dado la noche anterior cuando con tanta paciencia y amor, escuchó su historia.

—Eres la mujer más bella del planeta —le susurró al oído—, eres perfecta, me gustas cómo eres y me gustarías aunque te convirtieras en una ballena o en un cocodrilo — añadió y ella sonrió, relajándose más en sus brazos—, tu cuerpo es hermoso y perfecto… y yo nunca te haré daño, lo prometo —añadió con cariño.

Era como si alguien le dictara al oído lo que tenía que decir.

Mel lo miró, lo abrazó con mucha fuerza, como si quisiera fundirse con él en ese abrazo, como si allí nada pudiera hacerle daño. Y lo sorprendió plantándole un beso en los labios que lo dejó aturdido.

—¡Eh! ¡Los tortolos! —gritó el locutor sacándoles de la ensoñación—. ¡Fuera del agua o serán descalificados! ¡Aún sigue la guerra!

Paloma le dio una mano a Mel para ayudarla a salir de la piscina, y cuando pasó a su lado, se acercó a su oído y le susurró.

—Los amigos no se besan así —antes de dispararle un chorro de pintura.

—¡Te atraparé, niña! —gritó Mel corriendo tras ella e intentando pintarla de verde. En ese mismo instante se sentía libre, feliz, completa, y deseaba disfrutarlo.

Cuando el locutor volvió a tocar el silbato y el juego acabó, los jueces determinaron que los ganadores habían sido los del equipo amarillo, por lo que Mariana y Lauri junto al resto de su

equipo, festejaron como un par de niñas.

Después de la euforia, regresaron a sus habitaciones para bañarse y sacarse la pintura, para finalmente regresar a sus hogares. La fiesta había acabado.

Antes de despedirse, Lauri invitó a Paloma a su fiesta de compromiso para la que ya solo faltaba una semana y la niña agradeció con entusiasmo, entonces, las chicas se despidieron y se fueron, dejándolos solos a los tres. Mel buscó las llaves de su auto y Paloma y Ferrán la acompañaron.

—¿Se divirtieron? —inquirió por el camino.

—Fue fantástico —exclamó Paloma—. Lástima que ya acabó. ¿Irás a conocer mi casa? Mañana me mudaré con papá… ¿Quieres ayudarme a decorar mi nueva habitación? —inquirió con demasiado entusiasmo.

—¿Sí? ¡Claro! —respondió Mel con dulzura.

—Entonces mañana te buscaré a la salida del trabajo — dijo Ferrán—, prepararé algo para comer y ayudaremos a Paloma a ordenarse en nuestro hogar…

Aquello sonaba hermoso, pero a Mel le retumbaban las palabras «nuestro hogar».

Cuando llegaron al automóvil, ambos se veían nerviosos. Paloma al notarlo, abrazó a Mel.

—Gracias por todo, me ha encantado conocerte al fin —dijo sorprendiendo a su padre, ya que nunca le había hablado de ella como para usar esa expresión.

—A mí también, eres una persona maravillosa —dijo Mel correspondiendo el abrazo.

Ferrán las miraba anonadado.

—Bueno… gracias por este fin de semana —dijo él acercándose como para besarla en la mejilla, después de todo allí estaba Paloma.

—Ay, no, papá, dale un beso de verdad —insistió la niña—. Si no quieren, yo no miro —añadió y se tapó los ojos.

Ferrán miró a Mel y los dos rieron, entonces se acercó y le dio un tierno beso en los labios, que Paloma vio tras entreabrir sus dedos para mirarlos. Luego se abrazaron, y él le susurró al oído.

—Te amo…

—Yo a ti —respondió ella sin comprender lo fácil que le resultaba decir aquellas palabras.

Ferrán y Paloma la vieron partir mientras agitaban sus manos en señal de despedida, Mel manejaba a su casa con el corazón hinchado de gozo y de amor, con unas ganas locas de vivir que no había experimentado jamás, y con una sensación de plenitud que le llevaba a agradecer cada segundo de aquel mágico fin de semana.

CAPÍTULO 23

Espacios vacíos

Ferrán manejó en silencio hasta la casa donde vivía Paloma, todavía no podía creer todo lo que pasó el fin de semana y tenía el alma tan cansada como feliz.

—¿La amas? —inquirió Paloma que dibujaba caras felices en el vidrio empañado del automóvil.

Su pregunta descolocó a Ferrán.

—¿La amas? —volvió a preguntar—. Papá, ¿por qué te cuenta tanto expresar lo que sientes?

—No es eso…

—¿Me amas a mí? —quiso saber la niña.

—Claro que te amo —respondió con seguridad. Paloma sonrió.

—Deberías decírmelo más a menudo —dijo ella en medio de un suspiro—. ¿Se lo decías a mamá? —quiso saber perdiendo su vista en el cielo desde la ventanilla.

—Sí… se lo decía siempre, cada día de su vida —respondió él—. Y no, no me costaba decir lo que sentía cuando estaba con ella… Lo que pasa es que… bueno, el dolor hace que te encierres mucho dentro de ti y cuando te das cuenta, es difícil salir de allí.

—¿Mel te ha ayudado a salir de allí? —quiso saber Paloma.

—Sí… eso creo… —admitió él.

—¿Y la amas? —insistió Paloma, esta vez con una sonrisa divertida.

—¿A dónde quieres llegar con esa pregunta? —inquirió Ferrán, que en realidad no respondía por temor a la reacción de Paloma.

—¿A la respuesta? —dijo la niña con ironía, encogiéndose de hombros.

—Mira, Paloma… Es complicado… los adultos somos…

—Ya lo sé… pero no es tan difícil saber si estás o no enamorado, ¿no? Es decir, todas las canciones, las películas, los libros… todos hablan del amor, papá. Dicen cosas sobre que sientes mariposas en el estómago, se te aflojan las piernas, te sientes en el aire, tu corazón se acelera… —dijo Paloma enumerando síntomas con sus dedos, Ferrán se echó a reír—. ¿Sientes eso o no lo sientes?

—El amor es mucho más que eso, Paloma, pero sí, supongo que por allí se inicia —respondió.

—¿Sentías todo eso por mi mamá? —quiso saber la niña.

—Todo eso y muchísimo más —dijo él con certeza—. Nunca dudes del amor que siento por tu mamá, Paloma, ella fue mi todo…

—¿Y Mel? —inquirió la niña.

—Camelia es… —Ferrán decidió contestar a sus preguntas con naturalidad—. No tengo palabras, no sé explicarlo, ella… se ha convertido en alguien muy especial para mí, no puedo

dejar de pensar en ella y… me gusta hablar con ella de todo… y…

—¿Te late fuerte el corazón cuando la vez, se te aflojan las piernas y sientes las mariposas? —inquirió la niña.

—Sí, todo eso —respondió Ferrán con ternura.

—¿La amas entonces? —preguntó Paloma una vez más.

—Mira, no debes tener miedo de que ella ocupe el lugar de tu mamá, no tienes que preocuparte por eso, no sucederá, hija. No se puede comparar la relación con tu madre, que ha sido de toda una vida… a Camelia la conozco hace poco… pero solo que…

—Sientes con ella cosas que pensaste que ya no ibas a poder sentir —continuó Paloma.

Ferrán la miró con sorpresa.

—Papá, ¿y por qué no admites si la amas o no? No tiene que ver con el tiempo que llevan de conocerse, tiene que ver con lo que sientes o no —insistió la niña.

—¿Desde cuándo hablas así?

—Bueno, hace mucho que no hablamos, ¿no? —dijo ella encogiéndose de hombros.

Ferrán asintió y la miró con orgullo. Era cierto, Camelia le había dicho que era muy inteligente y madura para su edad, le recordaba mucho a Abril con sus palabras.

—Sí, la amo, y no, no es que me cueste admitirlo o decirlo, lo que pasa es que no quiero que te sientas mal por eso o que pienses que quiero reemplazar a mamá —admitió.

—¿Ves? No era tan difícil. A Mel le resultó más sencillo —añadió.

—¿Qué? ¿Cuándo se lo preguntaste? —quiso saber Ferrán.

—Eso es cosa nuestra —dijo la niña guiñándole un ojo—. Y no, no pienso que quieres reemplazar a mi mamá ni me siento mal porque ames a otra mujer. Yo sabía que esto iba a suceder tarde o temprano, estoy bien porque eres feliz, te veo contento y hace mucho que no te veo así. Ella nos ha ayudado mucho a los dos y le agradezco que te haya dado una mano para salir de la tristeza en la que te hallabas. Me agrada mucho Mel, es una mujer muy especial y sé que también te ama, por eso quería saber si tú…

—¿En verdad no sientes que ella está ocupando el sitio de tu madre? —preguntó Ferrán interrumpiéndola. Su postura de verdad le asombraba.

—No… nadie puede ocupar el sitio de mi madre ni en mi corazón ni en el tuyo, las personas no se pueden reemplazar, eso me enseñó mi tía Naomi, papá, pero siempre podemos hacer espacio para que lleguen nuevas personas en nuestras vidas y podemos permitir que esa gente se gane su propio lugar…

—Naomi es muy sabia entonces —dijo él con una sonrisa.

—Sí, era una noche que yo no podía dormir, me la pasé llorando porque creía que nunca más podría ser feliz sin mamá a mi lado y tenía mucho miedo de olvidar su rostro, su olor y su voz. La tía Naomi vino, se acostó a mi lado y me abrazó, me dijo que, aunque ella no fuera mi mamá, estaba a mi lado y nunca estaría sola. Yo le dije que no era lo mismo, que sentía que el espacio que dejó mamá era demasiado grande y que nunca podría llenarlo. La tía me dijo que ese espacio no estaba vacío, que estaba lleno de amor, del amor que tú y mamá me brindaron desde que se enteraron de que yo estaba en camino. Me dijo también que a veces nos enfocamos mucho en lo que falta y así no vemos lo que tenemos alrededor, que yo nunca iba a estar sola, que estaban ella, la abuela, tú, mis maestros, mis amigos, y toda la gente que todavía conocería en la vida. Que nadie de ellos ocuparía el lugar de mamá, pero que podía darles a todos un lugar en mi

corazón y así no se sentiría tan vacío. También me dijo que no me preocupara por olvidar el rostro o el aroma de mamá, que ella siempre estaría en mi corazón…

—Qué bonito, Paloma, me alegra que ella haya estado allí en ese momento… —dijo con culpabilidad.

—No te sientas mal, papá… Mel no ocupará el lugar de mamá, pero puede ocupar su propio lugar si nosotros le damos un espacio —sonrió.

—¿Quieres hacerle un espacio a Camelia entonces? — inquirió él con el corazón lleno de paz.

—Ya lo he hecho, y tú también, si no me equivoco — respondió la niña con una sonrisa dulce.

—Me gusta hablar contigo, Paloma, me gusta la persona en la que te estás convirtiendo… Abril estaría orgullosa de ti —respondió.

Paloma sonrió y sintió un calor hermoso en su pecho. Ferrán recordó a Abril y las veces que le había dicho que Paloma era especial, que tenía una sensibilidad única y una capacidad de entender el mundo que la asombraba. Él creía que era solo su amor de madre lo que la hacía verla de esa manera, pero ahora se daba cuenta de que no era así, de que Abril tenía razón. Y de pronto se encontró dando gracias al cielo por tener la oportunidad de compartir la vida con esa hija tan fantástica que tenía.

—Háblame de ella, a veces siento que se fue muy pronto y que yo no pude conocerla como me hubiese gustado — dijo de pronto Paloma.

—Ella era… ella era una mujer fuerte, valiente, decidida, una mujer que amó hasta el último instante de su vida y transformó en su camino a muchas personas. Tú eres como ella, yo lo puedo ver y estoy orgulloso de ello. Tú eras su mejor obra, estaba orgullosa de ti y sabía que eras una niña especial y única —añadió.

Paloma se sintió feliz.

—Tendremos mucho tiempo para ponernos al día, te contaré todo lo que no recuerdas y las cosas que no sabes… No solo de tu mamá, también de mí… y yo quiero conocer a la hermosa persona en que te estás convirtiendo —dijo con ternura.

Por primera vez luego de mucho tiempo, hablar o pensar en Abril ya no le dolía. No desde la noche de la playa, en que desnudó su alma frente a Camelia.

—Gracias, papá, gracias por regresar por mí —susurró.

Cuando llegaron a la casa, él se detuvo en frente, abrió la portezuela de la niña y la ayudó a bajar antes de darle un fuerte abrazo.

—Ha sido el mejor fin de semana en mucho tiempo. Hablaré hoy mismo con la abuela.

—Me avisas cualquier cosa ¿sí? Puede ser que para ella todo sea muy rápido, a lo mejor no quiere que te vayas aún —dijo él con temor—. No sé si es conveniente que le hables de Camelia aún —musitó con dudas.

—Sé que lo entenderá, no te preocupes… Y… papá… yo también te amo —dijo la niña antes de darle otro abrazo, un tierno beso e ingresar a la casa, desde donde Alma y Naomi, observaban con alegría, la escena desde la ventana.

***

Durante el trayecto hasta su casa, Ferrán no pudo dejar de pensar en las palabras de Paloma y la naturalidad con que ella aceptaba a Camelia en sus vidas. Sin embargo, todavía había en él una sensación de temor a estar traicionando la memoria de Abril.

Sus pensamientos fueron hasta los instantes pasados ese mismo fin de semana, el recuerdo de Camelia y él caminando a la luz de la luna, el primer beso compartido, las palabras de amor. La imagen de ella con su hija, conversando como si se conocieran desde siempre. El momento incómodo en la piscina, donde se sintió tan bien envolverla en sus brazos y lograr que se calmara. El beso tímido de despedida delante de Paloma. No había nada que pudiera hacer ya, Camelia había ingresado en su sistema y ya no podría sacarla de allí. Quería amarla, quería sentirse amado por ella, quería descubrir cada uno de sus secretos y que ella descubriera los suyos, quería regalarle sonrisas y secarle las lágrimas, quería estar allí para ella, de la forma en que ella lo necesitara.

¿Era eso algo tan malo?

«Prométeme una cosa, Ferrán… prométemelo».

La voz de Abril sonaba clara y él recordaba de pronto un momento que había escondido hacía años en algún lugar de su subconsciente.

«Lo que sea, corazón, lo que sea».

«Por favor, prométeme que si te enamoras de nuevo, no te detendrás por mí… no lo hagas…».

«Abril, por favor, ya hablamos de eso y ya te dije que no sucederá, por favor deja de insistir con ese tema». Respondió él nervioso.

Abril apenas respiraba ya y el esfuerzo que hacía por mantenerse despierta era intenso, Ferrán no podía entender por qué se gastaba en eso en vez de decirle algo más importante.

«Te conozco tanto, mi amor… Yo sé que sentirás que me traicionas… y no será así… Necesito que lo entiendas y que me prometas que no te detendrás cuando ese pensamiento inunde tu mente y te llenes de miedo».

«¿Si te prometo eso dejarás ese tema en paz?».

Abril asintió.

«Lo prometo, Abril, lo prometo».

Dijo Ferrán agotado, Abril sonrió.

Su rostro estaba demacrado, su piel era casi transparente y sus labios estaban tan pálidos que parecía un fantasma. Ferrán negó, ¿por qué se empeñaba en eso?

«No… no olvides esta promesa…».

Murmuró y cerró los ojos para volver a descansar. Cada vez eran menos los momentos que pasaba despierta.

Ferrán sonrió. Había olvidado esa promesa.

«Gracias, corazón».

CAPÍTULO 24

Sueño

Camelia estaba de nuevo en aquel sitio que no conocía, aquel bosque tupido con el que ya había soñado. Esta vez ya se sabía el camino, fue hasta el claro y allí encontró a una mujer.

—¿Eres tú, abuela? —preguntó Camelia—. ¿Qué es lo que quieres decirme?

La mujer no respondió, hizo una señal y le pidió que la siguiera. Camelia así lo hizo y transitaron juntas por unas calles que ella nunca conoció. La mujer se detuvo frente a un lugar, y le señaló para que entraran, era una florería, una especie de vivero en medio de la ciudad. Había muchísimas flores de todos los colores y tamaños. La mujer las iba tocando, las olía una a una con alegría y de vez en cuando cortaba hojitas feas o lastimadas con mucho cuidado. Las flores no tenían formas a la vista de Camelia, eran como manchas borrosas de colores, había rojo, rosa, amarillo, y en el fondo, había toda una zona de blanco.

Camelia enfocaba los ojos una y otra vez para tratar de identificar si eran rosas o claveles, margaritas o begonias, pero no podía, solo veía manchas de colores que ella sabía eran flores.

—¿Qué son? —preguntó, pero la mujer ignoró sus preguntas.

Se detuvo frente a lo que parecía una pared de flores blancas y de pronto, las flores ya no eran flores, sino que una zona desaparecía para abrir una puerta.

La mujer sonrió cuando la puerta se abrió, y le insistió a Camelia que ingresara, pero ella no quería hacerlo, no primera.

—¿A dónde quieres que vaya? ¿Puedes ir tú primero?

La mujer negó con la cabeza y le insistió una vez más. Camelia ingresó con cuidado. Lo único que pudo ver era una habitación muy blanca, muy vacía, hacía mucho frío allí y entonces se volteó para salir de nuevo, pero vio que la mujer le saludaba con la mano y la puerta de las flores volvía a cerrarse.

—¡Espera! ¿Abuela? ¡No me dejes aquí!

Una chimenea de ladrillos apareció entonces en medio de la pared que había desaparecido y Camelia se acercó a ella, tocó una de las maderas que allí había y el fuego ardió de golpe, el frío se fue de inmediato y un sopor comenzó a instalarse en su alma. Una alfombra apareció entonces en el centro, era azul oscuro y peluda. Mel se sintió cansada, por lo que se recostó en la alfombra y se quedó dormida.

Un rato después, cuando abrió los ojos, estaba en su cama y todo había sido un sueño.

Se levantó y comenzó su rutina para ir a trabajar, estaba cansada porque el fin de semana había sido agotador, sin embargo, su alma se sentía feliz, se sentía a gusto, liviana y con ganas de iniciar el día.

Se metió a la ducha y cuando salió, no hizo lo de siempre, evitar mirarse al espejo y salir lo

antes posible. Esta vez se quedó allí, de pie frente a su imagen cubierta por una toalla blanca y el cabello mojado. Se miró, recorrió con sus dedos su rostro, sus pómulos, sus labios, aquellos que habían sido hechizados por la boca de Ferrán.

Bajó su mano por su cuello y entonces dejó caer la toalla. Observó su cuerpo desnudo, el que solía causarle asco y repulsión, pero las palabras de Ferrán retumbaron en su mente: «Eres la mujer más bella del planeta, eres perfecta, me gustas cómo eres y me gustarías aunque te convirtieras en una ballena o en un cocodrilo. Tu cuerpo es hermoso y perfecto… y yo nunca te haré daño, lo prometo».

Con mucho cuidado acarició sus hombros, sus brazos, llegó a sus senos y los observó, se veían firmes, ni muy grandes ni muy pequeños, pasó sus manos por ellos y sintió escalofríos. Acarició su abdomen y su cintura y bajó las manos por ambos lados de sus caderas. Su mirada se fijó en su pubis y una punzada de dolor se sintió en su interior, una lágrima regordeta se derramó por sus ojos, y sintió que las rodillas se le aflojaban. Entonces, con su mano derecha tocó su sexo, con cuidado, con ternura, no sentía dolor, pero un vago recuerdo hizo que la retirara de golpe.

Suspiró. Sabía que debía reconciliarse con su cuerpo, volver a conectarse con su piel, con las sensaciones que le transmitían con cada caricia delicada que Ferrán le regalaba. Sabía que llegaría el momento de avanzar, no podía condenar a un hombre a llevar un amor platónico porque ella no era capaz de… capaz de entregarse en cuerpo y alma. Ya no era una niña, ¿cómo le explicaría a él lo que sentía? ¿Y qué sucedería si no sentía nada?

Se envolvió de nuevo con la toalla y caminó hasta su habitación. Se secó un poco más lento que de costumbre, decidiendo ser consciente de cada milímetro de su piel por donde pasaba la toalla. Esta vez no dolía, no molestaba, no quemaba. Era como si al fregarse quitara de allí la mugre que se le había quedado pegada hacia tanto tiempo atrás y que no pensaba que fuera a salir nunca, ni con todos los baños del mundo.

No era justo para Ferrán, no era justo para él… ¿Cómo le diría?

Entre tal preparación el tiempo se le hizo corto y casi llega tarde a la oficina, el día estuvo cargado, pues luego de la fiesta había muchos asuntos que revisar. Ese día no vieron a Ferrán por las calles, ella les contó a las chicas que iba a ir a hablar con su exsuegra para llevar a la niña. Estaba nervioso por eso, se lo había mencionado en la mañana en un mensaje, pero ella le calmó diciéndole que todo saldría bien.

Cerca del mediodía, Ferrán la llamó para contarle que Alma lo abrazó cuando lo vio llegar. Le dijo que lo esperaban hacía tiempo y que estaba contenta de que al fin todo volviera a su sitio. Ella y su hija Naomi habían ayudado a Paloma a hacer sus maletas y ya las tres lo tenían todo resuelto.

—Tráemela los fines de semana, ¿sí? —pidió la mujer.

—¡Claro! —respondió Ferrán—. Tú también puedes ir a casa cuando lo desees —añadió.

La mujer abrazó a Paloma y cuando estaban por salir, le dijo a Ferrán algo que a él le llamó la atención.

—También queremos conocer a esa chica, Ferrán, tráela una de estas noches.

Ferrán solo asintió algo confuso y miró a Paloma que se encogió de hombros.

—¿A mí? Me quieren conocer a mí —inquirió Mel aturdida cuando se lo contó.

—Sí, pero no será hasta que tú estés lista… Alma es como mi madre, me conoce desde

niño… —añadió—. Ellas son mi familia aquí…

—Pero es… la madre de tu mujer…

—Tú eres mi mujer ahora —dijo Ferrán y a ella se le secó la boca.

Quedaron entonces en que él la buscaría una hora después de su salida laboral, para que fueran a conocer su casa. Paloma estaba entusiasmada con mostrarle su habitación.

—¿Esa era la casa en donde vivías con… Abril? —inquirió Camelia cuando ya iban de camino, Paloma se había quedado a controlar que la comida no se quemara.

—No… Vendí la casa donde ella murió, la carga emocional era más de la que podía soportar… Me mudé allí hace un año —comentó—, es bonita y acogedora, te agradará —añadió.

Camelia se sintió tranquila, llegar a una casa que había sido de su esposa le parecía demasiado, ya suficiente tenía con esa sensación de estar de intrusa en el mundo ajeno.

Ingresó a la casa y la observó, era bastante impersonal, pero elegante. En la sala había finos muebles y muchas fotos de Paloma. Mel quiso ver una foto de Abril, pero no había ninguna, Paloma la esperaba con ansias y la llevó al primer piso, le dijo que allí estaba el cuarto de su papá, el estudio y su cuarto. La llevó entonces y le mostró.

—Todavía no hay nada más que la cama y el armario, pero lo ambientaré a mi gusto. ¿Te gusta el color *aqua*? Me gustaría pintar esta pared de ese tono, ¿crees que quedará bien? —inquirió con ansiedad.

—Por supuesto, es un color que da mucha calma —dijo Mel.

Luego escuchó todo lo que ella le comentó, dónde pondría sus cuadritos, su colección de peluches, su colección de perfumes y sus mochilas. También le dijo que tenía un ukelele y le mostró donde lo pondría.

—Tenemos que tomarnos una foto —dijo entonces buscando su celular—, porque también quiero una foto contigo en mi rincón de fotos que estará allí —añadió Paloma al tiempo que señalaba una pared.

Mel se sintió algo incómoda, otra vez le regresó la sensación de meterse en un sitio al que no pertenecía, pero fingió una sonrisa y se dejó tomar la foto.

—¡A comer! —gritó Ferrán desde abajo.

Ambas bajaron con cuidado, y al pasar por la puerta cerrada de la habitación de Ferrán, Mel se preguntó cómo sería su cuarto, su cama, su baño. Tenía una extraña sensación, todo se sentía ajeno y a la vez propio. Nunca se había sentido tan a gusto en una casa ajena.

Se sentaron a comer y Paloma les contó que habló con su abuela y su tía y les dijo que se había reconciliado con su papá y que era hora de volver con él. Les dijo que pensó que se pondrían en plan difícil, pero que no fue así, las dos la abrazaron y le dijeron que creían que era lo mejor, que era lo que Abril hubiese querido y que ya era hora que siguieran siendo la hermosa familia que una vez fueron.

Cuando dijo eso, Mel bajó la vista, ella era la intrusa en esa hermosa familia y eso le pesaba demasiado.

—Me alegro de que todo saliera bien —dijo Ferrán y la miró con ternura—, estoy feliz de tenerte aquí, hija…

Paloma sonrió y se levantó para abrazarlo.

—También les hablé de ti —dijo la niña con la inocencia que le caracterizaba.

—¿Sí? —preguntó Mel casi atragantándose con la comida—. ¿Les dijiste que tu papá tiene

una nueva amiga? —inquirió nerviosa.

—No, les dije la verdad, que eres su novia —respondió y Mel sintió que su corazón se aceleraba—. La tía Naomi preguntó si eras la chica del café, pero no supe responder…

—Sí… soy la chica del café —respondió Mel encogiéndose de hombros y recordando aquel episodio.

Ferrán alcanzó su mano con cariño al recordar aquel evento que en realidad había permitido todo lo que estaba sucediendo.

—Lo tomaron muy bien, no te preocupes… Yo les conté lo que habíamos vivido el fin de semana y como tú… habías hablado conmigo —dijo Paloma—. Supongo que te lo agradecen…

Mel no dijo nada más, solo intentó acallar las voces que comenzaban a decirle que quizás esas mujeres estuvieran enfadadas en realidad. Todavía tenía muy clara la reacción de Naomi en el café, y le costaba comprender que la hermana y madre de la exesposa de Ferrán la aceptaran así como así… sobre todo teniendo en cuenta que Paloma había decidido mudarse con su padre después de su intervención.

—Todo está bien —dijo Ferrán al notar su ansiedad, después de la cena, cuando juntos lavaban los cubiertos y mientras Paloma preparaba una película para ver—. Son buena gente, cuando las conozcas te darás cuenta…

Mel solo asintió, le parecía surreal tener que conocerlas, pero dejaría de pensar en eso. Pasaron a la sala donde vieron una película que Paloma eligió, aunque en realidad Ferrán no dejó de mirarlas a ambas y Mel no dejó de pensar que no debía estar allí.

CAPÍTULO 25

Dudas

Durante las siguientes dos semanas, todo marchó normal. Paloma iba a la escuela, Ferrán la dejaba allí antes de ir a trabajar de mimo, como siempre. Luego, ella venía junto a él y almorzaban juntos, en ocasiones con las chicas.

Por las tardes, algunas veces ella iba a donde su abuela a hacer sus tareas o estudiar, y otras, se quedaba con Ferrán y se reía de todo lo que él hacía. Mel nunca lo había visto tan feliz y creyó que aquella tristeza pesada que acompañaba su mirada había desaparecido por completo.

Los tres habían llegado juntos a la fiesta de Lauri, que había sido una noche muy emotiva. Sebastián pidió su mano delante de todos sus amigos y concretaron la boda para dentro de tres meses.

Camelia, por su parte, seguía teniendo sueños extraños. Todas las noches aparecía en la misma casa, luego de atravesar el bosque y el vivero con la misma mujer. Después, ella la dejaba sola en la habitación en la que cada vez aparecían más cosas, un sofá color negro, una mesa de centro sobre la alfombra azul, un cuadro sobre la chimenea, un portarretratos con una foto que no lograba ver. Y se despertaba.

El sueño la estaba perturbando, por un lado, creía que era su abuela que le avisaba que se estaba metiendo donde no debía, que ese hogar no era suyo y que no le pertenecía, pero su amor por Ferrán crecía y crecía y no era capaz de alejarse de él ni de la pequeña que ya había ganado su corazón. Además, pese a no comprenderlos, esos sueños le daban mucha paz.

Paloma le había pedido que la acompañara al colegio en un mes, le había hecho prometer que iría. Era una actividad anual a la cual los niños iban con sus familias, era una exposición de arte cuyo tema de ese año era La esperanza.

—¿Por qué no vas con tu abuela o con tu tía? —dijo Mel con incomodidad—. No quería que la niña sufriera más y no le parecía ocupar ese sitio.

—No… no, debes ir tú —pidió la muchacha—, por favor.

Mel terminó por aceptar, pero lo comentó con Ferrán, que le dijo que no se preocupara, que sería muy bonito que fueran los tres, que Paloma hacía tiempo que no le pedía a él que la acompañara a ninguna actividad del colegio.

Sus noches habían cambiado, a veces iba a casa de Ferrán a cenar y otras ellos venían. Los viernes seguían siendo de las chicas y los sábados solían salir a comer, casi siempre solos, pues Paloma se quedaba con su abuela.

El viernes, Mel deseaba llegar a la casa de Mariana, donde sería su reunión acostumbrada. Necesitaba hablar con ellas de la invitación de Ferrán de ir a comer a la casa de Alma al día siguiente. Así que esperó a que llegara la cena que habían pedido por *delivery*, y cuando se sentaron a la mesa, les habló.

—Chicas, necesito… hablar algo con ustedes…

Mariana y Lauri la miraron con sorpresa. A pesar de que Mariana solía hablar con ella a menudo, nunca había sonado tan formal y no solía querer tocar sus temas personales en las reuniones de los viernes.

—Claro, dinos, ¿en qué podemos ayudarte? —inquirió Lauri con alegría al notar la apertura de Mel.

—Siento que… siento que todo está sucediendo demasiado rápido y… tengo mucho miedo…

—¿De qué? —inquirió la muchacha.

—Pues… no lo sé. Son muchas cosas las que pienso. Paloma se ha encariñado conmigo, me pide que la acompañe a una actividad familiar de la escuela, su abuela me ha invitado a comer a su casa, Ferrán me invita a su casa donde estamos los tres viendo una película o jugando a algo… como si fuéramos una familia…

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó de nuevo Lauri.

—No es eso… es que… ¿y si no funciona? ¿Y si en unos meses él y yo nos damos cuenta de que no nos llevamos bien? ¿Cómo quedará Paloma? No quiero lastimarla, ya ha perdido a su madre…

—Eres muy buena persona —interrumpió Mariana y la tomó de la mano—. Solo una muy buena persona pensaría en la niña antes que en sí misma —añadió con cariño—, pero te haré una pregunta y quiero que intentes responderme sin pensar en nadie más que en ti…

—Dime… —suspiró Mel.

—¿Cómo te sientes con todo esto que estás viviendo? Trata de ser específica —pidió y Lauri asintió expectante a la respuesta.

—Yo… todas las noches antes de dormir se encienden todas mis alarmas —respondió con sinceridad—, me pongo a pensar en todo lo que podría salir mal y en lo doloroso que podría llegar a ser. Luego, cuando me quedo dormida, casi todas las noches sueño con mi abuela, voy por un bosque siguiéndola e ingresamos a un vivero, después se abre una pared y ella me invita a ingresar a una casa. Al inicio, la casa estaba vacía y fría, pero ahora, cada día tiene un mueble nuevo. Me siento a salvo en esa casa, cómoda, segura… como si allí nada malo pudiera suceder —suspira—, y así me despierto, con una paz que no he experimentado en mucho tiempo…

—¡Qué bonito! —exclamó Lauri con emoción.

—Así es como me siento con Ferrán, me siento segura, cómoda y en casa… como si todo entre nosotros se diera de manera natural, como si fuera fácil hablar con él de cualquier cosa, como si él y Paloma fueran parte de mí y de mi rutina… Me gusta compartir con ellos y no quiero que acabe… —admitió Mel.

—¿Y entonces? —inquiere Lauri—. ¿Por qué no solo lo disfrutas, Mel? No podemos vivir la vida pensando en lo que podría salir mal… siempre hay algo que puede salir mal. Es decir, yo también podría pensar que casarme con Sebas no es buena idea porque podríamos pelear y terminar divorciados, pero si pienso así no lo haría nunca, ¿comprendes? Y me perdería de muchas cosas en el proceso… Siempre habrá un riesgo a que todo salga mal, pero también está la oportunidad de que seamos muy felices…

Mel sonrió, Lauri también era buena dando consejos.

—Lo sé —respondió—, pero es como si viviera una lucha interna. Jamás imaginé llegar a donde estoy ahora, de hecho, no quería que sucediera, me sentía incapaz de… poder estar en una

relación. Y pensé que me sentiría distinta…

—¿Quieres decir que sentirte bien, cómoda y segura te hace sentir incómoda e insegura? —inquirió Lauri y Mel se echó a reír.

—Lo has dicho perfectamente —comentó—, lo sé, sé que no tiene ningún sentido —añadió y se llevó las manos a la cabeza.

—Comprendo que tu vida dio un giro enorme —dijo entonces Mariana—, también comprendo que te has acostumbrado a vivir a la defensiva, como si siempre esperaras a que sucediera algo malo. Eso, hace que ahora te sientas incómoda, porque crees que todo está saliendo muy bien y que eso probablemente signifique que algo muy malo va a suceder pronto, pero ¿sabes? Las cosas no siempre funcionan así, a lo mejor es hora de que tú también seas feliz y de que disfrutes de este momento hermoso que estás viviendo. Probablemente más adelante llegarán las tormentas, porque siempre nos llegan, pero ¿por qué sufrirla antes de que suceda?

—Sí… tienes razón…

—Además —añadió Lauri—, yo no creo que exista un tiempo para ciertas cosas. Es decir, tú dices que parece que todo va muy rápido, pero ¿muy rápido comparado con qué? —inquirió la muchacha.

—Pues… no lo sé…

—¿Lo ves? No hay un libro de tiempos establecidos en donde sabes cuando algo es muy pronto o muy lento. A veces las cosas se dan de prisa cuando se juntan dos personas cuyas almas están en gran sintonía. A veces puedes estar más de diez años con una persona y nunca sentirte como te sientes tú hoy. ¿Por qué no lo disfrutas? Es cierto lo que dice Mariana, seguro habrá tormentas, siempre las hay… pero súfrelas cuando llegue el momento —dijo Lauri con una sonrisa que a Mel le pareció muy dulce—. Nosotras estaremos a tu lado, como tú estarás al lado nuestro cuando nos lleguen las tormentas, ¿no? De eso se trata la vida… Quizás es hora de que te animes a vivirla y es por eso es por lo que todo sucede muy rápido, porque has llevado demasiado tiempo esperando.

—Tienen razón… a veces creo que no me reconozco a mí misma, que… estoy siendo alguien que no soy…

—O alguien que en realidad eres y que siempre tuviste oculta tras el dolor —añadió Mariana —. Quizás esta eres en realidad tú sin la máscara del miedo.

—Sí, yo creo que sí —comentó Laura—, porque si te sintieras como alguien que no eres te sentirías mal e incómoda, si te sientes a gusto es porque en realidad estás en sintonía con quién eres en realidad. A lo mejor, nunca te permitiste ser en realidad y es ahora cuando lo estás logrando.

—Y no tengas miedo de lastimar a Paloma, sé que la ves entusiasmada —dice Mariana—, pero la niña es lista.

—Lo sé, pero a veces pienso que está tan sedienta de amor maternal que me coloca allí como si nada y yo… puede que ese lugar me quede muy grande…

—¿Por qué? ¿Acaso no has ocupado ese lugar con Ian y lo has hecho perfecto? —preguntó Lauri.

—Sí… pero es distinto, él siempre fue mi hermano… —hizo una pausa y continuó—. La verdad es que mi lucha interna es con la idea de que estoy siendo la intrusa en la vida de Abril, es por eso que la cena de mañana me da tanto temor… ¿Qué tal si ellas me dicen algo de eso?

—Bueno… eso de sentirte así es una cosa que tienes que trabajar tú —dijo Mariana—, no creo que ni Paloma ni Ferrán busquen a Abril en ti… creo que ellos tienen muy claro que no eres ella.

—Sí… Ferrán ya me lo ha dicho —respondió Mel con un suspiro—, pero es algo que me pesa muchísimo.

—Tranquila, no importa que te sientas así —dijo Lauri con una sonrisa—, es normal, supongo que yo me sentiría igual… Date tiempo, pero lo que no debes hacer es permitir que eso influya en tus decisiones o que te termines alejando solo por miedo.

—Gracias, chicas —dijo Mel y miró a ambas—, no saben lo importante que es para mí contar con ustedes…

—Te hemos visto florecer el fin de semana de la fiesta — continuó Lauri—, hiciste cosas que nadie te obligó a hacer y las hiciste por amor —añadió—, y no solo eso, sino que las disfrutaste. Se nota la conexión que tienes con ellos. Yo estoy orgullosa de ti porque creo que eres una persona especial, admiro la capacidad que tienes de entregarte a los seres que amas, como a Ian y ahora a Ferrán y a Paloma…

—Lauri tiene razón —dijo Mariana—, estamos orgullosas de ti y nos encanta conocer a la Mel que estaba escondida tras el temor y el miedo, creo que tienes muchísimo para dar y que es hora de florecer. Recuerda que las mariposas, una vez que se transforman no vuelven a convertirse en orugas —añadió.

Esa noche, por primera vez en muchos años, la idea de que todo iba a estar bien era mucho mayor que la sensación de que las cosas saldrían mal, y Mel experimentó mucha paz en su alma y deseó seguir el camino que le dictaba su corazón.

CAPÍTULO 26

Bloqueo

Mel se preparó con esmero, se probó varias prendas sin saber cuál sería la adecuada. Estaba tan nerviosa que le temblaban las manos, mucho más de lo que estaría si le tocara conocer a su suegra. Es que si le daba vueltas al tema su mente le traicionaba, iba a conocer a la madre de la exesposa de su novio, y eso además de ser extraño, era incómodo. Más aún para alguien como ella.

Ferrán la buscó y le regaló una sonrisa.

—¿Estoy bien así? —inquirió.

—Hermosa, como siempre —respondió él.

—¿Y si me dicen algo? ¿Si no les caigo bien? —quiso saber en el auto cuando iban de camino.

—Escucha, Mel, si te pedí que vinieras esta noche es porque estas mujeres son especiales para mí. Hace años estoy lejos de mi casa y de los míos y ellos me han abrazado en estas tierras como si fuera un hijo más. Alma con sus regaños maternales fue quien me infundió fuerzas para salir adelante, Naomi siempre fue como una hermana para mí, a pesar de que a veces no congeniamos del todo, y las dos han velado por Paloma cuando yo no estaba listo. Ni siquiera en mis momentos más oscuros se rindieron en mí, cuando bien pudieron haberlo hecho.

—Sí, eso lo comprendo…

—Quiero que estés tranquila, nada de lo que ellas digan influirá en lo que yo siento por ti. No vamos allá esperando su aprobación, si eso te preocupa, solo quiero que las conozcas porque son mi familia… la familia de Paloma —comentó—. Si no te sientes cómoda solo me dices y nos vamos…

—¿No crees que vamos rápido? —preguntó ella con temor.

Él detuvo el auto en un costado de la calle y volteó a verla.

—Yo no lo creo así, desde que te besé siento que el mundo se ha vuelto a abrir para mí, me siento vivo como no me sentía hacía años, tengo ganas de salir, correr, gritar a los cuatro vientos que estoy enamorándome de ti a gran velocidad… Todo esto me asusta, sí, y comprendo que para ti pueda ser todo muy rápido… Si eso crees, si te sientes incómoda, no tenemos que ir —dijo y la tomó de la mano.

Mel pensó que no podría hacerle eso ahora que ya estaba todo listo, recordó también las palabras de Lauri y Mariana y decidió que no tenía nada de malo.

—Esto es tan extraño —susurró—, pero vamos… — aceptó—, Paloma nos está esperando allí.

Ferrán sonrió y le regaló un tierno beso antes de volver a arrancar el auto.

Cuando llegaron, Paloma los esperaba afuera. Se veía emocionada y estaba de la mano de

Naomi, con quien conversaba animada.

—Hola —saludó la muchacha al verlos llegar.

—Hola, Naomi, ella es Camelia, mi novia —dijo Ferrán y Mel sintió que con esa frase él le infundía fuerzas—, ella es Naomi… una hermana para mí.

Naomi sonrió y a Mel no le pareció que su risa fuera fingida. La observó y luego le dio un beso en la mejilla, a modo de saludo.

—¡Bienvenida a casa! —dijo con alegría—. Teníamos muchas ganas de conocerte.

Mel ingresó y le entregó un pastel que había preparado Mariana para la ocasión.

—Gracias, no tenías que molestarte —dijo Naomi al recibirlo.

Mel se sintió incómoda, pero a la vez le agradó la manera en que la muchacha se había comportado con ella. Paloma llevó el pastel, tomó de la mano a su padre y lo llevó un poco más rápido, lo que permitió que Naomi, tomara por el brazo a Mel, y la retuviera un instante.

Mel sintió que su corazón se desbocaba, pensó que le diría algo malo ya que habían quedado solas.

—Yo… tengo que pedirte perdón por el otro día —dijo entonces la muchacha mordiéndose el labio—, ¿te hice daño?

—Bueno… no te preocupes, ya… ya pasó —respondió Mel con nervios.

—Entiendo que estás muy nerviosa, esta es una situación fuera de serie —dijo Naomi con una sonrisa que a Mel se le hizo amable—, pero… yo estaba muy enfadada ese día, no quise decir las cosas que dije… O bueno, algunas sí, pero… no…

Naomi se liaba con las palabras lo que hizo que Mel sintiera compasión por ella.

—No te preocupes —dijo de nuevo—, luego entendí tus motivos. Es probable que yo hubiese reaccionado igual —añadió y la muchacha sonrió.

—Gracias —dijo Naomi con sinceridad—, tenía mucho miedo de que estuvieras enojada conmigo. —A Mel esa confesión se le hizo dulce—. Paloma me habló de ti y yo… solo puedo decirte gracias… por todo… Me pongo en tu lugar y yo me sentiría muy incómoda en esta situación, por eso quiero tratar de… aclararte que… no hay motivos para que te sientas así —añadió.

Mel sonrió, aquella muchacha que le había causado tan mala impresión, ahora le agradaba.

—Gracias —dijo encogiéndose de hombros.

—Vamos… —añadió entonces ella tomándole del brazo como si fueran amigas de siempre —, vamos al comedor que mamá está tan ansiosa como tú.

Mel caminó del brazo de Naomi e ingresaron al comedor. La mesa ya estaba puesta y Paloma ayudaba a su abuela con los últimos detalles.

—Hola… —saludó ella y la mujer volteó a verla.

—Hola, bienvenida —dijo con voz maternal antes de secarse las manos y acercarse a saludarla—. Así que tú eres la famosa Camelia —susurró con cariño.

—Bueno… yo…

—Todos aquí hablan maravillas de ti —continuó la mujer—, y la verdad es que has hecho magia en esta casa.

—Yo no… he hecho nada —dijo Camelia con algo de vergüenza.

—¿Cómo que no? —inquirió Alma mientras la guiaba hasta la mesa—. Has hecho todo…

Mel no dijo más, cada uno tomó un lugar en la mesa y Alma comenzó a servir la comida.

Ferrán la tomó de las manos, para infundirle ánimo, pero ella no pudo evitar pensar que estaba sentada en el sitio donde debía estar Abril.

Durante la cena, Alma le preguntó sobre su vida, su trabajo, su familia.

—Mi madre y mi padre fallecieron en un accidente de auto cuando yo tenía veinte años —informó—, solo tengo un hermano, tiene dieciocho y está estudiando afuera.

—¿Tú lo criaste? —inquirió la mujer.

—Sí… bueno, él solo tenía diez cuando sucedió —comentó.

Alma asintió en hizo silencio.

—Yo… yo recuerdo que presencié un accidente en la ruta 21 hace muchos años —dijo de pronto—, eran una pareja y un niño. Hacía mucho frío ese día, había una tormenta… bueno, no sé por qué estoy diciendo esto, supongo que estoy un poco nerviosa —añadió.

—Fue un choque frontal contra un camión de esos que llevan combustible —continuó Mel —, el camión iba a gran velocidad y la pista estaba mojada, perdió la dirección y…

—¡Sí! ¡Eso mismo sucedió! —exclamó Alma—, yo venía más atrás, cuando llegué… —negó con la cabeza—. Recuerdo que llamé a Abril y se lo conté, me asusté mucho…

El ambiente se puso un poco incómodo tras esa conversación, Alma revivió en su mente lo que vio y lo mal que se sintió, pero evitó seguir entrando en detalles.

—Bueno… creo que eres una persona muy valiente, Camelia —dijo al fin al ordenar sus ideas y sus recuerdos.

Mel sonrió y se encogió de hombros, estaba acostumbrada a que le dijeran eso, pero ella no se sentía así, solo había hecho lo que debía hacer.

Cuando acabaron de comer, Camelia se ofreció a ayudar a levantar la mesa, pero Alma se negó.

—Por hoy eres la invitada y los invitados no hacen esas cosas en mi casa —sonrió.

—Mejor aprovecha —añadió Naomi—, pronto te hará limpiar hasta el techo —agregó y todos comenzaron a reír.

Paloma la llevó a la sala y Ferrán le preguntó si quería un té o un café.

—Un té estará bien —aceptó ella.

Un rato después, todos volvieron a la sala y tomaron asiento allí para seguir conversando un poco más.

Mel buscó con la mirada para ver si hallaba una foto de Abril, pero no había ninguna. De pronto la vio, era una foto familiar tomada hacía muchos años, allí Abril debería haber tenido la edad de su hija. La pareja con dos niñas parecía llegar de un día de esquí.

Ferrán notó la mirada de Mel perdida en la foto y la tomó de la mano.

—Paloma se parece mucho a su mamá —dijo entonces ella sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

—Sí… así es —respondió Alma—, en todos los sentidos —añadió.

La incomodidad volvió al ambiente, pero otra vez fue Alma la que disipó las tinieblas.

—No debe ser sencillo venir a cenar a nuestra casa para ti, te agradezco por haber aceptado la invitación —afirmó—, lo hubiésemos entendido también si te negabas…

—Era importante para Paloma y Ferrán —dijo Mel entonces.

—Y te lo agradecemos mucho —respondió Alma—, y por todo lo que has hecho en sus vidas.

—No he hecho mucho —dijo entonces Mel—, son ellos los que lo hicieron todo —añadió.

—Ferrán es un buen hombre —añadió Alma—, merece toda la felicidad del mundo. Es un hijo para mí, lo conozco desde que era un adolescente desgreñado —bromeó—, estoy feliz de que al fin haya encontrado un poco de paz para su alma, y me agrada volver a ver ese brillo en sus ojos —dijo viéndolo con ternura maternal.

Ferrán entonces la abrazó, la besó en la frente y la envolvió con cariño entre sus brazos. Todos miraron esa escena y Mel no pudo evitar sentirse un poco incómoda.

En ese momento, cada quién tuvo un pensamiento cruzando su mente y el silencio inundó la estancia. Ferrán hizo eso para darle a Mel la confianza de que él estaba allí con ella y que no le importaba lo que pensaran los demás. Naomi sintió mucha melancolía, esa noche en especial, extrañaba todavía más a su hermana, sin embargo, nunca la había sentido tan cerca.

«Hasta que al final te saliste con la tuya, loca». Pensó para sí perdiendo su vista en la fotografía y con los ojos cargados de emoción.

Alma, por su parte, también sentía a su hija muy cerca. Su miedo esa tarde cuando preparaba la comida había sido que al ver a Ferrán interactuando con otra mujer como lo hacía con su hija, se sintiera incómoda. Era algo difícil de explicar y sabía que no tenía mucho sentido, Abril se había ido ya hacía mucho tiempo y era justo para Ferrán rehacer su vida, pero verlo era distinto a imaginarlo. Sin embargo, no se sintió así, Camelia le generaba una sensación de ternura, había sufrido mucho en su vida y había sido muy valiente, había ayudado a Paloma y a Ferrán y se notaba el cariño que le tenía la niña. Cuando vio a Ferrán tratarla con tanto amor, se sintió feliz, estaba segura de que Abril estaría contenta al ver que sus seres queridos lograban seguir adelante.

—Bueno… creo que es hora de irnos —dijo Ferrán poniéndose de pie al notar el silencio que acaparó el ambiente y con temor a que Camelia se sintiera mal.

—Gracias por la cena —dijo Camelia levantándose.

—Me quedaré a dormir hoy aquí —dijo Paloma—. ¿Puedo?

—Claro… —añadió Ferrán.

Fueron hasta la puerta y entonces Paloma abrazó fuerte a Mel y luego a su padre. Mel la besó en la frente con ternura y Alma pudo ver el cariño en los gestos de ambas, lo que la llenó de una paz que solo podía venir de Abril.

—Muchas gracias por todo —dijo de nuevo Mel al despedirse—, ha sido un placer conocerlas.

—El placer es nuestro —dijo Alma visiblemente emocionada—, esta es tu casa, Camelia, puedes venir cuando lo desees.

A Mel esas palabras le agradaron y la hicieron sentir a gusto en un momento en el que todo parecía demasiado extraño.

—Hasta pronto —dijo Naomi cuando los vieron partir.

***

De camino a su departamento, Ferrán le contó un poco más sobre la familia de su esposa, lo unidos que eran y lo mucho que los ayudaron cuando ella cayó enferma.

—Me cayeron bien… —dijo Mel— Fue un poco extraño, pero no me sentí mal… Naomi me

pidió disculpas por aquella vez.

—Naomi es divertida, era la mejor amiga de Abril, eran inseparables —comentó Ferrán—. Le afectó mucho la pérdida.

—Me imagino que sí.

—Abril les dijo a todos… —continuó Ferrán con una sonrisa pícara, como si no pudiera creer lo que decía—. Les avisó a todos que un día yo llegaría con una mujer y les pidió que la hicieran sentir en casa. Naomi se rehusaba a esa idea, yo también, pero Abril les hizo prometer a ellas que la tratarían bien y la respetarían, porque lo más importante para ella era mi felicidad y la felicidad de Paloma. Naomi siempre bromeaba sobre eso y le decía que la enfermedad la había vuelto loca.

—¿Eso dijo Abril? ¿En serio? —inquirió Mel confundida.

—A mí también me lo dijo —admitió Ferrán—. Me dio… permiso para enamorarme de nuevo… me hizo prometerle que no me cerraría al amor —añadió—, pero en aquel momento me parecía algo impensable…

—Lo comprendo… Me impresiona bastante, qué bello corazón tenía Abril —dijo Mel—, con razón la amabas tanto…

Hicieron silencio por unos instantes, Mel todavía seguía asombrada por aquella información, se preguntó qué clase de mujer podría ser capaz de sentir un amor tan desprendido ante los suyos. Por un lado, aquella confesión le sacaba un peso de encima, pero por otro, hacía que se sintiera aún más comprometida.

—Tú también tienes un corazón enorme, Camelia — añadió él justo cuando llegaban al departamento—, y cada día que pasa siento que te amo más y más, y… tengo que admitirlo, eso me asusta un poco.

Mel rio con nerviosismo.

—Supongo que estamos igual —dijo y luego lo observó con cariño—. ¿Quieres pasar un rato?

Él asintió y subieron de la mano hasta el departamento. Mel lo dejó entrar y fueron hasta el sofá donde se sentaron muy cerca el uno del otro. La miró a los ojos, y apartó un mechón de cabello de su rostro.

—Eres tan bella —susurró.

Su voz cálida y gruesa derritió los sentidos de Mel, que se dejó llevar en un beso apasionado que se hizo eterno. Todas sus alarmas se encendieron de inmediato, pero ella quiso hacer oídos sordos y seguir.

Ferrán dejó que sus manos viajaran por su espalda hasta colarse entre su blusa y su piel. Mel sentía que la piel se le estremecía y el calor la consumía. Nunca había experimentado aquello, pero suponía que tenía que ver con el placer.

Las manos de Ferrán subieron hasta su pecho, encerrando entre sus dedos uno de ellos con suavidad. Las alarmas comenzaron a hacerse aún más fuerte, y con cada caricia empeoraban tanto que Mel pensó que se quedaría sorda. De verdad quería hacerlo, deseaba dejarse llevar, soltar el control de su propio cuerpo y ahogarse en Ferrán. Pero no podía, no todavía.

—Detente, por favor —suplicó con un hilo de voz.

Ferrán lo hizo de inmediato. Entonces, sin decir nada, él mismo le arregló la blusa y la besó en la frente. Después la atrajo hacia él y dejó que recostara su cabeza sobre su hombro.

—Lo siento, Ferrán… Lo siento tanto… Discúlpame…

—No hay nada que disculpar, amor —dijo él con calma—, perdóname tú a mí… me dejé llevar.

—No… Sé que has de pensar que soy una tonta y a estas alturas habrás entendido que no tengo experiencias… pero no es solo por eso… hay algo más. —Ella deseaba contarle, pero las palabras no le salían.

—¿Quieres que lo hablemos? —preguntó él.

Mel lo pensó por unos momentos. ¿Cómo le decía? ¿Cómo comenzaba? ¿Y si él se espantaba? ¿Y si cambiaba su forma de verle?

—No necesitas hacerlo si no deseas —dijo él con ternura—, ni hablar de lo que no quieres ni hacer lo que no quieres.

—Quiero hablarlo, quiero hacerlo, pero no puedo… hay algo que me está bloqueando. Es como si la puerta estuviese cerrada y yo no encontrara la llave —explicó—. Temo que me dejes de amar, temo que te canses, temo no ser suficiente…

Mel comenzó a llorar, no quería hacerlo, pero no podía evitarlo.

—Shhh —susurró él y volvió a besar sus lágrimas como en la piscina—. Te dije que yo estaré aquí, que puedo esperar siglos si así lo deseas. No busco sexo, Camelia. Si eso fuera lo que buscaba lo habría tenido hace tiempo con cualquiera. He tenido una sola mujer en toda mi vida y nunca he necesitado más… Si te busco es porque te amo, porque deseo hacerte feliz, porque quiero experimentar contigo ese lugar en donde los cuerpos se juntan hasta que las almas se tocan.

Ella sonrió.

—No sé si alguna vez yo… no sé si yo pueda… Estoy desconectada de mi cuerpo, es como si mi cuerpo y mi alma no se tocaran jamás más que para lo justo y necesario, no creo que lo puedas comprender… pero no puedo entregarte algo que no poseo…

—Mírate, eres bella por dentro y por fuera. ¿Cuándo lo comprenderás?

Mel no respondió.

—¿Sientes esto? —preguntó él y la besó en los labios.

—Sí… —respondió ella.

—¿Y esto? —inquirió él besándole en el cuello. Mel se estremeció.

—Ajá…

—¿Y esto? —continuó él corriendo la tela de su blusa y besándole en el hombro.

—Sí… —respondió ella.

—Es tu cuerpo, Camelia, es tu cuerpo sintiendo y trasmitiéndote mi amor por medio de esas sensaciones… No estás desconectada de tu cuerpo, solo necesitas desbloquear lo que sea que te está impidiendo sentir. Y en mi experiencia, lo único que provoca eso es la culpa.

—Puede ser…

—Pero no tienes la culpa de nada… —dijo él. Su voz sonaba calma y melodiosa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Porque lo sé… simplemente lo sé…

—¿Te irás si no logro desbloquear esa puerta?

—No me iré a ningún lado —prometió él—, no mientras tú me quieras contigo.

Camelia sintió paz, a pesar de que su respuesta no le convencía demasiado. Ella siempre

había creído que el hombre busca sexo como sea, y que eso es prácticamente lo único que un chico quiere de una chica. Salvo, claro, en esas novelas que creyó que no eran reales.

Pero ahí estaba él, con su amor y su paciencia, con todo su deseo guardado en su corazón y sus pantalones, respetándola y cuidándola hasta de sí misma. ¿Cómo podía no amarlo? ¿Cómo podía no entregarse a él en cuerpo y alma?

Lo haría, aunque tuviera que fingir y nunca llegara a sentir nada, lo haría por él, no ese día, pero trabajaría en ello y buscaría el momento ideal.

—Te amo —murmuró ella.

—Yo también, te amo —añadió él y la besó primero en la frente y después en los labios.

CAPÍTULO 27

Esperanza

Camelia y Mariana aguardaban a Lauri que se hallaba en los vestidores, las había convencido de que fueran a comprar un ajuar para la noche de bodas.

—¿Qué tal? —preguntó abriendo de golpe las cortinas y mostrándose sin tapujos.

Traía un *babydoll* rojo bastante provocativo.

—No lo sé… yo creo que el rojo no es un color para la noche de bodas —dudó Mariana—, opto por el blanco o ese rosa claro —dijo y señaló uno que estaba colgado en el probador.

—¿Tú? ¿Qué dices? —preguntó Lauri a Mel.

—Eh… yo… no sé de estas cosas, ni idea… todos te quedan hermosos —añadió.

—¿Por qué crees que el rojo no es buen color? —preguntó mientras cerraba la cortina para probarse otro—. Es el color de la pasión, del amor, ¿qué tiene de malo?

—No lo sé… la noche de bodas debería ser más romántica y tierna… ¿No es así, Mel? —inquirió Mariana.

—Supongo… —respondió encogiéndose de hombros.

—No creerás que es mi primera vez, ¿cierto? —preguntó Lauri desde el probador.

—No lo creería ni aunque me lo juraras —bromeó Mariana—, pero aun así, será tu primera vez como la esposa de Sebastián —añadió.

—¿No has escuchado eso de que la mujer tiene que ser dama en la calle y …

—Sí, sí —interrumpió Mariana cuando una de las dependientas las miró con cara fea por estar hablando tan fuerte en la tienda—. Pero igual, mi lado romántico dice que esa primera noche debe ser especial…

—¿Este? —inquirió Lauri saliendo con el de color rosa.

—¡Ese está perfecto! —añadió Mariana con emoción.

—Bueno, está bien, lo llevaré para darte el gusto… después de todo no lo tendré puesto por más de cinco minutos —dijo Lauri encogiéndose de hombros.

—No queríamos esa información —comentó Mariana y comenzó a reír—. Pronto vendremos a buscar uno para ti —añadió viendo a Mel que se sonrojó al instante.

—No me veo con esas ropas…

—¿Qué usas? ¿Calzones de la abuela? —inquirió Lauri que ya salía vestida del probador y con la prenda elegida en sus manos—. Tienes un bonito cuerpo, deberías comprarte uno rojo pasión para volver loco al español. Quién sabe… de por ahí juegan a que tú eres la torera y él… bueno ya sabes lo que puede hacer con el cuerno —bromeó.

Mariana se echó a reír y Mel también lo hizo, a pesar de la incomodidad que le generó la imagen mental, Lauri tenía la capacidad de sacarle verdaderas carcajadas con sus bromas de tipo candente.

—¿De dónde sacas esas cosas, Lauri? —preguntó Mariana y ella solo se encogió de hombros.

—¿Ya lo has hecho con Ferrán? No nos has dicho nada de eso, se supone que las amigas se cuentan todo. ¡Y con detalle! —dijo Lauri mirando a Mel cuando ya salían de la tienda.

—Yo… no… —respondió Mel con un hilo de voz.

—Basta, Lau —pidió Mariana con cariño—. Déjala, nos contará cuando ella lo considere adecuado.

Laura puso los ojos en blanco, pero no insistió. Abrazó a Mel y le besó en la mejilla.

—Tú sabes que te quiero, solo bromeo, no tienes que decirnos nada que no quieras —volvió a darle otro beso. Mel se extrañó, en otro momento ese gesto le molestaría muchísimo, pero sentía bonito y le agradaba—. Pero queremos saberlo, medidas, texturas, posiciones, todo —añadió.

Mariana le dio un golpecito en el hombro, pero las tres se pusieron a reír y Mel se sintió a gusto.

—Un día les contaré —prometió y Lauri comenzó a dar pequeños brincos de emoción, mientras Mariana sonreía, sabía que aquello era un gran avance.

Fueron a tomar un café y en ese momento, Mel recibió una llamada de Ferrán.

—Hola —saludó. Todavía no era capaz de expresarle cariño frente a los demás—. ¿En serio? Bueno… ¿Cuándo? Yo… no lo sé… no sé si conseguiré permiso en el trabajo.

—¡Sí! ¡Lo conseguiremos! —dijo Lauri aún sin entender la conversación.

Mariana le hizo un gesto para que hiciera silencio y Mel negó.

—¿Por tres días? —inquirió y miró a sus amigas. Ninguna de las dos entendía de qué hablaba, pero ambas asintieron con la cabeza—… Bueno… lo pensaré —añadió—, lo prometo… También yo…

—¿Qué dijo? —inquirió Lauri—. ¿A dónde irán en tres días? ¿Qué es lo que también tú?

—Bueno… Se trata de un viaje por tres días. Dice que consiguió comprador para su casa y debe ir para los últimos detalles… A España, a Galicia —explicó.

—¡Yeeeyyyy! —exclamó Lauri—. ¿Qué es lo que tienes que pensar?

—Pues, no lo sé, nunca he ido tan lejos y… sola con él…

—¡Sobre todo por eso! —añadió la muchacha—. ¡Una luna de miel romántica! A todo esto, sigo preguntándome de dónde saca Ferrán el dinero.

Mel no respondió, pero también se lo preguntaba y aún no se animaba a hablar con él de eso.

—¿Aceptaste? —inquirió Mariana.

—Le dije que lo pensaría —respondió ella.

—¿Todo pagado? —inquirió Lauri.

—Sí…

—¡No hay nada que pensar, si no vas tú, voy yo! —exclamó.

—Ahhh, yo creo que eso no le gustaría a Sebastián — añadió Mariana.

—Oh, lo olvidé —dijo en un suspiro y ambas rieron.

—¿Quieres ir? —preguntó Mariana.

Mel perdió la vista en la ventana de la cafetería que daba a la calle y pensó. ¿Qué podría perder? Sería bonito conocer un poco sobre él, tendrían muchas oportunidades para hablar y contarse más secretos… quizás ella… podría contarle el suyo…

—Sí… —admitió.

—Pues entonces, aprovecha la oportunidad —zanjó la mujer.

Mel sonrió. Sí, después de todo, ¿qué tendría para perder?, además, todavía tenía tiempo para decidirlo.

***

Unos días después de aquella tarde, Ferrán y Paloma la buscaron para ir a la exposición de arte. En el camino, la niña les contó que era un concurso cuyo tema era La esperanza, y que ella había hecho un cuadro en clase de artes que esperaba que les gustase a ambos. Les comentó que lo había iniciado ya hacía muchos meses, y que lo acabó justo el día antes de la fiesta en el hotel.

Cuando llegaron, Ferrán tomó de la mano a Camelia y le dio un beso en la mejilla a modo de calmarla, sabía que estaba nerviosa y que conocer a las madres de las otras niñas le daba ansiedad.

—Tengo que admitirlo, a veces siento que soy una intrusa, Ferrán, estoy ocupando un sitio que no me corresponde —admitió al fin cuando la pequeña les pidió que esperaran e ingresó a su salón.

—Escucha, no estás ocupando el sitio de nadie más que el tuyo, Camelia —dijo él besándola en la frente—, Paloma te invitó porque quería que fueras tú la que estuviera aquí hoy, y yo no podría estar más feliz. Si me lo preguntas, nunca pensé que sería tan sencillo que ella aceptara lo nuestro, pensé que se enfadaría muchísimo cuando yo estuviera con alguien…

Mel no respondió, pero pensó en aquel fin de semana de la fiesta en el hotel y la facilidad con que Paloma se encariñó con ella.

—Te lo debo —continuó Ferrán—, desde que llegaste a mi vida pusiste todas las cosas en su lugar y, gracias a ti, he recuperado a mi hija.

Una maestra salió e invito a los padres a pasar a una gran sala donde estaban todos los cuadros de los niños expuestos con un pequeño rectángulo que decía el nombre de cada uno y el nombre de la obra. Los alumnos estaban parados al lado de su obra para responder preguntas si fuera necesario.

Mel y Ferrán siguieron el camino indicado por la maestra y fueron viendo distintas obras, muchas tenían arcoíris, otras tenían un sol enorme, algunas tenían muchas aves blancas en libertad, otras tenían flores. Cuando llegaron a la obra de Paloma, la vieron al lado, orgullosa y ansiosa, esperándolos.

Era la figura de una mujer sin rostro, enfundada en un vestido blanco lleno de flores blancas. Parecía una novia, tenía un enorme velo que bajaba desde la cabeza y llegaba hasta los pies. El velo también estaba lleno de flores blancas, y en su mano, llevaba un ramo de camelias de color blanco.

En el recuadro de abajo, decía: La dama de las camelias, el amor es la esperanza. Paloma Iglesias.

Ferrán sonrió con emoción.

—Está hermoso, hija —dijo mirándola con ternura.

Camelia no sabía cómo entender aquella pintura, sabía que había un libro con ese nombre, uno muy antiguo que nunca había leído ni tenía idea de qué se trataba, pero no comprendía qué

tenía que ver con la esperanza. Las camelias le parecieron una extraña coincidencia, pero la niña había dicho que lo dibujó antes de conocerla. Y ahora que pensaba, a Ferrán también le gustaban mucho, pero él siempre las entregaba rojas y en la pintura eran blancas.

Siguieron observando los cuadros y luego esperaron el veredicto, Paloma no ganó ningún premio, pero a ella no parecía importarle, estaba feliz con ellos allí presente y no se cansaba de presentarle a su padre a todas sus compañeras y amigas.

Al salir de allí, fueron a comer algo, y después, llevaron a Paloma a casa de su abuela, donde pasaría la noche.

—Al final no ha sido tan difícil —dijo Ferrán cuando estacionaba para dejar a Mel en su casa.

—No… Y cada vez que vivo estas cosas me pregunto cómo es que no he salido corriendo aún —dijo en voz alta.

Ferrán la miró con sorpresa.

—¿A dónde vas a ir?

—A ningún lado —respondió Mel sonriendo, se sentía feliz—. Es que pienso que estamos avanzando rápido, pero no me siento incómoda. ¿Tiene sentido?

—¡Mucho! Y más vale que no salgas huyendo de mí — dijo Ferrán justo antes de besarla.

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso saber ella.

—Claro…

—¿Qué es esa… cuestión con las camelias? —inquirió la mujer—, no es una flor tan común, ¿o sí?

—Si te refieres a su obra, tiene que ver con el libro… Era el favorito de su madre, tenía una copia muy antigua que le había regalado su abuelo, tenía un valor sentimental muy grande para ella, se lo dejó a Paloma antes de morir… y ella lo lleva a todas partes —comentó—, supongo que quiso retratar eso en su obra.

—Oh… entiendo —dijo Camelia sin comprender del todo qué relación tendría con la esperanza. Aunque luego pensó que el dibujo era de una novia, o al menos eso parecía, se preguntó de qué trataría el libro, nunca lo había leído. Quizá era su madre vestida de novia, como símbolo del amor y la esperanza.

—Estoy muy ansioso por nuestro viaje —mencionó después Ferrán—, gracias por aceptar mi invitación. La pasarás genial. Mi hermana me invitó para que nos quedemos en su casa, pero creo que estarás más cómoda en un hotel. ¿Quieres que pida habitaciones separadas? —preguntó —. Igual, aunque nos quedáramos juntos, no es necesario que… no quiero que sientas presión por nada, quiero que disfrutes de ese viaje…

—Juntos estaría bien —admitió ella interrumpiendo las nerviosas cavilaciones de Ferrán.

—Bien, te llevaré a un sitio hermoso… —añadió él con una sonrisa.

—No lo dudo… —respondió ella—. Tengo muchas ganas de conocer tus tierras.

—Gracias, gracias por confiar en mí —añadió él antes de abrazarla y darle un beso.

Después de un rato, ella sintió que era un buen momento para preguntar algo más sobre su vida.

—Ferrán, hay algo que quiero saber… Sé que puede sonar un poco extraña esta pregunta, y no es que desmerite tu trabajo como mimo, solo….

—Quieres saber de dónde sale el dinero —inquirió él con una media sonrisa—. Es normal,

ya me parecía extraño que no me lo preguntaras antes…

—En realidad no me importa el dinero, yo solo… quiero conocerte, saber más de ti…

—Lo sé, Camelia, lo sé —dijo él con ternura—. Soy médico, pediatra —comentó—, mi padre también lo era, vengo de una familia adinerada —admitió—. Somos dos hermanos y papá nos dejó una buena herencia al morir. De todas maneras, siempre he trabajado mucho… tenía un buen puesto en el hospital. Dejé de trabajar luego de… como te comenté, mi trabajo era mi refugio, hasta que… bueno, administré mal unas medicinas y casi hubo un desenlace fatal.

—Oh… Eso es muy triste…

—Fue en la época de mi declive, ya sabes, mi cabeza estaba en otro lado y yo… fue un error que casi costó una vida. Gracias a Dios no sucedió, pero entonces me pidieron que me tomara un tiempo, y nunca regresé…

—¿Piensas volver a trabajar en tu profesión? ¿Eras feliz haciendo eso? —inquirió ella.

—Pues… debo admitir que lo extraño… Sí, era mi vocación y me hacía muy feliz. Pero tengo miedo, no quiero perderme de nuevo, no quiero dejar pasar la vida sin vivirla otra vez… —susurró.

Mel lo besó en la mejilla, el auto estaba detenido y solo conversaban un poco.

—Estoy segura de que no lo harás, no volverás a perderte. Pienso que, si es tu vocación, deberías regresar —comentó—, después de todo habías dicho que tu propósito era salvar vidas y hacer reír a los niños. Podrías unir tus dos trabajos, un doctor mimo sería muy divertido, ¿qué niño no querría que lo atendieses? —inquirió.

Ferrán la miró con dulzura, ¿por qué no se le habría ocurrido relacionar las palabras de ese niño con su profesión? ¿Por qué le costaba tanto unir en su mente la idea de un médico divertido que hiciera reír a sus pequeños pacientes?

—Tienes razón, me gusta mucho tu idea —dijo él acercándose a besarla—. ¿Ya te dije cuán enamorado estoy de ti? —inquirió—. ¿Qué me has hecho?

—La verdad no lo entiendo —respondió ella en medio de los besos—, pero yo también me siento así contigo.

Se despidieron un rato después, con un beso más largo y algo apasionado. Mel subió hasta su departamento sintiendo sus mejillas calientes. Además, sentía también otras cosas, calor en sus venas, palpitaciones, respiración agitada.

No se trataba de la ansiedad de siempre, era algo distinto y lo sabía. Podían ser los mismos síntomas, pero definitivamente eso se sentía bien. Ingresó a su casa y fue a lavarse la cara, se miró al espejo y se mordió el labio.

De pronto, se imaginó sola con Ferrán en un hotel en Galicia. Él besándola, tocándola, descubriendo cada rincón de su cuerpo. El calor volvió a encenderse en su interior.

Cerró sus ojos y comenzó a recorrer su piel, mientras se permitía soñar con que no era su mano sino la de él. Su imaginación se encendió aún más y se vio a sí misma en el *babydoll* rojo que Lauri había desechado. Entonces, la sensación se hizo más fuerte, comenzó a sentir necesidad de él y ese apasionado deseo la inundó por completo.

Prendió la ducha, se metió a ella, necesitaba hacer pasar aquello lo antes posible. No estaba bien, no era bueno, no para ella.

Todo cambió de golpe y sin entender el porqué, las lágrimas comenzaron a brotar mientras la culpa se subía por sus piernas y se enroscaba a sus caderas como una serpiente cercando a su

presa. El calor se convirtió en frío, la lava que corría por sus venas se congeló y el miedo acaparó la escena. ¿Por qué simplemente no podía disfrutar como cualquier otra persona?

CAPÍTULO 28

Confianza

Faltaba poco para el viaje a Galicia que Mel había aceptado hacer con Ferrán. Ian, sin saberlo, le había comentado que iría a verla justo en las mismas fechas en que estaba planeado el viaje, y cuando ella se lo comentó, él le dijo que no había problemas, que ella viajara y que él se quedaría en el departamento por unos días, si no tenía inconvenientes.

—Si quieres me quedo —respondió ella a sabiendas de que eso rompería la ilusión de Ferrán.

—¡No! ¡Ni lo sueñes!, intentaré llegar antes de que salgas, ¿a qué hora sale el avión?

—A las ocho de la noche —respondió ella.

—Pues yo llegaré al medio día, así pasamos unas horas juntos y luego te llevo al aeropuerto, así me dejas tu auto y paseo unos días por allá. No te preocupes por mí.

—Está bien… —respondió Mel.

***

Ferrán estaba muy entusiasmado con el viaje, y Mel, aunque también sentía ilusión por esos días que pasarían juntos, no dejaba de atormentarse con pensamientos acerca de lo que podría suceder entre ellos. Había aceptado que se quedaran juntos porque era lo que realmente deseaba, pero no podía dejar de imaginar situaciones incómodas que podían presentarse, desde cosas sencillas como el uso del baño hasta el momento de compartir la cama.

Se enojaba consigo misma cuando su mente comenzaba a desplegar un menú de películas con posibles situaciones y sucesos, todas ellas parecían una pesadilla. ¿Por qué simplemente no podía dejarse llevar y ver qué sucedía? Recrear una situación que aún no sucedía le generaba ansiedad y le hacía anticiparse a cosas que ni siquiera sabía que iban a suceder, pero no podía evitarlo.

Ferrán había intuido aquel malestar y varias veces le había dicho que no se preocupara, que él solo quería que disfrutaran y que se relajara, que utilizaran ese tiempo para conocerse más y que no sucedería nada que ella no quisiera.

—Yo sé que tú escondes algo —le dijo la noche anterior luego de la cena, cuando ambos reposaban en el sofá de su casa y él acariciaba con ternura sus cabellos mientras ella recostaba su cabeza sobre sus piernas—, y no me importa lo que sea —añadió—, ni tampoco necesito que me lo cuentes… Solo quiero que sepas que yo solo deseo que te sientas a gusto y que puedas ser tú misma, nada más —añadió.

Mel sonrió, cerró los ojos y suspiró. En tan poco tiempo tantas cosas habían cambiado en su vida que no perdía las esperanzas de poder un día abrirse del todo, ser sincera, hallar la llave de aquel bloqueo que no le dejaba sentir y poder al fin experimentar el amor en todas sus facetas.

—Eres un hombre tan increíble —susurró mientras se abandonaba a la dulzura de sus caricias

—, no puedo creer que estás conmigo… que tenemos esto…

—Bueno, yo pienso lo mismo —respondió él con una sonrisa.

Ferrán sabía que algo había marcado la vida de Camelia, que había una herida que no sanaba y que necesitaba mucho apoyo al respecto. Y él estaba dispuesto a todo con tal de verla feliz y realizada. Le gustaba cada día más la mujer en la que se estaba convirtiendo y era capaz de verla salir cada día un poco más de esa cárcel en la que se había encerrado hacía ya bastante tiempo.

—Me siento orgulloso de lo que estás logrando, Camelia. Estás dejando que el mundo por fin vea tu luz y tú misma la estás viendo. Eres hermosa, por dentro y por fuera —admitió.

—Nunca pensé poder… sentir todo esto que siento contigo —dijo ella—, estar así, ahora… De alguna manera logré controlar los temores y eso me hace bien, me da esperanzas y me hace sentir fuerte. Todo es gracias a ustedes… a la paciencia y al amor que me han tenido…

—Y lo seguiremos haciendo…

—Pero a veces, todavía tengo miedos… todavía pienso muchas cosas… Tengo vergüenza de tocar esos temas…

—No tienes que tener vergüenza de nada, y menos conmigo, amor —respondió él con ternura—. Dime lo que sientas, lo que pienses… no te juzgaré ni me burlaré de esos temores.

Mel abrió los ojos y lo miró, él le daba una seguridad y una confianza que jamás había experimentado antes.

—Tú… ¿qué sucedería si yo no puedo disfrutar del sexo? —inquirió en casi un hilo de voz, sus mejillas se pusieron coloradas y sintió el calor de la vergüenza subiéndole por la piel—. Digo… yo… ¿y si no logro hacerte feliz?

—No seas tontita, mi amor —respondió él con una sonrisa y una caricia tierna sobre esas mejillas sonrosadas—. Yo estoy seguro de que disfrutarás, que los dos lo haremos, cuando sea el momento, sin apuros, sin ninguna clase de presión, a tu ritmo, en tus tiempos, a tu modo —afirmó—. Además, me haces feliz ahora mismo, ¿qué te hace pensar que no es así?

Camelia sonrió, luego se mordió los labios y suspiró.

—Me siento tan estúpida, Ferrán. Y lo peor es que esto en serio atormenta mis pensamientos, lo pienso una y otra vez, lo analizo, le doy vueltas a todas las posibilidades, imagino las escenas… Me estoy volviendo loca.

Ferrán sonrió con ternura y volvió a acariciar sus mejillas.

—Escucha, ese es el problema, lo estás pensando… Eso no se piensa, se siente… cuando tú te sientas lista iremos probando todos tus límites muy despacio, para que nada te atormente, para que nada te moleste, para que te sientas muy muy bien. Lo importante es que haya buena comunicación entre nosotros, que no tengas vergüenza de mí, y así puedas decirme todo lo que te gusta y lo que no te gusta.

—Es que… me parece tan injusto para ti, con la edad que tenemos y que te esté haciendo vivir esto… Tú ya tienes una hija y yo me estoy portando como una adolescente inexperta.

—Deja de pensar en mi historia, deja de poner tus miedos en mí. A mí no me interesa si tienes o no experiencia, no me importa en absoluto tu pasado en ese ámbito, a mí me importa conocerte, descubrirte, saber lo que necesitas, lo que te gusta y te hace feliz… Y si quiero conocer tus fantasmas, es solo para poder espantarlos.

»No pienses en mi experiencia, porque esto no es una competencia y tú no tienes que ganarle a nadie ni demostrarle nada a nadie más que a ti misma. Además, por si te haga bien saber, hace

años que no estoy con nadie… años —dijo con ternura—. Todo lo que vivimos y lo que vivamos a mí me encantará, desde el beso más tierno que eres capaz de darme hasta todo lo que me haces sentir con solo mirarte.

—¿Qué es eso que te hago sentir? —quiso saber Camelia, pero cerró los ojos pues se sentía avergonzada.

—Es imposible convertir en palabras lo que siento, me quedaría corto… pero todo tiene que ver con los distintos colores del amor. Te amo, y cada día siento que te amo un poco más, me haces sentir orgulloso al ver que estás logrando abrirte al mundo, me haces sentir miedo al darme cuenta de que este amor crece con mucha fuerza e intensidad y no quiero perderte, me haces sentir seguridad, me haces sentir fuerte cuando necesitas que yo te proteja y a la vez sé que en tus brazos puedo sentirme débil y serás tú quien me protegerá. Me haces sentir a gusto, como si no necesitara estar en otro sitio que no fuera a tu lado, me haces sentir vivo y lleno de esperanzas, otra vez quiero soñar, imaginar, planear… cosas que ya no tenían sentido para mí. Y sí, me haces sentir pasión y deseo también, porque quiero conocerte por dentro, pero también por fuera, quiero recorrer todos tus rincones y hacerte la mujer más feliz del mundo. Eso no tiene nada de malo, Camelia, es hermoso…

—¿Sabes? Yo… no tengo una buena relación con mi cuerpo…

—Lo sé… Existen terapias, Camelia. ¿No has pensado en eso? —quiso saber.

—He hecho muchas, nada ha funcionado realmente… o quizá sí, pero no demasiado…

—Bueno, pero ahora que has tomado consciencia de ciertas cosas probablemente sean de más ayuda. Yo te apoyaré en la decisión que tomes, es importante para mí que sepas que no te presiono para nada, que amo tu cuerpo y también tu alma, y que soy feliz así, sentándonos cerca, sintiendo que te entregas a mí al recostarte sobre mis piernas, porque confías en mí y dejas que te acaricie con suavidad. Eso vale muchísimo porque sé lo mucho que te costaba hasta hace un tiempo atrás, así que solo es cuestión de ir despacio y darnos el tiempo necesario para generar esa confianza. Para mí, esto es igual de importante y placentero que hacer el amor, y lo digo en serio —afirmó.

Camelia sonrió y sintió como si sus palabras hicieran que sus heridas dolieran menos y que sus miedos salieran de su cabeza. Abrió los ojos, se incorporó para buscar sus labios y lo besó con fuerza, decisión y pasión.

—Te amo —murmuró entre el beso.

—Yo también te amo —respondió él.

Esa noche, se quedaron hasta la madrugada, entre besos y algunas caricias comedidas, con música de fondo y charlas sobre la vida, el amor y el futuro. Esa noche Camelia se enamoró todavía más de Ferrán, tanto, que deseo poder liberarse de sus fantasmas y llegar a ser una mujer verdaderamente libre y capaz de amarlo como él se merecía. Ferrán por su parte, también se enamoró un poco más de ella, seguro de que el amor era un camino de sanación, y que, en esa relación, ambos se estaban haciendo bien.

CAPÍTULO 29

Terror

Cada vez faltaba menos para el viaje, por lo que Mel estaba más nerviosa que de costumbre y sus películas mentales se hallaban en pleno auge, incluso aunque Ferrán intentara tranquilizarla y recordarle que la idea era pasarla bien y divertirse.

Probablemente por eso, esa tarde llamó a Mariana y le pidió que viniera a verla, faltaba solo una semana y el problema del sexo se había convertido en una obsesión. Se sentía obligada a hacerlo, no por Ferrán, que ya le había dejado más que claro que no era así, sino por ella misma, pues deseaba con locura poder deshacerse de sus fantasmas, pero a la vez no se sentía preparada, por lo que le pareció sería buena idea conversar con Mariana al respecto.

—¿Quieres hacerlo o no? —preguntó la mujer luego de escuchar los miedos que con mucha dificultad Mel le compartía.

—Sí… pero no… es decir, yo no puedo… pero quiero… Mi cuerpo no funciona, Mariana… se bloquea, en algún punto se bloquea —afirmó llevándose las manos a la cabeza en desesperación.

—¿Por qué? —preguntó la mujer.

Mel bajó la vista.

—Lo que sea que hayas vivido está en el pasado… Debes trabajar esa experiencia, Mel —dijo Mariana ante su silencio—, tienes que hablar con alguien de eso. Quizá deberías hablarlo con él.

—¡No! ¡Lo he intentado, pero no me sale! ¡Moriría de vergüenza! —exclamó—. Pero creo que sospecha algo…

—Es que él más que nadie debe de saberlo —añadió la mujer—, yo estoy segura de que te esperará el tiempo que sea necesario… sabrá entenderte y cuidarte… Ese no es el problema, tú mientras tanto podrías buscar una terapia…

—Es algo que no he hablado nunca, Mariana, nunca… —dijo la muchacha con énfasis—. He hecho terapia antes, pero no era yo la que hablaba, sino mis padres… Y nunca dio resultado… ¿Cómo podría contárselo a un desconocido?

—Un desconocido que ha estudiado años y que puede ayudarte —refutó ella—. Pienso que las cosas malas que nos suceden y que nos marcan, sobre todo si son de ese estilo, deben ser extirpadas… como un tumor, Mel… Imagina que es un cáncer, si lo dejas allí tomará todo tu cuerpo, terminará por matarte…

—Ya lo ha hecho, quizá ya sea demasiado tarde —murmuró ella con tristeza.

—No… No lo es… Dime la verdad, sé sincera conmigo… ¿Piensas en él? ¿Lo deseas? —preguntó Mariana.

—Sí… eso creo… pero tengo mucho miedo y ni siquiera sé de qué. Sé que él no me hará

daño, me siento a gusto en sus brazos. Lo que pasa es que yo… no quiero que cuando esté sucediendo me lleguen imágenes mentales a la cabeza y no me las pueda sacar de encima… ¡Eso sería horrible! Además… mi cuerpo… ¿y si no responde cómo debería?

En ese momento el teléfono de Mariana sonó y al ver el número puso cara de sorpresa.

—Perdón… Déjame atender esta llamada —dijo y Mel asintió.

—¿Quién es? —preguntó tras la expresión de Mariana y pensó que podría ser uno de los hijos.

—Sebastián. ¿Por qué me llamaría a mí? —entonces atendió—. No… no está con nosotras, no… Lo último que me dijo es que iba a ir a buscar unos arreglos que había mandado hacer… Bueno… Avísame si sabes algo… Está bien.

—¿Qué pasó? —inquirió Mel cuando Mariana cortó.

—Sebastián debía encontrarse con Lauri hace un par de horas y ella no ha aparecido. No atiende su teléfono y no ha llamado a nadie, dice que no logra dar con ella y llamaba para ver si sabíamos algo.

—¿La llamamos? —preguntó Mel y sacó su teléfono.

Marcaron el número de Lauri, pero el celular dio apagado.

—Esto es raro —dijo Mariana—, y tengo un mal presentimiento —añadió—. ¿Quieres que vayamos a esperarla a su casa?

—Sí, claro… vamos —añadió Mel y ambas se dispusieron a ir al departamento de su amiga.

El ambiente se sentía pesado y ya no tocaron el tema de la conversación inicial. Cuando ya casi llegaban, Sebastián volvió a llamar, por lo que Mariana, que estaba conduciendo, le pidió a Mel que atendiera.

—¿Sí? Soy Camelia… ¿Cómo? ¿Dónde está? ¡Vamos para allá!

Mariana la miró de reojo y vio que todo el color se le había ido del rostro.

—¿Qué sucedió?

—Asaltaron a Lauri, está herida en el hospital del centro.

Mariana giró el vehículo sin pensarlo, y en cuestión de diez minutos, llegaron al lugar. Allí ya estaba Sebas y la madre de Lauri, asustados y sin respuestas aún. Lo único que sabían era que un vendedor ambulante la encontró inconsciente en un descampado y le habían robado todo, por lo que no podían hallar a sus familiares. La estaban revisando y no los dejaban pasar, ubicaron a la madre por pura casualidad, porque una de las enfermeras que la vio en el hospital, era una conocida de la iglesia a la que acudía la mamá de Lauri. Sebastián lloraba y caminaba desesperado de un lado al otro.

—Que no le pase nada, que no le pase nada, por favor, Dios, que no le pase nada… —suplicaba en voz alta.

Mariana abrazó a la madre y lloraron juntas. Mel sintió que revivía una de sus peores pesadillas, y todos sus miedos cobraron fuerza mientras se repetía a sí misma que no, que no podía ser. Con la mano temblorosa, logró marcar a Ferrán, y entre lágrimas le pidió que viniera cuanto antes.

Una hora después, un médico salía a dar el informe.

—¿Ustedes son los familiares de Laura Varela? —preguntó.

—Sí —respondieron todos al unísono.

—Está bien, se repondrá, en un rato más podrán ingresar a verla, pero la hemos medicado

para que duerma, ya que cuando despertó, entró en un estado de *shock* que no es bueno para su salud física en este momento… Necesitará mucha ayuda y contención de sus seres queridos. Además, cuando despierte, deberá hablar con la policía, ya han estado por aquí y volverán —explicó.

—¿Pero qué le hicieron? ¿Está herida? —quiso saber su madre.

El médico suspiró.

—¿Es usted la madre? —preguntó.

—Sí… —respondió ella—. Venga conmigo, por favor.

—¡Yo soy el futuro esposo! —exclamó Sebastián.

—Está bien, venga también.

Mariana, Mel y Ferrán se quedaron en el pasillo por unos veinte minutos que parecieron eternos, hasta que los vieron salir. La madre de Lauri lloraba y Sebastián parecía como si hubiese visto un fantasma.

—¿Qué sucedió? —se adelantó Mariana.

—Hay signos de abuso en su cuerpo —respondió la madre—, los doctores creen que abusaron de mi hija —añadió y se lanzó a llorar.

Mariana la abrazó. Sebastián seguía en *shock*, y Ferrán se acercó a él, sin pensarlo le dio un abrazo. Fue allí cuando el muchacho se vino abajo y rompió en lágrimas.

—Tranquilo, haremos todo lo que sea necesario para que ella esté bien —prometió Ferrán—. Lo superará, verás que sí, hay muchas terapias, hay muchas maneras —añadió—, yo les pondré en contacto con los mejores profesionales, no están solos —dijo mientras Sebastián solo asentía.

—¡Lo voy a matar, lo voy a buscar y lo voy a matar con mis propias manos! —exclamó el muchacho.

—No. Escucha, mírame —ordenó Ferrán con la voz clara y fuerte colocando sus manos sobre los hombros de Sebastián—. Tu única preocupación en este momento debe ser apoyar a tu mujer y hacerla sentir la mujer más bella, perfecta y hermosa del mundo. ¿Me escuchas? Ya suficiente tendrá ella con lo que le sucedió, tú debes convertirte en su pilar, debes ser fuerte aunque estés roto por dentro, ¿comprendes, Sebastián? Lo único que debes hacer es darle apoyo incondicional. Nosotros estaremos para ti, nosotros te ayudaremos —prometió.

Mariana consolaba a la madre y Ferrán daba apoyo a Sebastián, por eso ninguno de los dos vio a Mel que, en ese momento, sintió que volvía a tener catorce años y que revivía la peor de sus pesadillas. Por eso, ninguno de los dos se dio cuenta que sus lágrimas no eran solo por el dolor de lo que había vivido su amiga, sino por el dolor que ella misma estaba sintiendo. No había nadie que pudiera entender a Lauri mejor que ella en ese momento.

CAPÍTULO 30

Secreto

Esa noche no pudo dormir, se revolcó en la cama una y otra vez y sudaba como si estuviese en un baño sauna, dos veces sintió tantas náuseas que necesito ir hasta el baño, aunque no fue capaz de expulsar nada.

Ferrán la había visto mal cuando tuvieron que salir del sanatorio, y aunque sus instintos hace rato le decían que Mel tuvo que haber vivido algo realmente fuerte, no quiso preguntar. No era el momento.

—Estará bien, la ayudaremos —prometió tomándola de la mano para infundirle un poco de paz.

Camelia no respondió. Al llegar a su casa, Ferrán le preguntó si quería que se quedara con ella, pero negó y le dijo que necesitaba estar sola. Él insistió, pero ella volvió a negarse.

Esa noche, la peor de sus pesadillas se hizo real y tan tangible que Mel sintió que había regresado en el tiempo y que todo volvía a repetirse. Pensaba en Lauri y se desesperaba al percatarse todo lo que tendría que atravesar.

—¡Es injusto! ¿Por qué a ella? ¡Estaba por casarse, era la mujer más feliz y divertida del planeta!

Gritó para sí misma mientras arrojaba al suelo lo primero que encontraba a su paso.

—¡Es injusto! —gritó como si en ello sacara todo su ser.

Se dejó llevar por sus nervios y su dolor, y angustiada en medio de la noche, abrió la ventana, pues necesitaba un poco de aire fresco para que le recordara que su pesadilla había terminado ya y que no se estaba repitiendo.

Todo volvió a cobrar vida en sus pensamientos, lo vivido, sus intentos de suicidio, las charlas forzadas con terapeutas, sus padres llorando e intentando convencerla de que debía ser fuerte y salir adelante. Su madre rota tras su intento de suicidio, recostada a su lado en la cama, llorando mientras le decía lo mucho que la amaba.

Imágenes de Lauri desde el día que la conoció se mezclaban en sus pensamientos, sus bromas, sus abrazos, sus consejos, su sonrisa.

—Yo puedo ayudarla —susurró entonces para sí—. Puedo hacer que esta experiencia me sirva para algo… Yo puedo darle una mano.

Un calor comenzó a expandirse en su pecho, Mel se prometió a sí misma estar allí para todo lo que Lauri pudiera precisar, no permitiría que la luz de su amiga se apagara, no de la misma manera en que se apagó la suya. Conocía cada uno de los estadios por los que pasaría Lauri, y no iba a dejarla sola, no iba a permitir que se hundiera.

Los días pasaron con dolorosa lentitud y todos comenzaron a vivir por y para Laura, que había despertado con los ojos vacíos, un silencio eterno y ni rastros de las sonrisas que antes

iluminaban su rostro. Parecía la cáscara de la mujer que un día fue. Iban a verla, pero ella no hablaba, no dejaba que nadie la tocara, ni siquiera Sebastián, estaba perdida en un mundo que solo ella sabía, rememorando una y otra vez lo que había vivido y culpándose por miles de cosas que no pudo evitar. Las lágrimas caían en silencio por sus mejillas y el dolor parecía nunca acabar.

Camelia lo sabía muy bien, pero aún no encontraba el momento para estar a solas con ella ni la forma en la cual sus palabras pudiesen ayudarla. Tampoco hallaba el coraje para desnudar su alma y sacar a la luz el peor de sus secretos.

Sabía que Laura estaba perdida en un laberinto interior del que podría no salir si no recibía la ayuda correcta. Ya había salido del hospital y su madre había decidido llevarla a su casa para cuidarla. Sebastián no se despegaba de ella y Mel notó que Ferrán se acercaba mucho a él y conversaban largas horas.

Esa noche, víspera del viaje a Galicia, Mariana, Mel y Ferrán se habían reunido para conversar. Mel no quería viajar, no quería dejar a su amiga sola y sentía que aún no había hecho nada por ella.

—Tienes que ir —dijo Mariana—, serán solo tres días, yo prometo que la voy a cuidar. No puedes fallarle a Ferrán ahora —añadió cuando él fue en busca de bebidas, estaban a punto de cenar en casa de Mel.

—No sé, tengo algo aquí —dijo señalando su pecho—, una necesidad de hacer algo por ella, de ayudarla… Y siento que no he hecho nada aún. Tengo miedo de que empeore, que se meta en ese sitio donde todo es oscuridad y del cual no podrá salir.

—¿Qué crees o quieres hacer? —inquirió Mariana.

Ferrán ingresó a la sala y las miró.

—Escuchen, me acaba de llamar Sebastián. Laura al fin le dijo algo —comentó.

—¿Qué? —contestaron Mariana y Mel al unísono.

—Dice que quiere cancelar la boda, le dijo que no puede obligarlo a casarse con ella y que ya no quiere vivir… Le pidió que la dejara sola y se olvidara de ella.

Mariana se llevó una mano al pecho en señal de dolor.

—Dios mío, mi Laura, la alegría de nuestras vidas —susurró.

Mel se levantó y caminó de un lugar a otro, sabía que ese era el momento. Algo ardía en su pecho y sintió que lo único que podría ayudar eran sus palabras. Se mordía el labio con nervios, era como si hubiese dos personas en su interior, una que pedía a gritos que hiciera algo y la otra que le decía que cualquier cosa que hiciera podría despertar al monstruo que tanto le había costado acallar.

—Sebastián está muy mal, no sabe qué hacer. Laura lo rechaza y él no quiere moverse de su lado —explicó Ferrán.

—Vamos, vamos ahora a su casa —dijo entonces Camelia con decisión.

—¿Qué? —preguntó Ferrán—. Pero son las diez de la noche… ¿qué haremos allí? Ya sabes que hablar con ella es inútil. Yo creo que debemos buscar ayuda profesional, esto se está escapando de nuestras manos —añadió.

—Lo sé, Ferrán, sé que debe hallar ayuda profesional, pero tú no lo entiendes, si ella no sale de ese sitio en el que ahora está ninguna ayuda le será de utilidad —dijo con vehemencia—. Se va a encerrar allí, donde todo es oscuridad y miedo, y se va a apagar como una vela. Yo sé lo que

se siente, sé lo que es que la gente te tire cuerdas e intente salvarte y tú no quieras tomarlas, tú prefieras quedarte allí porque ya no crees que haya luz afuera de ese pozo. Por favor, confía en mí, llévame junto a ella, la sacaré de allí, yo puedo hacerlo, yo sé que puedo —añadió.

Mariana se levantó de golpe y miró a Ferrán. Él aún estaba sorprendido por la reacción de su novia, pero amó verla con tal decisión y lo hizo de inmediato, tomó las llaves y manejó hasta la casa.

La madre de Lauri les dijo que estaba despierta, pero que no quería ver a nadie. Sebastián también estaba allí, tirado en el sofá, cansado, lloroso y con ojeras.

—Por favor, señora, solo déjenos pasar… —suplicó Mel—. Le puedo ayudar, lo prometo…

La mujer, frustrada y agotada, dejó pasar a los tres amigos, e ingresó también junto con Sebastián. Laura estaba acostada en su cama de la infancia, con los ojos llenos de lágrimas y la vista perdida en el techo, no los saludó y fingió no verlos.

—Lauri… ¿Cómo estás? —inquirió Mariana.

—¿Por qué no se van? —preguntó ella con la voz áspera—. Ya no tienen nada que hacer aquí.

—Somos tus amigos, corazón, te amamos —dijo Mariana, pero Lauri no respondió.

Mel tomó una silla y la arrastró hasta al lado de la cama, se sentó, tomó aire y comenzó.

—Lau, te voy a contar una historia… no quiero que me digas nada, solo que me escuches… con atención…

Esperó a que la muchacha respondiera, pero no lo hizo, así que continuó.

—De niña, Camelia solía ser una pequeña divertida, sonriente, ocurrente. Creo que si nos hubiésemos conocido a esa edad tú y yo hubiésemos sido grandes amigas, así como lo somos ahora, pero yo era mucho mejor que hoy. Era alegre —admitió—, me arriesgaba a todo, me gustaba trepar a los árboles y hacer algunas tonterías que siempre me costaban algunos regaños…

—¿Qué hace? —preguntó la madre de Lau, pero Mariana le hizo una seña para que se mantuviera en silencio.

—Cuando cumplí los trece, ya era una niña bastante desarrollada, mientras mis amigas aún se veían como niñas, mi cuerpo se transformó muy rápido y pasé a llamar la atención de todos los chicos de la escuela. Me gustó aquel despertar, y pensé que podría utilizarlo a mi favor. En aquel entonces, mis padres me controlaban mucho y me volví una niña rebelde y respondona. Quería hacer todo lo que estuviese prohibido, me sentía grande y creía que ellos me trataban como a una niña…

Mel se tomó su tiempo, le costaba regresar a aquella época, volver a esos recuerdos que con tanto esfuerzo había guardado en algún rincón de su alma.

—Me hice amiga de una chica un poco mayor, que vivía cerca de mi casa. Todas querían ser sus amigas, pero se fijó en mí, y yo me convertí en su pupila, hacía todo lo que ella me dijera para poder agradarla. Me vestía como ella, me maquillaba como ella, me escapaba de mi casa y participaba de algunas fiestas con los chicos más grandes. A mi mamá no le gustaba su compañía, pero yo no le hacía caso…

Mariana supo que allí era cuando empezaba el dolor que se había enquistado en el alma de su amiga y la miró con compasión.

—Tenía muchos amigos, todos me querían. Era dos personas en una y me sentía bien con

ello, me sentía grande y pensaba que mis padres no me comprendían… Hasta que una noche, todo cambió para siempre.

Mel bajó la vista y dejó caer una lágrima gorda. Ferrán la observó, iba a acercarse a ella, pero Mariana le hizo un gesto para que no lo hiciera. Lauri había dejado de mirar al vacío y había volteado a verla.

—Mi amiga y yo llevábamos tiempo en un grupo de internet, se suponía que era un grupo de chicos y chicas de nuestra edad que buscaban amistad y diversión, ella me había invitado y yo había aceptado. Quedamos en encontrarnos con dos chicos con los que solíamos hablar por mensajes. Ella iba a verse con uno y yo con otro, íbamos a ir al cine en una cita doble. Pensé que solo sería un poco más de diversión… iba a tener una cita de verdad, por primera vez…

Mel hizo silencio, su mirada se tornó opaca y su voz se quebraba ante las lágrimas que se aglutinaban en su garganta.

—Se suponía que yo iba a ir a su casa y allí nos buscarían ellos, porque ella era mayor y tenía permiso, mientras yo tenía que mentir para salir. Le dije a mis padres que tenía que estudiar y que iría a lo de una amiga de la escuela a la que ellos conocían. El caso es que cuando llegué a su casa, me atendió un joven adulto a quien ella presentó como su tío. Él me dijo que pasara a su cuarto que ella se estaba bañando. Yo lo hice, y ella llegó luego de un rato con un vaso con jugo para mí y comenzó a prepararse. De pronto sentí mucho sueño y cansancio… y… —hizo una pausa.

—Dios… —susurró Mariana.

—Yo tenía quince años recién cumplidos, Lauri, y dos chicos y un adulto abusaron de mí esa noche. Yo no recuerdo nada, solo tengo imágenes vagas de lo sucedido que se repiten como pesadillas en mi mente y el dolor que me quedó en el cuerpo y en el alma. Mi gran amiga era mucho más grande de lo que parecía y era cómplice de estas personas que trabajaban en pornografía infantil y que habían filmado todo lo sucedido esa noche para luego comercializar con ese video.

Mel hizo un gran silencio, las lágrimas caían como un torrente en su rostro y el dolor parecía ahogarla por completo. Por un instante pensó que ya no podría seguir y volvió a sentirse arrastrada al abismo de la desolación. Entonces, Lauri le tomó de la mano y la trajo de nuevo hacía esa habitación y ese momento.

—Me ocasionaron serias lesiones, me desgarraron, me hicieron cortes en la piel… los médicos dijeron que probablemente no podría ser madre nunca —admitió con un hilo de voz—, pero cuando desperté, adolorida y confundida, ella me pidió que me vistiera, que me largara y olvidara lo que me había sucedido. Le pregunté qué pasó y por qué… y entre lágrimas me dijo que saliera de allí o me matarían, que corriera antes de que el hombre volviera, pero que no dijera nada, porque si abría la boca, mi familia la pagaría muy caro y el video se haría viral.

Mel volvió a suspirar.

—¿Qué podía hacer? Estaba adolorida y asustada, no comprendía nada y me sentía muy mal. Fui a mi casa, intenté callarlo, pero el dolor era insoportable y comencé a sangrar. Mi madre me llevó al médico contra mi voluntad, y ahí todo se supo… Era un pueblo chico, de aquella muchacha no volví a saber, y aunque di la dirección de la casa a la cual había ido, se supo que el lugar era una casa de verano de una persona poderosa. Más adelante pude reconocer a uno de los chicos, alguien de dinero y apellidos importantes. Mis padres hicieron todo lo posible por

encontrar a los demás, pero las cosas eran complicadas y mientras ellos intentaban hacer justicia yo me moría de tristeza y vergüenza. El video se hizo viral, pero con una historia diferente, como si yo lo hubiese aceptado, como si yo hubiera estado de acuerdo con aquello. No sé quién lo inició, pero en la escuela todos se habían enterado y se lo repartían entre ellos como si yo fuera una figurita de colección.

Hubo un gran silencio en la sala, Ferrán se apretaba los puños y podía entender al fin la rabia de Sebastián.

—No entraré en detalles que no vienen al caso. Entramos a un juicio sin fin que dejó en la calle a mi familia. Me dijeron que tuve suerte de salir con vida, pero algunos de mis tíos ya no me permitían ver a mis primas, lo mismo con algunos padres de mis amigas, mis propias amigas comenzaron a alejarse de mí o me miraban con tanta lástima y asco que yo no era capaz de soportarlo. Yo cada vez estaba más rota, estaba segura de que todo había sido mi culpa, aunque mis padres nunca me lo habían dicho así, yo no podía perdonármelo. Para poder conservar lo poco que nos quedaba, mi padre decidió salir de la ciudad, tuvimos que dejar a todos y venir aquí, ellos tenían la esperanza de poder comenzar de cero. A mis padres incluso le recomendaron que me cambiaran el nombre, pero no quisieron hacerlo. Se los agradezco, ya suficiente perdí aquella noche… mi inocencia, mi libertad, mi autoestima, mi felicidad, mi capacidad de amar y de abrirme a los demás.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo te reconstruiste? —preguntó Lauri con un hilo de voz. Sus lágrimas caían como torrentes por sus mejillas.

—Nunca lo hice del todo… —respondió con cariño Mel—. Me encerré en mí misma, me hacía daño, solía cortarme o pellizcarme la piel, luego mi odio por mí misma se volvió mayor… intenté acabar con mi vida en tres ocasiones… en todas fracasé —admitió—. Mamá y papá ya no sabían qué hacer, yo casi no hablaba, comía lo justo, no dejaba que nadie me tocara… Estaba muerta en vida, era horrible, me convertí en un alma solitaria, encerrada en una cárcel de auto flagelo insoportable… Me llevaron a miles de terapias, todas ayudaban un poco, pero ninguna me sanaba por completo porque yo no dejaba entrar a nadie, así que, en el último intento, cuando ya había decidido matarme de un tiro y ahorrarles a mis seres queridos el dolor de tener que vivir conmigo, mis padres se murieron primero. Desde allí ya sabes la historia, no pude suicidarme porque tuve que hacerme cargo de mi hermano, me dio pena dejarlo solo, era solo un niño y yo a él lo amaba muchísimo, era el único que, con su cariño infantil e inocente, dentro de todo podía acercarse a mí…

—Mel… —dijo Lauri y las lágrimas caían por su rostro.

—No podía hablar de esto, por eso nunca te lo dije ni a ti, ni a Mariana, ni a Ferrán… Por eso soy como soy, por eso me he guardado de todas las experiencias de la vida, porque quedé con un trauma tan grande que… —negó con la cabeza—. Sé en dónde estás ahora, Lauri, he vivido allí por años y soy el resultado de esa oscuridad… Pero entonces, un día mi vida cambió, llegaste tú y me invitaste a ir a comer, y no sé por qué, quizá porque eres demasiado insistente y no preguntas ni respetas los espacios, quizá porque tu sonrisa me ganó al instante, quizá porque tus locuras hacían que el dolor menguara, lo acepté. Me presentaste a Mariana, y a raíz de ustedes conocí a Ferrán y a Paloma.

Dijo con lágrimas que cubrían una sonrisa dulce y sincera.

—El frío se fue deshaciendo en mi interior y el miedo se hizo tan chiquito, que me vi capaz

de enfrentarlo, aunque admito que aún no le he ganado la batalla. Pero he perdido muchos años, me he cerrado a muchas experiencias, he dejado que esas personas me robaran no solo mi dignidad, sino también mis sueños y mi alegría de vivir, ¿y sabes qué? No vale la pena. Por eso estoy aquí, enfrentando a mis propios fantasmas, con la intención de que no te atrapen a ti, que no apaguen tu brillo, porque tú, Lauri, tú eres la luz de nuestras vidas, ¿qué haríamos sin tus bromas? ¿Quién nos hará reír? ¿Qué haríamos sin tu manera de hacer la vida más amena? Tú eres la que me dio la mano que finalmente acepté para salir de a poco de ese pozo y poder ver que hay luz del otro lado… Yo quiero hacer lo mismo por ti ahora.

—Ya no soy la misma, no puedo reír… algo ha muerto en mí —dijo ella.

—No, no está muerto. Solo estás lastimada y todo parece adormecido. Yo sé que puedes volver a ser quien eras porque nadie puede quitarte el poder de ser quien desees ser. Tú con tu sonrisa y tu alegría despertaste en mí a la Camelia que quiere ser feliz. Y ahora tú no estás sola, yo te prometo que no te dejaré ni un solo momento. Saldremos de esta juntas, tú y yo… Iremos a terapia, haremos lo que debamos hacer… venceremos a esas personas que nos arruinaron la vida, porque no, no es justo que nos dejemos de amar por culpa de unos idiotas.

—Mel…

—También están ellos —dijo Mel mirando a su alrededor—, los hombres que nos aman y que nos acompañarán en este camino, tu madre, Mariana, que es nuestra guía. ¿No somos afortunadas? No estamos solas, Lau.

—Pero… Ustedes no se merecen…

—¿Lau? ¿Tú crees que yo no merezco tenerte de amiga? ¿Tú crees que si yo te hubiese contado mi historia antes de que esto sucediera tú querrías alejarte de mí? ¡Y yo ahora recién lo comprendo! —exclamó Mel—. Pensaba que si les decía, que si les contaba, se alejarían de mí, y ahora tengo la certeza de que no es así…

Lauri suspiró.

—Escucha, tú no eres esa persona por la que ese hombre jugó, tú eres mucho más que eso, tú eres tu alma brillante y alegre, tú eres la mujer que Sebastián ama con locura y a la que quiere llevar al altar. Tú eres nuestra mejor amiga, la que nos hace reír y nos recuerda lo maravillosa que es la amistad, tú eres la hija que tu madre ha cuidado desde antes de que nacieras y por la que daría hasta su propia vida. Tú no puedes pensar en irte de aquí y dejarnos, no vale la pena, tú nunca pierdes, Lauri, no puedes permitirte perder esta batalla… No te dejaremos, no lo haremos… Y yo necesito de ti, ahora, porque solo tú sabes lo que yo siento, y solo tú y yo juntas, podremos salir adelante…

Lauri esbozó una media sonrisa dulce.

—Yo pensaba que preferías a Mariana —susurró en una pequeña broma que causó que todos sonrieran entre lágrimas.

—Te prefiero a ti, pero no se lo digas a ella —respondió Mel con un susurro ahogado por las lágrimas y la esperanza que brotaba en su interior—. ¿Puedo abrazarte?

—Sí… por favor —pidió Laura y las dos se fundieron en un abrazo intenso.

Después de aquella escena. Laura les pidió que la dejaran sola con Mel y Sebastián y les contó a ellos todo lo que recordaba de aquella noche. Ambos la escucharon con atención, mientras ella se deshacía de aquel dolor, y tomándola de la mano, le prometieron no dejarla y le dijeron que la amaban incondicionalmente.

—Mel —dijo Lauri antes de que se fuera—. Por favor ve a Galicia mañana, te prometo que no haré nada, que te esperaré aquí y tomaré estos días para pensar mucho en tus palabras… Ah… y llévate eso que compramos el otro día — añadió señalando un cajón de una cómoda—, lo necesitarás.

—Solo si me prometes que después iremos a comprar otro para tu noche de bodas —dijo Mel con una sonrisa dulce.

—Sí, el rojo —bromeó con una sonrisa que era más bien triste.

Mel tomó la bolsa y dejó a su amiga sola con su novio, aún tenían cosas de qué hablar.

CAPÍTULO 31

Fantasmas

Ferrán y Mariana, junto con la madre de Lauri, los dejaron solos en la habitación ya que Laura había pedido hablar solo con ellos. Ferrán caminaba de un lado al otro, nervioso y con ganas de poder conversar con Camelia de una vez por todas. Mariana se acercó a él y le puso un brazo en el hombro.

—¿No lo sabías? —preguntó él.

—Nadie lo sabía… yo lo sospechaba, aunque no con esos detalles —admitió.

—¡Era una niña! —exclamó Ferrán—. Solo un poco más grande que Paloma, no lo puedo comprender… no entiendo a la gente que… —calló frustrado.

—Lo sé, Ferrán, tuvo que haber sido muy difícil para ella.

—Intentó suicidarse tres veces, Mariana. ¡Es la mejor persona que conozco e intentó acabar con su vida tres veces! —exclamó—. No puedo ni siquiera imaginar lo que yo haría si le sucediera algo así a mi hija… No puedo comprender cómo aguantó tanto dolor por tanto tiempo —añadió.

—Por amor —respondió Mariana—. Camelia vive en una cárcel interior de la que ella no se permite escapar, pero nadie puede aguantar ese peso, por lo que tiene una sola manera de salir de allí y es a través de los demás. ¿No has notado que cuando hace algo por alguien se entrega por completo y se comporta como una mujer distinta?

—Sí… Ahora siento más admiración por lo que hizo con Paloma… Y tienes razón, cuando me escucha o me da consejos, se convierte en una persona segura de sí misma y dice cosas increíbles… pero cuando hablamos de ella, se vuelve una niña asustada.

—La niña a la que encerraron en esa jaula esas personas horribles —dijo Mariana—. Y Mel solo logra salir de allí para entregarse a alguien más, la primera vez que lo hizo fue por Ian, luego apareció Paloma y la hizo despertar de un sueño profundo, hay una Mel antes y otra después de la fiesta de los colores —explicó—, ella la vio sedienta de amor y fue a intentar darle ese cariño. Tú también —continuó—, ella deseaba que tú te reconciliaras con tu hija y hasta fue capaz de ponerse un traje de baño por encima de sus traumas que, por cierto, ahora comprendo, para lograr que ustedes recuperaran su relación.

—Cierto… y ahora con Lauri… Yo intenté por todo este tiempo que confiara en mí y me contara ese secreto que sabía estaba enquistado en su alma, pero ella no lo podía sacar…

—Solo lo sacó cuando necesitó ayudar a alguien más — dijo Mariana—. Esa es la manera en que ama Mel, a través de su amor por los otros es como se sana a sí misma.

—Tienes razón —afirmó Ferrán—, pero tengo miedo de que ahora se vuelva a cerrar. Esto que hizo hoy es enorme, pero no sé si podrá manejarlo.

—Una vez que dejamos libre al fantasma que nos atormenta solo queda luchar contra él, ya

no se lo puede volver a meter en la celda —dijo Mariana con ternura—, pero tú deberás ayudarle ahora, Ferrán, porque no va a ser fácil para ella.

—Lo sé… lo sé… —susurró él llevándose las manos a la cabeza—. Tengo mucho miedo de que se cierre ahora… que no me deje llegar a ella.

—Ella confía en ti, te ama… solo no te rindas, sé paciente —dijo Mariana.

***

Cuando Mel abandonó la habitación, se metió al baño de al lado. Sentía mucho calor, el corazón le latía con fuerza y las manos le sudaban. Todavía no podía procesar lo que estaba sucediendo. Sabía que se encontraría con Ferrán y recién allí fue consciente de que él había escuchado todo.

Salió y los vio allí, él conversaba con Mariana, se veía pálido y agotado. Camelia luchaba contra la idea de que él desde ese momento la vería diferente.

—Bueno, esto es todo lo que soy —dijo al verlos allí—, el secreto que tanto querían saber… —añadió.

—¿Podemos hablar? —preguntó Ferrán y ella asintió.

—Sí… llévame a casa, estoy agotada —pidió.

Mariana se despidió con un abrazo silencioso, la madre de Lauri regresó y le agradeció su presencia, entonces se marcharon.

Ferrán no habló durante el camino, estaba nervioso y no sabía por dónde empezar. Mel comenzaba a recordar aquellas escenas y la tristeza con la que tanto había luchado volvía a embargarla. Su cuerpo temblaba y el alma se le había congelado apenas salieron a la calle.

Tenía náuseas y una sensación de que el barro y la pestilencia salían del suelo y subían por su cuerpo. Había revivido al monstruo, y aunque había ayudado a su amiga, sentía que no había conseguido librarse de su cárcel personal, solo había despertado a la bestia y ahora tendría que enfrentarla.

—No quiero ir a casa… tengo miedo… —murmuró sin saber bien lo que estaba diciendo ni terminar de entender cómo se sentía.

—Vamos a la mía, yo te cuidaré —dijo él y la tomó de la mano—. Todo estará bien, mi amor —añadió para darle fuerzas.

Pero Mel, no estaba tan segura de eso.

Cuando ingresaron a la casa de Ferrán, el estómago le daba vueltas, los pensamientos se le mezclaban con los recuerdos y se aglutinaban en su cabeza. Se sentía avergonzada, se había dado cuenta de que ahora todos sabían su secreto y que podrían juzgarla, la historia se repetiría y tendría que huir de aquel lugar donde era tan feliz.

—¿Qué te sucede? Estás muy pálida —dijo Ferrán sosteniéndola.

—No me siento bien —respondió ella y se dejó caer en el sofá.

Ferrán se arrodilló ante ella.

—Escucha, mi amor, todo está bien, has sido muy valiente hoy —añadió él—. Estoy tan orgulloso de ti.

Pero su voz sonaba como un sonido lejano que no lograba llegar a ella.

Mel se acurrucó en su sitio, juntó sus rodillas sobre su pecho y abrazó sus piernas, en

posición fetal. Metió la cabeza entre ellas y lloró como si fuera la niña que despertaba de un sueño y sabía que algo había salido mal.

—No puedo, no puedo… nunca lo lograré, he despertado a los monstruos que con tanto esfuerzo había acallado… Ahora todo comenzará de nuevo… —susurró.

—No digas eso, mi amor, has sido la mujer más valiente que conozco y hoy has salvado la vida de tu amiga, le has devuelto la esperanza. ¿Tienes idea de lo orgulloso que estoy de ti? ¿Recuerdas lo que hablamos antes? ¿De nuestro propósito, de que a veces vivimos cosas que nos llevan después a ayudar a los demás? No has despertado a esos monstruos, los has vencido… eres una mujer libre, Camelia, los has enfrentado y le has infundido fuerzas a Laura para que ella también lo haga.

—No… no, no soy digna de ti, de tu amor… Nunca seré como Abril, no puedo ocupar su lugar, no quiero competir con su fantasma, es mucho para mí… yo no puedo… no puedo hacerte feliz, tienes que olvidarme… tienes que dejarme ir… —exclamó con desespero.

Mel estaba en un trance y repetía aquello una y otra vez. Ferrán se sentó a su lado e intentó abrazarla, pero no pudo hacerlo.

—Por favor, no me digas eso, no ahora… Hemos hecho un camino ya y podemos seguir trabajando en nuestra relación. Mañana viajaremos, puedes tomarte estos días para relajarte, se solucionará, yo te cuidaré… haremos todo lo que quieras, Camelia… Tú no ocupas el espacio de nadie, tú tienes tu espacio… no compites con nadie… Te amo, ¿puedes entender eso? Te amo a ti, Camelia Bustamante, con todo lo que eres, lo que fuiste y lo que deseas ser —rogó Ferrán.

—Sí… lo entiendo, pero no puedo aceptarlo… No puedo amarte igual, no puedo… —susurró entre lágrimas—. Eres demasiado para mí, Ferrán… No me merezco este sitio —zanjó.

—Escucha… por favor… no digas eso… ¿Qué quieres que haga? ¡Dime qué quieres que haga y lo haré! —exclamó desesperado—. No puedo borrar mi pasado, es lo que soy… pero ahora tú eres mi presente y mi futuro. No me dejes, no quiero ir solo a Galicia, yo también tengo fantasmas allí, pero los enfrentaremos juntos, los venceremos… Por favor… —rogó él.

Camelia se levantó de golpe, lo miró sin dejar de llorar, y negó.

—No… necesito pensar… necesito estar sola… —dijo antes de correr hacia la puerta.

—¡Ya has estado sola demasiado tiempo! —gritó Ferrán, pero solo le respondió el sonido de la puerta cerrándose.

Ferrán se dejó caer en el sofá y llevó las manos a la cabeza, no podía creer que estuviera perdiendo a la mujer que amaba de esa manera. No sabía qué hacer, no podía obligarla a quedarse, pero tampoco podía permitir que sus fantasmas la volvieran a tomar presa.

—¿No vas a ir tras ella? —inquirió Paloma a quien los gritos habían despertado y que se hallaba en la escalera observando todo.

—No… —respondió él.

—No puedes dejarla ir, papá… ¡Es ella… yo lo sé! —insistió y bajó las escaleras hasta él—. ¡Tienes que ir a buscarla!

—Necesita tiempo, Paloma. No voy a dejarla ir… pero la vida no funciona así, sé que esperabas que volviéramos a ser una familia, pero algunos adultos estamos muy rotos… —respondió él con impaciencia.

—No se trata de eso, papá —dijo ella acercándose a él, lo tomó de las manos y lo vio con los ojos llenos de lágrimas—. ¿La amas? —inquirió ella.

—Claro que la amo, Paloma…

—Mamá siempre dijo que el amor lo curaba todo… —dijo ella y secó algunas lágrimas de su padre.

—Sí… pero no siempre es suficiente…

—¿Amas a Camelia tanto como amaste a mi mamá? —inquirió.

—Paloma, mi amor —dijo sentando con cariño a su hija a su lado y abrazándola—. No se puede comparar y no es bueno hacerlo. Sabemos lo grande e importante que fue para nosotros tu madre y el amor que le tenemos no se acabará jamás, pero eso también pesa sobre las espaldas de Camelia porque no termina de aceptar que la amo solo por ser ella. La amo, muchísimo, tanto como puede amar la persona que soy hoy —añadió con tristeza—, pero no puedo obligarla… es ella quién tiene que desear quedarse… Mi amor no es suficiente para ambos, no podemos obligar a nadie a amarnos o a elegirnos.

Paloma suspiró.

—Pero no te puedes rendir, papá…

—No lo haré, princesa… solo estoy dándole un tiempo. Ve a dormir… mañana tienes que ir a lo de tu abuela y yo tengo que viajar —susurró con frustración.

—¿Vas a viajar? ¿La vas a dejar así? —preguntó Paloma con ansiedad.

—Quizá sea lo mejor, unos días nos vendrán bien a ambos. A veces necesitamos ordenar nuestras ideas y no forzar las situaciones, a veces hay que respirar un poco… —dijo él y ella negó—. No puedo obligarla, Paloma, compréndelo.

Paloma asintió, besó a su padre en la mejilla y fue a su habitación donde se acurrucó bajo las mantas y pensó.

—Mami… no pude haberme equivocado así… —murmuró.

Se levantó de nuevo, tomó el libro en sus manos, lo abrió y pasó sus dedos por él.

—¿Es el momento, mami? ¿Es el momento? —inquirió como si esperara una respuesta.

Entonces sintió un susurro en el oído y un calor inexplicable en el pecho, sabía que había llegado la hora. Era momento de jugarse y de hacer algo o la perderían, y ella no quería que Mel se alejara, era feliz a su lado.

Se levantó, miró el reloj de su celular que marcaba las tres de la mañana, hacía al menos una hora que Mel se había ido. Se vistió, tomó su libro poniéndolo en una de sus mochilas y salió de la habitación intentando hacer el menor ruido posible.

Con el corazón latiendo de prisa, el libro en su bolsa y su celular en la mano pensó llamar un Uber, pero le dio mucho miedo, así que llamó a su tía Naomi.

—Tía…

—¿Paloma? ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Sí… pero necesito un favor…

—¿Un favor? ¿A estas horas? —preguntó Naomi adormilada.

—Ven a buscarme, por favor… necesito ir a un lugar.

—¿Estás loca? ¿Y tu papá?

—Tía, por favor… solo ven aquí, es una misión que tengo que cumplir yo sola, papá duerme, no lo puede saber…

—¿Tiene esa misión algo que ver con tu mamá? —inquirió Naomi consciente de lo que Paloma estaba por hacer.

—Sí… te espero, ven lo antes posible.

Era una locura que la llenaba de miedo, pero había momentos en la vida en los que había que enfrentar a los miedos para lograr los verdaderos cambios. Eso le había dicho su madre la noche en que ella le dijo que tenía miedo de que una mañana cuando despertara, ella se hubiera muerto.

CAPÍTULO 32

Camelia

Mel llegó a su casa y se dio una ducha caliente. Todas las náuseas y el asco que había sentido hacia sí misma al rememorar aquella etapa de su vida, habían desaparecido. También se había ido la valentía que la había llevado a contar su más grande secreto en frente a sus amigos y a quién posiblemente fuera el amor de su vida, ahora solo le envolvía una calma silenciosa y a la vez tenebrosa, una especie de letargo y apatía que ella conocía bien, el camino hacia la depresión.

Lo único que quería era acostarse, meterse bajo sus mantas y dormir, dormir hasta que el mundo dejara de girar. Se arrepentía de lo que había hecho, había arruinado el viaje, había arruinado su vida, había alejado a Ferrán… pero había salvado a Lauri, y eso valía la pena. Ella no se merecía vivir en la oscuridad que había tragado a Mel por tanto tiempo.

Salió de la ducha, se observó de nuevo desnuda frente al espejo, vio como si un humo negro rodeara su pubis y sus pechos, como si de ese humo salieran manos que la tocaban y le lastimaban. A ella ya no le dolía, sacudió la cabeza y alejó el humo imaginario, sentía frío y unas ganas locas de que Ferrán apareciera por la puerta en ese mismo instante y la envolviera con sus brazos, le dijera que la amaba y le besara el alma.

Pero él no era el amor de su vida, era el amor de la vida de Abril, una mujer a la altura de la cual nunca podría estar. Porque ella estaba manchada, estaba sucia, era solo un objeto de placer para aquellos que se habían divertido haciéndole daño.

En ese instante lo comprendió, se sentía como un objeto, como una cosa, no como un ser humano digno de ser amado, respetado y comprendido. ¿Cómo no lo había visto antes? Aquellos chicos le habían robado su inocencia y su dignidad.

Desnuda y sin ganas, se acostó en su cama, se tapó con las mantas y cerró los ojos… ojalá no volviera a despertar, ojalá nunca hubiese abierto aquella represa de emociones y sentimientos que tantos años le costó guardar… Ojalá no hubiese hallado la llave de sus bloqueos.

—Si no lo hacías, no hubieses podido liberarte —se dijo a sí misma.

Una nueva Mel estaba naciendo en ese instante, y ella podía sentirlo. Esa sensación era como los dolores de parto, sabía que, desde esa noche, las cosas serían distintas.

—¿Qué debo hacer ahora? —inquirió para sí—. Perdonarte… —se respondió a sí misma—, Lauri no tiene la culpa de lo que le pasó, ella solo fue a buscar unas cosas con toda la ilusión de una novia a punto de casarse, no es su culpa… Y yo… yo era solo una niña estúpida jugando a ser mayor, me dejé llevar por la rebeldía de la edad y por las ganas de sobresalir… cometí un error, pero eso no era motivo para el daño que me hicieron… no lo era… No fue mi culpa, no lo fue…

Las lágrimas volvían a caer, el dolor empezaba de nuevo.

—Yo no quería que me violaran, no quería que se aprovecharan de mí. Yo no di mi permiso, y no fue mi culpa… no fue mi culpa.

La voz de Mel era suave, se hablaba fuerte como si le estuviera hablando a Laura.

—Pero yo me fui, yo me escapé de mis padres, yo salté las reglas y ese fue mi castigo.

Cuando se dijo eso, Mel abrió los ojos y entendió que ese era el verdadero dolor que se agazapaba en su interior, el haber creído que merecía lo que le pasó por haber sido desobediente.

—¿Es por eso que ahora siento que no me merezco nada de lo bueno que me pasa? —se preguntó a sí misma.

Era como si la niña que un día fue la mirara desde dentro y asintiera con la cabeza.

—Pero no fue mi culpa, no fue tu culpa, pequeña Mel… Todos los chicos hacen tonterías, todos desobedecen alguna vez, eso que te sucedió nunca podría ser un castigo… ¿Acaso no fue eso lo que le dijiste a Paloma cuando te contó lo del chico que quería fotografiarla? Que no fue su culpa, incluso a sabiendas que se había escapado y quería meterse en problemas a propósito para enfadar a su padre.

Mel hizo silencio, de pronto las lágrimas dejaron de caer.

—No fue mi culpa… —admitió—. Fue culpa de ellos… Claro que lo fue…

Cerró los ojos e imaginó que su padre y su madre estaban allí con ella, mientras ella bajaba unas escaleras intrincadas en forma de caracol que le llevaban a una cueva oscura y húmeda donde hacía muchos años, ella había encerrado de castigo, a esa niña perdida y desobediente, a esa niña rebelde y alegre, a esa niña que tenía tantos sueños y anhelos. La encontró acurrucada, flaca y ojerosa en una esquina, estaba abrazada a sí misma y temblaba de frío. Mel le pasó la mano, la niña dudó en dársela, ya no confiaba ni en ella misma, pero finalmente lo hizo. Mel entonces le dio un abrazo. La apretó contra su pecho como había hecho con Paloma esa noche en la cama del hotel, y le prometió que todo estaría bien.

—No es tu culpa, te perdono… perdóname tú a mí — susurró—. Ahora sal a la luz, grita, canta, baila… corre… eres libre…

Mel se imaginó que ayudaba a la niña a subir las escaleras, y que una vez arriba, abría una puerta por donde entraba mucha luz, ella dejaba ir a la niña y luego de un rato, la pequeña salía corriendo y sonriendo como hacía mucho tiempo no lo hacía.

Mel sintió silencio en su interior, no había fantasmas, no había miedos, no había fríos. Cerró los ojos y suspiró. Lo único que había era paz, mucha paz…

Los dolores de parto habían menguado y la nueva Mel había nacido al fin.

De pronto, apareció de nuevo en el bosque. La mujer de blanco con el ramo de flores la saludó con alegría. Nunca antes le había hablado, pero esta vez lo hizo.

—Te estaba esperando hace tiempo —le dijo y le tomó de la mano.

Cuando la mujer hizo eso, Mel sintió que una especie de electricidad encendía su alma, como si ella y aquella misteriosa mujer se conocieran desde siempre.

—Ven conmigo, tengo algo para darte —insistió.

Mel asintió.

—Abuela, ¿eres tú? —inquirió con una sonrisa tierna—. ¿Me llevarás de nuevo a esa casa? No la conozco, ¿es dónde fuiste feliz? ¿Era tu hogar?

—No, es tu casa… es tu hogar… Tú lo estás construyendo —respondió la mujer—. Debes ser feliz, debes animarte a vivir…

Mel la siguió y vio de nuevo el vivero, pero esta vez pudo identificar las flores, eran camelias.

—¿Es tu jardín, abuela?

La mujer asintió y luego señaló hacia la pared de camelias blancas, donde volvió a abrirse una puerta donde pudo ver la casa.

—¿Esta vez vendrás conmigo? —preguntó.

—No… Este no es mi tiempo, es tuyo. Es hora de que seas feliz y que tomes posesión de lo que te pertenece, que formes el hogar que tanto anhelas. No temas, no dejes que el miedo te limite, Camelia —dijo la mujer antes de regalarle una sonrisa y señalarle la puerta para que ingresara.

Mel lo hizo, y cuando se volteó a verla, la mujer le sonrió.

—Todas las respuestas están en tu corazón, anímate a mirar allí. Y toma, camelias blancas para ti —respondió y le pasó el ramo—, ¿sabes lo que significan? —inquirió.

—No… no lo sé… Sé que tú amabas las camelias, abuela, me lo dijo mamá.

La mujer negó con dulzura…

—Pronto sabrás lo que significan… Sé feliz, sé muy feliz —respondió antes de esfumarse.

—¡Espera! ¡No te vayas! —pidió Camelia, pero ya era tarde.

Volteó para ver la casa a la cual ya estaba acostumbrada, la alfombra azul, la chimenea, el sofá, los cuadros. Y ahora aparecieron miles de jarrones con camelias blancas por todos lados. Mel comenzó a reír, no sabía por qué, pero reía, reía y reía. Se sentía muy feliz.

Se acercó al portarretrato que siempre veía sobre la chimenea, pero cuya foto no era capaz de vislumbrar. La tomó en sus manos y esta vez sí supo de quiénes se trataban, eran ella y Ferrán.

De pronto comenzó a escuchar el timbre, buscó de dónde provenía el sonido, ¿quién sería? Buscó las puertas, pero no las halló.

El timbre volvió a sonar, Mel abrió los ojos. Se había quedado dormida, pero ya no estaba en su sueño, sino desnuda en su cama. El timbre sonó una vez más.

La oscuridad del lugar le dio la pauta de que aún no amanecía. ¿Quién sería? ¿Ferrán?

Se puso la bata sobre su piel desnuda y caminó hasta la puerta, segura de que era Ferrán y de que no sabría qué decirle, pero no podía dejarlo allí afuera a esas horas y la verdad, no quería hacerlo. Quería arrojarse a sus brazos y pedirle que la abrazara. Pero cuando abrió, no era él, eran Paloma y Naomi.

¿Naomi?

—Hola Camelia —saludó Naomi avergonzada. Se encogió de hombros y miró a Paloma—. Te dejo aquí—. Hizo una señal de despedida con la mano y se fue de nuevo a su vehículo.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió Mel con sorpresa—. ¿Dónde está tu padre?

—En su cama, llorando por ti —respondió la niña.

—Pero… ¿Sabe que estás aquí?

—No, Mel, por supuesto que no —dijo poniendo los ojos en blanco—. ¿Me vas a dejar pasar o no?

Mel se hizo a un lado y la pequeña niña ingresó. Caminó hacia la sala y abrió la mochila que llevaba para sacar un libro y colocarlo sobre la mesa. Mel leyó el título: «La dama de las camelias».

—Hace frío, ¿quieres un chocolate caliente? —Paloma asintió y se sentó a la mesa con su

libro en las manos.

—Sí, estaría muy bien —dijo Paloma con una sonrisa.

—Debemos llamar a tu papá, no puedes estar aquí a estas horas. ¿Te ha traído tu tía? ¿Te das cuenta de que tu padre se enfadará y que es peligroso que andes afuera a estas horas?

—Suenas como una mamá —dijo Paloma con una sonrisa.

Mel hizo silencio, terminó de preparar el chocolate y se lo sirvió caliente, también sirvió una taza para ella.

—Me gustaba mucho esto cuando tenía tu edad —le contó—. Mi mamá me lo hacía y me decía que todo pasaría… creía que podía solucionar todos los problemas.

—Pues bien… porque ahora necesitamos solucionar muchos —dijo Paloma con decisión.

—¿Qué tal si primero le llamamos a tu papá y le decimos que estás aquí? —respondió Mel que de pronto sintió un cariño inmenso por esa niña.

—No… le llamaremos más tarde… —respondió la muchacha—. Necesito hacerte una pregunta.

—Dime… —respondió Camelia en medio de un suspiro, sabiendo que no le ganaría a Paloma cuando se ponía en ese plan.

—¿Amas a mi papá? ¿Estás enamorada de él? —inquirió.

—Sí, Paloma… Sabes que lo amo y que estoy enamorada de él, pero…

—No me vengas con peros… —zanjó la niña y su respuesta hizo que Mel soltara una pequeña risita.

—Hay cosas que no puedes comprender aún… —añadió Mel.

—Odio cuando los adultos dicen eso, los jóvenes somos capaces de comprender muchas cosas si tan solo se tomaran el tiempo de explicárnoslo.

—Tienes razón… —susurró Mel—. Te lo explicaré…. Tengo una herida muy grande, una que me impide amar a tu papá como se merece, como debería… No quiero lastimarlo, lo amo demasiado para eso…

—Hoy no te salió tan bien, lo lastimaste —dijo la niña cruzándose de brazos.

—Lo sé, cariño, pero…

—Escucha… No sé cuál es tu herida, pero todos tenemos una, Camelia. Yo también la tengo, me he quedado sin madre muy joven y aún me hace mucha falta. Miles de veces me he sentido muy sola y siento que nadie comprende esa soledad. Veo a mis amigas compartir sus cosas con sus mamás y yo… extraño mucho a la mía.

—Sé que te sientes así —dijo Mel con cariño—, pero yo no soy tu madre y no quiero ocupar su lugar.

—¿No me quieres? —preguntó Paloma y por primea vez Mel vio una pizca de temor en su actitud hacia ese momento muy valiente.

—Claro que te quiero… muchísimo, Paloma. No lo dudes —respondió Camelia con sinceridad—. No quiero que lo dudes ni por un solo instante, y estaré aquí siempre que me necesites, aunque tu papá y yo…

—¿Vas a dejar a papá? —preguntó Paloma.

Mel suspiró, pero no pudo responder.

—La primera vez que te vi, cuando papá se acercó a saludarlas, supe de inmediato que algo tenía o quería contigo. Lo observé cuando te miró, la forma en que te saludó, la manera en que

sus ojos brillaron al verte. Si quieres la verdad, me enojé más de lo que ya estaba en ese momento, siempre imaginé que sería muy difícil ver a papá con alguien que no fuera mamá… Ellos eran… perfectos juntos —susurró.

—Yo…

—No… escúchame —pidió Paloma y Mel asintió—. Cuando mamá estaba aún bien, es decir, todavía podía hacer algunas cosas, pasaba mucho tiempo conmigo, yo era chica, tenía ocho años cuando ella falleció… Desde un principio fue clara conmigo, me contó que estaba enferma y que no le quedaba mucho tiempo, que pronto tendría que ir al cielo, pero que quería disfrutar al máximo conmigo. Salíamos, comíamos helados, íbamos a la playa… con el tiempo su cuerpo se fue cansando y lo único que podíamos hacer era leer libros en su cama o ver películas.

—Pobre… —dijo Mel con compasión.

—Ella me contaba historias y me leía libros… Me dijo que su libro favorito se llamaba La dama de las camelias, pero no me explicó de qué se trataba, porque ese libro le gustaba solo porque se lo había regalado su abuelo con quien se había criado. Era su posesión más preciada, así que me lo regaló a mí.

Añadió señalando el libro que tenía en la mano.

—Una noche, me dijo que necesitaba decirme algo muy importante, yo la escuché y ella me dijo algo así: «Escucha, Paloma, cuando yo ya no esté y ya no duela tanto, va a venir una mujer que te cuidará a ti y a papá, él la amará y ella a él, y tú también la querrás, así como ella a ti».

—Paloma… por Dios —dijo Mel y la tomó de la mano.

—Yo le dije que no quería a nadie, que nadie nunca sería como ella, pero mamá me dijo que la escuchara. Asentí y entonces me dijo lo siguiente: «El amor es el único capaz de curar las heridas que nos quedan en el alma, y yo sé que el amor de ella te ayudará a ti y a papá a avanzar. Será una mujer muy bonita, por dentro y por fuera, por eso necesito que me prometas una cosa». Yo le pregunté qué y ella me dijo esto: «Debes prometerme que serás una buena niña cuando tu papá te presente a la mujer que ama, no le harás berrinches ni te enfadarás con él, no le harás sentir mal a esta persona, no la alejarás de ustedes y no la comprarás conmigo».

—*Wow*… —dijo Mel al imaginarse a Abril con el corazón desgarrado diciéndole eso a su pequeña de solo ocho años.

—Yo le dije que estaba bien, que se lo prometía, pero le pregunté cómo sabría quién era la indicada. Mi mamita sonrió y me dijo que yo lo sabría porque la mujer vendría envuelta en camelias.

—¿A eso te referías cuando aquella noche en la cama me dijiste que me habías estado esperando? —quiso saber Mel.

Paloma asintió.

—Estaba tan cansada de la farsa con papá, de estar siempre enojada, de que todo me doliera. Y llegaste tú y te preocupaste por mí como si realmente te importara, dejaste de lado tus miedos y te pusiste un traje de baño y te animaste a subir a la banana recordándome lo feliz que solía ser. Además, yo imaginaba que la mujer llegaría así tal cual dibujé en mi obra del festival de la Esperanza, envuelta en camelias, como dijo mi madre… pero tú te llamas así, y, a decir verdad, era mucho más lógico… te verías un poco extraña con una capa llena de flores, ¿no? —sonrió—. Las camelias eran las flores favoritas de mi madre, ¿lo sabes? En Galicia, cuando vivíamos allí, ella tenía un vivero lleno de ellas… ¿Acaso el nombre no envuelve por completo a una persona?

Supe que eras tú apenas supe tu nombre —afirmó la muchacha—, por eso dejé que entraras a mi mundo, porque mamá me había prometido que tú vendrías y que me querrías. Y tú cumpliste su palabra, porque fue tu amor el que nos liberó a papá y a mí, el que curó las heridas que teníamos en el alma. Por eso, Camelia, te estaba esperando hace mucho, y no puedes dejarnos ahora… —Paloma lloraba.

—No voy a dejarte, Paloma —dijo Mel y se levantó para abrazarla.

—Todavía no he acabado. Si vine aquí hoy fue a cumplir la última voluntad de mi madre. Ella me dijo que yo era la mejor y la más indicada para cumplir con su último pedido y me siento muy honrada de poder hacerlo —dijo con mucho orgullo, lo que a Mel le pareció muy tierno—. Ella te ha dejado una carta.

—¿Una carta? ¿A mí? —inquirió Camelia sorprendida.

—Sí… —dijo la pequeña sacando un sobre del libro que tenía sobre la mesa—. La guardé aquí, en su libro favorito, junto con mi foto favorita de ella y la carta que le dejó a mi papá. Me dijo que yo sabría cuándo debería entregarlas, y debo decir que a veces tenía miedo de no estar pendiente del momento exacto, pero esta noche, cuando te escuché llorar y vi a mi papá tan triste… supe que era el momento, así que aquí la tienes…

Paloma le pasó a Camelia una carta guardada en un sobre amarillento.

—Papá dice que no podemos obligarte a quedarte si no quieres, pero por lo menos quería que supieras que para nosotros eres importante y te amamos, ni él ni yo buscamos reemplazar a mi madre, sabemos que tú no eres ella ni queremos que lo seas, solo queremos que seas tú y estés en nuestras vidas —añadió—. Debo admitirlo, cuando mamá me lo dijo, yo no lo entendí, lo acepté solo porque era su voluntad… Pero ahora lo comprendo todo y estoy feliz de que hayas llegado a nuestras vidas. Tú dices que tienes heridas, deja que el amor que tenemos para ti te ayude a sanarlas como tú lo has hecho con las nuestras.

—Paloma, eres una niña madura y sabia, y no quiero que dudes nunca de lo importante que eres para mí y lo mucho que te quiero. Te agradezco lo que estás haciendo —dijo ella conmovida y la besó en la frente.

Paloma sonrió.

—Te dejaré sola con la carta, si no te importa, mientras la lees, ¿puedo recostarme en tu habitación. Tengo mucho sueño…

—Sí… claro… —dijo Camelia aún anonadada—. Anda, tranquila.

La pequeña fue a su cuarto y Camelia volteó el sobre. No tenía nada escrito, el miedo se instaló en su corazón, pero la curiosidad fue aún más grande y la misma sensación que tuvo en el sueño le invadió el alma. Buscó entonces un cuchillo y abrió con cuidado.

Observó la letra pulcra y meticulosa en tinta azul, pasó sus dedos por las palabras y se imaginó a Abril escribiendo esas letras. ¿Qué habría pensado en ese momento? ¿Cómo era capaz de saber todo lo que sabía? Caminó hasta el sofá y se sentó para descubrir lo que decía aquel precioso recuerdo que la niña había guardado por años como el más grande de los tesoros.

CAPÍTULO 33

Abril

Querida Ella:

¿Cómo estás? Espero que estés bien, muy feliz y, sobre todo, que te sientas muy amada. Te extrañará mi carta, ¿no es así? Lo comprendo, solo espero que no te moleste ni te ofenda…

Se la di a Paloma porque sé que su corazón es inmenso y que te sabrá reconocer apenas te vea. Yo le conté como te imaginaba, también se lo dije a Ferrán, pero él no me quiso escuchar, su dolor es tan grande que no es capaz de ver nada más y no entiende que solo hay un único remedio para todos los males del mundo, un único remedio capaz de sanar a la más grandes y profundas herida de las almas. Y ese remedio, es el amor.

Le pedí mucho a Dios que me hablara de ti antes de que me fuera, no iba a conseguir nunca la paz si no tenía la certeza de que estabas ahí y que acudirías a cuidar de mis tesoros más preciados. Él no me respondió enseguida, pero así es Dios, a veces se toma su tiempo para mostrarnos su mano, no porque no esté presente, sino porque quiere que nosotros aprendamos ciertas cosas por nuestra cuenta, así mismo como nosotros lo hacemos con nuestros hijos. Pero anoche te soñé, él me mostró tu rostro, pero, sobre todo, vi tu corazón y supe que eras la indicada.

Estábamos juntas, en una estación de tren, yo debía subir a uno y tú recién bajabas de otro. Te vi, tenías una camelia en el ojal y supe que eras tú. Nos quedamos allí, mirándonos un buen rato, y en ese instante, pude leer tu alma. Vi bondad en tu corazón, amor en tus ojos, ternura en tus manos y paciencia en tu carácter. Entendí que esa estación era la vida que cada uno construye, entendí que tú venías de algún lejano sitio y yo iría para otro. Ambas éramos pasajeras en tránsito y no estaríamos mucho tiempo juntas, pero sería el suficiente para que yo pudiera subir tranquila al tren que me llevaría de regreso a casa. Te di un fuerte abrazo, y te susurré al oído que habías llegado a casa.

No hay nada como llegar a casa, ¿no? Y no me refiero a ese lugar físico que construimos entre cuatro paredes, sino al corazón de las personas que te aman y donde te sientes a gusto y a salvo. Sabía que yo tenía que volver a mi hogar infinito, al hogar desde donde un día partí para experimentar la vida, y tendría que dejar mi hogar terrestre en buenas manos. Al verte, noté que tú venías de un mundo donde habías sufrido mucho y que no creías merecer tener un hogar, pero no te equivoques, sí lo tienes, y sé que lo sientes en este momento, sé que lo sientes desde hace rato.

Mi hija sabía de tu llegada, es la única que me escuchó cuando se lo dije y me creyó a ciegas, con esa inocencia que solo tienen los niños. Intenté alertar a Ferrán, para que al menos se atajara a esa esperanza cuando yo ya no estuviera, pero él se negó a oírme, se cerró a las posibilidades. No importa, tengo la certeza de que el muro que construyó alrededor de su corazón quedará derrumbado en el momento exacto en que entres a su vida, así como también le sucederá al tuyo. El amor es así, impetuoso y febril.

Paloma debía estar preparada, debía saber que yo no la abandonaría, que quizá no estuviera allí físicamente, pero que alguien velaría por ella. Le dije que vendrás envueltas en mis flores favoritas, las camelias. Aún no sé cómo sucederá, ni ella lo entendió cuando se lo dije, los niños tienden a captar las cosas literalmente, pero supongo que eso ya no está en mis manos, y solo me queda confiar. Si algo he aprendido en este tiempo es que en realidad no controlamos nada, solo creemos que lo hacemos, y que se obtiene mucha paz cuando entregamos el control que creemos tener y solo nos encargamos de confiar.

Bueno… ¿Qué más puedo decirte? Podría hablarte horas de mi marido y mi hija, contarte qué les gusta comer o qué no, sus virtudes y sus defectos, pero estoy segura de que las personas que tú conocerás no serán exactamente

las mismas que yo estoy dejando hoy, y eso es bueno, porque, ¿qué sería la vida si no aprendiéramos cosas nuevas a cada paso y no nos permitiéramos cambiar el rumbo cada vez que notamos que necesitamos nuevos caminos? El dolor es un gran maestro, y estoy segura de que todos en algún momento de nuestras vidas somos sus alumnos. Si vamos a sufrir por algo, deberíamos al menos asegurarnos de que ese dolor nos hará mejores personas, ¿no es así? Así que seguro que tú, cuando los encuentres, los hallarás renovados y curtidos por el dolor que les ha dejado mi partida.

Pero a la vida vamos para ser felices, no para sufrir, no para aferrarnos al dolor y al pasado. Creo que te estoy escribiendo a ti, pero a la vez me estoy diciendo estas cosas a mí misma. Quiero disfrutar hasta el último minuto de la vida al lado de mis seres queridos, y partir con una sonrisa de allí donde fui tan amada, pero a Ferrán le cuesta entender eso y sigue enfadado, ¿y de qué sirve estar enfadado si no hay ya nada que podamos hacer? Yo ya no siento enojo, siento paz, felicidad, y mucho amor… mucho, mucho, mucho amor.

No deseo llenarte de ideas sobre mis amores, ya tendrás tú la oportunidad de crear tu propia historia con ellos, solo quiero decirte que los amo, que son lo más preciado de mi vida, que estoy feliz de haber venido a este mundo, y que le agradezco a Dios haber conocido temprano a Ferrán, porque pude vivir muchos años a su lado. También agradezco cada minuto de la vida de Paloma, y el haber sido yo a quien eligió para llegar a este mundo. Y quiero decirte que te amo a ti. Puede ser que aún no lo entiendas, pero el amor es una fuerza tan explosiva que cuando te atrapa, calienta tanto tu alma y tu corazón, que sí o sí necesitas expandirlo, hacerlo llegar a los demás, trasmitirlo. Se es mucho más feliz dando que recibiendo, y cuando uno lo comprende, es cuando entiende el sentido del amor de verdad. Por eso te amo, porque si estás leyendo esto es porque tú le das a mi familia un amor en el cual se pueden refugiar, con tu amor les has dado esperanzas, ganas de vivir, de seguir… y eso te lo agradeceré eternamente, desde donde sea que me vaya cuando aquí ya no esté. Espero que ellos también te den a ti lo que sea que necesites para realizarte como persona.

Estoy segura de que el amor es lo único que llevamos al más allá. Mi cuerpo se acabará, mis cosas ya no valdrán nada, y mis recuerdos se esfumarán con el tiempo… sin embargo, el amor que he vivido, que he dado y recibido, ese vendrá conmigo a donde sea que voy ahora, y es lo único que nadie me podrá quitar. Desde aquí se expandirá y llegará a ustedes, a esa nueva familia que formarán, a ese, que es mi hogar, tu hogar… nuestro hogar.

Quiero pedirte un enorme favor, y no es que ames y cuides a los míos porque sé que eso no es algo que harás porque yo te pida sino porque tú así lo sientes, el favor tiene más que ver contigo que conmigo. Sé dónde me ha colocado Ferrán, sé que parece un lugar demasiado difícil de alcanzar o de sustituir, sé que podrías sentirte aturdida por eso, lo sé porque yo en tu lugar me sentiría así… Deja de lado ese pensamiento, olvídalo… Ten la certeza de que si esta carta ha llegado a tus manos, es que tú eres la indicada, es que has sido tan genial que has encandilado a Ferrán y lo tienes a tus pies, es que mi niña te ha dado un lugar en su corazón y en su vida… y es que tú te los mereces.

No pienses en mí, yo ya no estoy, yo ya me fui, y todo eso es tuyo, te lo ganaste solo por ser tú. No tengas miedo de amar, no tengas miedo de que te amen, no tengas miedo de crear una historia única que solo les pertenecerá a ustedes.

Cuídate mucho, cuídalos mucho, ámense mucho.
Con todo mi amor,
Abril.

***

Camelia cerró la carta y caminó de un lado al otro, repitiendo esas frases en su cabeza mientras su corazón latía a mil y su alma vibraba. Sentía a Abril muy cerca, como si le hablara al oído, y se acercó a ese libro que ella amaba, como si tocarlo la acercaría a ella un poco más. Lo tomó en sus manos y lo abrió allí donde estaba marcado. Había una foto, la tomó en sus manos.

Y en ese mismo momento pudo reconocer a la mujer que había visto aquella vez, como un espectro en la playa, justo antes del accidente que la llevaría a conversar con Ferrán, a la

vendedora de flores amarillas de la esquina, cuando por primera vez iban a ver a los niños del hospital. A la mujer de sus sueños, a la que iba por el bosque con un ramo de camelias blancas y que esa misma noche se las había entregado a ella y le había dicho que aquella casa era su hogar y que debía ser feliz.

Era ella, no era su abuela, era Abril, siempre había sido ella, siempre había estado allí.

Mel se echó a llorar, sentía tanto amor en su corazón que pensaba que explotaría. Corrió hasta su habitación, pero Paloma dormía plácidamente. La cubrió con una manta y la besó en la frente. Fue en ese mismo instante en que escuchó el timbre, sabía que era Ferrán, lo podía sentir.

Corrió a abrirle, se abrazó a su cuerpo sin siquiera dejarlo entrar y se zambulló en su cuello, llenándolo de besos y caricias.

—Mel… ¿Estás bien? ¿Paloma está aquí? Por favor, dime que sí… Naomi me llamó y me dijo que…

—Sí… Está dormida… —susurró—. Llegó hace un rato y hablamos… me trajo una carta.

—Lo sé, me dejó una nota y una carta también. ¿Puedo pasar?

—Sí… pasa —dijo ella haciéndose a un lado—. ¿Me puedes perdonar? ¿Por favor? —pidió —. Tenía tanto miedo, no me sentía digna de ti, yo…

Ferrán se sacó el abrigo y la abrazó de nuevo.

—No hay nada que perdonar, mi amor. Comprendo todo, de verdad, lo comprendo absolutamente todo, y lo único que sé es que no quiero separarme de ti nunca más. ¿Me permitirás amarte? ¿Me dejarás hacerte la mujer más feliz del planeta?

—Ya me haces sentir así, Ferrán —dijo ella y lo besó.

Se separaron con dulzura y él acarició sus cabellos ordenándolos detrás de su oreja.

—Eres tú, Camelia, eres la mujer que amo y elijo… quiero que lo tengas muy claro.

—Lo sé, lo comprendo… Han sido… tantas cosas en tan poco tiempo… tenía miedo y… no me creía capaz de…

Quiso decirle muchas cosas, pero las palabras no le salieron así que le dio otro beso. Por primera vez en mucho tiempo, Mel se sintió libre. En solo unos minutos lo había comprendido todo, entendía en realidad la fuerza sanadora del amor del que hablaba Abril, la importancia de dar para recibir. Imaginar a esa mujer tan enferma entregando su alma en una carta para alguien a quien ni siquiera conocía le hizo comprender que en realidad pensar en la felicidad de los que amaba le había ayudado a transitar su dolor y su incertidumbre, la había ayudado a morir en paz.

Entendió entonces cómo su propio corazón había sanado mientras ella ayudaba a las personas que le importaban, mientras hablaba con Paloma aquella noche o cuando acompañaba a Ferrán junto a los niños del hospital o, unas horas antes, cuando desnudó su alma ante Lauri.

Dándose a los que amaba había vencido a sus fantasmas. Y ellos, gracias a su amor le habían ayudado a recuperar su fe en sí misma y en los demás. Y no era solo por el amor de Ferrán o de Paloma, también se lo debía al amor de sus padres, que dieron su vida por intentar hacerla comprender lo mucho que importaba en este mundo, el amor de Ian que siempre había confiado en ella, el amor de Lauri, de Mariana… y hasta por qué no, el amor de Abril, a la que ya no veía como un modelo que no podría alcanzar jamás, sino como una aliada en el camino hacia la felicidad.

Ferrán se sentó en el sofá y la sentó en su regazo. La bata que se había puesto se abrió un poco con el movimiento y descubrió su piel. Él la observó con dulzura y luego la cubrió. Mel

supo que la estaba cuidando hasta de sí misma. Lo abrazó.

—¿Todavía me quieres llevar a Galicia? —inquirió.

—Sí… por supuesto que sí… Aunque estoy agotado y creo que es la noche más larga de mi vida… —susurró con cansancio.

—¿Quieres que durmamos un rato? En la cama está Paloma… pero podemos hacernos un espacio.

—Durmamos aquí, en el sofá… —dijo él y se movió para tenderse y hacerle un espacio.

No había mucho lugar, pero a ella no le importó, lo único que quería era que él la abrazara. Se acostó a su lado y se cubrieron con una manta, recostó la cabeza en su pecho y suspiró su perfume.

—Te amo, Ferrán.

—Y yo a ti, Camelia.

CAPÍTULO 34

Hogar

Ferrán se encontraba preparando el café, mientras miraba con cariño el cuerpo de Mel tendido sobre el sofá. La bata se le había abierto en la noche y uno de sus senos estaba completamente afuera. Sabía que debía cubrirla, pero la observaba con placer y culpa, solo por un instante.

Llevó las tazas humeantes de café y las colocó en la mesa. Observó la foto de Abril que descansaba en el libro abierto de Paloma y le sonrió. Así era como la recordaba, feliz, sonriente, brillante.

—Gracias… —susurró y luego guardó la foto en el libro y lo cerró.

Iba a cubrir a Camelia cuando la puerta se abrió. Un muchacho joven ingresó y observó la escena.

—¿Quién eres? —inquirió Ferrán nervioso.

—Creo que yo debería hacer esa pregunta —respondió él.

—¿Ian? —preguntó al recordar que ese día debía llegar el hermano menor de Camelia.

—Y espero que tú seas Ferrán —respondió él.

—Así es —dijo y se acercó a saludarlo pasándole la mano.

—Un gusto… No esperaba interrumpir —añadió el chico metiendo una pequeña valija.

—No lo has hecho… ha sido una noche larga…

—Sí… lo imagino… —respondió el muchacho mirando a su hermana.

—No, no es lo que imaginas —se apresuró Ferrán a decir mientras caminaba hasta Mel y la cubría con la manta.

—Qué mal —suspiró—. Pero bueno… ¿Viajan hoy?

—Así es… —dijo Ferrán—. ¿Quieres café?

—Sí… sería genial —admitió y se sentó en la mesa.

—¿Papá? —dijo Paloma acercándose a la sala y observando con curiosidad a Ian.

—¡No! ¡Imposible, yo no puedo ser tu padre! —dijo Ian y Ferrán se echó a reír.

—¿Qué pasa, cariño? —inquirió.

—Qué bueno que viniste… —dijo la niña acercándose a abrazar a su padre—. ¿Tú eres Ian? —inquirió.

—Sí, y tú tienes que ser la pequeña Paloma —dijo el chico y le guiñó un ojo—. Mi hermana me ha hablado mucho de ti.

—Y a mí de ti —respondió ella con una sonrisa dulce.

Caminó hasta Mel y la despertó.

—¡Mel! ¡Mel! Papá e Ian están aquí —dijo y la chica abrió los ojos.

—¿Ian? —inquirió levantándose de un salto. Entonces corrió a abrazarlo—. ¡Qué gusto

verte! ¿Llegaste bien?

—Sí… y ya he conocido a la familia —respondió con una sonrisa.

—He preparado el café, mi amor, ¿quieres? —preguntó Ferrán acercándose a ella y besándola en la frente.

—Sí… iré a cambiarme —dijo y luego miró a Ian—. Ha sido una noche complicada…

—Sí, ya me enteré, lástima que no en el sentido que me imaginé —dijo encogiéndose de hombros y fue Paloma la que rio de aquella broma haciendo que su padre levantara las cejas con sorpresa.

Mel se fue a la habitación para vestirse y regresó a los pocos minutos, para sentarse con ellos a tomar el café.

Observó a Paloma riendo con Ian por un chiste que él había hecho, y a Ferrán revisar su teléfono mientras también reía por lo que sea que dijo Ian, y se sintió en casa, en ese hogar del cual Abril había hablado en la carta, un hogar que no es un sitio físico, sino un lugar en el alma donde uno encuentra paz junto a los que ama.

—¿A qué hora salen? —preguntó entonces Ian.

—A la tarde, pero no he preparado mis cosas aún —dijo ella.

—Ni yo… Será mejor que me vaya y lleve a Paloma a recoger sus cosas para ir a lo de su abuela, luego prepararé mi maleta y… ¿tú la llevarás al aeropuerto? —inquirió Ferrán viendo a Ian—. ¿O quieres que pase por ti?

—Yo la llevaré, así tenemos un tiempo para conversar —dijo él.

—Está bien… solo no se te ocurra no aparecer —pidió Ferrán con un dejo de temor en la mirada.

—No, ahí estaré, lo prometo —dijo con una sonrisa.

—Veo que arreglaron todo —añadió Paloma con un pedazo de pan en la boca—. Qué bien, porque ya estaba cansada de sus tonterías. ¿Por qué los adultos son tan complicados? —dijo y miró a Ian que se echó a reír.

—No lo sé, Paloma, no lo sé… pero pronto lo averiguaré y cuando lo sepa vendré a contarte —añadió él con una risa divertida.

Un rato después, Ferrán y Paloma se despidieron. Mel abrazó a Paloma y le dijo que le traería algo de Galicia, que fuera obediente y se portara bien con la abuela, la niña asintió y le pidió que no se preocuparan por ella, que estaría bien y que ella lo disfrutara mucho. Ian observó la escena y se sintió feliz, vio el amor con que su hermana trataba a esa gente y pudo darse cuenta de que ella lo había logrado, que había luchado con el fantasma que había congelado su corazón y lo había derrotado al fin.

CAPÍTULO 35

Viaje

Luego de que Camelia acabó de hacer sus maletas e Ian se acomodó en la casa, decidieron salir camino al aeropuerto con la idea de detenerse primero por la casa de Lauri para despedirse y luego tomar un café y conversar un poco.

—¿Cómo estás? —saludó Lauri al verla, por primera vez no estaba acostada en la cama, sino sentada en la sala viendo una película.

—Bien, ¿y tú? —inquirió la muchacha.

—Mejor, Mel… pensé mucho sobre lo que me contaste y todo lo que viviste… Tuvo que haber sido horrible… perdóname si yo, con mis bromas…

—No tengo nada que perdonar, Lau, tú con tus bromas me hiciste vivir todo con más naturalidad, incluso llegué a pensar en que todo podría salir bien… Nunca me faltaste al respeto ni me sentí ofendida —afirmó.

Lauri sonrió.

—¿Cómo te sientes ahora? —inquirió Lauri.

—Bien… cuando salí de acá las cosas se pusieron un poco oscuras, debo admitir que la valentía se me borró, pero entonces sucedieron cosas increíbles y… creo que es el momento de avanzar, Lau, estoy cansada de estar estancada.

Laura sonrió y le pasó la mano con cariño.

—Mel, no estoy en posición aún de darte ningún consejo, aún no sé cómo será mi vida después de esta pesadilla de la que todavía no salgo, pero… tú mereces ser feliz y Ferrán es un gran hombre. Sebastián me ha contado lo mucho que le ha ayudado y le ha hablado, creo que… es el indicado para que le entregues tu confianza y dejes a un lado los miedos…

Mel asintió.

—Lo sé… es lo que deseo hacer, Lau…

—¿Me contarás lo que suceda en Galicia? —quiso saber la muchacha.

—Por supuesto… ¿con detalles? —preguntó Mel con una sonrisa dulce que a Lau le ablandó el corazón.

—Con todos los detalles —pidió la muchacha con mucha emoción.

Mel la abrazó y la besó en la frente.

—Tú y yo estaremos bien, Lau… saldremos de esta. Cuando regrese veremos la manera, no estás sola —añadió.

—Lo sé… Prométeme que disfrutarás de ese viaje al máximo y que soltarás todo lo que te ata —insistió la muchacha.

—Lo intentaré, de verdad, lo prometo.

Las chicas se despidieron y Mel salió muy emocionada para ir junto a Ian que la esperaba

afuera. Fueron a tomar un café y este le preguntó qué había pasado. Camelia intentó hacer un resumen de todo lo sucedido en las últimas semanas, sobre todo en la última noche.

—¡*Wow*! Una carta… —dijo Ian levantando las cejas con sorpresa.

—Una carta hermosa —afirmó Mel.

—Mel, ese hombre te ama, se le nota… y esa niña… —dijo él con cariño—, cuando estaba hoy con ustedes en la mesa, me di cuenta de que son una familia —añadió—. ¿Eres feliz?

—Sí, lo soy… Me siento como nunca, Ian, como si al fin pudiera ver la luz al final del túnel.

—Un túnel que ha sido demasiado largo, hermanita… — Ian la tomó de la mano—. Eres una gran mujer, eres valiente como nadie que yo conozca en la Tierra, porque has sido capaz de entregar tu vida para sacar adelante a tu hermano menor dejando de lado todos tus temores. Si tu no me hubieras elegido, si no hubieses luchado por mí, yo no sería hoy quien soy. La vida es hermosa y vale la pena vivirla incluso a pesar de las dificultades que a veces tenemos en frente. Una vez te dije que deseaba que te vieras con nuestros ojos, así que lo que te pido es que te des la chance de creer en ti, porque vales demasiado, eres hermosa, eres valiente, eres amorosa, sabes escuchar y aconsejar… ¿Quién no estaría feliz de tener una mujer así a su lado?

—Gracias, Ian —dijo ella con emoción.

—Lo único que deseo es que seas muy feliz, que te animes a soñar y te arriesgues un poco más. Sé que te lastimaron demasiado, pero también es cierto que no debes permitir que lo sigan haciendo porque tú no tienes el poder de cambiar tu pasado, pero sí puedes cambiar tu presente y tu futuro, y lo que siempre quise darte a entender es que, si tú decides vivir en la oscuridad, le estás dando fuerza al pasado y estás permitiendo que la gente que te hizo daño lo siga haciendo una y otra vez. Y tú eres mucho más que eso… tú puedes decidir que las cosas sean al fin diferente.

—Tienes razón, pero recién ahora lo comprendo. Pensaba que no estaba en mí cambiar eso y que yo era solo el resultado de lo que viví, pero ahora con lo que vivió Lauri entiendo que no es así, que yo puedo ser mucho más, y que de hecho lo soy, solo que no me había permitido verme a mí misma de esa manera, porque creía merecer una especie de castigo o por el manto que dejó en mí la culpa. Ahora, por primera vez en la vida siento que tengo ganas de vivir, Ian, tengo ganas de experimentar el mundo, de correr, de gritar… de ser y hacer todo lo que no me animaba.

—Bien, entonces solo déjate ir, Mel, y si caes, nosotros estaremos a tu lado para darte una mano. De eso se trata la familia, de eso se trata la amistad. Yo siempre estaré como sé que tú estarás para mí.

Cuando llegaron al aeropuerto, Ferrán la esperaba afuera. Ian estacionó, la ayudó a bajar su pequeña maleta y le dio un fuerte abrazo.

—Olvídate de todo estos días, menos de ti. Regálate mucha felicidad.

—Gracias, lo haré —prometió.

Ferrán la recibió en sus brazos y le dio un beso en los labios, entonces pasaron a hacer los papeles de migración y luego a aguardar en la zona de embarque.

—¿Cómo te sientes? —inquirió él.

—Increíblemente bien —respondió ella—. ¿Te acuerdas de la vez que estabas en el campo y hablamos de la vida por mensaje? Recuerdo que era un viernes y yo estaba con las chicas, era la primera vez que nos escribíamos.

—Claro, recuerdo todo…

—Ese día conversamos sobre las ganas que teníamos ambos de cambiar el rumbo de nuestras vidas pues nos sentíamos estancados, recuerdo que me dijiste que la vida era como un avión, y que quizás ambos nos habíamos encontrado en un punto, como cuando te encuentras con alguien en la sala de embarque antes de partir en un vuelo y lo toman juntos…

—Sí, lo recuerdo —dijo él con una sonrisa mirando a su alrededor—. Es como ahora…

—Así es, pensaba en la analogía de esa metáfora con la situación que estamos viviendo. Sé que el viaje será corto, pero a la vez, todo esto… es como si en realidad estuviéramos animándonos a tomar ese avión, el avión que nos llevará más allá de nuestros miedos y de lo que éramos antes de conocernos. Como dijo Abril, el dolor tiene que servirnos para aprender, no para quedarnos atascados en él —dijo ella con dulzura.

—Me encanta cómo hablas, puedo escucharte eternamente —respondió él dándole un tierno beso en la mejilla—. Tienes razón, quizás es hora de hacer ese viaje y ver a dónde nos lleva. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —quiso saber ella.

—No me importa el destino siempre que sea contigo — añadió.

Mel sintió que el corazón se le hinchaba de gozo y sonrió no solo con los labios, sino con los ojos y con toda la piel.

—Me siento libre, Ferrán, me siento libre como nunca me había sentido. Es como si toda la vida hubiese respirado aire contaminado y ahora estuviese en medio del campo. El aire que respiro es diferente, y ¿sabes qué? No tengo miedo… y qué hermoso se siente por fin no tener miedo —añadió—, tengo la certeza de que estaremos bien, pase lo que pase estaremos bien…

—Claro que sí, yo también lo siento —dijo él acercándose a ella para besarla con ternura—. Hay algo más que quiero decirte antes de que tomemos el avión de esta relación —añadió.

—Dime…

—Estoy muy orgulloso de ti y de la mujer en la que te has convertido. Escuchar tu historia e intentar imaginar el dolor que has sentido no solo en el cuerpo, sino sobre todo en el alma, lo único que me ha hecho es amarte más, Camelia. Te amo completamente, con todo lo que eres y lo que fuiste, con el dolor que arrastras en el alma y con esos oscuros momentos que te atormentaron, amo tu cuerpo con las marcas que tengas en él, sean visibles o no, amo todos tus secretos, incluso aquellos que ni sabes que tienes guardados. Amo tu alma que es tan hermosa que es capaz de entregarse a los demás y dejar de lado sus propios fantasmas con tal de espantar a los ajenos. Te amo, y estoy orgulloso de ti, inmensamente feliz y agradecido de que me eligieras para acompañarte en este viaje, y haré todo lo que esté a mi alcance para cuidarte, protegerte y respetarte siempre, para hacer este viaje mucho más sencillo para ti… Y sabes que no hablo del viaje a Galicia, hablo de la vida —añadió.

Camelia lo abrazó y tomó su rostro entre sus manos plantándole un tierno beso.

—En muchos aspectos de mi vida, todavía no sé quién soy pues no me he permitido vivir, arriesgarme, conocerme… solo he seguido un guion que he establecido para mantenerme a salvo. Pequeñas cosas como ponerme un traje de baño o subirme a una banana, hicieron que saliera de ese guion y contrario a lo que había pensado, lo he disfrutado, me he sentido feliz… Lo que quiero decir es que tengo ganas, ganas de salir del guion, ganas de experimentar la vida a tu lado…

—Pues es un honor para mí acompañarte en ese camino, conocer a esa Camelia que ni tu conoces y amarla con locura.

Camelia sonrió mientras ella misma seguía besándolo como si no hubiese nadie más en ese sitio.

Cuando la voz metálica de la mujer que avisaba la hora y puerta de embarque llamó al vuelo de ellos, él la tomó de las manos para que se levantaran.

—¿Lista para hacer el viaje de tu vida?

—Lista para cualquier cosa, mientras sea contigo.

CAPÍTULO 36

Belleza

Camelia y Ferrán llegaron a Galicia luego de varias horas de vuelo, la mayoría de las cuales aprovecharon para dormir y descansar después de una semana tan intensa.

Luego de llegar al hotel y dejar sus cosas, Mel se sentó sobre la cama con la emoción a flor de piel y observó a Ferrán.

—Dime… ¿por qué hay camelias en todas partes? —inquirió.

Ferrán sonrió. Te contaré esa historia esta tarde, luego de que firme los papeles de la casa. ¿Te parece?

—Está bien —respondió ella con una sonrisa.

—¿Quieres darte un baño? Luego lo haré yo, así nos vamos a firmar los papeles… Quiero acabar con esto lo antes posible para que poder llevarte a recorrer todo.

Camelia asintió y con una sonrisa buscó la ropa que se pondría. Mientras tanto, Ferrán se acercó a la ventana, observó las calles de su tierra, su gente, el invierno y las flores, y sintió algo que no había experimentado antes. Sintió que Abril era libre, que era feliz, que al fin él la había dejado ir. La vio allí entre esas flores que tanto amó en vida y en esa ciudad que adoptó como suya, y supo que, hacía mucho tiempo, Abril era feliz.

Sonrió, si había algo que le daba temor era regresar a Galicia y que toda la melancolía del pasado cayera sobre él, pero en ese mismo instante supo que no sería así.

Un par de horas después, él y Camelia bajaron para ir a su primer destino. Tomaron un taxi, Camelia se sentía como una niña, no podía creer lo que eran esos jardines, las plazas, las calles y las flores. Cada vez estaba más convencida de que el mundo estaba lleno de misterio, de magia y de amor.

Ferrán bajó del auto y la ayudó a descender. Allí estaban ellos, frente a una hermosa casa. Él parecía un poco acongojado.

—¿Te sientes bien? —quiso saber ella.

—Salimos de aquí hace años, en circunstancias adversas. Fue doloroso, es doloroso enfrentarse a las frustraciones, a los sueños que no se cumplieron. Nunca me había animado a volver —admitió—. Toda ella está aquí… fuimos muy felices… Perdón…

—¿Por qué me pides perdón? —preguntó Mel con dulzura.

—Por hablarte de esto…

—Oye, Ferrán. Me encanta saber que fuiste amado y feliz —dijo ella tomándolo de la mano —. Me encanta conocer tu historia —susurró antes de darle un beso.

Ferrán tomó su rostro en sus manos.

—Eres la mejor persona que conozco, ¿lo sabes? —susurró.

Mel sonrió y se volteó a ver la casa.

—Y dime, ¿por qué la vendes? —inquirió Mel—. Podrías dejársela a Paloma.

—No… Es hora de crear nuevos recuerdos, de contar nuevas historias —añadió él con cariño —. Esto no es más que algo material, ya no hay nada de nosotros aquí más que un recuerdo que de todas formas quedará en nuestros corazones.

Camelia asintió, lo abrazó y lo miró a los ojos.

—Estoy contigo… te apoyo en todo lo que decidas — susurró.

Ferrán sonrió con cariño, le dio un beso dulce, le hizo una de esas reverencias que solía hacerle para que ella envolviera su brazo por el de él, e ingresaron.

Era un hogar pequeño, y a pesar de estar vacío, se sentía acogedor. Mel se imaginó a sus habitantes, parecía como si pudiese leer en sus paredes la historia de la casa. Allí Ferrán y Abril fueron muy felices, allí nació Paloma y dio sus primeros pasos, dijo sus primeras palabras, el amor estaba por todos lados en esa casa por más que en ese momento estuviese vacía.

Un hombre llegó acompañado de una pequeña familia, era una pareja con un pequeño niño de cuatro años. Se hizo la firma de los documentos, y Ferrán les entregó las llaves.

Cuando salieron de allí, él parecía algo melancólico, pero a la vez se veía relajado.

—¿Estás bien? —inquirió Camelia.

—Muy bien, mi amor, muy bien… —respondió—. ¿Estás lista para escuchar parte de mi vida y mi historia?

—Claro… claro que sí… Siempre estaré lista para saber más de ti —dijo ella con cariño.

Ferrán buscó un taxi, para luego ir explicándole algunos de los lugares por donde pasaban. Entonces llegaron a su destino, bajaron del vehículo y Ferrán la tomó de la mano.

—Las camelias llegaron a Galicia desde oriente hace muchos, muchísimos años atrás. Hay quien dice que nuestros suelos son especiales para su cultivo por lo que pronto se adaptaron y comenzaron a florecer en los jardines de las casas. Hay una gran variedad de especies, y se ha convertido a través de los años en el símbolo de la ciudad.

—Eso no lo sabía… —respondió ella—. Con razón hay tantas…

—Ahora daremos un paseo por la ruta de las camelias, donde podrás ver los jardines más hermosos, casas, castillos antiguos, paisajes de ensueños… y sobre todo camelias — comentó él y volvió a hacer una de sus ya tan acostumbradas reverencias.

Mel se encaramó a su brazo y así comenzaron el recorrido por un sitio en el cual nunca había estado, pero que se parecía muchísimo al sitio por el cual había caminado en sus sueños.

—El amor de Abril por las camelias comenzó cuando su abuelo le regaló ese libro, aunque todavía era muy pequeña y su madre no le permitió leerlo hasta que creció un poco más. La novela ha sido escrita por Alexandre Dumas, hijo, y fue publicada en 1948 si mal no recuerdo. Está ambientada en París, y según me contó Abril, trata de una cortesana que mantenía relaciones con muchas personas importantes… Bueno, para resumirte la historia, un joven se enamora de ella e intenta alejarla de esa vida, ella también se enamora de él, pero por pedido del padre del hombre, decide alejarse. Ya sabes, no era muy bueno para su nombre que se relacionara con una mujer de vida fácil.

—Supongo que no —dijo Camelia con una sonrisa.

La felicidad que la embargaba era tan inmensa que sentía que no cabía en su interior. Le encantaba estar allí escuchando esa historia mientras admiraba la belleza de la naturaleza en todo su esplendor.

—Bueno, obviamente el hombre no lo sabía y pensó que ella lo dejaba porque no lo quería. La historia no termina bien, ella muere y él se entera tarde de que ella lo había amado siempre… El caso es que el libro lleva ese nombre porque la muchacha siempre iba con un ramo de camelias en el brazo, si eran blancas es que estaba disponible, si eran rojas es que estaba ocupada.

—Ahhh… interesante —Pensó Mel al recordar el sueño en el que Abril le decía que pronto sabría el significado de los colores de las camelias.

—Esa era la parte que se le había quedado a Abril, porque cuando era pequeña y la madre no le permitía leerlo, ella se había imaginado una historia completamente distinta. Una más romántica… qué se yo —añadió con una sonrisa—. Y es por eso por lo que desde que comencé a hacer de mimo, repartí camelias rojas…

—¿Por qué no estabas disponible? —preguntó ella y él asintió.

—Algo así… aunque nadie lo entendiera en realidad… Era más bien un código secreto —bromeó.

Ferrán hizo silencio y la observó mientras ella se acercaba a acariciar con sumo cuidado algunas flores.

—Estas flores no tienen aroma, esa es una de sus curiosidades —dijo Ferrán—. En la novela, la protagonista las llevaba justo porque era alérgica al aroma de las otras flores —añadió.

—Sí, eso lo sabía, recuerda que eran las flores favoritas de mi abuela.

—Bien… Abril llegó aquí en pleno invierno y se enamoró de las camelias, se sintió en casa. Estas flores florecen en invierno, ella decía que eran flores fuertes porque adornaban la naturaleza cuando nadie más lo hacía, florecían en la adversidad.

—Ohh… eso no lo sabía.

—Por eso, cuando te conocí y me dijiste tu nombre, algo se encendió en mi interior —susurró viéndola con cariño—. Una camelia floreciendo en la adversidad, en la fría oscuridad de mi invierno —susurró.

Mel suspiró. Aquellas palabras la hacían sentir tan bien y ese lugar era tan perfecto y romántico, que se sentía poderosa, y más viva que nunca.

—La otra noche, cuando escuché tu historia, solo pude pensar en eso, mi amor. En una camelia floreciendo en pleno invierno, haciendo frente a la adversidad, llenando de color un jardín dormido en medio del frío… Así eres tú, Camelia, así eres tú —susurró.

Mel se dejó llevar por el romanticismo de sus palabras y del ambiente que los envolvía y lo besó con adoración y pasión.

Se alejaron con ternura y dejaron sus frentes pegadas por un buen rato, para luego tomarse de las manos y seguir caminando.

—Abril se recibió de abogada y trabajaba de sol a sol en una oficina. Un día, llegó a la casa diciendo que había renunciado, que no era posible que la vida fuera solo eso, que su alma buscaba más, que ella necesitaba experimentar aquello que la hacía feliz. Quizás en aquel entonces ya era capaz de percibir que su tiempo no sería tan largo, así que dio un vuelco completo a sus rutinas. Al principio su madre pegó el grito al cielo, incluso yo tuve algo de miedo, pero a ella no le importó nada. Abrió un vivero al que llamó La dama de las camelias y comenzó a cultivar sus propias flores. Se pasaba el día leyendo sobre las distintas especies, aprendiendo y memorizándose todo sobre ellas, la obsesión la llevó a comenzar a participar en

los concursos anuales de camelias, y yo solo la seguía, divirtiéndome con sus ocurrencias y disfrutando a través de ella de aquello que la hacía feliz…

—Eso es bonito… me parece muy valiente de su parte. La admiro mucho, admiro la manera en que enfrentó sus miedos, la forma en que tomó las riendas de su vida incluso cuando todo parecía perdido.

Ferrán asintió.

—La niña crecía y los gastos también, así que yo tuve miedo de que las cosas no funcionaran tan bien económicamente. Me comencé a meter más y más en el trabajo, y la dejé a ella disfrutar de sus flores y de la infancia colorida de Paloma, a la que siempre veía con alguna camelia en el cabello o en los vestidos.

—¿Y qué sucedió luego? —inquirió ante su silencio.

—Pues ella comenzó a enfermar, llegó el momento en que ya no pudo trabajar y hubo que vender el vivero y poco a poco la vida comenzó a perder sus colores. Pero Abril estaba feliz, ella seguía como si nada, mientras el enfado me tomaba presa y me convertía en un ser oscuro, ella se despedía de la vida con la misma alegría e intensidad con la que había vivido.

—Pobre, mi amor —susurró ella y acarició su cabello con suavidad—. Me duele imaginarte sufriendo tanto — añadió y él la abrazó con ternura.

—Cuando tomamos la decisión de volver a su tierra, pues ya estaba muy enferma y su madre estaba lejos, lo único que me pidió era despedirse de las camelias y de Galicia, así que una tarde de invierno, Paloma y yo la trajimos aquí en su silla de ruedas e hicimos este mismo paseo en silencio, sabiendo que sería el último. Yo lloraba y cada tanto le prometía que volveríamos aquí, que solo era una despedida temporal, que todo pasaría —dijo con un hilo de voz—. Es que me costaba tanto aceptarlo, Camelia… Pero ella sonreía, decía que ella se quedaría siempre por aquí y que cuando yo volviera, sabría que ella era feliz.

—Oh, por Dios, Ferrán —dijo Mel sintiendo que la emoción comenzaba a ganarle.

—Yo no quería volver… Debo admitirlo, tenía mucho miedo de regresar, pensé que su ausencia aquí se sentiría todavía peor y que sería demasiado para mí, que me hundiría de nuevo en el dolor del cual tanto me costó salir… Pero hace mucho me he dado cuenta de que era yo quien no la dejaba ir, ¿tiene sentido? Estaba tan enojado que no era capaz de entender que debía soltarla… que ella donde sea es feliz… Que ya nuestra historia había acabado…

—Lo comprendo, claro que tiene sentido —admitió ella.

—Y luego llegaste tú, y me hiciste ver tantas cosas, Camelia… Me mostraste que yo aún estaba vivo, que podía volver a amar, floreciste en el invierno de mi corazón y llenaste toda mi vida de color y de calor —susurró—. ¿Tiene eso sentido?

Camelia sonrió, lo abrazó y le susurró al oído.

—Tú me viste, confiaste en mí, me escuchaste, me regalaste tu amor… y me hiciste florecer…

Caminaron en silencio un poco más.

—Tu nombre fue un susurro en mi alma, una broma del destino, una señal, como bien dijo Paloma el día que te conoció. Pero yo no quería admitirlo… aunque no podía obviar las señales.

—Ahora entiendo tantas cosas…

—Abril me dijo que un día volvería aquí con la mujer que amaba y que ella estaría feliz, que caminaría con nosotros por estas calles… Y puedo sentirla, sé que está aquí, está en las flores,

está en el viento, está en los árboles…

—Yo lo sé —dijo Camelia observando a su alrededor.

—Era tan especial que se las ingenió desde el sitio donde está para hacernos saber a Paloma y a mí que sigue con nosotros… El día que tú y yo nos conocimos, no la primera vez, sino el día del accidente, era 15 de marzo… el aniversario de su muerte. Yo venía del cementerio, había pasado el día allí, llorando sobre su tumba, rogándole que me diera una señal, que me dijera qué hacer con Paloma y cómo reconstruir mi vida, que ya no podía más con la carga y la soledad… Y venía manejando, cansado y agobiado, cuando me pareció verla caminando sobre el océano, vestida de blanco con un ramo de camelias en sus brazos. Me distraje, pensé que me estaba volviendo loco… y entonces tú te atravesaste en mi camino… Y ya sabes todo lo que sucedió después.

Mel sonrió y comenzó a dar vueltas sobre sí misma como una niña pequeña. El viento soplaba suave y la brisa parecía abrazarlos en un mundo alternativo donde estaban solo ellos dos. Ferrán reía al verla y disfrutaba de esa libertad que la veía experimentar. Se sentó entonces en un banco y ella lo acompañó.

—Ese fue el primer día que la vi… —dijo ella para sorpresa de Ferrán—, yo caminaba por la costanera e iba pensando en las ganas que tenía de darle un cambio a mi vida. Había pasado una bonita tarde con Mariana y me sentía agobiada de tanta soledad. Primero pensé que estaba loca, que en realidad no había nadie allí caminando sobre el mar, pero luego creí que era mi abuela… De hecho, estaba segura de ello.

—No lo puedo creer…

—La volví a ver cuando íbamos al hospital por primera vez, estaba en una esquina con camelias en los brazos, pero cuando te la quise mostrar ya había desaparecido. Después de eso, se apareció en mis sueños… Yo seguí pensando que era mi abuela y que quería darme un mensaje… me llevaba por un bosque y jardines tan similares a este que siento que ya he estado aquí. Al final había un vivero y una pared de camelias blancas, que se abría en una puerta y me dejaba pasar a una casa en la que cada vez aparecían más cosas como una alfombra, un sofá, una chimenea… cosas así. En el último sueño me habló, me dijo que sea feliz… que ese era mi hogar y pude ver una foto de nosotros dos. Siempre pensé que se trataba de mi abuela, pero entonces vi su foto en el libro de Paloma y la reconocí de inmediato… Pensé que estaba loca, pero luego de leer su carta… —añadió encogiéndose de hombros.

—Abril es capaz de hacer esas cosas desde el más allá —rio Ferrán—. Me la imagino sentada en una mesa blanca hablando con Dios y diciéndole que no lo dejaría de molestar hasta que su familia aquí abajo fuera feliz. Ella era de esas personas que no se rinde hasta lograr sus objetivos —añadió.

Mel sonrió.

—Su carta es la carta más hermosa que alguien me haya escrito alguna vez. No la puedo imaginar sentada allí, enferma y al borde de la muerte, escribiendo con dificultad una carta cargada de amor para la mujer que ella imaginó amaría a su marido y sería amada por él y por su hija… Es tan fuerte, Ferrán… —murmuró y él la tomó de la mano.

—Lo que me gustaría aclarar hoy es que no quiero que ella sea un fantasma en medio de nosotros, no quiero que tú sientas que…

—No lo siento —interrumpió Mel y negó con la cabeza—. Como te dije antes, me sentía así,

como una intrusa en su vida… creí que nunca estaría a su altura… y eso hacía que no pudiera entregarme del todo a este amor, lo admito —añadió—. Sabía que nunca la alcanzaría, que ella siempre sería el amor de tu vida… y yo… —negó, pero luego continuó—. Ahora ya no me siento así, no puedo ni quiero borrar tus años con ella, tu vida a su lado, el amor que se tuvieron, no quiero ni puedo borrar el recuerdo que guardas de ella y el amor que Paloma siente por su madre… No quiero que tú la dejes de amar ni que dejes de recordarla, no quiero que la olvides, no quiero que su nombre sea un tabú en nuestras vidas. Quiero que la recordemos, quiero que, si algún día compartimos hogar, su foto esté en algún lugar de la casa donde siempre habrá un ramo de camelias frescas.

—Eres tan… perfecta —susurró él abrazándola.

—No… no lo soy, soy todo lo contrario a la perfección —admitió ella con una sonrisa—. Pero fue ella, Ferrán, fue Abril la que me dio un lugar, la que me sacó el temor a ser una intrusa en su vida y en su historia. Su amor por ustedes es tan enorme y tan superior a todo lo que conocemos, que ella pensó en mí antes de irse… hizo un espacio para mí… y se encargó de dejarme por escrito un mensaje que me llegó al alma y que me sacó todos los miedos y la carga que tenía encima al pensar que estaba usurpando su espacio —añadió.

—Lo sé… Abril insistía mucho con esa historia de que yo volvería a amar —dijo Ferrán—, y a mí me dolía tanto…

—Lo sé… es normal —susurró ella—. Pero es fantástico… y Paloma lo entendió con solo ocho años… fue ella quien guardó esa carta y supo ver el momento adecuado, ella me dijo que me estaba esperando el primer día en que nos conocimos —admitió—. Todo este amor que me envuelve me hace sentir tan viva, Ferrán. ¿Cómo podría molestarme Abril? ¿Cuántas personas conoces que pueden amar de una manera tan desprendida? ¿No es acaso ese el verdadero sentido del amor? ¿Cómo podría yo sacarle el lugar que le corresponde en sus vidas, en nuestras vidas? Ahora lo comprendo… y no solo eso, lo puedo sentir en cada poro de mi piel, en cada flor, en cada hoja. Me gusta pensar que el amor es como una gota de colorante en un recipiente con agua, lo va acaparando todo, se va impregnando en todo… y va borrando las heridas, las va sanando…

—Sí… es cierto… —dijo él abrazándola y observándola a los ojos.

—Deberías sentirte afortunado por haber amado y por haber sido amado de esa manera. Paloma debería sentir orgullo por la madre tan valiente que ha tenido. ¿Y yo? Yo me siento feliz porque soy parte de esto, porque aunque no la conocí en persona, la siento cercana, ¿sabes?… Ella está aquí, envolviéndonos con su amor hecho flor en sus camelias y yo me siento libre, libre para poder amarte sin la presión de alcanzarla —murmuró.

Ferrán la observó con cariño y sintió que su corazón se derretía. Amaba con locura a esa mujer tan perfecta y única que tenía al lado.

—Te amo, Camelia, con todo mi ser, con toda mi alma, con todo lo que soy y lo que tengo y quiero que sepas que me siento pleno a tu lado, que no hay nada que quisiera en este momento que no sea estar aquí, así, contigo —dijo abrazándola y besándola en los labios.

Camelia sintió ese amor llenándola por dentro y una sensación de libertad la tomó presa. Caminaron lo que les restaba en un respetuoso silencio, dejando que el gozo, que el amor, que la felicidad y el agradecimiento los envolviera.

—La vida es linda —dijo Camelia cuando salieron de allí con rumbo a un restaurante—. Me alegra haber decidido vivirla.

CAPÍTULO 37

Amor

Al acabar la cena, Mel observó a Ferrán hacer una flor con una servilleta blanca. Sabía que era una camelia, pero no dijo nada. Un rato después, él la observó.

—Para cerrar este día perfecto quiero darte esta flor… de color blanco… Estoy disponible entera y únicamente para ti —dijo y ella sonrió.

—También yo —respondió y tomó la flor en sus manos. Era la primera de tantas rojas que antes le había dado.

Volvieron al hotel cerca de las nueve de la noche, estaban agotados, pero completamente enamorados.

—Me volveré a duchar —dijo ella—, necesito agua caliente cuando hace frío antes de ir a la cama —añadió.

—Por supuesto, mi amor.

Camelia ingresó al cuarto de baño y se despojó de su ropa. Se quedó allí, de pie frente al espejo observando su cuerpo desnudo y helado, mientras calentaba agua en la bañera. No tardó en imaginar las manos y los besos de Ferrán recorriéndolo, y esta vez no hubo fantasmas, temblores ni náuseas, solo una punzada de calor que se instaló en su bajo vientre y se disparó al resto de su cuerpo.

—¿Ferrán? —llamó desde el baño—. ¿Quieres venir?

Ferrán se acercó a la puerta del baño e inquirió.

—¿Necesitas algo?

—A ti… —respondió ella.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Completamente… —añadió antes de que él ingresara y la viera desnuda frente al espejo.

Sin decir palabras, ella se metió a la bañera. El agua caliente abrazó su cuerpo y cerró los ojos dispuesta disfrutar. Nunca se había sentido tan viva, con tantas ganas de experimentar, de tirarse al vacío, de soñar.

Ferrán ingresó al baño y la contempló allí, se sacó la ropa despacio, por si ella se arrepintiera, por si no se sintiera cómoda. Pero Camelia disfrutó de verlo y, con impaciencia, le hizo sitio en el agua y él se metió.

Él se acomodó y la colocó en medio de sus piernas, para que ella quedara recostada sobre su pecho, de espaldas a él. No hicieron nada más que juntar sus pieles. Ferrán envolvió sus brazos alrededor de su abdomen y ella dejó caer su cabeza sobre su cuello.

No hicieron falta palabras y fue ella la que esta vez tomó una de las manos de Ferrán y lo invitó a subir. Él entendió el mensaje y con sumo cuidado comenzó a recorrer su cuerpo con sus manos, tan despacio y con tanta suavidad, que solo lograba afiebrar su piel y aumentar el deseo.

Ferrán la enjabonó con cuidado, con un jabón artesanal que habían comprado más temprano hecho de aceites de camelia y que una vendedora había prometido que curaba la piel, el cuerpo y el alma. Comenzó por su espalda y pasó por el abdomen, subiendo a los senos para luego acariciar cada zona de su cuerpo con tanto cuidado y cariño, que Camelia pensaba que se derretiría por completo y se fundiría con el agua.

Cuando ya no pudieron soportar el calor, los besos se hicieron más intensos, el deseo les devoraba el alma y la piel, y el cuerpo les pedía que llegaran mucho más lejos. Ferrán le pasó la mano para que salieran del agua, la envolvió con la toalla y la llevó hasta la cama, donde la depositó con sumo cuidado antes de secar su cuerpo entero con sus besos.

Camelia ya no sentía frío ni por dentro ni por fuera, ya no había miedos ni monstruos dormidos en su interior. Su cuerpo era el cuerpo de él y viceversa, ya no había fronteras, se habían fusionado en uno solo y se complementaban de una manera tan perfecta, que ella no podía sino retorcerse de deseo, de placer y de amor.

—¿Estás bien? —inquirió entonces él—. ¿Quieres que siga?

—Sí… no te detengas —susurró ella bañada en sudor.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar.

—Muy, muy segura —afirmó ella con vehemencia. Él sonrió con dulzura.

—Debo buscar protección… —susurró él.

—No es necesario, Ferrán… yo… no puedo… —añadió ella y él recordó lo que había mencionado ante Laura.

Por un instante se sintió culpable por recordarle eso y la besó en los labios para alejar cualquier clase de pensamiento que pudiese venirle a la mente.

—Quiero que sepas que me encanta tu cuerpo, es perfecto, como me lo había imaginado —susurró con la voz cargada de placer.

—Y a mí me encanta el tuyo —dijo ella con dulzura—, y me genera cierto placer saber que me has imaginado… Estoy lista, Ferrán —murmuró ya al borde del abismo, cargada de necesidad.

—Puede que duela un poco —dijo él viéndola a los ojos—, tu solo dime si deseas que me detenga…

—No quiero que te detengas nunca —rogó con la voz ronca y él sonrió.

—Te amo, lo sabes ¿verdad? —preguntó.

—Lo sé, lo percibo, lo siento —respondió ella.

Entonces nada más importó. El mundo se detuvo en sus respiraciones agitadas y en sus cuerpos reconociéndose y moviéndose al compás que dictaba el amor.

***

Por la mañana siguiente, el sol se coló por las ventanas y los encontró enrollados en un manojo de piernas y brazos que se liaban sin principio ni final. Mel se apretujaba al pecho de Ferrán, como si no quisiera salir de allí nunca más. Él la envolvía con sus brazos, como si no quisiera que se le escapara nunca.

Ella abrió los ojos y aspiró el aroma de su piel, sintió sus brazos calientes envolviéndola y supo que no importaba el lugar en el mundo en el que estuviera, mientras estuviera en los brazos

de Ferrán.

Lo besó con suavidad en el pecho, en el cuello, y en los labios.

—¿Ya te despertaste? —inquirió él.

—Sí… creo que… no quiero salir de aquí en todo el día —murmuró.

—Lo sé, pero justo hoy debemos visitar a mi hermana —añadió—. Puedo cancelar, si quieres.

—No, claro que no, mi amor, hace mucho que no ves a tu familia y, además, los quiero conocer —comentó—. Después de todo, siempre podremos volver aquí —murmuró antes de darle un beso en el pecho.

—Eres perfecta, ¿lo sabes? Estuviste genial…

Mel no respondió, pero sonrió ante aquel halago que disfrutó y se escondió avergonzada bajo el cuello de Ferrán.

—¿Cómo te sientes? —inquirió él.

—Bien, me siento… como si pudiera volar —admitió ella en medio de una risita avergonzada.

—Intenté ser lo más cuidadoso posible, espero que no haya sido…

Mel puso un dedo sobre sus labios y comprendió que Ferrán estaba muy preocupado.

—No me duele nada, estoy bien… no hay ningún fantasma por aquí —murmuró—, todo ha sido perfecto y me ha encantado… Tanto que… ¿Tenemos tiempo aún? —preguntó.

—Sí… es temprano, la invitación es para el mediodía…

—Qué bueno porque… —susurró mientras le daba pequeños besos en el pecho—, necesito recuperar todo el tiempo perdido —añadió y su mirada tomó el color de la pasión.

Ferrán la observó con sorpresa y amor y respondió a sus caricias.

—Me agrada esta mujer que está despertando en ti —susurró antes de comenzar a acariciar su cuerpo con ternura.

—Tú la despertaste, y ahora te atienes a las consecuencias —añadió.

***

Lo que estaba experimentando era algo que ella no podía explicar, pero de pronto todas esas uniones que se habían cortado alguna vez, desconectándola de su cuerpo y sus sensaciones, habían despertado gracias a los besos y las caricias de Ferrán. La había besado con tanta suavidad y tanta delicadeza, que ella imaginaba que fue conectando a su paso todos los cables sueltos, todos los que habían sido cortados. Y renacía en su interior una Mel que alguna vez quedó enterrada, quedó dormida, quedó perdida.

Ella quería vivir, si algo había aprendido tras la muerte de sus padres y la historia de Abril era que la vida era fugaz y que se acababa de un día para el otro, pero no había comprendido hasta hacía muy poco tiempo, que uno puede estar muerto en vida, y que nada justifica esa decisión. Era ella quien se había cerrado al mundo, era ella quien había alimentado a sus fantasmas a tal manera que terminaron por ahogarla, era ella quién había vivido en el miedo sin darse cuenta de que la vida seguía sucediendo a su lado y que se la estaba perdiendo. Pero también fue ella quien había logrado vencer sus temores y quien se había dejado sanar por el amor que sentía y que era capaz de dar.

Ahora ya no quería perder ni un solo segundo de su vida, quería vivir al máximo y eso significaba sentir, arriesgarse, liberarse de todo lo que no le permitía ser feliz, y, sobre todo, amar.

Amar de una manera tan profunda que su amor se expandiera en los demás. Abril era su ejemplo para eso y pensaba que una vida como la de ella debía valer la pena. Amaría así a Ferrán, a Paloma y a las personas que le rodearan, amaría de tal manera que su amor sería una fuente inagotable de energía y de vida de la cual las personas que lo necesitaran podrían servirse. Ayudaría a Lauri y no le soltaría hasta que sanara su alma, acompañaría a Paloma y la vería crecer, no se perdería de ninguno de sus momentos especiales y cada vez que compartiera uno de esos instantes, la amaría tanto para asegurarse de que el amor de su madre le llegara a través del suyo propio. Amaría a Mariana, a Ian, a todas las personas que se acercaran a ella, a los niños del hospital y a cualquiera que pudiese ayudar.

Y, sobre todo, se amaría más a ella misma, porque era cierto, era fuerte y valiente, era bella y comenzaba a agradarle su cuerpo que guardaba dentro tantas sensaciones que no había experimentado jamás.

No le faltaba nada, no estaba rota ni incompleta, estaba feliz y se sentía orgullosa de sí misma y de todo lo que había logrado. Ya no quería cerrarse a nada nunca más.

CAPÍTULO 38

Despertar

La boda de Lauri y Sebastián se llevó a cabo dos meses después de lo previsto en un principio. Mariana y Camelia fueron sus damas de honor, las cosas habían resultado mejor de lo que en un principio pensaron y, Lauri, apoyada por la fuerza insuperable de Camelia, logró levantar la cabeza y salir a flote. Después de todo su carácter chispeante le fue de gran utilidad y la Camelia que regresó de Galicia era tan efervescente y llena de vida, que sus amigas se dejaron llevar por su intensidad y su amor.

La amistad entre ambas se afianzó y fortaleció cuando decidieron ir a terapia, encontraron a una mujer llena de luz que las acompañaría con mucho amor en dicho camino y sería de gran ayuda para que ambas sanaran los fantasmas que aún quedaban por allí. Las sesiones eran los viernes por la tarde, así que salían del trabajo e iban juntas, entraba una y luego la otra, y al salir de allí se encontraban con Mariana para ir a comer algo y luego compartir sus tan acostumbrados viernes de soltera, a los que ahora llamaban viernes de desahogo, ya que era el momento de la semana en que liberaban el estrés laboral y el de la vida misma.

Ferrán, por su parte, regresó a su profesión tras ayudar a un niño que en plena calle se había tragado algo y casi se ahogó. Por suerte, él estaba por ahí, vestido de mimo y lo notó antes que nadie, corrió y aplicándole una maniobra, logró liberar las vías respiratorias obstruidas del pequeño. La familia le agradeció tanto por su rápido actuar que él sintió que en su interior renacía algo que hacía mucho había quedado dormido, el amor por su vocación. Así que corrió a buscar a Camelia y le comentó todavía muy emocionado por la sensación del momento, que extrañaba su carrera.

Camelia le insistió que regresara a su profesión y que ella le apoyaría en todo lo que necesitara, así que luego de algunas conversaciones decidió hacerlo, pero ya no en el hospital. Abrió su propio consultorio donde disfrazado de mimo doctor, recibía a sus pequeños pacientes, una lista que cada vez crecía más y más ante los comentarios de los padres felices porque sus hijos no lloraban por ir a ver al pediatra.

***

Casi un año después, un viernes cualquiera, Lauri y Mel salieron de la clínica para ir a donde se verían con Mariana. Mientras caminaban, Lauri abrazó a Camelia y ella correspondió a ese abrazo.

—¿Sabes? Nunca lo habría logrado sin ti —agradeció—, sé que te lo he dicho muchas veces, pero hoy es un día especial y quiero que lo sepas.

—¿Qué tiene de especial? —inquirió Mel.

—Pues… es un día radiante —respondió la muchacha—. Nunca pensé que… podría superar

esto, Mel, pero cuando tú me contaste tu historia y me di cuenta de tu lucha diaria, pensé que yo no podía dejarte sola en esto, que teníamos que estar juntas, que podíamos apoyarnos. Si tú habías logrado superarlo siendo solo una niña. ¿Por qué yo no?

—Bueno, y tú me salvaste a mí —dijo Mel con una sonrisa—, fuiste la primera en hablarme, en ofrecerme una amistad real y sincera. No sé por qué lo acepté, creo que porque tu personalidad me llamaba, eras una especie de alter ego… ¿Sabes? Quizá si no me hubiera cerrado al mundo durante toda mi adolescencia y juventud, hubiese llegado a ser alguien tan alegre, arriesgada y divertida como tú…

—Lo eres, ¿no te das cuenta? ¡Eres genial! Y poco a poco has salido de adentro de ti como cuando un pollito rompe su huevo y nace. Eres un ejemplo a seguir, Mel, y no te castigues por el tiempo que dejaste atrás, cada quién tiene su propio tiempo para nacer, para brillar… Me siento feliz, plena y bendecida… Tengo un marido fantástico, que ha estado a mi lado con tanto amor y paciencia, que me ha ayudado a encontrar todas las piezas que se me perdieron en el dolor, y un par de amigas únicas que están allí para mí cada vez que necesito llorar o reír. ¿Qué más puedo pedir?

—Tienes razón, Lauri… Una amiga muy especial solía decir que el amor es la única cura para todos los males del mundo —dijo Camelia con cariño—, y eso es lo que funcionó y sigue funcionando con nosotras, ¿no lo crees? Yo también me siento bendecida por tener amigas como ustedes, un hermano fantástico, a Ferrán, a Paloma… El amor transformado en paciencia, en empatía, en comprensión, en ayuda, en tolerancia. Ustedes jamás me presionaron ni me hicieron sentir que algo estaba mal conmigo, eso es lo que ayudó a que me animara a sacar la cabeza del sitio donde lo había guardado, a enfrentarme a mis propios miedos.

—¿No crees que podríamos hacer algo por las demás personas? —inquirió Lauri—. Llega un punto en el que todo el amor que recibes necesita salir de ti…

—Expandirse… —completó Mel mientras recordaba a Abril.

—Así es… Tengo tanto dentro, que siento que quiero gritar, correr, cantar… decirle a la gente que hay esperanza más allá del miedo, cuando uno se atreve a atravesar el dolor —añadió.

—Te comprendo, hace tiempo que me siento así. Lo que yo viví, lo tenía tan guardado en mi interior, que había perdido la llave y no lo dejaba salir. Pero cuando te vi allí, sin tu sonrisa, sin tus colores, el amor fue la llave que abrió ese cofre con la esperanza de que te sirviera a ti.

—El amor como un transformador —completó Lauri.

—Tal cual… Así mismo… Esa misma noche, luego de salir de tu casa, a pesar de sentirme liviana al fin, los recuerdos y los dolores me cayeron encima… Claro, cuando decides abrir las compuertas de tus secretos más oscuros y compartirlos con aquellos que amas, en el proceso te encuentras contigo misma, con eso que has ocultado a los demás, con aquello que no quieres que vean por miedo a que se desilusionen o te abandonen…

—Pero luego te das cuenta que, aun así, la gente que te ama no te abandona —continuó Lauri —, que están allí, esperando por ti… siendo y haciendo lo que necesitas que sean y hagan…

—¿Cómo podríamos hacer nosotras para que más mujeres que han vivido esto puedan salir adelante como tú y yo? ¿Cómo podemos hacer para que ellas también reciban el amor y la contención que hemos recibido nosotras?

—Eso es lo que me pregunto yo, Mel… Porque no podemos quedarnos con esto… se tiene que expandir… tiene que llegar a más…

—¿Un blog en redes sociales? ¿Un grupo de apoyo?

—¿Una fundación? —se animó a soñar Mel.

—¡Eso es! —exclamó Lauri.

Ambas muchachas tenían los ojos llenos de lágrimas de emoción, de felicidad, de ilusión… de amor. Se abrazaron y, en ese abrazo, sellaron aquel momento en el que, del dolor vivido, nacería un manantial de esperanza y amor para otras personas que lo necesitaran. Ese abrazo era una semilla que sería sembrada en el dolor y regada con mucho amor, para poder así, en algún futuro, abrazar muchas más vidas y expandir el amor que ambas sentían.

Mariana las encontró así, y sonrió al verlas. Estaba orgullosa de esas dos mujeres que con tanta fuerza habían salido adelante. Las consideraba ejemplos de vida.

—¿Qué sucedió? —quiso saber.

Mel y Lauri, en medio de la emoción y atragantadas en ideas que fluían de ese sitio en donde nace la creatividad, fueron hablando en simultáneo, liberándose de las imágenes que en ese mismo momento se les aparecía en la mente, dando rienda suelta a la ilusión y creando así un boceto del proyecto que estaban seguras, llevarían a cabo.

—¡Me encanta! —dijo Mariana contagiándose de esa algarabía—. ¡Yo también quiero ayudar!

—¡Claro! ¡Lo haremos entre todos! ¡Estoy segura de que Ferrán y Sebas también querrán formar parte! —exclamó Lauri con emoción.

Caminaron las tres, hasta llegar al departamento de Mel, donde ese día sería la reunión. Ingresaron con la emoción todavía a flor de piel. Y cuando encendieron la luz, se encontraron con la casa completamente adornada con camelias blancas de esas de papel que hacía Ferrán para Camelia.

CAPÍTULO 39

Propuesta

—¿Qué es esto? —preguntó Camelia confusa.

Lauri y Mariana se miraron y entrecruzaron una sonrisa cómplice.

—No sé, ¿no es tu casa? —preguntó Lauri—. Tú deberías saberlo…

—Yo…

Entonces, apareció Paloma, que vestida como un mimo hacía unas muecas que provocaron la risa de las tres mujeres, y con unos gestos divertidos las llevó hasta la sala, donde era obvio que alguien había cambiado las cosas de lugar. En el medio, estaba un sillón individual que tenía a su derecha y su izquierda dos sillones dobles. Paloma tomó la mano de Mel y la guio para que se sentara en el medio, entonces, Mariana y Lauri desaparecieron en su habitación, sin que ella tuviera tiempo de percatarse.

Paloma, caminó hacia el frente, e hizo un gesto afirmativo. Una pantalla blanca que Mel no supo de dónde salió, bajó con lentitud, y una música comenzó a sonar de fondo. Paloma señaló la pantalla y se desapareció hacia un lado.

Mel la siguió con la vista, pero ante un movimiento, volvió la vista a la pantalla. Allí se podía ver un libro de color blanco, con las letras de su nombre en dorado. El libro se abrió y entonces, apareció la palabra Capítulo 1, en la misma tipografía dorada, y de fondo se oyó la voz de Ferrán.

—Me gusta pensar que la vida es como un libro en blanco y que cuando nacemos nos dan un lápiz invisible con el cual cada uno podemos escribir los capítulos. —Una foto de Mel cuando era bebé en brazos de sus padres, apareció en la pantalla—. Cuando somos chicos, quizá son otras personas las que lo escriben por nosotros, aunque siempre podemos darle nuestro toque —continuó mientras la pantalla proyectaba imágenes de una niña a la que Camelia hacía mucho había olvidado—. A lo largo de la historia de nuestras vidas, nos suceden cosas inesperadas, algunas bellas y otras no tanto, y nuestras historias están tan relacionadas con la de nuestros seres queridos, que lo que nos pasa, se mezcla con lo que les pasa a ellos, es decir, somos personajes secundarios en la historia de sus vidas, mientras somos principales en las nuestras.

Un pequeño bebé aparecía en escena junto a la niña, era Ian, recién nacido, en brazos de su hermana y rodeada por sus padres. Mel dejó que las lágrimas fluyeran por sus mejillas.

—Algunas de esas personas, se convierten en seres tan especiales, que pasan a coprotagonizar nuestras historias de vida y, en muchas ocasiones, nuestras decisiones, tienen que ver con acciones que harán felices a esas personas.

Cuando Ferrán dijo todo aquello, la pantalla se congeló en una foto de Mel con Ian, cuando él iniciaba el secundario, sus padres ya habían fallecido.

—Me gusta pensar que nuestras vidas están marcadas por ciertas decisiones que cambian

para siempre el futuro de nuestra historia, igual que esos juegos que yo solía jugar de pequeño en los cuales debía elegir entre la puerta verde o la roja, o entre la piedra o la estrella fugaz.

Esta vez no era la voz de Ferrán, sino la de Ian, que caminaba y se paraba frente a la pantalla blanca, disfrazado de mimo. Mel sorprendida se llevó las manos a la boca, ¿qué hacía su hermano allí?

—Tú decidiste por mí, Mel, tú elegiste sacarme adelante y ayudarme a ser la persona que soy hoy incluso cuando apenas podías con tus propios problemas. ¿Qué hay más grande que eso? —inquirió antes de caminar hasta ella y darle una camelia blanca echa de papel.

Mel, con los ojos empapados de lágrimas la tomó al tiempo que Ian se sentaba en el sillón de al lado.

La pantalla en blanco volvió a proyectar imágenes, esta vez, la del hotel en el que trabajaba.

—Pero como si nuestra historia estuviera narrada por una voz omnipresente, muchas veces suceden cosas inesperadas, llegan personas nuevas que cambiarán por siempre el rumbo de nuestras vidas y que nos ayudarán a superar los obstáculos que no somos capaces de hacerlo por nosotros mismos. —La voz de Ferrán sonaba de nuevo, mientras se proyectaban fotos de Mariana y Mel.

Entonces, Mariana apareció frente a la pantalla vestida como un mimo y con otra camelia en su mano.

—Puede que nunca te haya dicho esto, pero tu llegada a mi vida cambió mi forma de ver el mundo —dijo Mariana con una sonrisa dulce—. Pude percibir tu tristeza y la angustia que apretujaba tu alma, y sabía que necesitabas alguien que solo estuviese allí, para escucharte, para prestarte un hombro o un oído. Yo quise ser eso para ti, ¿por qué? No lo sé, a veces el corazón de una madre es capaz de adoptar corazones que necesitan afecto, supongo que está en nuestra naturaleza, y yo sabía que un día valdría la pena.

Mariana se acercó, le pasó la flor a Camelia y se sentó al lado de Ian.

La pantalla proyectó ahora a Lauri, en fotos con Camelia y en fotos de la boda.

—Algunas personas se cruzan en nuestros caminos para ayudarnos, y a veces nosotros nos metemos a la historia de otros, para ayudarlos. Es como cuando eres bueno en una materia y puedes compartir tus conocimientos con otro al que no le va tan bien —dijo la voz de Ferrán mientras Lauri y Sebastián pasaban vestidos de mimos frente a la pantalla.

—Yo ya te he dicho todo esta tarde —dijo Lauri—, y muchas otras veces —añadió—, pero cuando pensé que estaba inmersa en el túnel más oscuro y no podía vislumbrar una salida, tú fuiste capaz de romper una de las paredes y pasarme una mano, de la cual me tomé para escapar de mis tinieblas.

—Y al devolverle las ganas de vivir a ella —completó Sebastián—, me devolviste a mí la oportunidad de seguir amándola como se merece.

Mel esperó que se acercaran, los abrazó y recibió una camelia blanca de cada uno antes de que ellos se sentaran en el sillón de al lado.

—En toda historia, hay también pequeños duendes, ángeles de luz que nos guían sin que siquiera lo sepamos, que creen en nosotros cuando nadie más lo hace, que esperan cuando creemos que nadie nos está esperando. —La voz de Ferrán sonaba emocionada y en la pantalla se veía el cuadro de la dama de las camelias hecho por Paloma y la foto que ambas se habían tomado en la casa de él, el primer día que Paloma regresó.

La niña caminó hasta el frente y le regaló una sonrisa bañada en lágrimas.

—Las camelias son las flores más fuertes, porque florecen en invierno y en climas adversos —susurró—, tú llegaste a nuestras vidas en medio del más crudo invierno y me regalaste la oportunidad de recostarme en tu pecho y ocultarme del mundo en el que me sentía muy muy sola… —dijo y entonces caminó hasta ella, le pasó su camelia blanca y le dio un beso en la mejilla.

Mel se volvió a sentar y sentó a Paloma en su regazo.

—Hoy es uno de esos días en que la historia dará de nuevo un giro, en que estarás de nuevo frente a una decisión que podrá cambiar el rumbo de tu futuro, de nuestro futuro —dijo Ferrán antes de mostrarse en escena.

Mel lo vio, aquel mimo con el que se había chocado ese día que iniciaba su nuevo trabajo, el día en que todo comenzaría a cambiar sin que ella lo sospechara, estaba allí de pie ante ella como aquel día, pero esta vez no tenía maquillaje en el rostro, sino una máscara de mimo a través de la cual ella podía ver su verdadera personalidad en aquellos profundos ojos azules que tanto amaba.

—Llegaste a mi vida y lo pusiste todo para arriba, te metiste en mí sin que yo siquiera lograra sospecharlo. Vivía oculto tras las máscaras que había inventado para olvidarme de quien en realidad era y para fingir que el mundo ya no me dolía, pero tus ojos desnudaron mi alma y me hiciste desear contarte todos mis secretos. Ese mundo, que como dijo Paloma, era un invierno eterno lleno de nieve y ausencia, se llenó de tu presencia, y floreciste en mí, en todos lados, primero en mis pensamientos, desde donde no podía sacarte ni un solo segundo, luego en mi corazón, en mi alma y en mi cuerpo. Me llené de ti, me convertí en el jardín en el cual tus semillas germinaron al fin y llenaste mi mundo de un amor que ya no me sentía capaz de sentir.

—Ferrán… —murmuró ella echa un mar de lágrimas.

Él se sacó la máscara y llamó a Paloma para que se parara a su lado.

—Estoy enamorado de ti —dijo y la niña asintió—, los dos te amamos —añadió y Paloma volvió a asentir con emoción—, y estamos felices de tenerte en nuestras vidas, y no solo eso, sino que nos sentimos bendecidos porque tú nos dejas ser parte de la tuya y nos has recibido con los brazos abiertos.

Entonces, Paloma tomó la palabra.

—Ya no queremos tenerte lejos cada noche, quiero llegar de la escuela y verte en casa, sentarme a la mesa contigo y con papá, contarles mis cosas… Quiero que seas tú la que me aconseje cuando me enamore por primera vez y llorar en tus brazos cuando me sienta sola o tenga miedo. Queremos ser tu familia, Camelia.

—Queremos que seas nuestra familia —completó Ferrán.

Mel se puso de pie, pero Lauri y Mariana la hicieron sentar de nuevo, estaba aturdida y lo único que deseaba era correr a abrazar a esas dos personas que ya eran su familia, que ya eran su vida.

—Hoy quiero invitarte a que escribamos juntos lo que queda de esta que es nuestra historia, quiero que pases a ser protagonista oficial del libro de mi vida y me permitas a mí ser parte del tuyo, quiero pedirte, Camelia Bustamante… —dijo él y se acercó a ella.

Sacó de su saco una camelia blanca que no era de papel, sino de terciopelo, la abrió por el medio y se arrodilló antes de mostrárselo.

—Quiero pedirte, que me hagas el honor de ser mi esposa —añadió con la voz ronca.

Camelia sentía que ya no podía contener las lágrimas, que el amor que recibía de ese pequeño círculo de personas que eran la familia que ella había elegido la elevaba a la cúspide de la montaña de la felicidad. Se sentía completa y el corazón se le derramaba de gozo.

—Por supuesto que sí, mi amor —respondió entre lágrimas.

Se fundieron en un abrazo y se besaron de una forma tan profunda y sublime que fue como si sus almas se tocaran también en ese gesto. Paloma daba brincos, Lauri y Sebas también se besaban, Ian abrazaba a Mariana y pronto los abrazos se derramaron por la habitación.

Naomi y Alma aparecieron también desde la cocina, desde donde observaban todo con emoción, y la abrazaron con cariño. Ellas habían seguido viéndose durante ese tiempo y constantemente Alma la invitaba a la casa a compartir un almuerzo o una cena en familia. La verdad era que Camelia las sentía cerca y las involucraba en todo lo concerniente a Paloma, para ella eran la familia de Ferrán y como tal merecían todo su respeto y cariño.

Ian trajo la botella y brindaron todos juntos, entre risas, bromas, algarabía y emoción, agradecidos todos por ser partícipes de tan bella historia de amor y superación.

—¡Un brindis por esta gran familia que hemos elegido! —dijo Lauri levantando su copa.

—¡Un brindis por el amor! —añadió Mariana.

EPÍLOGO

Era 15 de marzo, el clima estaba soleado y el viento soplaba con suavidad. Camelia caminaba con tranquilidad mientras observaba la naturaleza y se embebía de la vida que le rodeaba. Hacía tiempo que había aprendido a apreciar desde una flor hasta los rayos del sol y agradecer por cada una de las pequeñas cosas que le recordaban la belleza de la vida.

Llegó al cementerio, como cada año, pero esta vez sola. Paloma y Ferrán no tardarían en llegar, habían quedado en encontrarse allí en una hora, pero ella había decidido adelantarse. Había algo que hacía tiempo quería hacer y todavía no había encontrado el momento exacto.

Mientras caminaba, recordó aquel día del accidente, ya tan lejano, cuando la vio por primera vez unos minutos antes de que Ferrán ingresara a su vida y todo comenzara a cambiar para bien. Era un 15 de marzo también, al igual que el día que Abril partió al más allá.

Llegó a su tumba y se sentó en el suelo, colocó con cuidado las camelias que llevaba en sus brazos sobre la lápida que rezaba su nombre y sonrió. Entonces, sacó de su cartera una carta que desdobló y se dispuso a leer.

Querida Abril:

Recibí tu carta hace ya algún tiempo, y siempre sentí que debía contestártela, pero no sabía muy bien qué decir o qué hacer… En aquel entonces, aún me faltaba entender muchas cosas que tú en tu corta vida y bajo la acechanza de la muerte, habías logrado comprender.

Te contaré un poco de tus tesoros, de nuestros tesoros. Ferrán es un hombre maravilloso, bueno, eso ya lo sabes, pero no puedo dejar de subrayarlo a cada rato, porque lo amo con locura. Su amor ha sanado todas mis heridas y me ha ayudado a salir de mi centro para convertirme en una mejor persona. Tú bien lo has dicho y les has enseñado a los tuyos, el amor sana y libera y es mejor dar que recibir. Ferrán me dio la oportunidad de dar, de darme, de entregarle mis penas y dolores, aquellas que desgarraban mi alma y deshacerme de ellas de una vez por todas. Nunca me juzgó, esperó paciente, respetó mis silencios y mis palabras, mis miedos y mis secretos, y se fue metiendo lentamente en mí, para rescatarme de aquel oscuro sitio en el que yo me escondí del mundo, del amor y de la gente.

Paloma, ella es como un ángel en mi vida. Su personalidad chispeante, valiente, decidida, me ha enfrentado con la niña que un día fui y a quién había olvidado por completo. A veces los adultos perdemos nuestra propia esencia tras miles de máscaras que, cuando nos damos cuenta, ya están pegadas a nuestras caras y ya no sabemos quiénes somos. Eso también me lo enseñaron ellos. Paloma me ayudó a quitarme esas máscaras, si tiró a mis brazos sin paracaídas y me obligó a sujetarla cuando yo ni siquiera me sentía capaz de sujetarme a mí misma. Pero ¿cómo iba a dejarla sola? Si a la vez que era fuerte era frágil. En su rostro rememoré mi infancia, en su abrazo me abracé a mí misma, con su confianza ciega confié otra vez en mí misma, y eso lo entendí en tu carta. Ella supo desde que nos conocimos que era yo, porque tú lo supiste primero que todos. Tengo guardado a fuego en el pecho, la noche que durmió en mis brazos por primera vez, y me dijo que me había estado esperando. No lo entendí, hasta que leí tu carta.

Gracias por confiar en mí, tanto como para entregarme tus personas más amadas, ahora comprendo el amor del que en aquella carta hablabas, ese que se expande en el pecho y abarca mucho más de lo que somos capaces de entender. Nunca te lo dije, pero también te amo, porque tú eres parte de ellos y a ellos los amo tanto, que tú pasas

también a ser parte de mí. Estamos unidas de una manera que la transitoriedad de la vida no es capaz de entender, nos une un amor que va más allá del mundo. Tú has amado tanto a los tuyos que me los has entregado en un enorme gesto de amor y confianza, y yo, me enamoré tanto de ellos apenas los conocí que los dejé entrar a mi mundo, y así he recibido de ti el mayor de los regalos que la vida me habría podido dar.

Ahora la familia va a crecer, pese a lo que alguna vez dijeron los médicos, en unos meses tendré en mis brazos a un niño que saldrá de mí y que enriquecerá aún más la unión y el amor que habita en nuestro hogar. Estoy feliz, he criado a hijos ajenos y me siento más que lista para criar al mío propio. Ferrán está contento, y Paloma ni qué decir. La vida se abre caminos de maneras misteriosas y lo único que al final importa es dar y recibir amor, todo el que podamos durante esta vida. Eso lo aprendí de ti, de tu historia, de tu recuerdo, de tu alma, de tu carta, de tu vida.

Quería contarte que ahora disfruto cada instante porque sé que es efímero, que no vale la pena encerrarse en el pasado ni en el dolor, que ahora comprendo cuando me dijiste que el dolor debe servirnos para ser mejores y aprender, no para anclarnos al pasado. Cuando pienso en los muchos años que he desperdiciado envuelta en el temor, todavía me cuesta no recriminarme por ello, pero entonces, me gusta pensar que todo ha sucedido por y para algo, y que solo me estaba preparando para recibir el mejor de los regalos. Un regalo de amor eterno, que quizá no hubiese podido ver, si mi vida hubiera sido distinta. Al fin de cuentas, como decía mi abuela, a la que seguro conoces y con la que cultivas camelias en el cielo: todo en la vida sucede por algo.

Querida Abril, espero que donde estés sigas siendo muy feliz, nosotros aún sentimos la onda expansiva de tu amor. Sé que Ferrán aún te ama con locura, y que Paloma te recuerda cada noche antes de dormir, pero también sé que yo no compito con tu recuerdo ni con tu lugar, que he creado el mío propio, el que yo misma me gané, como tú me lo habías dicho, por ser solo yo. Gracias por ese mensaje, cambió mi forma de ver el mundo y de aceptar el amor. Sacaste de mí un peso que me costaba mucho manejar. Odiaba sentirme la intrusa en tu vida, y entendí que tu misión ya había acabado aquí y que nadie estaba ocupando tu lugar ni lo haría jamás. Comprendí que era hora de vivir mi vida, de dejar de tener miedo y sentirme al fin digna de ganar mi propio espacio y de crear mi hogar.

Gracias por creer en mí antes que nadie más.
Que Dios te bendiga, Abril, donde quiera que estés.
Descansa en paz, nosotros estamos bien.
Con amor,
Camelia.

Cuando acabó de leer la carta, una brisa suave la envolvió y ella supo que no estaba sola. Las lágrimas se derramaban con dulzura sobre sus mejillas, y entonces Camelia dejó que el viento se llevara el papel que acababa de leer y sonrió con el corazón lleno de esperanza, agradecimiento y amor.



Inédito

La carta que Abril dejó a Ferrán

Querido Ferrán:

Me cuesta tanto escribirte esta carta, jamás pensé que nos despediríamos algún día, jamás creí que nuestra historia acabaría así de rápido. Pero no queda nada más que hacer, amor, nada más que hacer… solo aceptar.

No sabes la paz que da aceptar aquello que ya no se puede cambiar. Es cierto, es bueno luchar, es bueno pelear por aquello que anhelamos, que soñamos. Pero también es bueno comprender que hay veces que nos toca perder la batalla. No siempre se puede ganar. Y perder a veces puede significar una nueva puerta que se abre, no siempre tiene que ser malo.

Sé que estás enfadado, que no lo comprendes, que crees que la vida es injusta, que Dios ha sido malo con nosotros, que merecíamos vivir muchos años más, que sientes impotencia al no ser tú el que está aquí sufriendo, al verme así y no poder hacer nada. Pero amor, cada quién tiene su destino, su camino, sus propósitos en esta vida. Yo ya cumplí el mío, me voy más que satisfecha, me voy llena del amor que coseché durante mi corta vida en la Tierra. Te he amado con todo mi ser, y he traído al mundo a un ser maravilloso, fruto de este increíble amor, una persona que está hecha de nuestro amor, de nuestra entrega. ¿Cómo no sentirme realizada?

Por favor no te culpes, no hay nada que puedas hacer para cambiar mi destino, no está en tus manos. Lo único que puedes hacer de ahora en más, es encargarte del tuyo, y velar por el de Paloma hasta que ella esté lista para hacerse cargo y tomar las riendas de su propia vida.

Durante este tiempo, hemos hablado de todo, te he dejado todo en claro, desde lo que deseo que se haga con mi cuerpo hasta lo que deseo que seas capaz de lograr: volver a amar. Sin embargo, siento que no me escuchas, que no atiendes, que te bloqueas cuando te digo esas cosas. Está bien, aún no lo comprendes, aún no lo procesas.

A veces los adultos perdemos nuestra propia esencia tras miles de máscaras que, cuando nos damos cuenta, ya están pegadas a nuestras caras y no sabemos quiénes somos.

Por eso te escribo, y te dejo esta carta con Paloma, para que ella te la dé en el momento exacto. Te conozco, sé que tendrás dudas, que sentirás que traicionas mi memoria, y luego te acordarás vagamente de mis palabras, pero dentro de ti, seguirás pensando que no es lo correcto. Quiero dejarte en claro que en el amor no se puede mandar, si esta carta ha llegado a tus manos es que ya estás enamorado, es que ya has dejado a alguien ingresar a ese mundo tan fantástico que tienes en tu interior. Por favor, no te cierres, no lo siento como una traición, para nada. Por el contrario, me siento plena imaginándote feliz, amando y siendo amado, viviendo… disfrutando de ese mundo tan exquisito que te rodea. Aprovecha el tiempo que te queda, que nunca parece el suficiente, así que disfruta cada día, ríe con Paloma, comparte con ella su mundo, anímate a abrazar y a mirar a los ojos a esa mujer en la que piensas ahora y dile que la amas y que quieres construir una historia con ella.

Mi amor se quedará en las camelias, y cada vez que veas una en la calle, en las tiendas de flores, en cualquier sitio, recordarás cuánto te amo y cuán felices fuimos. Cada vez que puedas, toca sus pétalos, siente esa fragilidad que nos recuerda a la vida misma. Las flores se marchitarán, pero más adelante nacerán otras, y luego otras más, recordándonos que la felicidad está siempre allí, que puede que a veces nos derrote el cansancio, el dolor, las dificultades, pero que volvemos a florecer una y otra vez.

Ferrán, lo siento mucho, siento no haber podido cumplir nuestra promesa de envejecer juntos y felices, pero aún podrás hacerlo tú. No te cierres a la vida, no te cierres al amor.

Te amo eternamente,
Abril

Tiempo después…

Paloma leía un libro que le había regalado su padre mientras Mateo jugaba con sus sonajeros coloridos en su alfombra. De pronto, comenzó a reír al tiempo que levantaba la vista y la fijaba en la pared.

—Yo creo que ve algo —dijo Paloma mirándolo—. Lo hace siempre… ríe al vacío…

—Mi mamá decía que los bebés pueden ver a sus ángeles de la guarda —explicó Alma—, es probable que ría con su ángel.

—Ah, qué dulce, abuela. ¿Por qué los dejamos de ver cuando crecemos? —quiso saber la muchacha.

—No lo sé, supongo que vamos perdiendo esa inocencia —explicó la mujer.

—¡Hola! —saludó Camelia al ingresar a la sala—. ¿Cómo están?

—Hola, Mel —dijo Alma y le hizo un gesto para que se sentara a su lado—, estábamos viendo a Mateito sonreír con su ángel —comentó.

—Ahh, sí, siempre lo hace —respondió ella—. En un rato salimos —informó—, ¿estás segura de que no necesitas nada?

—No, Mel, estaremos bien, ya lo verás… Tú disfruta de tu tiempo a solas con Ferrán, pásenla lindo. Paloma, Mateo y yo estaremos muy bien —afirmó.

—Cualquier cosa me llamarás, ¿no?

—Claro que sí, cariño. ¿A dónde irán?

—Ahh, es un sitio muy hermoso —explicó la mujer y buscó fotos en su celular—, mi amiga Laura estuvo allí hace un tiempo y me lo recomendó. Busqué información y resultó que conocía a la dueña, es una conocida del mundo hotelero… y conseguimos una cabaña justo para este fin de semana…

—Pues me parece un lugar fantástico —dijo Alma mientras miraba las fotos—, un sitio romántico —murmuró. Camelia sonrió.

—Así es, se llama Felicidad…

—Me encanta y espero que disfruten de estos días, es importante celebrar los momentos —dijo Alma.

Camelia la miró con cariño y le regaló una sonrisa.

—Te agradezco todo, tanto…

—No tienes por qué, ya sabes… nos ayudamos —dijo la mujer con un gesto de la mano, como si le quitara importancia al momento.

Hacía unos años, cuando Camelia y Ferrán se casaron, Alma había conmovido su corazón. Le había dado un dije con una piedra azul que había pertenecido a la familia de su marido. A ella le había parecido demasiado, pero Alma había insistido, diciéndole que era una tradición que las mujeres usaran esa joya en su boda y que luego ella debía dársela a Paloma. Y no solo eso, le dijo también que se había encariñado con ella y que se hacían mucho bien ya que ella había perdido una hija y Camelia una madre.

Desde ese día, el vínculo entre ellas se fue afianzando, y Alma no hacía diferencias entre Paloma y Mateo, a ambos los amaba infinitamente como la abuela más cariñosa que podía ser. Camelia se lo agradecía, porque gracias a ella y a Naomi su hijo estaba en buenísimas manos mientras ella trabajaba.

Un rato después Ferrán llegó a buscar a Camelia, y luego de las despedidas, ambos salieron con rumbo al Complejo Turístico Felicidad.

Era un viaje de algunas horas en los que compartieron momentos, escucharon música, hablaron de temas laborales o sobre sus hijos.

—¿Falta mucho? —preguntó Camelia en medio de un bostezo.

—No, el GPS me marca que llegamos en media hora, pero no me vas a decir que tienes sueño, ¿no? No tengo planeado dormir este fin de semana —susurró y colocó su mano derecha sobre la rodilla izquierda de Camelia.

—Estaba pensando en un pequeño descanso —sonrió ella y lo miró divertida.

—No, es un lugar super romántico, no me vas a decir que vamos a ir a dormir… —bromeó él al tiempo que subía con lentitud su mano por las piernas de Camelia.

—La verdad es que necesito dormir un poco, pero prometo que no será mucho tiempo.

Ferrán la miró de reojo y sonrió.

—Claro que descansarás, amor, yo me encargaré. Sé que la vida con un bebé pequeño y una preadolescente puede ser estresante, necesitas dormir, muchos masajes, besitos… todo lo que pueda relajarte.

—Me gusta como suena eso —dijo ella con dulzura.

Al llegar al complejo, ingresaron y estacionaron frente a lo que parecía ser la administración del lugar. Todo era hermoso, una plaza estaba al otro lado y la cantidad de plantas y flores hacía que allí solo se respirara paz.

Un par de niños que parecían gemelos correteaban por la plaza con un perro y Mel no pudo evitar sonreír al verlos.

—Buenas tardes, ¿en qué los ayudamos?

—Somos Ferrán y Camelia, tenemos una reservación.

—¡Camelia! —Una mujer que salió de una de las habitaciones se acercó con entusiasmo.

—Hola, Ángeles —saludó Mel—. Ella es Ángeles Moyano, una amiga que conocí en el trabajo —explicó—. Él es mi marido, Ferrán.

—Hola —saludó Ángeles—. Pueden decirme Angie, y él es mi marido, Bastian —presentó al hombre que los había saludado primero—, nos encanta tenerlos por aquí y esperamos que disfruten al máximo de su estadía. Los acompañaré hasta la cabaña correspondiente y cualquier cosa, solo nos avisan —explicó.

—¡Mamá, Mateo me está molestando! —uno de los gemelos que habían visto en la plaza se acercó a ellos.

—Yo me encargo —dijo Bastian y fue donde los niños—, un gusto conocerlos.

—Mi hijo más chico también se llama Mateo —comentó Camelia con emoción.

—¿En serio? ¡Qué coincidencia! —exclamó Angie—, yo tengo tres, los gemelos y una beba.

—Nosotros tenemos dos, Paloma y Mateo —explicó Camelia.

—Qué bello nombre, Paloma, me encanta —dijo Ángeles con una sonrisa.

Ferrán abrazó a su esposa por la cintura, amaba que presentara a su familia con tanto orgullo y que nunca hiciera distinciones entre Paloma y Mateo, él estaba en realidad seguro de que los amaba a ambos por igual.

Ángeles los invitó a subir a un *jeep* que estaba pintado en los colores del complejo y los guio por un sendero que se internaba entre los árboles hasta llegar a una cabaña rodeada de vegetación

que tenía un cartel en madera que decía Cabaña Ensueño.

Al llegar, les abrió la puerta principal y los dejó pasar.

—Es una de las más bonitas, espero que pasen un fin de semana perfecto —añadió.

Luego explicó algo sobre cómo llamar a la administración para pedir cualquier cosa y las horas en que les servirían las comidas, se despidió volviendo a desearles una estadía de ensueño y se retiró.

Camelia se acercó a la cama donde los pétalos de rosas formaban sus iniciales.

—¿No es perfecto? —inquirió.

Ferrán la abrazó por la espalda y le besó en el cuello.

—Solo porque tú estás aquí —murmuró sobre su piel—. ¿Quieres meterte conmigo al *jacuzzi* que está en la terraza? —preguntó.

—¿Hay un *jacuzzi* en la terraza? —inquirió ella y subió las escaleras que llevaban al segundo piso. Allí había un quincho de lujo y, al aire libre, un *jacuzzi* cuadrado con agua burbujeando.

—Sí, quiero —añadió al tiempo que comenzaba a desvestirse.

Ferrán la observó sacarse la ropa y sonrió, con el tiempo que llevaban juntos, la paciencia y el amor con el que él siempre trataba a su mujer, ella había aprendido a soltar todos los demonios que antes la cubrían como si fueran una sombra, y él todavía no terminaba de asombrarse de los resultados.

—¿Qué miras? —inquirió ella ya desnuda dentro del agua.

—A ti… lo bella que eres…

Ella sonrió.

—Ven, no me hagas esperar más —susurró.

Ferrán asintió y se desvistió para ingresar con ella, y apenas estuvo a su lado la abrazó, Mel se recostó sobre su pecho y suspiró.

—Soy feliz, muy feliz contigo, Ferrán —murmuró apretándose a él.

Él la besó en la frente.

—Yo también, y justo al mirarte pensaba en lo feliz que me siento al verte tan libre… Lo mucho que has avanzado a nivel personal, me alegra que seas feliz contigo misma, que te gustes, que te aceptes… y no es por mí, sino por ti, porque te mereces disfrutar de ti misma —añadió mientras sus manos acariciaban su abdomen y su pecho—, y obviamente que a mí me encantas…

—Tienes razón, me siento bien, me siento plena en todos los sentidos de mi vida… y tiene que ver con todo el trabajo que venimos realizando en la fundación con Laura, con mis terapias, contigo y ese amor tan paciente que me has brindado… tiene que ver conmigo y mis ganas de darte lo mejor de mí… porque te amo… a ti y a nuestros hijos…

—Y yo a ti, Camelia, y también soy muy feliz a tu lado con nuestra bella familia.

—Feliz aniversario, mi amor.

—Feliz aniversario —respondió él antes de besarla.

Agradecimientos

A Dios, porque lo siento dentro de mí cuando escribo.
A mi marido, Andrés, por ser mi pilar, por confiar en mí y alentarme a seguir mis sueños, aunque a veces parezcan descabellados.
A mis hijos, Echi, Lupe e Iki, por ser mi motor y mi fuerza.
A mis amigas de letras, Ana Coello y Nathalia Tórtora, porque siempre me escuchan y me ayudan con sus buenos consejos y su cariño.
A la Editorial Sin Fronteras, por haberme abierto las puertas y confiar en mí y en mis historias.
A mis lectores, por estar siempre allí, por leer cualquier cosa que escribo, por sus comentarios y sus buenos deseos y por amar a Camelia y Ferrán tanto como yo.
A Ada Reyes, por su cariño, porque me hizo sentir importante cuando yo pensé que el mundo se me venía un poco abajo.


Escucha,
la vida está hecha de momentos mágicos que atesoramos en el alma, si te llenas de miedos, te pones miles de barreras para vivir esos momentos
El día de mañana, pesará mucho más lo que hayas vivido, aunque hayas sufrido un poco, que lo que no has experimentado.
Es mejor quedarse con la sensación de haberlo intentado que con la frustración nunca haberse animado.
¿No crees?

¡Qué hermoso se siente por fin no tener miedo!

Camelia tenía un **secreto** que había cambiado su vida hasta el punto de intentar suicidarse, pero la vida tenía otros planes para ella y tuvo que asumir responsabilidades que la llevaron a sobrevivir.

Sin embargo, se había encerrado tanto en sí misma para no volver a sufrir que había sacrificado su propia felicidad, sus sueños y sus anhelos más profundos.

Ferrán se había enfrentado a una gran **pérdida** y vivía el duelo infinito de sus propias ilusiones. Tras una máscara de maquillaje y un disfraz de mimo, escondía las heridas que la muerte había dejado en él mientras intentaba nutrir su alma de las sonrisas robadas a los transeúntes en un intento por sobrevivir un día más al caos de su existencia.

El **destino** jugará a su favor y un accidentado encuentro hará colisionar sus mundos. Ferrán se acercará a ella como si tuviera un imán que lo llama, y Camelia se abrirá a él como nunca lo ha hecho con nadie más.

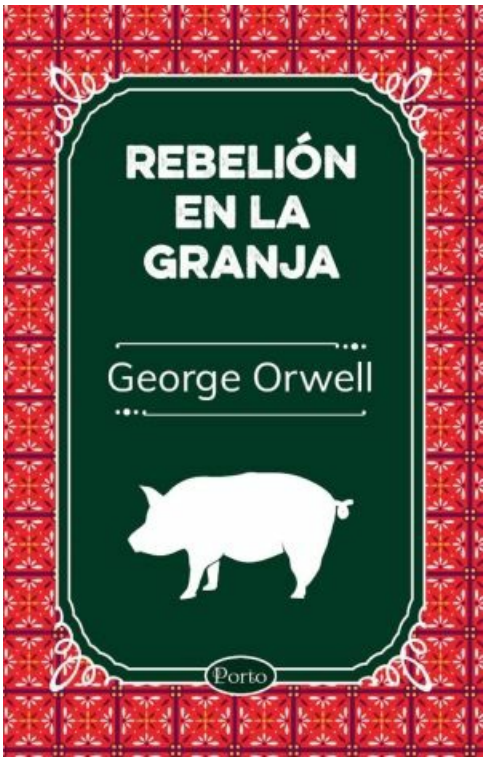


El amor será el bálsamo que sanará sus heridas, el amor de sus amigos y familiares, el amor de aquellos que ya se fueron y el amor cargado de esperanza que descubrirán el uno en el otro.

SIN FRONTERAS EDITORIAL

@sinfronteras.editorial

www.gruposinfronteras.com


REBELIÓN
EN LA
GRANJA
George Orwell
Porto

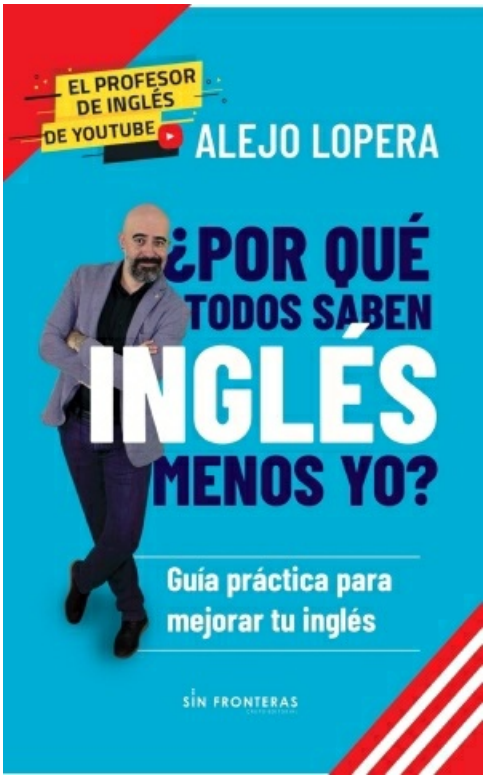
Rebelión en la granja

Orwell, George
9789585564794
128 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Una obra literaria perfecta". T. S. Eliot "El tiempo y el devenir político han hecho que Rebelión en la granja aparezca hoy con trazos críticos hacia los nacionalismos y los populismos e, incluso, hacia los partidos y líderes democráticos que, al llegar al poder, incumplen sus promesas, cambian sus principios y se engolfan como, élite". Manuel Hidalgo, periódico El Mundo.Es.

Cómpralo y empieza a leer


EL PROFESOR DE INGLÉS DE YOUTUBE
ALEJO LOPERA
¿POR QUÉ TODOS SABEN INGLÉS MENOS YO?
Guía práctica para mejorar tu inglés
SIN FRONTERAS

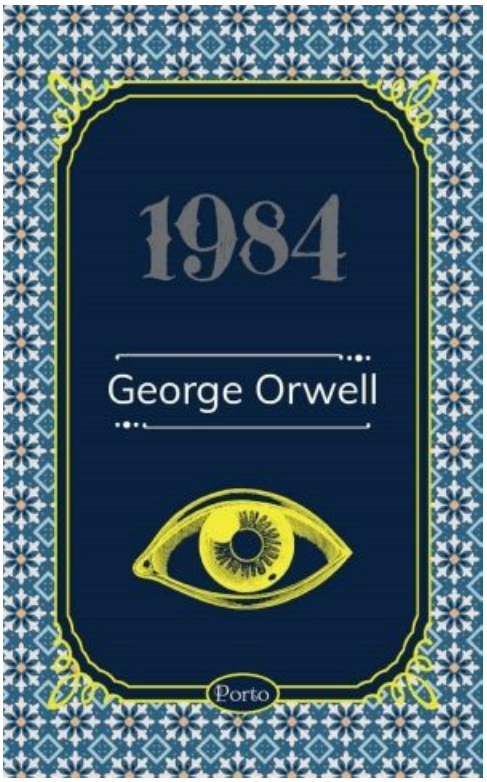
¿Por qué todos saben inglés menos yo?

Lopera, Alejo
9789585564831
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Si por tu cabeza han pasado frases como: "el inglés no es para mí", "a mí no me 'entra' el inglés", "hablar inglés me da miedo", "¿habrá una forma de aprenderlo más rápido?", "quiero aprender el idioma por mí mismo", este libro es para ti. ¿Por qué todos saben inglés menos yo? Es una guía para que mejores sustancialmente tus habilidades con ejemplos y teorías claras, además es una fuente de motivación para que nunca te desanimes al estudiarlo y sepas paso a paso qué debes hacer si estás en un curso, o decides estudiarlo por tu cuenta.

Cómpralo y empieza a leer


1984
George Orwell
Porto

1984

Orwell, George
9789585564787
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Ninguna novela del siglo pasado ha tenido más influencia que la de 1984 de George Orwell El título, la forma adjetiva del apellido del autor, el vocabulario del Partido todopoderoso que gobierna el súper estado de Oceanía con la ideología del Socing doble pensamiento, agujero de la memoria no persona, crimen de pensamiento, todos han entrado en el idioma inglés como signos instantáneamente reconocibles de un futuro de pesadilla." George Packer The Atlantic.

Cómpralo y empieza a leer


una cita
contigo
misma
MARITERE
LEE
SIN FRONTERAS

Una cita contigo misma

Lee, Maritere
9789585541603
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este no es un libro de autoayuda más. Tampoco es una receta mágica para que tu vida sentimental mejore de la noche a la mañana. Se trata más bien de la mirada aguda y perspicaz, sabia y oportuna de una joven psicoterapeuta que "ha estado allí", que ha vivido en carne propia muchas de las situaciones con el sexo masculino sobre las que escribe y aconseja a sus fieles lectores. Un libro que, como citó esta paciente, nos ayudará a cambiar, ¡para nuestra mejora y nuestro beneficio! Nos merecemos ser felices. En este nuevo libro de Maritere, dirigido a hombres y mujeres por igual, encontrarás herramientas útiles, salpicadas de humor e ironía, que te ayudarán a realizar una mirada introspectiva sobre tu propia vida y, la manera de relacionarte con el otro en la búsqueda de la tan ansiada felicidad. Una vez más, de principio a fin, somos testigos del encanto irresistible y la frescura de la autora que nos invita a disfrutar la vida a pleno, a amarnos y a amar saludable mente, y a encontrarnos con nosotros mismos en una cita única e impostergable.

Cómpralo y empieza a leer


Maritere Lee
CONTIGO FUI TODO MENOS YO
De desamor a bendición
SEGUNDA EDICIÓN
SIN FRONTERAS
MARITERE LEE
CONTIGO FUI TODO MENOS YO. DE DESAMOR A BENDICIÓN
SF

Contigo fui todo menos yo

Lee, Maritere

9789585564176

144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En el año 2014 lancé mi primer libro: Una cita contigo misma, pero jamás me imaginé que iba a tener un gran impacto en mi consulta privada como psicoterapeuta.

En este primer libro hay un capítulo, para ser específica, el Capítulo Once: Enamorada de un narcisista, que me trajo a un sinnúmero de víctimas a mi consulta pidiendo ayuda y diciéndome: "Maritere, leer este capítulo fue como si describieras lo que estoy viviendo". Fue ahí que me dí cuenta que estamos viviendo una epidemia de amores tóxicos y narcisistas; esta última palabra cada día se vuelve más común en el mundo de la psicoterapia, ¿por qué? Porque este trastorno va en aumento y las víctimas del abuso narcisista quedan con terribles secuelas, algunas irreparables.

Bienvenidos al mundo de los amores extraños, si es que se le puede llamar amor, porque es enfermedad. En este libro desenmascaré a los distintos tipos de narcisistas y las artimañas que aplican para ejercer abuso emocional sobre sus víctimas. Porque es así, lo que se vive con ellos no es una relación de amor, compromiso y reciprocidad, todo lo contrario, es una tiranía, en donde ellos se sienten los amos absolutos y tú eres su esclavo, la fuente de energía para su ego retorcido. Te invito a que leas las próximas páginas y me ayudes a crear consciencia sobre esta epidemia social. ¡Vamos a desenmascarlos!

Cómpralo y empieza a leer